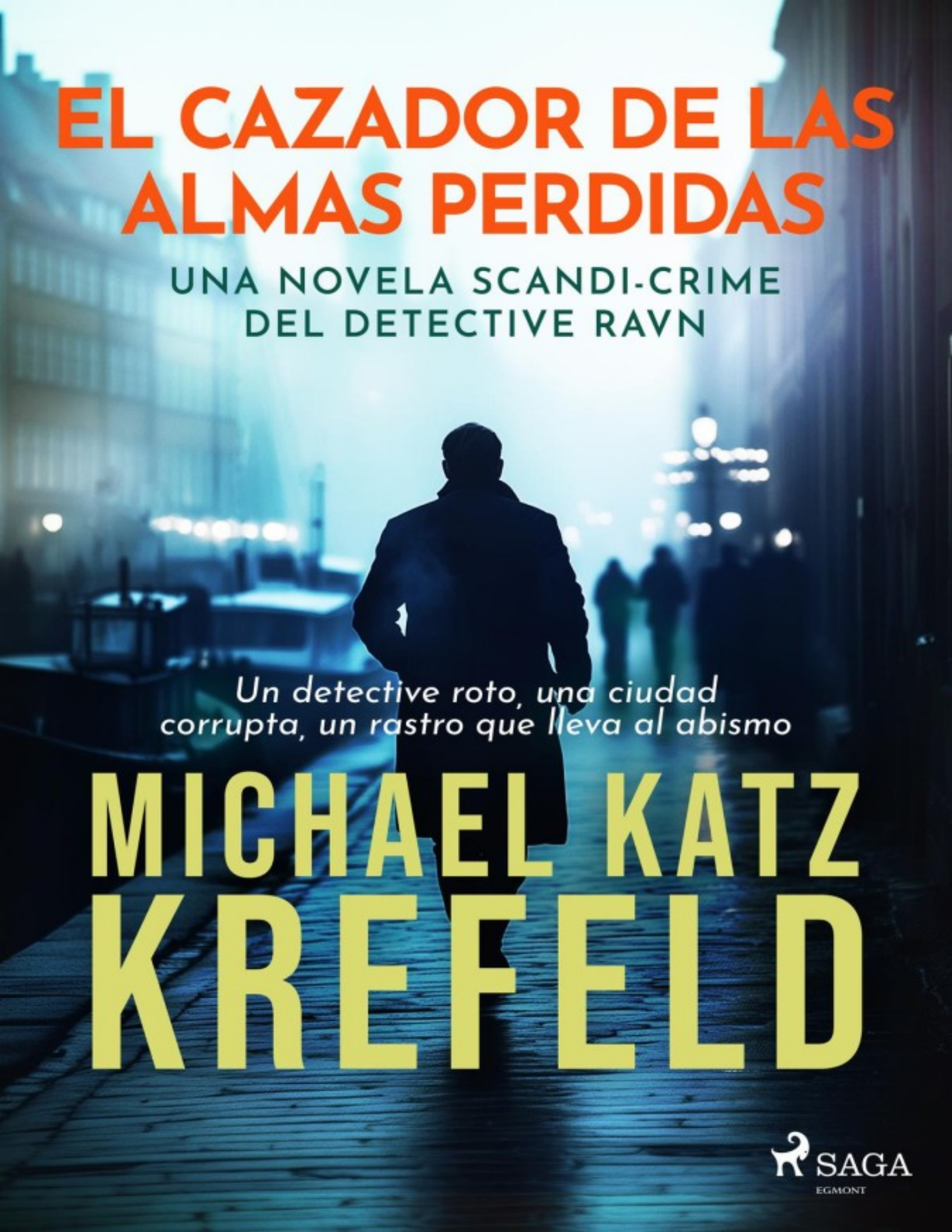
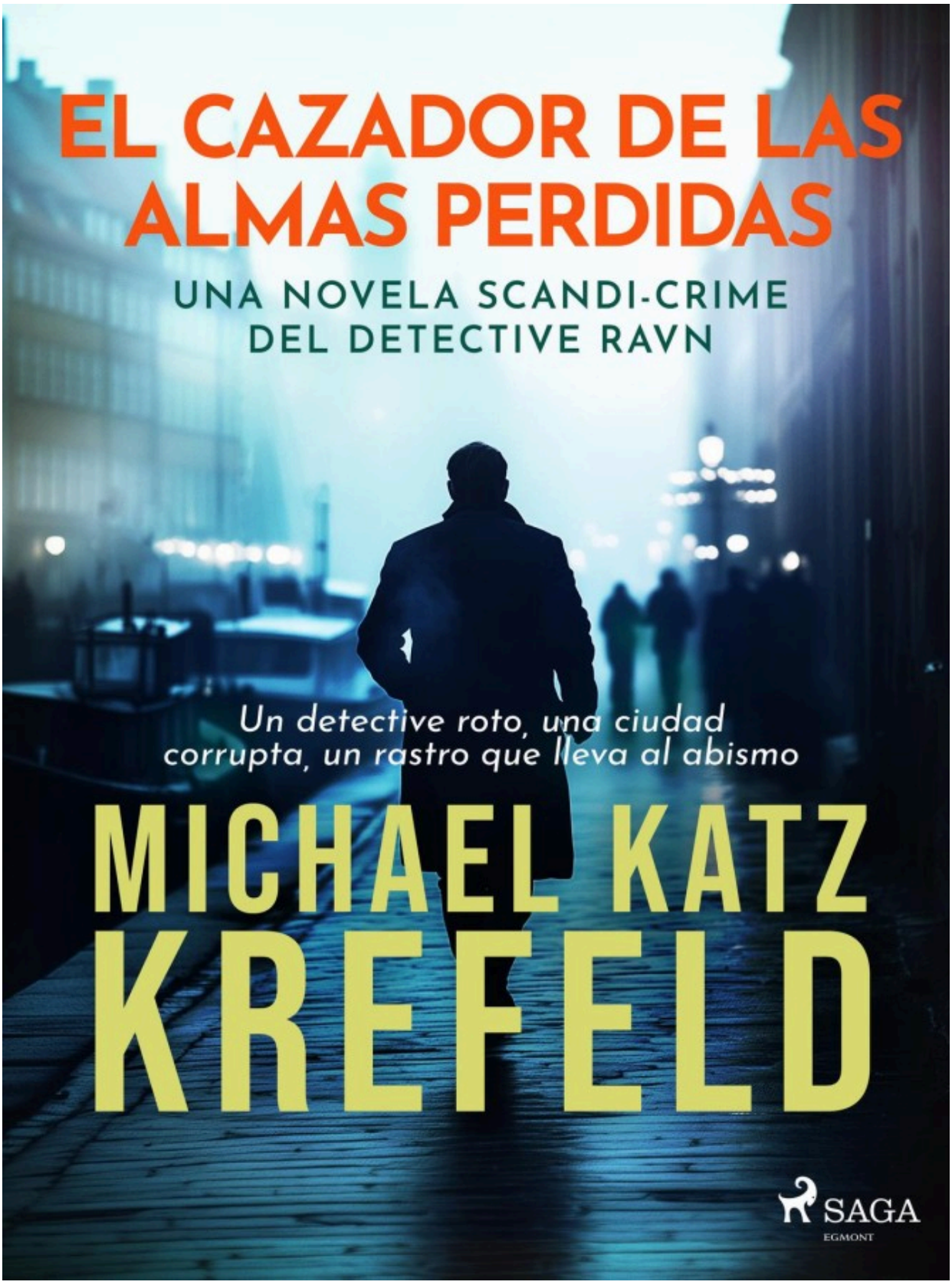

EL CAZADOR DE LAS ALMAS PERDIDAS
UNA NOVELA SCANDI-CRIME DEL DETECTIVE RAVN
Un detective roto, una ciudad corrupta, un rastro que lleva al abismo
MICHAEL KATZ KREFELD
SAGA
EGMONT


EL CAZADOR DE LAS ALMAS PERDIDAS
UNA NOVELA SCANDI-CRIME DEL DETECTIVE RAVN
Un detective roto, una ciudad corrupta, un rastro que lleva al abismo
MICHAEL KATZ KREFELD
SAGA
EGMONT

Michael Katz Krefeld

El cazador de las almas perdidas

Translated by Javier Orozco Mora

Saga

El cazador de las almas perdidas

Translated by Javier Orozco Mora

Original title: *Afsporet (Ravn 1)*

Original language: Danish

Copyright ©2013, 2025 Michael Katz Krefeld and Saga Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788728296684

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark’s largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

"Always the same theme
can't you see
We've got everything going on. Every time you go away
you take a piece of me with you."

Daryl Hall

Para Lis, mi esposa, la luz de mi vida.

Prólogo

Estocolmo, 2013

El resplandor del amanecer iluminaba las gaviotas que sobrevolaban las montañas de chatarra del vertedero de Hjulsta. Una excavadora avanzaba en el extremo más alejado del lote, y el humo negro y espeso que emitía contrastaba con el cielo claro y gélido. Anton conducía desde la cabina. Iba abrigado con un grueso abrigo de plumas adornado con el emblema verde del vertedero y un sombrero *ushanka* grasiento bien ajustado alrededor de las orejas. Bebía a intervalos regulares del termo de café que sostenía con la mano izquierda, mientras miraba con aspecto fatigado a través del parabrisas e intentaba animarse con la música pop que sonaba en el radio. Al conducir frente a la pila más cercana, llena de motores destrozados y partes de coches descartadas, percibió algo que llamó su atención. Levantó el pie del acelerador y dejó el termo sobre el tablero. Cuando la excavadora se detuvo, se apeó de la cabina y caminó hacia el promontorio. En lo más alto descubrió algo inusual: una mujer desnuda y esbelta. La figura inmóvil, de espaldas a Anton, daba la impresión de vigilar el terreno desde lo alto. Anton se quitó el guante derecho, sacó el móvil del bolsillo de su abrigo y tecleó de prisa.

La silueta magra estaba enterrada hasta las rodillas en los escombros, evitando que el viento la derribara. La piel estaba tensada firmemente sobre los huesos y blanqueada con cal. Parecía hecha de mármol. Incluso los globos oculares habían sido encalados y su mirada extraviada, como de estatua romana, vagaba por los incontables montículos del desguace.

—Soy Anton —dijo al teléfono—. He encontrado una más.

—¿Has encontrado una más de qué? —dijo la voz de su jefe al otro lado del auricular.

—Uno de los ángeles blancos.

—¿Estás totalmente seguro?
—Estoy frente a ella, es casi idéntica a las otras cuatro… ¿Qué hago?
Se escuchó un suspiro gutural.
—Tendremos que llamar a la policía… otra vez.

1.

Copenhague, 16 de octubre de 2010

El ruinoso y desolado taller mecánico se encontraba en la oscuridad; solo el zumbido del generador interrumpía el aplastante silencio. En la estrecha fosa de inspección que corría por el centro del local brillaba un tenue resplandor azulado. En el fondo de la fosa había una lámpara encendida y, al lado, una mujer desnuda en posición fetal sobre el suelo de cemento. El cuerpo maltrecho exhibía moratones en brazos y piernas. Tenía varias manchas de sangre coagulada, que habían fluido de la herida abierta en su sien, pegadas en su larga cabellera rubia. Su espalda y nalgas mostraban varias marcas frescas, las cuales evidenciaban que la mujer había sido flagelada recientemente.

Masja entreabrió los ojos, miró fijamente el brillo fluorescente de la lámpara y tomó aire como si fuera la primera vez en meses. Su cuerpo se sacudió al instante por una mezcla de angustia y adrenalina. Sus músculos se tensaron y su garganta se contrajo por la sed. Intentó incorporarse lentamente, pero una punzada aguda en su vientre bajo se lo impidió. Intentó recordar cómo había acabado en ese pestilente agujero, pero no lo logró. Todo su cuerpo estaba adolorido y le imposibilitaba pensar con claridad. Quiso ponerse de pie otra vez, pero a pesar de apoyarse en el muro frío y húmedo de concreto, solo lo logró a medias. La temperatura gélida hacía que titiritara. A unos metros de distancia vio un bulto: un vestido rojo de seda, un par de medias y unas botas de gamuza marrón oscuro. Era su ropa. Alguien se la había arrancado, pero no logró recordar cómo, ni cuándo.

En ese instante se escuchó un traqueteo proveniente de una de las puertas al otro lado del taller. Masja, con un esfuerzo agotador, finalmente logró incorporarse. La brisa nocturna se filtró por la puerta abierta,

ahogando momentáneamente el nauseabundo olor a aceite. Se puso de puntillas y alcanzó a ver por encima del borde grasiento del foso. Varias figuras caminaban en su dirección y distinguió tres de poca estatura entre otras dos más corpulentas. Tuvo la impresión de que obligaban a las más delgadas a caminar. Cuando llegaron a la altura de la fosa les ordenaron que bajaran por la minúscula escalera que conducía hasta Masja. Apenas tuvo tiempo de coger su ropa y cubrirse con el vestido.

Eran tres chicas de su edad; no podían tener más de dieciocho o veinte años. Chicas eslavas muy esbeltas. La última en bajar trastabillaba al andar, claramente consecuencia del efecto de alguna sustancia. Las otras dos se abrazaron para resguardarse, a la vez que rezaban sollozando. Masja reconoció las plegarías, era la misma rima ortodoxa que tantas veces había escuchado en su infancia. Entendió algunas de las palabras que las chicas intercambiaron y vio que hablaban en ruso.

—Jamás saldremos de aquí —dijo llorando la más pequeña de las tres.

Masja trató de decir algo, pero descubrió que había perdido la voz. Al intentarlo de nuevo, sintió que la garganta se le rasgaba.

—¿Quiénes sois? ¿Dónde estamos? —preguntó.

Ninguna de las tres le prestó atención, simplemente siguieron abrazándose como si no estuviera ahí. Masja paseó los ojos por el taller, pero no vio ni rastro de los hombres que habían conducido a las chicas a la fosa. Se puso su vestido rápidamente, que estaba manchado de sangre y aceite, y se abrió paso entre las chicas para acercarse a la escalera. Debía salir de ahí, ¡ya!

La puerta se abrió de nuevo y cinco hombres entraron al local. A continuación, se encendieron los tubos fluorescentes instalados alrededor de la fosa. Masja quedó petrificada, igual que un venado salvaje ante los faros de un coche. Se llevó las manos a los ojos para bloquear la luz, pero la iluminación la alcanzaba por todos los flancos. Por instinto, se resguardó cerca de las otras muchachas. Los cinco hombres se acercaron a la fosa. Parecían torres por encima de ellas y el vaho que exhalaban los asemejaba a dragones. Masja se dio cuenta de que uno hablaba ruso, pero no logró descifrar qué otros idiomas hablaban; supuso que era albano, serbio o algo así.

—¡Esa! —tronó un grito entre la oscuridad—. Ya le hemos echado un buen vistazo.

Masja reconoció la voz y recordó al instante unos gemidos y gruñidos emitidos con ese mismo tono áspero. Sí, había sido él quien guio a los otros, había orquestado la violación y quien había blandido el cinturón. Las piernas de Masja comenzaron a temblar y el oxígeno dejó de entrar a sus pulmones.

—Ayúdame —susurró—. Por favor, Igor, ayúdame.

Entonces colapsó sobre el suelo de concreto de la fosa oscura y profunda.

2.

2 días antes

Ragnar Bertelsen se sentó en la cama del hotel Radisson y se puso a mirar el pequeño televisor que colgaba de la pared. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años con abundante vello en pecho y espalda que parecía querer reemplazar su fino cabello. Intentaba disimular su abultado vientre con la toalla del hotel, que había atado firmemente alrededor de su talle. Ragnar le dio un trago a su copa de *prosecco*.

—Es impresionante —dijo en un noruego melódico mientras observaba el reportaje del telediario—. Verdaderamente increíble.

La puerta del cuarto de baño se abrió y Masja entró en la habitación. Su cuerpo desnudo de cintura estrecha y senos pequeños y firmes brillaba por la crema hidratante que se había untado después de la ducha. Ragnar desvió los ojos de la pantalla para contemplar las nalgas de Masja cuando ella se agachó para levantar su tanga negro del suelo.

—Qué locura.

Ragnar devolvió la mirada a la televisión cuando Masja se giró hacia él.

—¿De qué hablas? —preguntó poniéndose las bragas.

—¡De los mineros chilenos! Quedaron atrapados en una mina durante dos meses antes de que finalmente consiguieran sacarlos. ¿No te parece increíble? —dijo señalando la pantalla con su copa.

La CNN transmitía imágenes granuladas desde Chile que mostraban a los mineros rescatados posando junto al equipo de rescate y el presidente del país.

—¿Todos esos quedaron atrapados?

Ragnar arrugó el ceño.

—Sí, bueno, solo los que llevan gafas para el sol. Ha sido *la* noticia del otoño, ¿no te habías enterado?

—Es que no miro mucho la tele, prefiero leer.

—¿De verdad? —Ragnar la miró con escepticismo—. Jamás lo habría dicho.

Masja encogió los hombros y se puso el diminuto vestido color tinto.

—¿Por qué llevan gafas de sol?

—Para evitar lesiones oculares, sus ojos se habituaron a la oscuridad y la luz de la superficie es demasiado intensa para ellos, al menos por ahora.

—Mi novio usa esas mismas gafas, le encantan. Son el modelo Radarde Oakley, aunque antes juraba por los M-framey los Jawbone. Todas cuestan una fortuna, pero al parecer sale a cuenta, al menos eso dice.

Ragnar no entendía lo que le decía, por lo que prefirió asentir cortésmente antes de volver a enfocar su atención en el telediario.

Masja tomó su pequeño bolso de mano de la mesa redonda junto a la ventana panorámica y, por un instante, contempló la vista de la ciudad que el decimosexto piso del edificio le ofrecía. El tráfico sobre el puente de Langebro, que conectaba el centro de Copenhague con la isla de Amager,aumentaba progresivamente. Al mirar hacia Christianshavn, vio la torre dorada de la iglesia de Vor Frelsersresplandecer bajo los rayos del sol vespertino. Tuvo su primera cita con Igor en la iglesia, y ya habían transcurrido tres meses. Él quería mostrarle la vista desde arriba, pero ese día la torre estaba cerrada. No intentó llevarla de nuevo; es más, no habían hecho nada juntos desde hacía un tiempo. Al menos Igor le había prometido que irían a cenar *sushi* esa noche, sonaba casi festivo.

—Hasta pronto, cariño —dijo Masja girándose hacia Ragnar.

Él se puso de pie por educación.

—¿Podría invitar a la señorita a una copa de *prosecco*?

—Hoy no, gracias. Quizás para la siguiente ocasión —respondió ella enfilando hacia la puerta.

—¿Quieres decir que puedo llamarte otra vez?

—Por supuesto —respondió ella—. Has sido muy mono.

Ragnar se acercó y abrió la puerta de la habitación, y ella salió al pasillo.

—Y, qué decir, tú estuviste… fantástica—agregó él con una sonrisa en los labios para mostrarle que hablaba en serio—. ¿Me das un besito de despedida?

—Sí, pero en la mejilla —dijo ella inclinándose.

Ragnar depositó un beso gentil.

—Hasta pronto, *Karina*.

Masja se acercó al ascensor y presionó el botón, las puertas no demoraron en abrirse. Antes de entrar le regaló una última sonrisa a Ragnar. Durante el descenso contó el dinero que *Karina* había recibido a cambio de la breve cabalgata.

Karina era su nombre profesional. Tenía la ventaja de ser lo suficientemente danés como para ocultar su origen lituano, aunque a los clientes les daba igual su procedencia, siempre y cuando *cumpliera con sus deberes*. Y Karina jamás fallaba, no ante quien pagara la tarifa mínima de mil setecientas coronas por una hora de compañía.

Normalmente los chulos esperaban a sus chicas a la vuelta de la entrada de los hoteles, pero con Masja era distinto: ella tenía a Igor, su novio, que aguardaba en el *lobby*.

3.

Masja e Igor atravesaron el aparcamiento medio vacío del Hotel Radisson. Los altos tacones no ayudaban a que Masja le diera alcance a Igor, que avanzaba a largas zancadas meciéndose como un gánster. En realidad, Igor era de San Petersburgo y su estilo, que incluía gafas oscuras sobre la frente y caminar tensando los músculos, no era producto de una crianza en un barrio duro, sino un reflejo de lo que vio en MTV.

—Joder, tengo la boca seca —dijo ojeando a Masja, luego se llevó el móvil a la oreja y esperó a que entrara la llamada—. Solo he comido unos cacahuetes.

Igor apuntó en dirección del *lobby* del hotel donde había estado esperando a Masja.

—Amor, te lo he dicho mil veces, no hace falta que me lleves —comentó ella.

—Ah, ¿y quién te va a cuidar?

—Puedo cuidarme yo sola; esos viejos osos de peluche son inofensivos.

—Los odio —farfulló él—. Eres demasiado bonita para ellos.

En ese instante brotó una voz del otro lado del teléfono e Igor concentró toda su atención en la llamada. Se presentó en ruso y confirmó estar listo, después agradeció la confianza que depositaban en él. Repitió lo agradecido que estaba y el honor que era para él poder sentarse a la mesa con ellos. A Masja le sorprendió el tono humilde de su voz, algo sumamente inusual en Igor.

Después de colgar, sacó las llaves del coche del bolsillo de su chupa negra de cuero y presionó el botón. El BMW 320i negro con alerón trasero y llantas brillantes de dieciocho pulgadas emitió un pitido. Subieron al vehículo.

—¿Quién era? —preguntó ella cerrando la puerta tras de sí.

—Nadie, son negocios, nada más —dijo entre dientes inclinándose hacia ella para abrir la guantera.

En ella guardaba varios ambientadores de coche Wunderbaum. Sacó uno nuevo para reemplazar el que colgaba del retrovisor. A Masja le repugnaba el olor sintético a Grüner Apfely por unos instantes se tapó la nariz con el pulgar y el dedo índice.

—Hablando de negocios, yo también he estado pensando en algo —comentó ella.

—¿Sí, cariño? —comentó él distraído mientras tecleaba otro número en su móvil y ponía el coche en marcha.

—Creo que quiero dejar todo esto. Ya no me apetece, preferiría hacer algo distinto.

—¿Lo dices en serio? ¿Por qué? —respondió mirándola con un dejo de decepción.

—Pensé que te alegraría oírlo, tampoco es que te fascine lo que hago.

Igor se encogió de hombros y colocó el teléfono junto a su oreja en espera de que le respondieran.

—Ya sabes, yo no interfiero —comentó él—. No te juzgo, entiendo que quieras ganar dinero. Además, tampoco soy prejuicioso, ya lo sabes. En fin, es tu decisión.

—El dinero no lo es todo, podemos arreglarnos con menos.

Igor esbozó una sonrisa altiva.

—Pequeña, en este mundo el dinero lo es todo. Sin guita no eres nadie, nada, la gente se mea en ti, lo digo en serio… Janusz, ¿qué hay? —esto último lo dijo al teléfono—. No te lo vas a creer, macho, estoy dentro; el viejo por fin me ha dejado jugar. Es para flipar.

Mientras conducían por Amager Boulevard en dirección a la plaza de Christianshavn, Igor le contó a Janusz que iba a jugar en la partida de póker que organizaban esa noche. Tendría lugar en el negocio de Kaminskij, en la trastienda apodada la *Suite* del Rey. Jugar en esa mesa era un privilegio y el acceso estaba reservado para jugadores de verdad. No había espacio para gilipollas que compiten en Internet con sus dedos grasos. Ahí se contendía con balcánicos de verdad: hombres con caras de póker indescifrables, cantidades enormes de efectivo y cojones aún más grandes.

Igor le relató a Janusz cómo había ablandado a Kaminskij durante meses, insistiendo en que saldría victorioso y prometiéndole un veintiocho por ciento de las ganancias, para convencerlo de que le permitiera jugar.

—Janusz, puedes jurar por tu madre que soy todo un *player* —dijo riendo al teléfono.

Igor lucía una sonrisa beatífica cuando terminó la llamada. Masja lo miró fijamente.

—¿Vas a jugar esta noche? —preguntó ella con contundencia.

—Así es, nena, ha llegado mi gran momento.

—¿Tan pronto se te olvidó que hoy íbamos a cenar *sushi*?

Igor inhaló profundamente.

—Cariño, no puedo dejar pasar esta oportunidad.

—Me lo prometiste…

El semáforo frente a ellos cambió a rojo e Igor detuvo el coche, se giró hacia ella y se quitó los Oakleys. Miró a Masja con sus ojos castaños llenos de dulzura. Era la misma mirada maravillada que le había dedicado cuando se conocieron tres meses atrás, la mirada con la que había derretido su corazón.

—Sabes que eres lo más importante para mí en este mundo…

—Teníamos un acuerdo —dijo Masja haciendo un puchero.

—Te juro que te lo compensaré, pero no puedo desperdiciar esta oportunidad, es única.

—Pero he cancelado muchísimas cosas para tener la noche libre.

—Nena, hago esto por los dos. Es una partida importante. Además, estará llena de *ositos de peluche* viejos y adinerados, los voy a desplumar como gallinas. Piensa que uno de nosotros dos debe seguir haciendo dinero, ahora que quieres cambiar de profesión. —Sonrió subiendo de intensidad su encanto—. Mañana festejaremos, te doy mi palabra.

—Festejar me da igual, solo quiero que pasemos un rato juntos.

—Yo también, nena —agregó tomando la barbilla de Masja y girándole el rostro tiernamente para besarle los labios.

La barba de Igor, afeitada para que trazara una fina línea alrededor de su boca y mentón, le provocó cosquillas a Masja. La luz del semáforo cambió a verde y el conductor detrás de ellos tocó la bocina, pero Igor, inmutable,

prolongó el beso acariciando suavemente la mejilla de la chica. Sus dedos apestaban aGrüner Apfel, pero en ese instante el olor no incomodó a Masja.

4.

El reloj de la trastienda de Kaminskij marcaba las 3:30 de la madrugada. La partida de *Texas hold 'em* había rebasado las cinco horas. Las pilas de fichas habían paseado de un lado a otro entre los cuatro jugadores, aunque en ese momento comenzaba a dibujarse un desenlace: los montones más voluminosos estaban frente a Igor y Lucian, un serbio gordo de mediana edad que llevaba una camisa hawaiana y pantalón de camuflaje. Era solo cuestión de tiempo para que Milan y Rastko, los otros dos jugadores, fueran eliminados. El local apestaba a sudor, cigarrillos y la sopa de remolacha que hervía en la pequeña cocina que se hallaba detrás de los jugadores. Kaminskij removía la olla regularmente. Era una tradición del lugar: quien perdía recibía un cuenco humeante, un penoso consuelo por las pérdidas sufridas. Así eran las cosas con Kaminskij.

El negocio de Kaminskij contaba con un cuarto contiguo donde se oían los gritos de los comensales que seguían un partido de fútbol de una de las ligas de Europa del Este. Los clientes de Kaminskij acudían al bar para ver deportes, jugar a cartas, beber y arreglar asuntos que no debían salir a la luz. La gran parte de su clientela procedía de los países del Cáucaso, Bielorrusia, Ucrania y los estados bálticos; en otras palabras, las viejas naciones soviéticas. Esa era la razón por la que su lugar, que en realidad era una barbería en desuso en Colbjørnsensgade, se conocía como La Soviética. Kaminskij había contribuido al origen de ese mote, pues su imponente bigote y su lógica imprevisible evocaban al viejo Stalin.

Milan se secó el sudor de las manos en su camisa y empujó el resto de sus fichas al centro de la mesa. Echó una mirada a la olla de sopa, como si por alguna razón supiera que esa sería su última mano.

—Una historia increíble la de esos mineros —comentó.

Rastko, que estaba sentado frente a él, se rascó su gran barba canosa al bostezar.

—A menos que sean maricones y se hayan follado entre ellos, deben estar jodidamente cachondos después de dormir dos meses en ese hoyo —comentó Rastko.

Milan se rio reclinándose en su silla.

—Igor, ¿tú qué? ¿Vas a entrar?

Igor asintió y subió la apuesta con quinientos euros. Se percató de un tic en el ojo de Lucian, apenas un tirón sutil, pero lo detectó. Esa ronda sería suya, sin importar lo mucho que Lucian incrementara la apuesta. ¡Joder, era una partida legendaria, mucho mejor de lo esperado! A medida que la noche avanzaba, Igor fue acumulando fichas; varias veces quiso volverse hacia Kaminskij para recibir una mirada de reconocimiento, pero había resistido la tentación.

—¿Sabéis?, escuché que la mujer y la amante de uno de los mineros estaban esperándolo cuando salió a la superficie. ¿Podéis imaginaros el aprieto en el que se metió? —Milan se rio y todo su cuerpo se sacudió.

—Seguro que tuvo ganas de volver directo al agujero —respondió Rastko.

Lucian *foldeó* su mano y azotó las cartas con rabia.

—¿Estamos jugando a las cartas o preferís seguir cacareando como gallinas?

Igor dio la vuelta a su mano para mostrar sus dos nueves que, sumados a los que había en las cartas comunes del centro de la mesa, eran más que suficientes para asegurarle el bote. Arrastró las fichas hacia sí marcando el final de Rastko y Milan, que recibieron sus cuencos de sopa.

A partir de ese momento, el final se disputaría entre Igor y Lucian. Jugaron durante una hora sin que la cantidad de fichas que cada uno retenía se modificara significativamente. Igor apenas tenía mil euros más que Lucian, una cantidad que no bastaba para llevar la partida a una conclusión definitiva. La suma que Igor tenía frente a él era considerable, pero la situación lo enfadaba. Lucian parecía cansado, agotado por las largas horas de juego, embriagado por el Slivovice y aletargado por los cigarrillos Dina que fumaba con largas caladas. Daba la impresión de ser un blanco fácil.

Sin embargo, hasta ese instante, no había caído en una sola de las trampas que Igor le había tendido durante el juego.

Cuando se repartieron las cartas para la siguiente mano, Igor notó que Lucian había conseguido algo útil: con dos jotas en las cartas comunitarias era fácil deducir que Lucian tenía una más en su poder. Lucian subió la apuesta empujando la mitad de su *stack* al centro. Diez mil euros. Igor podía cagarse en las jotas de Lucian, pues poseía dos reinas, la de corazones y la de picas.

—Entro y aumento otros diez mil —replicó Igor arrojando sus fichas sobre la mesa.

—Deja de lanzar las fichas —musitó Lucian.

—Hago lo que me da la gana con mis fichas —sentenció Igor con la intención deliberada de fastidiar a Lucian, aunque no logró el efecto deseado.

Cuando se descubrió la carta *river*, un rey de tréboles, Lucian llevó todas sus fichas al bote, luego sacó su cartera y la arrojó con todos los billetes sobre la mesa.

—¡Hostia! Vas a caer de bruces, cachorro —sentenció Lucian.

El silencio inundó el local. Igor se giró para mirar a Kaminskij, que había dejado de remover la sopa. Los jugadores conocían las reglas: estaba estrictamente prohibido utilizar dinero de salvación, así como colocar objetos valiosos sobre la mesa. Por encima de todo, jamás se ponía a Kaminskij en una situación comprometedora que pudiera causarle problemas en caso de que, contra todo pronóstico, la policía apareciera por ahí. Kaminskij se frotó el bigote y miró a Igor, que sonreía victorioso.

—Terminad la partida de una vez —sentenció revolviendo la sopa.

Igor se giró hacia Lucian, que estaba sentado con los brazos cruzados.

—Disfruta tus fichas, porque pronto ya no serán tuyas —comentó Lucian triunfalmente.

Igor puso todo en el bote. Era imposible que Lucian tirara un farol, ya que no tenía reyes en su mano. Lucian tenía las jotas, las había utilizado para aumentar la apuesta en un principio, pero eran inútiles contra las reinas de Igor. Había sido demasiado fácil e incluso descontando la comisión de Kaminskij, era mucha más pasta de la que hubiera soñado con ganar. Le

daba para cambiar de coche y comprar una nueva tele de pantalla plana para su piso, ¡coño, hasta podía hacerse con otro piso!

—Tus fichas apenas suman la mitad de la cantidad —refunfuñó Lucian.

—El resto está a una llamada telefónica de distancia —contestó Igor inclinándose sobre la mesa—. No suelo ir tirando efectivo en la mesa como un serbio vulgar, pero mi palabra vale y tengo lo que dejaste ahí.

Igor señaló la cartera gastada de piel. Lucian lo escudriñó entrecerrando los ojos y luego miró fugazmente a Kaminskij, que les observaba con expresión sombría.

—Bien, te tomaré por un hombre de palabra. ¿Qué tienes? —gruñó Lucian.

Igor sonrió.

—El rey no va a ayudarte —dijo Igor tocando el naipe—. Menos cuando uno se pasa la noche coleccionando jotas; ahora permíteme presentarte a mis dos muchachas que, sumadas a su hermana que las espera en la mesa, no forman un mal triángulo, ¿verdad?

Lucian les echó un vistazo a las cartas y movió la cabeza en señal de aprobación. Entonces se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y se inclinó hacia sus cartas.

—Tienes razón en lo que respecta a las jotas, las usé para aumentar la apuesta —dijo volteando una carta que resultó ser la jota de tréboles. Luego sonrió sentimentalmente—. Junto a su padre, el rey de tréboles, más el diez y el nueve de tréboles están por hacer milagros. ¿Qué posibilidad existe de que su madre, la reina de tréboles, sea parte de la familia? ¿Conoces las probabilidades de conseguir una escalera real?

—Naturalmente —respondió Igor sonriendo—. Aproximadamente una entre seiscientos mil. Es más probable ganar la lotería.

Lucian asintió tomando su carta.

—Lo cual me convertiría en el hombre más afortunado del planeta, aún más que esos putos mineros de los que no dejáis de hablar, ¿no?

—Ya veremos —respondió Igor encogiendo los hombros.

—Pues lo veremos —agregó Lucian dándole la vuelta a la carta.

El mundo de Igor colapsó. Los objetos a su alrededor se desmoronaron y solo la reina de tréboles conservó su consistencia luminosa. Igor miró

fijamente el naipe sin poder respirar y sus entrañas se contrajeron violentamente. “Me estoy muriendo”, pensó. Una suerte que, ante las circunstancias presentes, hubiera sido un alivio.

—Sigue boquiabierto el colega. Pues es hora de tu sopa —comentó Lucian.

Los otros dos serbios se acercaron a la mesa para mirar las cartas.

—¡Hostia! —exclamó Milan—. Vaya mano, vaya partida, pasará a la historia. ¿Cuánto hay sobre la mesa? —dijo mirando furtivamente las fichas y los euros desparramados sobre la mesa. Le sonrió a Lucian.

—Respeto, macho, acabas de ganar treinta mil euros, mientras que tú, cachorro —dijo Milan palmeando el hombro de Igor—. Estás por hacer la llamada telefónica más costosa de tu vida.

—Yo… yo —tartamudeó Igor intentando sonreír, aunque a duras penas lograba respirar—. Creo que me he dejado llevar.

—¿Qué quieres decir?

Igor miró a Lucian.

—Por supuesto que tengo el dinero, sí, una parte, pero… —dijo agitando las manos sobre las incontables fichas, implorando empatía.

Los tres serbios clavaron una mirada gélida en él.

—¿Estás insinuando que no puedes pagar? —preguntó Lucian.

—Sí, puedo pagar la mayor parte, pero…

—La mayor parte no es suficiente —respondió Milan.

—No, eso no nos dejaría satisfechos —agregó Rastko.

—¿Quizás prefieras una manicura serbia? —sugirió Lucian sacando de su bolsillo unas pequeñas tijeras oxidadas para podar que dejó bruscamente sobre la mesa—. Es difícil jugar a los naipes sin dedos.

Igor miró las tijeras lleno de pánico. Se apartó de la mesa e intentó levantarse, pero Milán se colocó detrás de él y lo obligó a sentarse.

—No tan rápido.

—Guarda eso —dijo Kaminskij con firmeza, dejó la cuchara y bajó el fuego antes de acercarse a la mesa—. Ahora mismo.

Lucian se encontró con la mirada imperturbable de Kaminskij y titubeó un segundo antes de meterse las tijeras en el bolsillo.

—Solo quiero mi dinero, nada más.

—Igor te dará el dinero, es de fiar, si no fuera así, no jugaría en mi mesa. ¿Estamos de acuerdo? —sentenció Kaminskij.

—Por supuesto, Kaminskij —respondió Lucian sin levantar la mirada y con los brazos cruzados—. Os pido disculpas por mi temperamento, no era mi intención faltaros al respeto, lo sabéis. ¿Cuánto traes contigo, chaval?

Igor clavó la mirada en el suelo.

—Alrededor de cuarenta mil… coronas danesas.

Lucian le lanzó una mirada interrogante a Milan, que negaba con la cabeza.

—Eso no basta, no va a ser suficiente —comentó Milan.

—Tienes veinticuatro horas para conseguir el monto o… —Lucian levantó la mano derecha e hizo un movimiento de tijera con dos dedos—. Tris, tras.

5.

Christianshavn, 2013

Everytime you go away sonaba en el *jukebox* del café Havodderen. Era viernes por la noche y la antigua taberna del barrio de Christianshavn, ubicada junto al canal, se había puesto de moda una vez más. Estaba a tope, repleta de clientes fiesteros. Havodderen era el tipo de bar donde se podía beber una cerveza por veinte coronas, escuchar temas clásicos en la gramola, conseguir la siguiente ronda jugando a los dados, besarse en los rincones o simplemente tomarse algo sin ser molestado.

Conforme las últimas estrofas de Daryl Hall iban llegando a su fin, Thomas se levantó del taburete que ocupaba junto a la barra. Se tambaleó un poco, pero recuperó el equilibrio. Le hizo una señal a Johnson, que estaba detrás de la barra, para pedirle otro *set*. Thomas acostumbraba a beber un Jim Bean en vaso de chupito y una Carlsberg directamente de la botella.

—¿No te parece que ya has bebido suficiente, Ravn? —farfulló Johnson.

—¡Bah!, pero si apenas voy empezando.

Johnson enarcó una ceja, pero siguió la orden. Era un hombre que acababa de cumplir los sesenta años, ancho como un toro y tenía los brazos cubiertos por tatuajes. Era imposible saber qué representaban esos dibujos indistintos que se remontaban a su época joven, cuando trabajó como marinero recluta en el Dannebrog, el yate imperial.

Thomas se abrió paso entre los clientes para avanzar hacia la gramola, una antigua Wurlitzer, que había estado allí desde la primera vez que visitó el bar. Hurgó en el bolsillo de su chupa para buscar alguna moneda mientras miraba las fotografías colgadas de la pared. Eran imágenes en blanco y negro, retratos autografiados por los artistas y músicos que a lo largo de los años habían sido comensales del Havodderen: Gasolin', Lone Kellermann,

Clausen og Petersen, Kim Larsen y (el favorito de Thomas) Mr. D.T., con sus uñas pintadas de negro, sombrero de ala y esmoquin blanco.

Thomas depositó una moneda de cinco coronas en la máquina. Ya no necesitaba mirar las teclas, pues recordaba el código del tema que iba a seleccionar: el F-5. *Take it away, Daryl*. El inconfundible sonido del metrónomo, acompañado por el órgano eléctrico, dio inicio al viejo éxito. Se escucharon los abucheos de un par de clientes que le exigían otro tema. Thomas los ignoró y volvió a su taburete.

—¡Oye, marinero! —gritó uno de ellos cuando estaba a punto de sentarse.

Thomas se dio media vuelta para mirar hacia la mesa ubicada a sus espaldas. Era un tipo musculoso con aspecto de motero que iba embutido en una camiseta demasiado pequeña para su cuerpo. Miró a Thomas fijamente a través de sus gafas de sol de montura amarilla.

—Ya hemos escuchado esa canción demasiadas veces, ¿te ha quedado claro?

—Es un clasicote —resopló Thomas arrastrando las consonantes.

—¿Y qué? Es música para maricas.

Sus camaradas se rieron. Vestían chalecos de cuero con emblemas en la espalda, y luego empuñaron sus cubiletes.

—Pues llámame maricón, hasta hoy no se ha escrito una canción mejor.

—Prefiero la otra versión, sí, la original —agregó una mujer de mediana edad vestida con un traje *tweed* a cuadros. Tenía una cabellera gris indomable que se erizaba como si estuviera electrizada.

Thomas se giró para sonreírle a la mujer que estaba sentada en el otro lado de la barra.

—Ah, querida Victoria, esta versión es la original. Daryl Hall la escribió e interpretó en 1980, cinco años antes de que Paul Young la hiciera famosa y, sin faltarle el respeto a Paul, su versión no llega ni a la suela de los zapatos de la de Daryl.

Thomas se deslizó sobre el taburete para sentarse. Victoria arqueó el cuello exhalando una densa nube de humo hacia el techo.

—Vale, te agradezco el trivial musical, aunque aun así prefiero la otra versión.

—Estás en todo tu derecho —respondió Thomas elevando los hombros —. Vivimos en un país libre.

Johnson ojeó a los moteros al dejar la birra y el *bourbon* frente a Thomas.

—Ravn, ¿no crees que es hora de volver a tu nido?

—No por mi propia voluntad, por decirlo así —contestó Thomas vaciando el Jim Bean de golpe, que en seguida hizo bajar con un trago de cerveza.

Cinco minutos después, Daryl Hall llegó al último estribillo. Thomas se puso de pie y buscó más monedas en su bolsillo. El motero de las gafas amarillas levantó su mirada del cubilete y se percató de que Thomas caminaba hacia la gramola.

—Joder, no otra vez —exclamó poniéndose de pie. Luego le dio la vuelta a la mesa y, apretándose entre la masa de personas, se acercó a Thomas.

—Ya has puesto tú la última canción —dijo el motero empujando a Thomas hacia un lado.

Entonces insertó una moneda en la gramola y seleccionó *Highway to Hell* de AC/DC. El hombre se dio la vuelta con los brazos extendidos y se fue hacia sus amigos, que sacudían la cabeza al ritmo de la música.

Thomas se tambaleó, intentó concentrarse y comenzó a sacar monedas de todos sus bolsillos mientras las iba colocando sobre la gramola. De la inspección resultó una pila de monedas de diez y cinco coronas, colocadas junto a su móvil vetusto y su carné de policía arrugado, aunque todavía laminado. Guardó su carné y teléfono en el bolsillo del pantalón e inmediatamente se puso a alimentar la máquina con las monedas. Podía comprar quince números, lo cual equivalía a quince veces *Everytime you go away*. Iba a ser una noche estupenda. Regresó a su taburete junto a la barra, pidió otro set para él y un vermú para Victoria. Ella se lo agradeció afirmando que era un ángel.

Poco después sonó el órgano eléctrico y Daryl se preparó para cantar. Entonces se escuchó un tumulto por detrás de Thomas.

—Ahora sí que voy a callar a ese hijoputa.

El motero de las gafas amarillas se colocó junto a la gramola, se inclinó ligeramente y, usando toda su fuerza mientras los músculos se abultaban bajo su camiseta, levantó la Wurlitzer para dejarla caer bruscamente contra el suelo. La música cesó. El ambiente en el bar era tan bullicioso que solo los comensales más cercanos se percataron del incidente. Johnson levantó los ojos de su trago y miró silenciosamente al motero que iba de regreso a su asiento. Thomas bajó de su taburete cuando el sujeto pasó junto a él. Entonces miró detenidamente al fornido hombre que le sacaba media cabeza de altura.

—La maniobra que acabas de hacer te va a costar setenta y cinco duros.

—No me digas —gruñó el hombre con aspecto de motero forajido.

En ese instante se acercó Victoria y colocó una mano en el hombro de Thomas.

—Quizás sea mejor que lo dejes pasar, ¿no crees, Ravn? —dijo y le sonrió al motero—. ¿Qué tal si todos volvemos a nuestros asuntos?

—Imposible —contestó Ravn negando con la cabeza—. Metí setenta y cinco coronas en la gramola. Las has azotado, ergo me debes setenta y cinco coronas.

El motero miró a Victoria de arriba abajo antes de clavar los ojos en Thomas.

—Quizás te convenga escuchar a tu amiguita bollera antes de que las cosas se pongan peor.

—No es lesbiana, solo tiene una predilección por el *tweed* —farfulló Thomas.

—Pues parece bollera —agregó el motero.

Victoria entrecerró los ojos mirando severamente al forajido.

—Para un hombre con tetas de perra, te preocupas demasiado por la orientación sexual de las demás.

El motero se quedó boquiabierto paseando la mirada de Thomas a Victoria. Thomas se cruzó de brazos.

—Pensándolo mejor, ahora también le debes una disculpa a Victoria y otra a Daryl Hall por interrumpir su interpretación. Tu conducta es inaceptable, así que ¿qué vas a hacer primero?

—Deja de hacerte el gilipollas —respondió el motero.

—Quizás una vez que me entregues mis setenta y cinco coronas y te hayas disculpado con Victoria y Daryl.

—Oye, Niller —llamó uno de los amigos del motero.

—¿Qué? —gruñó dándose la vuelta.

El hombre lo miraba preocupado.

—El bastardo es pasma —agregó señalando a Thomas—. Quizás sea mejor no meternos en líos.

Niller bajó las gafas sobre su nariz y lanzó una mirada letal por encima de la montura.

—¿Te refieres a este subnormal? —dijo señalando a Thomas.

El otro hombre asintió.

—El verano pasado nos agarró a Rune y a mí frente a Christiania con un poco de *hash*.

Niller se giró hacia Thomas y se cruzó de brazos.

—¿Es verdad? ¿Eres madero?

—Lo que yo sea o no sea da igual, lo importante es que me debes setenta y cinco coronas, más una disculpa para Victoria y otra para Daryl.

—¡Acaso estás…! —gritó Niller y varias partículas de saliva salieron de su boca mientras apretaba los nudillos.

—Está de baja por incapacidad temporal, así que esta noche te has salvado de terminar detenido —mencionó Victoria bebiéndose el resto de su vermú.

—¿Incapacidad temporal? ¿Realmente? —Una sonrisita malévola se dibujó en la boca de Niller.

El motero lanzó un puñetazo hacia Thomas, que alcanzó a retroceder un par de centímetros para esquivar el impacto. Niller soltó un gancho ágil con la izquierda, pero Thomas también logró esquivarlo y respondió con un codazo dirigido a la sien del motero. Normalmente ese golpe hubiera dejado en la lona a cualquier humano, pero, como consecuencia de su embriaguez, el codo solo rozó a Niller. Las gafas amarillas volaron por los aires. Thomas las observó: planeaban como un insecto alado sobre las cabezas de los comensales que estaban de pie junto a la barra. Una sonrisa se dibujó en sus labios al contemplar esa absurda imagen, pero entonces un puñetazo arremetió contra su estómago. El impacto fue seguido por otro que aterrizó

en su rostro. Thomas cayó sobre el suelo con la visión nublada. Al instante, como a través de una neblina, se percató de los gritos y los cuerpos que se abalanzaban para alejar a Niller. Luego perdió el conocimiento.

Diez minutos después, Thomas estaba sentado en el bordillo frente al Havodderen, presionando un paño lleno de cubos de hielo contra su mejilla hinchada. A lo lejos escuchó las injurias que los tres moteros gritaban contra Johnson y algunos de los clientes habituales que se habían amurallado frente a la entrada.

Eduardo se agachó y miró a Thomas a través del grueso cristal de sus gafas.

—Joder, Ravn, ¿qué fue todo eso? —dijo con un suave acento que revelaba su origen español—. ¿Eres estúpido o qué?

Thomas negó con la cabeza. El gesto desató una punzada infernal e inmediatamente se arrepintió del movimiento.

—Dime, ¿se disculpó? ¿Lo hizo?

—Sí, en cinco ocasiones, utilizando todos sus nudillos —respondió Eduardo pasándose una mano por el pelo encrespado.

Thomas se encogió de hombros.

—Fue lo único que le pedí —murmuró—. Joder, y aún me debe setenta y cinco coronas.

Una mujer rubia tiró del brazo de Eduardo, diciendo que tenía frío y quería volver al interior.

—¿Te las puedes arreglar por tu cuenta? —le preguntó Eduardo.

Thomas asintió y de nuevo sufrió un dolor agudo. Poco después escuchó que los clientes iban entrando al bar y, casi perdiendo el equilibrio, se levantó del bordillo.

—Os invito a una ronda —dijo al quedar frente a la puerta.

Johnson le colocó una mano en el pecho y le arrebató el paño con el hielo.

—Ravn, vete a casa.

—¿Qué quieres decir? Al menos el último trago.

Johnson no respondió; se limitó a mirarlo directamente a los ojos mientras los clientes seguían entrando a la taberna.

Thomas caminó a lo largo del parapeto a una distancia segura del canal. Marchó por la acera evitando los adoquines con relieve, que a lo largo de los años habían enviado a más de un beodo al agua. Había un ambiente animado a lo largo del canal, ya que los bares del muelle estaban cerrando. En la plaza de Christianhavn, la gente se peleaba por coger los taxis que los llevarían a las discotecas de la ciudad.

La única meta de Thomas era cruzar al otro lado de la calle para alcanzar la plaza, pero su borrachera monumental le dificultaba calcular la distancia de los coches que transitaban. Cuando se atrevió, una bocina le anunció que estaba a punto de ser arrollado y Thomas se dio prisa para alcanzar el otro carril. Al poner un pie sobre la plaza continuó por la Dronningensgade en dirección a las antiguas lunetas. Su piso estaba al lado. Al alcanzar la puerta del edificio sacó las llaves y echó una mirada furtiva a las ventanas de la fachada: un par de velas encendidas brillaban en las ventanas del piso superior. Subió los dos peldaños, se acercó a la puerta principal y observó el portero automático donde se mostraba el nombre de los residentes. "Thomas Ravnsholdt y Eva Kilde", sus nombres estaban escritos con la caligrafía de Eva. Iba a meter la llave en la cerradura, pero se arrepintió en el último segundo y se echó a andar en dirección opuesta del edificio.

Giró en Sofiegade para enfilar hacia el canal. Aún en la oscuridad pudo divisar los barcos anclados al final de la calle. Entre ellos estaba su embarcación de mástil corto con vela de apoyo y el radar en la parte superior. El radar estaba averiado y jamás había izado la vela pequeña, pero el mástil era lo suficientemente original como para distinguirlo entre los otros botes. Ya le había servido como punto de referencia en varias de sus merluzas.

Se tambaleó al descender del parapeto a la cubierta del vetusto Grand Banks. Faltaba la tapa de la última escotilla, por lo que rodeó cuidadosamente el agujero al caminar hacia el camarote. La puerta colgaba holgadamente de las bisagras. Algún día la repararía, pensó al abrirla. El interior apestaba a moho y a las sobras de las cajas de pizza apiladas sobre el sofá manchado de lodo. Siguió andando por el camarote, pasó por el lado

de la cocina y bajó la estrecha escalera que conducía al dormitorio con la cama en ‘V’. Se tumbó sobre el colchón y cerró los ojos.

La lluvia tamborileaba contra la ventanilla de la escotilla sobre su cabeza. El agua no tardó en filtrarse por la cabina mal sellada. Era consciente de que lo más conveniente sería levantarse, buscar un cubo y colocarlo al pie de cama, pero no era capaz de afrontar esa tarea. Además, dormir con los pies mojados era el menor de sus problemas.

6.

16 de octubre de 2010

Masja se sentó en el sofá de cuero negro y se envolvió con el edredón. Lajka, su perra chihuahua, se acurrucó en su regazo. Intentaba perderse en la lectura del último tomo de *La hija de la bruja dragón*, una saga de fantasía que seguía fielmente. Sin embargo, no podía concentrarse, ya que estaba intranquila; eran las diez de la mañana y no sabía nada de Igor.

En ese instante se abrió la puerta principal del edificio y luego se escuchó la voz de Igor en el vestíbulo. Lajka se incorporó ladrando con su timbre penetrante. Masja hizo callar a la perra para poder escuchar lo que Igor decía al teléfono. Atrapó frases sueltas: algo sobre vender el coche, lo cual era absurdo porque Igor adoraba su BMW; hasta lo había bautizado con el nombre de Lola.

Igor entró al salón sin mirar a Masja. Se quitó la cazadora de cuero enfadado mientras seguía hablando por teléfono.

—Traga mierda, Janusz, ambos sabemos que Lola vale mucho más. Te estás aprovechando de la situación.

Igor apagó el móvil y lo dejó caer sobre la mesa de mármol. La palidez de su rostro era notoria, al igual que las bolsas bajo sus ojos. Además, apestaba. Masja podía olerlo desde donde estaba sentada: licor y sudor agrio, una mezcla que le recordó a sus peores clientes. Lajka no cesaba de ladrar a pesar de los intentos de Masja por silenciarla.

—¿Dónde has estado toda la noche?

Igor hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Ahora no, Masja —respondió Igor entrecerrando los ojos—. ¿Cuánto efectivo tenemos?

Igor no esperó la respuesta y ladeó la silla de cuero negro.

—¿Qué está pasando? ¿Qué haces? —protestó Masja.

Él no respondió; meramente sacó el sobre blanco que estaba oculto entre los muelles de la silla.

—Ese es mi dinero, aleja tus manos de ahí.

Igor abrió el sobre.

—No tengo otra opción. Necesito que me los prestes, estoy metido en un lío gordo.

—¿Y qué hay de los cinco mil que ya me debes? —dijo Masja clavándole una mirada fugaz.

—Ya, pero tú vives aquí gratis, sin pagar alquiler. Dime, ¿cuándo te he cobrado?

—Uy, gracias, Igor —respondió ella irónicamente.

Igor sacó los billetes del sobre y los contó de inmediato.

—¡Diecinueve mil! ¿Es todo lo que tienes?

El cuerpo de Masja se retorció de rabia.

—Parece que no piensas. ¿Te pasas la noche afuera, no das una sola noticia y regresas a casa para robarme?

—Solo los estoy tomando prestados, no te preocupes. ¿En serio no tienes más? —dijo tirando el sobre al suelo y guardándose el dinero en el bolsillo delantero del pantalón.

—No me dejaste ni un billete, ¿estás feliz? —gritó ella.

Lajka miró a Masja y luego se escondió asustada bajo la mesa del salón. Igor se frotó la cara.

—¿Qué hay de tu madre? ¿Crees que nos puede prestar algo? —preguntó mirándola a través de los dedos de la mano.

Masja enderezó la espalda.

—¿Mi madre?

—Sí, joder, tu madre, ¿quién más? ¿Nos puede prestar algo?

Masja soltó una risita burlona.

—De verdad estás desesperado. Sabes que mi madre no gana una mierda, soy yo quien le da dinero.

—Venga —respondió él—. ¿Tienes alguna cita? ¿Algún cliente?

—Vete a tomar por culo, Igor, eres un hijoputa. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Perdóname, pero, de verdad, estoy desesperado —dijo y la miró con total abandono—. Bueno, ¿tienes clientes hoy?

Masja estaba a punto de sollozar e insultarlo por comportarse como un imbécil.

—¿Ya se te ha olvidado lo que te dije ayer? No me apetece más hacer eso, ¿te lo puedes meter en la cabeza o no?

Él se acercó para sentarse en el sofá.

—Sí, sí, pero eso es un plan a largo plazo, esto es ahora.

—¿Cuánto perdiste?

—Mucho más de lo que podía permitirme —respondió cabizbajo—. Demasiado.

Ella le acarició el pelo, pero Igor se levantó inmediatamente, cogió el móvil y llamó a Janusz.

—Lola es tuya por cuarenta mil, pero me pagas hoy mismo. —Igor colgó y se giró hacia Masja.

Masja sintió pena por Igor. Ahí, en medio del salón, se parecía a un perro mojado más que a otra cosa, como Lajka cuando volvía a casa tras un paseo en un día lluvioso.

—Acércate, mi amor. Ven aquí, tumbémonos un momento juntos.

—Más tarde. Ahora tengo que hacer un par de llamadas —dijo y se encerró en el dormitorio.

Masja se echó en el sofá y llamó a Lajka. La perrita volvió a su regazo con un gruñido de satisfacción. Se puso a lamerle los dedos, hasta que Masja le dio una palmadita en el hocico; no le gustaba esa costumbre que había adquirido. Pobre Igor, solo era un idiota que creía en las salidas fáciles. Debían dejar esa vida y hacer algo diferente, aunque tuvieran menos pasta, incluso a riesgo de terminar como su madre: lavando suelos para daneses engreídos, para las perras petulantes de los suburbios que se sienten superiores a ella. Pero ¿a qué otra cosa podía dedicarse? E Igor, ¿acaso tenía opciones fuera de conducir coches robados hasta Polonia y jugarse las ganancias?

Igor regresó al salón y se sentó junto a ella.

—¿Lo arreglaste?

—Quizás, pero tengo que pedirte un favor inmenso.

—¿Qué? —respondió ella a la defensiva.

—El hombre a quien le debo el dinero me ha propuesto algo —agregó con la mirada puesta en el suelo.

—¿Qué clase de proposición?

—Adivina.

Masja entrecerró los ojos.

—¿Y tú qué crees que te voy a responder, Igor? ¿Tan poco me valoras?

—No, nena, claro que no —respondió Igor ahogando el llanto.

—Igor, este problema es tuyo, no mío. ¿Por qué no te lo follas tú?

—Es que no entiendes lo jodido que estoy —dijo mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas—. Me cortarán los dedos si no pago.

—¿En serio? —dijo Masja con cierta suspicacia mirando sus uñas recién pintadas—. Quizás así dejes de jugar.

Masja se dio cuenta demasiado tarde: un brazo cortando el aire y, luego, una bofetada contra su mejilla. Chilló llevándose las manos al rostro y Lajka gimoteó escondiéndose debajo de la mesa.

—Perdóname, Masja, perdóname, por favor —imploraba Igor lloriqueando en el sofá.

Masja estalló y empezó a gritar, golpeando a Igor en la espalda, el cuello y la nuca. Él no hizo nada por defenderse, recibió los impactos sollozando. Cuando ella agotó todas sus fuerzas, también se echó a llorar.

7.

Eran las siete y media de la tarde y Masja se estaba pintando el contorno de los labios frente al espejo del baño. Se había puesto el vestido de seda color vino tinto y las delicadas botas de gamuza marrón. Igor estaba fumando junto a la puerta de la entrada.

—Lo siento mucho, nena, de verdad —dijo.

Ella no contestó; se aplicó otra capa de laca y comprobó no tener labial en los dientes frontales. Luego encaró a Igor.

—¿Nos vamos? —preguntó ella.

Condujeron por Torvegade, pasaron por las murallas de Christiania y se dirigieron hacia Vermlandsgade. La noche había caído y, con excepción de un par de taxis que iban en dirección al aeropuerto, no había otros coches en la calle.

—Te prometo que todo va a salir bien —dijo Igor suavemente al mirarla —. Ya basta: dejaré de jugar y de apostar, toda esa mierda se acabó. Te lo prometo, nena, a partir de ahora haremos las cosas bien.

Colocó una mano en el muslo de Masja, pero ella la retiró.

—Entiendo que estés enfadada conmigo. Sé que soy un mierda, un cerdo, un payaso.

—Preferiría que no dijeras nada.

—Claro, cariño, lo entiendo, pero solo para que lo sepas… —titubeó y buscó su mirada, pero ella lo evitó manteniendo la mirada en la ventanilla lateral—. A partir de hoy haremos las cosas a tu modo, seremos una pequeña familia. Tú y yo, con un bebé y todo. Buscaré un trabajo decente, un trabajo de verdad. Soy capaz de hacer muchas cosas, espera y verás, te lo demostraré.

—Cállate de una vez —dijo ella, aunque un poco menos malhumorada.

Condujeron por Amagerbanen y giraron en Yderlandsvej, justo donde las empresas de transporte y las compañías de autobuses coexisten lado a lado. Masja vio una hilera de coloridos autobuses de dos pisos que se utilizaban durante el verano para ofrecer recorridos turísticos por la ciudad, aunque pasaban los meses fríos resguardados bajo un medio techo. Hacía muchos años, cuando acababan de llegar a Dinamarca, tomó uno de esos autobuses con su madre, que estuvo enfadada durante todo el trayecto porque Masja tenía ganas de ir al baño.

Masja echó un vistazo por el parabrisas; el sitio no se parecía en nada a los hoteles de cinco estrellas que acostumbraba a frecuentar. En realidad, no se parecía a ningún lugar que hubiera visto antes. Tuvo un mal presentimiento y se arrepintió de haber accedido.

—Hemos llegado —dijo Igor adentrándose en un aparcamiento mal iluminado.

Frente a ellos se dibujó un taller mecánico muy deteriorado; varias de sus ventanas estaban rotas y la fachada estaba estropeada por incontables grafitis.

—Media hora, eso es todo, no le daré ni un segundo más —afirmó Masja al bajarse del coche.

Recorrieron el sucio lote hasta alcanzar el gran portón azul y entrar al descuidado taller. Un nauseabundo olor a aceite invadió su nariz y Masja se tapó las fosas nasales con los dedos para respirar por la boca. En el otro extremo del recinto vio a cuatro hombres de mediana edad sentados en torno a una mesa, envueltos por el humo del tabaco que fumaban.

Masja e Igor avanzaron por el lado del prolongado foso de inspección que se extendía a lo largo de la nave, hasta donde estaban los sujetos. Bebían vodka y cervezas en lata y su aspecto sugería que habían seguido bebiendo desde que Igor partió del negocio de Kaminskij esa misma mañana.

Lucian dio media vuelta en el taburete para mirar fríamente a Igor, y luego inspeccionó clínicamente a Masja. Se limpió la boca con la mano.

—¿Así que me trajiste a tu novia? —dijo Lucian exhalando una nube de humo hacia el techo—. Pues ya veremos si es suficiente para cubrir el monto.

Los hombres la evaluaron con la mirada, intercambiaron obscenidades y se rieron entre ellos. Lucian se puso de pie trastabillando.

—Es una ramerita muy linda, eso te lo concedo, una putita deliciosa. Has tenido suerte, Igor.

Masja entrecerró los ojos.

—¿Por qué no cambiamos el tono, camarada?

—¿Por qué? —respondió Lucian mirándola a los ojos—. No estoy levantando falso testimonio, eres una putita, te ganas el dinero follando, ¿o no es cierto? La cuestión es más bien si tienes talento. ¿Lo tienes?

Lucian enfatizó la pregunta moviendo sus caderas obscenamente. Los sujetos rompieron en carcajadas.

—No estoy aquí para aguantar esta mierda —dijo ella girándose hacia Igor—. Me voy, ¡ahora mismo!

—¿A dónde crees que vas? —agregó Lucian cogiéndola por el cabello.

Masja gritó e intentó liberarse. Miró a Igor y se quedó petrificada al descubrir que él se alejaba de ella.

—Vete quitando la ropa, ¿o prefieres que te ayude? —ordenó Lucian tirando de su vestido.

Masja pateó desesperada sin acertar y al buscar a Igor descubrió que estaba junto a la puerta.

—¡Socorro, Igor! ¿Qué haces? ¡Ayúdame!

La cabeza de Igor hizo un movimiento vacilante.

—Perdóname, nena, no tuve otra opción. Perdóname.

Lucian cogió el cuello de Masja con su pesada mano, estrujó, y apenas pudo respirar. Lucian le arrancó el vestido sin clemencia. Masja pudo olerlo y sentir la camisa pegajosa del hombre restregándose contra su piel desnuda, así como el bulto duro en sus pantalones.

—No hay nada que me guste más que amansar a una zorra enfadada —susurró ásperamente.

Masja seguía gritando el nombre de Igor, pero él ya había salido y cerrado la puerta.

***

Igor se alejó trastabillando hacia su BMW. En cuanto alcanzó el coche se apoyó en el capó y vomitó sobre la rueda y sus Adidas flamantes. Se escucharon pasos detrás de él. Igor se limpió y se giró. Kaminskij lo observaba con frialdad.

—Era tu única opción; conservar el honor es lo más importante en el mundo, y uno siempre debe pagar lo que debe.

—Lo sé.

—Lo que no deja de asombrarme es que la hayas convencido para poner un pie en esta pocilga —dijo Kaminskij mirando hacia el taller ruinoso—. Debe quererte y confiar ciegamente en ti.

Igor abrió la puerta y se sentó al volante. Kaminskij se inclinó hacia él.

—Al menos Lucian ha sido generoso; mira, te ha dejado conservar el coche. Anda, conduce con cuidado —dijo Kaminskij al cerrar la puerta del conductor.

8.

Christianshavn, 2013

Los ladridos eran como martillazos atestados contra el cráneo de Thomas. Era imposible ignorar el estrépito, por lo que tuvo que abrir los párpados. La luz del día que entraba por la ventana de la escotilla que tenía encima de él recrudeció el dolor que sentía en las cuencas de los ojos.

—Cierra el hocico —masculló Thomas.

Møffe saltó a la cama. El viejo *bulldog* inglés no exhibió remilgo al lamer la cara entera de Thomas, que intentaba apartarlo en vano.

—Tío, anoche tu perro y yo tuvimos una fiesta de pijamas memorable. Me dolió ponerle fin, pero pensé que su padre lo estaría echando de menos. —La voz de Eduardo llegaba desde la cabina.

Thomas intentó levantarse, pero la resaca lo obligó a tumbarse de nuevo, gesto que Møffe interpretó como una invitación y se puso a lamer su rostro de nuevo. Thomas lo rechazó y rascó al perro justo detrás de la oreja hasta que Møffe, gruñendo de placer, se echó a un lado.

—Por cierto, tu bestia dejó un mojón histórico en mi cabina —comentó Eduardo.

—Pues mejor en la tuya que en la mía —murmuró Thomas.

—¿Qué has dicho? —preguntó Eduardo asomando la cabeza.

—Ah, que lo siento, en nombre de mi perro.

—Oye, ¿no tienes café?

Thomas apuntó hacia un lugar indefinible. Eduardo comenzó a hurgar en cajones y armarios, golpeando las puertas y demás. El ruido acabó por sacar a Thomas de la cama, pero las náuseas fueron inmediatas. Impedir el vómito era utópico y solo lograría retenerlo unos instantes. Apurado, abrió la puerta del diminuto baño, solo para recordar que el inodoro estaba atascado. Su estómago se hizo un nudo, anunciándole que estaba a punto de

estallar. Era cuestión de segundos. Thomas corrió, hizo a Eduardo a un lado al atravesar la cocina y salió por la puerta abierta del camarote. Logró llegar a la barandilla del bote y, apoyándose en ella, expulsó por la boca la borrachera de la noche anterior. La cubierta se mecía de un lado a otro y sintió que su cabeza iba a explotar. Entonces percibió un flas, seguido de otro y uno más. Escuchó algunas voces en el agua y, al levantar la mirada, vio uno de los botes turísticos que ofrecen recorridos por los canales de Copenhague. Iba repleto de turistas japoneses que muy alegremente eternizaban su miseria. Thomas se agachó para ocultarse y, segundos después, Eduardo apareció junto a la puerta.

—Hostia, no sabía que ya había comenzado la temporada.

—Ravn, estoy seguro de que navegan todo el año.

—¿En serio? —dijo Thomas llevándose las manos a la cabeza y notó que su mejilla estaba hinchada—. Joder, estoy hecho mierda, ¿medí el suelo anoche?

Eduardo asintió en silencio.

—¡Hasta pronto! —dijo una chica esbelta desde el queche de Eduardo, anclado frente al barco de Thomas. Eduardo se giró para enviarle un beso a la joven rubia que se despedía desde la cabina.

—¡Te llamaré! —respondió Eduardo.

La chica caminó por el muelle hasta su bicicleta y la desató.

—¿Quién demonios es esa? —pronunció Thomas.

—¿Malene? ¿Maria? ¡Anna! —respondió Eduardo sonriente—. La conocí anoche en el Havodderen.

Saludó a la chica que se alejaba pedaleando.

—Malene-Maria-Anna es un nombre muy inusual —comentó Thomas irónicamente.

—Le va perfecto; pues vaya que era una chica muy inusual.

A los diez minutos, Thomas encontró el frasco de Nescafé y preparó dos tazas. Decidieron beberlo en el pequeño puente volante sobre el camarote, por encima de los barcos turísticos y las fotos de los extranjeros. Eduardo hizo una mueca al darle el primer sorbo.

—Serás tacaño en muchos aspectos, pero no con el Nescafé.

—No hay manera más efectiva de levantar los párpados —respondió Thomas bebiendo. Estaba fuerte, incluso para él.

Eduardo vio el vaho de su aliento flotando frente a su cara; era un día helado.

—Estoy preocupado por ti, Ravn.

—No deberías estarlo —respondió Thomás desviando la mirada—. Ya me encuentro mucho mejor.

—Me refiero a tu estado general.

—Hombre, pero si jamás he estado mejor.

Eduardo levantó una ceja y le echó una mirada interrogante.

—¿Cuándo piensas volver? —preguntó Eduardo.

—¿Volver? ¿A Station City?

Eduardo asintió.

—Bah, no lo sé. No le he dado muchas vueltas al asunto.

—Tampoco pueden suspenderte ilimitadamente, tienes derechos.

Thomas se reclinó y subió los pies al asiento de enfrente.

—Dejemos algo claro: no estoy suspendido, estoy de baja temporal, por estrés, joder.

—Ya, ¿pero por cuánto tiempo?

—Hasta que decidan que estoy curado y me den de alta —respondió con una sonrisa.

—Ajá, ¿y quieren que vuelvas?

Thomas arrugó el ceño.

—Bueno, ¿de qué va esto?, ¿es un interrogatorio o qué? Ponle pausa a tu oficio de periodista hasta que pongas el pie en la oficina de tu cochino diario de izquierdas.

—Disculpa, no era mi intención entrometerme en tus asuntos.

Thomas temblaba, pero no lograba discernir si era por la resaca o la fresca brisa matutina.

Eduardo sonrió.

—Sé que es solo mi opinión, pero creo que te sentaría bien volver. Eres policía, incluso me atrevo a decir que eres un buen policía, y eso viniendo de un izquierdoso —comentó Eduardo y luego desechó el resto del café al canal.

—Ser bueno no es suficiente cuando las trabas vienen desde arriba —respondió Thomas.

—¿Te tuvieron a raya así sin más?

Thomas se encogió de hombros.

—En primera instancia, no me permitieron llevar el caso e hicieron todo lo posible por mantenerme alejado. Cuando se les agotaron las opciones, me dieron la baja —dijo Thomas con una sonrisa amarga.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Desde mi baja?

—No…, de lo otro —aclaró Eduardo.

—Pronto hará un año —respondió Thomas.

—Un año de mierda.

—Sí, un año de mierda.

Eduardo se levantó del banco y se acercó a la escalera que bajaba a la cubierta. Descendió dos peldaños y se giró para mirar a Thomas.

—El caso está maldito, Ravn, es uno de esos que no pueden resolverse.

—Lo sé, lo sé.

—Quizás sea hora de dejarlo en el pasado y seguir adelante con tu vida.

—Lo sé —repitió Thomas.

9.

Strängnäs, octubre de 1979

El árido campo azabache estaba desolado. Los primeros rayos solares luchaban por atravesar el espeso manto de niebla que envolvía el paisaje y se tragaba los árboles circundantes. Dentro del puesto de caza, color verde con patas blancas, estaba Erik, acompañado por su padre y Johan Edel, uno de sus camaradas de cacería. Erik acababa de cumplir los diez años y era la primera vez que su padre lo llevaba de caza. Llevaban dos horas escondidos esperando a que los perros de los rehaleros alborotaran a las presas para hacerlas pasar frente a ellos y los demás cazadores dispersos por el terreno. Las manos de Erik temblaban y le impedían sostener firmemente los pesados prismáticos con los que intentaba avistar a los animales.

—Erik, ¿qué pasa? ¿Tienes frío? —le preguntó su padre en voz baja.

Bertil, su padre, estaba cerca de cumplir los sesenta años. Tenía unas marcadas bolsas bajo los ojos y su nariz estaba constantemente colorada, señal de que bebía más de lo que debía.

—No, estoy bien —tartamudeó Erik apretando los prismáticos para que no se le escurrieran de las manos.

Su padre bajó el rifle, un formidable Winchester con culata de nogal, y le dio una palmadita a Erik en la cabeza.

—Anda, mueve los brazos rápidamente, es lo que hago yo cuando tengo frío —dijo demostrando los movimientos.

La mirada azul gélida de Johan Edel se clavó en ambos. Estaba enfadado.

—Para ya —añadió con voz nasal—. Joder, vas a espantar a las presas.

Johan rondaba los treinta y cinco. Era de complexión musculosa y su cabello rubio, peinado impecablemente hacia atrás, le daba un aire de *lord*

inglés. Bertil se disculpó con un gesto. En ese instante, se escucharon los ladridos de los perros al otro lado del campo.

—¿Ves algo? —preguntó Bertil a Erik.

Erik recorrió el campo con los prismáticos, pero la niebla era demasiado densa como para ver algo. Negó con la cabeza.

—Déjame a mí —dijo Johan arrebatándole los prismáticos.

—Sí, sí, puedo sentirlo, llegarán a tiempo —dijo Bertil cogiendo la manivela de carga.

Los ladridos se oían más cerca de ellos.

—¡Los veo! Están a unos doscientos metros —aseveró Johan señalando hacia el otro extremo.

Erik y su padre observaron atentamente el terreno, pero, con esas condiciones y a esa distancia, resultaba imposible divisar algo sin los prismáticos.

Johan le devolvió los gemelos a Erik y miró atentamente las copas de los árboles sobre ellos. La ligera brisa mecía las ramas. Entonces, con un solo clic, ajustó la mirilla de su esbelto rifle Beretta.

—¿Estás seguro de que quieres disparar primero? —preguntó Johan a Bertil.

Bertil asintió.

—Con lo que he pagado por la excursión, creo que es lo justo —respondió Bertil.

—Por supuesto, lo preguntaba por si estabas nervioso —dijo Johan desactivando el seguro de su rifle antes de colocarlo junto a su mejilla.

Bertil siguió su ejemplo. Estudió el territorio por la mira del telescopio. Entonces, entre la bruma, emergió recelosamente el primer ciervo. Era un ejemplar joven y rojizo que oteaba de un lado a otro al reducir la velocidad de su trote. Otros dos ciervos aparecieron instantes después. Titubearon antes de aventurarse al área abierta del terreno y, en ese instante, los ladridos de los perros les obligaron a apretar la marcha. Bertil siguió de cerca la fuga de los ciervos que galopaban a toda velocidad. El grupo de animales se aproximaba velozmente a un muro de piedra cercano al bosque que se abría delante de ellos.

—¿Qué coño estás esperando? —gruñó Johan.

Bertil apretó el rifle contra su hombro y contuvo la respiración.

—¡Descarga! —exigió Johan.

Bertil tiró del gatillo y el disparo retumbó en el estrecho escondite de los cazadores. Erik se tapó las orejas sobresaltado.

Los ciervos aceleraron aún más. Primero uno saltó el muro de piedra, luego otro. Entonces atronó el bramido de otro disparo: el ciervo de la retaguardia fue interceptado en su salto y se desplomó contra la tierra.

—¿Acertaste? —preguntó Bertil.

—Claro que sí —respondió Johan. Era la primera vez que sonreía desde que había comenzado la cacería.

Erik miraba atónito, hechizado por las sacudidas espasmódicas de las patas del ciervo.

—Creo que intenta escapar —dijo señalando al animal.

Johan se incorporó.

—No, esa bestia ya no irá a ninguna parte.

—Son solo sus nervios, los calambres de la muerte —agregó Bertil—. Está muerto.

—Entonces, ¿ya no siente nada? —preguntó Erik.

—No lo creo.

Minutos después, los tres bajaron por la escalera del puesto de caza y recorrieron la distancia que los separaba del ciervo derribado.

Llegada la noche, cuando ya había oscurecido y las últimas rehalas habían terminado, los ocho cazadores se reunieron frente a uno de los cobertizos de caza. Erik, de pie junto a su padre, miraba sobrecogido las presas dispuestas en hilera bajo la luz parpadeante de las antorchas. El botín sumaba cinco ciervos y un zorro, al cual Johan disparó justo antes de la puesta de sol. El maestro de caza, un hombre joven de bigote rubio, registraba en un cuaderno quién había disparado a qué. Erik bajó la cabeza cuando llegó el turno de su padre.

—Escribe *casi* —respondió Bertil con buen humor—. Te aseguro que lo tuve en la mira —agregó haciendo como si apuntara con un rifle invisible.

—Ah, ya veo. Pues escribiré un enorme *cero* —respondió el maestro de caza—. Igual que en las tres cacerías pasadas.

Bertil se encogió de hombros.

—Bertil, hay muchos interesados peleándose por una plaza para cazar, por lo que nuestra obligación es conseguir buenas estadísticas. Por eso solo tenemos espacio para los mejores —afirmó el maestro de caza mirándolo seriamente.

Bertil sonreía tranquilamente.

—O para quienes puedan pagarse las cuotas —respondió.

Los cazadores se rieron.

—Buen punto —respondió el maestro de caza uniéndose a las risas—. Te dejaré ir con una advertencia.

—Teniendo en cuenta tu instinto de cazador, no entiendo cómo te las arreglas en la bolsa de Estocolmo —comentó Johan.

Los otros rieron de nuevo.

—Me las arreglo más que bien; la paciencia es la virtud del anciano —agregó Bertil sonriendo a los demás cazadores; todos eran ricos, pero considerablemente más jóvenes que él—. Vámonos, Erik —dijo cogiendo de la mano a su hijo.

Erik se tocó el sombrero al despedirse de los demás. Padre e hijo caminaron hasta el gran Mercedes SEL negro en estado inmaculado y tomaron asiento.

—¿Qué te pasa? ¿Estás cansado? —le preguntó Bertil a Erik al poner en marcha el potente motor V8.

Erik negó con la cabeza mientras se colocaba el cinturón de seguridad.

Condujeron por la oscura carretera principal en dirección a Estocolmo para luego tomar la desviación hacia los suburbios. El tráfico era mínimo. Había comenzado a llover y los limpiaparabrisas recorrían el cristal para retirar las gotas. Cuando Bertil encendió las luces largas, se iluminó el asfalto y los imponentes abetos plantados a los costados de la carretera.

—Hijo, ¿sabías que es posible cazar un ciervo usando solo el poder de la luz? —Bertil miró a Erik que, sin responder ni moverse, miraba fijamente sus botas salpicadas de barro—. Es cierto; si un venado cruzara la carretera ahora mismo, la luz de los faros lo paralizaría y entonces lo arrollaríamos.

—No estaría mal, al menos tendríamos algo que llevar a casa —respondió Erik rompiendo su silencio.

Bertil se rio.

—Ah, ya veo, ¿eso es lo que te molesta? —dijo revolviendo el cabello de Erik—. La siguiente vez acertaremos, ya lo verás.

Erik desvió la mirada

—Pero todos dicen que jamás das en el blanco.

—Los demás dicen un montón de bobadas. No les prestes atención. —Bertil se desabrochó la cazadora de tela encerada, sacó una petaca y la abrió para beber un trago del coñac costoso que albergaba—. De verdad, no te preocupes por esas cosas.

—Pero se rieron de ti, papá.

—¿Y qué?

—También Johan —contestó Erik mirando por la ventana.

—Nos reímos los unos de los otros, no hay nada de malo en ello. —Bertil vació la petaca y la devolvió al bolsillo de la cazadora—. No debes permitir que ese tipo de cosas te afecten, ¿lo entiendes?

—Sí, papá.

Bertil tomó la salida que conducía hacia Mälarhöjden y, en silencio, recorrieron el suburbio adormecido hasta llegar a su chalé con vistas al lago Mälar.

10.

Octubre de 2010

Tumbada en una cama, Masja escrudiñó al hombre que se mecía en la silla frente a ella. El sujeto llevaba puesta una cazadora de cuero negro, pantalones oscuros, botas pesadas y un reloj enorme de oro en la muñeca; un Hublot o un Bulgari, pensó, costaba, como mínimo, ciento cincuenta mil coronas. El tipo llevaba el pelo negro encerado hacia atrás y sus ojos eran pequeños. Llevaba una perilla bien cuidada y sus labios carnosos se estiraban como si acabara de pronunciar un comentario socarrón. El hombre la observaba en silencio: sus ojos no expresaban hostilidad, más bien expectación.

Masja estaba aturdida y su cuerpo era una masa extraña desposeída de sensaciones, como si navegara por un océano de Valium. Alguien debió de haberla dopado bien y a fondo. Solo logró evocar fragmentos inconexos del día anterior: ella y otra chica siendo evacuadas de la fosa, los alaridos de una joven, una mujer siendo arañada, algo acerca de un coche, kilómetros y más kilómetros, las farolas por encima de ella, que iluminaban una autopista informe, esas mismas farolas que centelleaban como ángeles.

Masja se miró a sí misma. Llevaba puestos unos pantalones *jogger* y una camiseta rosa demasiado grande para ella. Las prendas apestaban a un perfume y un sudor ajenos. Le echó un vistazo a la estrecha habitación: el descolorido dibujo verde del tapete le recordó al salón de la casa de su madre en Daugai. Masja no sabía dónde estaba. Su garganta estaba reseca e intentó tragar saliva. El hombre señaló la mesilla de noche donde había un vaso y una jarra con agua. Masja cogió el vaso y bebió ávidamente, se sirvió un segundo vaso y lo vació con la misma voracidad. Luego se secó la boca con el revés de la mano.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

El hombre no rompió su silencio, simplemente se limitó a mirarla con esa sonrisa astuta en los labios.

—¡Contéstame! —gritó Masja con voz ronca.

El hombre acarició las puntas de su perilla. Masja se fijó en el vistoso anillo con inscripción que llevaba en el meñique. La piedra roja incrustada en el anillo centelleaba como un ojo maldito.

—¿Crees que tengo miedo? —dijo enderezándose en la cama en un intento por mostrarse dura—. Ya verás, cuando salga de aquí iré directamente a la policía, ¿entiendes?

El hombre se inclinó hacia adelante permitiendo que la silla descansara sobre las cuatro patas.

—Masja, pero si nadie está reteniéndote —pronunció con un marcado acento eslavo—. Puedes irte. —Señaló la puerta—. Ve, anda y habla con la policía, pero ¿qué quieres o esperas de ellos? Eso es lo que no entiendo.

—Denunciaros.

El hombre aplaudió un par de veces.

—Te deseo mucha suerte. Seguramente los maderos ya te han ayudado en otras ocasiones, ¿no es así, Masja? Porque a mí jamás me han ayudado, aunque quizás tú tienes mejor relación con ellos.

Ella miró en otra dirección.

—¿Cómo diablos sabes mi nombre? ¿Fue el hijo de puta de Igor quien te lo dijo?

—Leí tu nombre en tu pasaporte —respondió dando unas palmaditas en uno de los bolsillos de su cazadora y sonriendo agregó—. Me lo dio el hijo de puta de Igor.

—Devuélvemelo ahora mismo. También quiero mi ropa, mi bolso y mi dinero. Vas a traérmelo todo ahora mismo —dijo mientras intentaba levantarse, pero sintió un vértigo inmediato. Entonces le echó un vistazo al agua, sospechando que le habían agregado alguna sustancia—. ¿Quién cojones eres?

El hombre se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Como haces tantas preguntas, supongo que tendré que darte algunas respuestas. Me llamo Slavros, te salvé de una situación terriblemente difícil. Te alejé de unas personas ruines, bestias sin modales ni moral —dijo

ladeando la cabeza—. A las mujeres no se las maltrata, mucho menos a una tan bella como tú.

—¿A dónde me has traído?

—A mi lugar —respondió sin ofrecer más detalles.

—¿Y vas a dejarme ir, así sin más?

El hombre sonrió agitando los brazos.

—Naturalmente…, puedes irte ahora mismo, aunque eso no cambia tu situación.

—¿Y qué situación es esa?

—Nuestra discrepancia financiera.

Ella se burló con sorna.

—Fuera de mi pasaporte y mi dinero, no hay nada entre nosotros. Igor está en deuda contigo, no yo. ¿Por qué no se lo cobraste a él?

Slavros se frotó las palmas de las manos, ocasionando un ruido rasposo.

—La situación ha cambiado. Tu novio Igor, que es tan cerdo como Lucian, te vendió por cuarenta mil euros. Por muy injusto que todo esto suene, Igor quedó libre de deudas. Yo te compré por la mitad de esa suma; un buen trato para todas las partes involucradas, en especial al tener en cuenta la cantidad que se jugó en la partida de póker. Entonces, te explico: puedes salir por esa puerta, acudir a la pasma o viajar al otro lado del planeta o hasta la luna —dijo señalando hacia el techo—. Hagas lo que hagas, vayas a donde vayas, tú me debes veinte mil euros, y debemos establecer acuerdos muy claros sobre esa suma.

—Pero fue Igor el que…

—Olvídate de Igor de una vez. —Slavros la miró fríamente—. Ya no es relevante, está fuera de la ecuación. Masja, a partir de ahora tienes que pensar en ti misma y debes ponderar tus oportunidades. Necesitas nuevos aliados, personas que quieran ayudarte, protegerte y, toma mi palabra, vas a necesitar toda la protección que puedas conseguir.

—Ah, ¿y debo suponer que tú vas a protegerme?

Él inhaló profundamente.

—Podría dejar que la deuda vuelva a Lucian o enviarte a otras personas, sabandijas mucho más despreciables que él. Existen lugares que no has visto ni en tus peores pesadillas, sitios que hacen que el mugroso taller

donde te encontré parezca un palacio. —Slavros la miró con una expresión consternada—. Ya te digo que no es eso lo que yo quiero; ya has lidiado con bastante y quisiera ayudarte a salir de aquí, pero para eso necesitas poner de tu parte y cooperar. Vas a tener que usar tus neuronas, ¿comprendes?

—¿Qué estás sugiriendo?

—Que utilices tus talentos. Nada nuevo, lo que hacías antes para ganar dinero.

Masja paseó la mirada por la sábana.

—No deberías avergonzarte, en el mundo existen dos tipos de personas: supervivientes y víctimas, guerreros y pusilánimes. Mírame a los ojos, Masja.

Ella posó la mirada en Slavros, que la observaba solemnemente.

—Tú y yo somos muy parecidos: hacemos lo que sea para sobrevivir. Tú elegiste tu camino hace tiempo, porque quieres lograr algo con tu vida. Sé que no deseas conformarte con lo que tienes o morir en la miseria. —Frunció su poderosa frente—. Lo sucedido con Igor, Lucian y sus lacayos fue un bache en el camino, no es nada que dañe tu panorama general ni el plan que trazaste para ti.

Ella sacudió la cabeza y sintió que las lágrimas se agolpaban en sus párpados.

—No sabes lo que me hicieron…

—Sé tan poco como tú sabes sobre lo que yo he vivido. Puedo mostrarte un cuerpo rasgado por las cicatrices de las guerras que luché en Chechenia, en los Balcanes y aquí. Masja, nosotros somos supervivientes, hacemos lo necesario para alcanzar nuestros objetivos.

—Bien, entonces, ¿cuál es el plan? ¿Cuál es el objetivo? —dijo con la mirada perdida en el aire.

—El mismo que todos los demás persiguen… El objetivo es el dinero, porque el dinero otorga libertad, la libertad de decidir sobre tu propia vida, ni más ni menos.

Slavros hurgó en el bolsillo de su chaqueta y por un instante, presa de su ingenuidad, Masja creyó que le devolvería el pasaporte. Pero, en lugar de eso, le extendió un bolígrafo y una libreta pequeña.

—No soy un monstruo, simplemente soy un hombre de negocios; te conviene pensar así sobre ti misma. Imagina que estás por convertirte en una exitosa empresaria. Podría apostar a que jamás has ahorrado, quizás unos cuantos miles, pero el resto se iba en idioteces, en Guccis y Pradas. Ahora debes ahorrar y tener un objetivo muy delimitado, trazar un plan de vida.

—Tenía un objetivo antes de que todo esto sucediera —respondió Masja.

Slavros negó con la cabeza.

—No, estás equivocada. Tenías sueños, y eso es algo muy distinto. Cualquier imbécil tiene sueños, pero solo unos pocos saben cumplirlos. Yo te daré los precios y tú vas a llevar la cuenta de la deuda. Masja, eres valiosa, toma en cuenta que eres una chica bonita y joven, y en mi club nocturno, en mi mundo, eso es lo único que importa.

—¿Tu club?

—Sí, el lugar donde trabajarás. Es de lujo, seguro y con buenos clientes, nadie te va a jorobar. Somos una gran familia y nos cuidamos mutuamente. Así son las cosas aquí —dijo mirando sus brazos cruzados y asintió—. Exactamente así.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto tiempo voy a trabajar en tu club?

Slavros la miró seriamente.

—Considera un año, quizás menos o un poco más. Además de los veinte mil euros que me debes, no olvides los gastos diarios. Nada es gratis, ¿entiendes? —dijo señalando la libreta—. Lleva las cuentas meticulosamente, así te quedará claro cuando estemos a mano, luego veremos qué sigue. Créeme, estoy aquí para ayudarte, quiero que tengas una buena vida que te permita ser libre.

Slavros se puso de pie y le extendió una mano a Masja. Fue incómodo, pero finalmente le dio un apretón. Era una mano dura y nervuda. Siguió a Slavros con la mirada mientras caminaba hacia el pasillo donde le esperaba un joven. Era uno de sus hombres, el típico gánster yugoslavo: cabello a ras, cazadora negra y botas militares. Le echaron la llave a la puerta.

Las palabras de Slavros no importaban, ni los artificios con los que las decoraba: Masja estaba tan atrapada en ese lugar como lo había estado en el inmundo taller. Rompió a llorar.

11.

Christianshavn, 2013

F-5. Los botones de la vieja Wurlitzer iluminaron el rostro de Thomas. Sacó otra moneda de cinco mientras Daryl Hall cantaba el último verso. Había bebido demasiado como para medir la distancia entre su mano y la ranura. El metálico se le resbaló cuando intentó insertarlo y cayó contra el suelo dando un repique. Thomas apoyó una mano en la gramola, ya que se tambaleaba al querer coger la moneda que tenía entre sus zapatos. Lo consiguió después de varios penosos intentos.

—Ravn, te juro que, si vuelves a poner esa canción, la eliminaré permanentemente de la lista de reproducción —gritó Johnson.

Thomas se giró para mirar a Johnson que, detrás de la barra, colocaba los vasos de cerveza en su sitio.

—¿Qué estás insinuando? —resopló Thomas.

—No insinuó, te lo digo claramente y de forma sencilla para que lo entiendas hasta tú.

—Coño, pero si solo estamos tú y yo —dijo Thomas agitando los brazos y casi perdió el equilibrio.

—Precisamente por eso. No soporto escucharla ni una vez más. O pones otra canción o te largas a casa.

—Mi intención es traer un poco de clase a este tugurio.

—Pues empieza por darte un baño.

La moneda se le resbaló de la mano otra vez. Thomas miró hacia el suelo, se resignó y regresó tambaleándose a su taburete.

—Ponme otro set.

—Es el último, *¿comprendes?* —dijo Johnson antes de coger la botella de Jim Beam.

—¡Qué pesado! Cada vez te pareces más a Eduardo.

Thomas volvió a su edificio más tarde. Se detuvo frente a la fachada y miró hacia arriba, hacia la luz encendida en el salón del piso. La lluvia había arreciado y las gotas golpearon su rostro. Entrecerró los ojos, se secó la barba con la mano y se echó el cabello medio largo y mojado hacia atrás. Contempló la ventana durante unos instantes y caminó hacia los escalones húmedos de la entrada. Se sentó en un peldaño. Su ropa estaba tan empapada que la lluvia ya le daba lo mismo. Palpó los bolsillos de la delgada cazadora en busca de su móvil. Lo encontró en sus pantalones y, al sacarlo, marcó el número de su piso. Transcurrió un breve momento antes de que el contestador automático respondiera. La voz melódica y resuelta de Eva le ofreció el típico saludo. "Hola, has llamado a… ahora no estamos en casa… deja un mensaje después del…"

Thomas permaneció sentado un largo rato con el teléfono presionado contra el oído. No dijo nada después del tono, solo escuchó el ruido espectral de su respiración, devuelto desde un lugar remoto. Echó la cabeza hacia atrás para mirar hacia el piso. Las luces del salón, que daba a la calle, seguían encendidas. Un par de minutos después, oyó un chasquido en el auricular cuando el contestador automático se apagó. Se metió el móvil en el bolsillo, se puso de pie y comenzó a andar hacia su barco.

En cuanto abrió la puerta del camarote, Møffe saltó del sofá para recibirlo. Gruñía y agitaba la cola con entusiasmo, y Thomas se agachó para acariciarlo mientras echaba un vistazo alrededor. Notó que la lluvia se filtraba por la escotilla cercana a la proa. Seguramente el colchón estaría empapado y tendría que dormir en el sofá. Decidió tirar las botellas y cajas de pizza que estaban encima, pero al acercarse descubrió una caca enorme.

—¡Joder, Møffe! —gritó Thomas buscando algo con qué limpiar.

No tardó en darse por vencido; la misión de encontrar una servilleta en la oscuridad lo sobrepasaba. Cogió la media botella de Arnbitterque estaba sobre la mesa de la cocina y salió a la cubierta. Thomas tomó asiento en la silla blanca de plástico junto a la barandilla y Møffe no tardó en aparecer con la cola entre las patas. El perro chillaba viendo a Thomas con sus ojos ligeramente entrecerrados y su prominente mordida cruzada.

—Hasta Dios diría que eres feo —dijo y levantó con dificultad al perro obeso para ponerlo en su regazo.

Thomas se bebió lo que quedaba de la botella, la dejó en la cubierta y ocultó el rostro en el pelaje mojado del perro. La ciudad estaba despertando en torno a ellos.

***

—Thomas Ravnsholdt… ¡Ravnsholdt!

Los ojos de Thomas se abrieron pesadamente bajo el presentimiento de que alguien lo llamaba desde el muelle. Había amanecido y la lluvia había sido reemplazada por un edredón gris suspendido sobre el canal. Las horas que había dormido en la silla dura habían molido su cuerpo.

—¿Ravnsholdt? —llamó la voz de nuevo.

Thomas levantó la cabeza hacia el canal. Por encima de él divisó a Preben Larsen, presidente de la asociación de los muelles. Era un tipo de poca estatura y cara redonda que rondaba los cincuenta y cinco años. Reconocerlo era de lo más sencillo, gracias a sus vaqueros demasiado cortos, sus zuecos negros y el cortavientos azul con el logotipo de Burmeister & Wain en el dorso. Vestía esa chaqueta durante todo el año, hiciera frío o calor.

Thomas sonrió tenso y le ofreció un saludo silencioso. Intuyó que Preben estaba a punto de declamar una perorata cuyo contenido podía casi adivinar.

—No has efectuado el último pago, Ravnsholdt, y no puedo seguir esperando.

—Te pago hoy mismo, disculpa el descuido; no sé dónde tengo la cabeza —respondió Thomas agitando las manos.

Preben cruzó los brazos y, con el ceño fruncido, escrutó clínicamente el barco de Thomas.

—Uno de los objetivos de nuestra organización es conservar el atractivo de esta zona, así que más vale que arregles este desorden.

—¿A quiénes te refieres con *nuestra*? —protestó Thomas.

—Otro detalle: recibí una queja. Al parecer tienes el hábito cuestionable de aliviar tus necesidades en el canal; creí que era una norma evidente, pero, en caso de que lo ignores, está prohibido.

—¿Quién se quejó?

—Ah, y el cortocircuito que ocurre cada vez que te enchufas no es admisible —dijo Preben señalando la caja eléctrica ubicada un poco más lejos en el muelle—. Por si no lo sabías, también afecta a los propietarios de otros barcos.

—Te aseguro que lo arreglaré. —Thomas se incorporó vacilante debido al malestar, consecuencia de la noche anterior. Sin duda alguna, la resaca embestiría con furia un poco más tarde.

—Por si eso no fuera poco, tu nave pierde aceite. —Preben gesticuló enfáticamente hacia el charco tornasolado bajo la popa del barco—. Tu embarcación es una catástrofe medioambiental flotante.

—Soy consciente de que Bianca ha tenido mejores días, pero la dejaré como nueva en cuanto… en cuanto… —La resaca que golpeaba sus sienes evaporó las palabras que estaba intentando decir—. Le dé una pintada. Sí, eso es lo que necesita.

—Este desastre necesita mucho más que una pintada, joder. Tu barco está a punto de hundirse. Es un peligro para el puerto, para los visitantes —dijo, y con la cabeza señaló el barco turístico que navegaba por las cercanías—. Y para todos nosotros.

—¿Hundirse? —respondió Thomas indignado dando un paso hacia Preben—. Nunca se va a hundir. Estás hablando de un Grand Banks, uno de los barcos más robustos y gloriosos jamás construidos, pura madera birmana, construido a mano en… en Birmania.

Preben respiró profundamente.

—Demonios, Ravnsholdt, no estoy aquí para jugar a hacerme el imbécil; si no pones orden y pagas tus cuotas portuarias, me veré con la obligación de deshacerme de esta chatarra —pronunció Preben y luego agachó la mirada hacia sus zapatos de madera—. Mira, he escuchado algo sobre tu situación, así que te daré un par de días más para que arregles todo esto.

—¿Mi… situación? —Thomas apretó los ojos—. Ocúpate de tus asuntos, Preben. Ahora mismo te doy el dinero, ¿cuánto es el total?

Metió la mano en su cartera y sacó unos billetes de cien coronas.

—Sabes que no aceptamos efectivo. Se te envió un giro y sugiero que lo uses.

Thomas guardó los billetes en el bolsillo, le dio la espalda a Preben y volvió a la silla. Momentos después oyó el golpeteo de los zuecos del hombre mientras se alejaba.

Miró absorto sobre el canal. Era una situación jodida y la única salida era pagar las cuotas. Preben no era un hombre de amenazas vanas, otros propietarios habían sido evacuados por faltas mucho menores. Poco le quedaría en la vida si perdiera al Bianca y su lugar en el canal.

Thomas había adquirido el barco de un viejo llamado Volmer, por el precio de cuatrocientas cincuenta mil coronas. De eso hacía ya doce años. Para cubrir el pago tuvo que hipotecar hasta la chimenea de su piso y, hasta el día en curso, seguía pagando el préstamo. Volmer, que murió dos años atrás debido a una afición excesiva a la bebida, era una institución en el distrito de Christianshavn. Si no se le encontraba en el Havodderen o en una de las otras tabernas del canal, era porque estaba navegando por aguas europeas. En varias ocasiones había timoneado hasta el Mediterráneo, para pasar el invierno en alguno de sus puertos. Ese era el plan original de Thomas: solicitar una licencia laboral y zarpar hacia destinos exóticos como Gibraltar, Córcega y El Pireo. Soñaba con fondear en bahías desiertas y dormir bajo firmamentos estrellados, pero no fueron más que sueños. El exigente ritmo laboral de Station City se lo había impedido y, consecuencia de la escasez de tiempo, el Bianca no había recibido el mantenimiento necesario. A pesar de todo, había disfrutado de bellos momentos a bordo y, tanto en el Øresund como en el canal, de instantes atesorados que había compartido con Eva.

Ahora, lo viera como lo viera, no le quedaba otra opción: iba a tener que entrar a su piso para buscar el maldito giro y realizar el pago.

12.

Mälarhöjden, octubre de 1979

Lena intentaba disimular su risa. Hablaba por teléfono mientras sus labios rojos y llenos rozaban el auricular embarrando la baquelita negra con un fino trazo carmín. Había cumplido los treinta y dos años el junio del año anterior y la onerosa pulsera de diamantes que Bertil, su marido, le había regalado para la ocasión destellaba en su muñeca izquierda. Llevaba puesto un vestido verde menta muy ceñido que llegaba hasta sus muslos y el tono de la tela hacía que su piel pareciera más pálida de lo que en realidad era. Lena se tocaba constantemente el tupé rubio al hablar.

—Deja de bromear —dijo con cierta timidez, pero sonriendo para sí misma—. No, ya te he dicho que no puedo decir eso aquí… ¿Por qué? Porque sí y ya.

Enroscó el cordón del teléfono alrededor de un dedo.

—No, Bertil no está en casa, pero… —dijo inclinándose hacia delante en el *chaise longue* para mirar a través de los dos salones, que juntos formaban una especie de *suite*, donde estaba el televisor encendido—. Pero Erik está aquí —añadió en voz baja.

Erik estaba sentado en el suelo, sobre una lujosa alfombra, frente a la gran televisión con terminados en palisandro. Estaba cautivado por una serie de vaqueros en blanco y negro que veía religiosamente todos los domingos. Semana tras semana, Hopalong Cassidy cabalgaba sobre su fiel corcel, Topper, para rescatar a los colonos en apuros de indios salvajes y bandidos sanguinarios. La serie había sido creada a principios de los cincuenta y era rica en estereotipos, por lo que a Erik no se le dificultaba seguir la trama, aunque estuviera en inglés. Tenía una Colt brillante igualita a la de su héroe y era uno de sus juguetes más atesorados.

Erik mojó su galleta de centeno en la taza de leche caliente que tenía frente a él. Le encantaba sentir cómo la galleta tibia se disolvía en su boca sin necesidad de masticarla. Su madre se reía en el otro lado del salón. Cómo le hubiera gustado subir el volumen del televisor, pero sabía que su madre le ordenaría a gritos que lo volviese a bajar, lo cual le molestaría aún más. Además, sabiendo que Hopalong Cassidy ya había atrapado al cuatrero Buck, personaje que a Erik le recordaba a Johan Edel, tenía claro que la emisión semanal estaba a punto de acabar. Prefería disfrutar en paz de esos últimos y preciados minutos.

En ese instante se abrió la puerta del salón y su padre entró. Llevaba puesto un delantal de cuero oscuro que protegía su camisa blanca y pantalones de franela gris. Erik jamás lo había visto con un mandil y, confundido, se preguntó qué estaría haciendo.

—¿Qué estás viendo? —preguntó Bertil acercándose a la gran chimenea.

—Hopalong Cassidy —murmuró Erik volviéndose a la pantalla.

Bertil cogió el atizador y removió las brasas en la chimenea.

—Supongo que ganará.

—Claro que sí —respondió Erik.

—Bueno, pues si ya te sabes el final, ¿por qué pierdes el tiempo viéndolo?

Erik no respondió; ese tipo de comentarios de su padre le molestaban incluso más que la risa de su madre y solo le quedaban pocos minutos al episodio.

—Responde, ¿por qué lo estás viendo? —insistió su padre al colocar el atizador en su sitio.

—Porque es emocionante —respondió Erik cada vez más desesperado por las interrupciones.

En la pantalla, Hopalong Cassidy cerraba la puerta de la celda y Buck se dejó caer pesadamente en el catre.

Bertil se colocó detrás de Erik.

—Si vienes conmigo, te enseñaré algo mucho más emocionante que esa serie de vaqueros tan tonta.

—¿Me dejas ver el final del episodio?

—Bertil, ¿eres tú? —preguntó Lena desde el otro lado del salón inclinándose hacia delante para mirar en la dirección de padre e hijo.

—Sí, soy yo —respondió Bertil notando que el teléfono descansaba en el busto de su esposa—. ¿Con quién estás hablando, cariño? —preguntó señalando el auricular con un movimiento de cabeza.

—¿Qué? —Ella lo miró confundida, como si se hubiera olvidado la visibilidad del auricular—. Ah, sí, es mi madre. Estoy hablando con mamá.

—Dale saludos de mi parte.

Lena no respondió, simplemente se reclinó en el *chaise longue* para quedar fuera de vista. Bertil se acercó a la televisión y la apagó sin advertencias. Erik iba a protestar, pero Bertil lo detuvo con un gesto de la mano.

—Ven conmigo —dijo—. Hay algo en el sótano que quiero mostrarte.

—¿En el sótano? —respondió Erik.

Bertil asintió.

—Sí, creo que ha llegado el momento.

Erik lo miró sobrecogido. Hasta ese momento, el sótano había sido un área fuera de los límites, una tierra de tabúes escudada por la puerta cerrada constantemente. Era el recinto sagrado al que su padre bajaba todas las noches después del trabajo y que, en ocasiones, solo abandonaba a altas horas de la madrugada. Su padre se refería a ese sitio como su santuario, pero jamás especificaba lo que hacía ahí. Además, Erik no había escuchado a su madre proferir una sola queja respecto a lo que ocupaba a Bertil allí abajo, ni siquiera un reproche por las numerosas horas que pasaba solo. Era inusual, ya que normalmente se quejaba de casi todo lo que su marido hacía.

Los peldaños delgados crujieron bajo las pisadas de Erik cuando descendió por la empinada escalera que conducía al sótano. Escuchó a su padre echar el pestillo y notó que su corazón retumbaba contra su pecho. La oscuridad era total. Erik percibió un olor desconocido, un aroma químico que le recordó a los productos de limpieza utilizados por su madre y al tufo dulzón de la carnicería de G. Nilsson Liv, el mejor carnicero de Estocolmo donde

iban a comprar todos los sábados por la mañana. Erik titubeó por un instante y se giró para ver a su padre, que avanzaba a sus espaldas.

—Anda, Erik, ¿qué estás esperando?

En silencio, Erik reanudó el descenso y no se detuvo hasta alcanzar el sótano en penumbras. Un tenue resplandor en la pared, producido por el interruptor de la luz, parecía mirarlo como si fuera un ojo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Sigue andando —le apuró su padre.

—¿Enciendo la luz?

—No sería una mala idea —respondió Bertil con impaciencia al bajar el último peldaño.

Erik palpó la pared con las manos y encendió el interruptor tan rápido como pudo. Al instante, los tubos de neón empezaron a parpadear antes de encenderse completamente. Los ojos de Erik fallaron al quedar deslumbrados por la intensa luz que disolvió la oscuridad.

—Llevaba tiempo queriendo compartir este lugar contigo. —La voz de Bertil parecía venir de la punzante luz fluorescente—. Pero era esencial que alcanzaras la edad apropiada para apreciarlo de verdad.

Erik permaneció inmóvil ante la larga habitación de techos bajos. Lo que veía lo turbaba tanto como lo fascinaba y, atraído por aquello que se desplegaba ante él, se adentró en la habitación. Erik quedó rodeado por escenas dispuestas en pedestales de madera oscura. Las escenas representaban a animales disecados, montados entre hierba y hojas artificiales, como si aún siguieran en su hábitat natural.

—A tu madre le disgusta tenerlos en el salón, aunque aquí están bastante bien, ¿no crees?

Erik guardó silencio. Sus ojos quedaron cautivados por una ardilla de pelaje rojizo que, sentada en una rama nudosa, roía la avellana que sostenía con sus patas delanteras. La ardilla parecía viva, hasta el punto de que Erik contuvo su respiración para no ahuyentarla. Hechizado, continuó avanzando entre las hileras de animales. Vio perdices escondiéndose entre algunos juncos, una liebre en plena fuga, un tejón con los dientes expuestos defendiendo su madriguera y un busardo levantando el vuelo con un ratón entre sus garras. Las escenas estaban confeccionadas meticulosamente para

capturar la esencia de momentos precisos, momentos que en la naturaleza hubieran sido inabordables y que, sin embargo, en ese sitio acontecían frente a él.

Erik avanzó y lo que vio a continuación fueron escenas de otra índole, mucho más siniestras que las anteriores. Se trataba de seres que nunca había imaginado: un cuervo con cabeza de comadreja, un tejón con cornamenta de cuatro puntas, un búho con cuerpo de conejo y una serpiente de collar con alas de paloma y patas de rata.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Erik pasmado.

—Los hago yo mismo.

Erik se giró para ver si su padre bromeaba.

—¿En serio?

—Sí, yo he creado estas bestias. La técnica se llama taxidermia y es un pasatiempo apasionante. Acompáñame —dijo guiando a Erik al otro lado del local, hacia la mesa de trabajo situada en el muro más alejado.

Erik miraba atentamente. La mesa estaba cubierta por un sinfín de herramientas: frascos con líquidos coloridos y vasos con finos pinceles de marta. La luz del techo las hacía resplandecer de forma inaudita. En los estantes superiores, instalados sobre la mesa, había pieles curtidas y una hilera de pequeños cuernos blanqueados. Era un sitio verdaderamente mágico.

—¿Lo reconoces? —preguntó Bertil señalando una tersa piel de zorro tendida sobre la mesa.

—No, ¿por qué?

—Es al que Johan disparó. Suelo comprar las presas que no interesan a los cazadores.

Bertil rio al agacharse para abrir el cajón central de su mesa de trabajo. Sacó un par de maniquíes de resina amarillenta y los colocó sobre la mesa. Los dos maniquíes tenían forma de zorro: uno sentado y el otro erguido con la boca abierta. Los maniquíes, con sus superficies musculosas, parecían animales vivos recién desollados.

—Una vez que la piel ha sido rebajada y curtida se modela sobre el maniquí. Es una tarea que exige precisión y requiere de numerosas mediciones —explicó Bertil mientras tomaba una pequeña caja de

herramientas de la estantería, de la cual sacó un calibre—. Este instrumento es indispensable. Además, hay que tener una mano firme e infalible; solo así se logra que los animales consigan una expresión realista.

Erik miró las relucientes herramientas organizadas cuidadosamente dentro de la caja de madera. Deslizó los dedos sobre el acero frío de los instrumentos. Las palabras que su padre le había dicho al regresar del día de caza flotaron en su memoria: existían muchas maneras de capturar un animal. Por ejemplo, una bala disparada con exactitud, pero también con las luces de un coche. Ahora su padre le revelaba otro método, uno que hacía palidecer la hilera de presas derribadas frente a los cazadores que tanto lo deslumbró aquel día. En ese momento, el espectáculo le parecía vulgar y repulsivo.

—¡Ten cuidado con eso! —gritó su padre cogiendo la gran aguja hipodérmica que Erik había sacado de la caja y la colocó a una distancia prudente—. Tienes que entender algo: estas herramientas no son juguetes, algunas son muy peligrosas y, si no las manejas con cuidado, podrías hacerte daño.

—Lo siento, no pensé que fuera peligrosa.

—Mucho más que un bisturí muy afilado, la jeringa está llena de ácido clorhídrico.

—¿Para qué sirve?

—Corroe el cerebro para poder extraerlo del cráneo —dijo Bertil con la intención de asustarlo. Sin embargo, Erik no se atemorizó; estaba demasiado fascinado para sentir miedo.

—¿Podrías enseñarme a hacer todo esto, papá?

—Tal vez —respondió Bertil encogiéndose de hombros—. O para ser más preciso: puedo enseñarte el oficio y las técnicas, pero con eso no basta.

—No entiendo.

—Mira, un taxidermista avezado, incluso un *amateur*, necesita, como cualquier otro artista, la capacidad de crear y la aptitud de identificar los momentos esenciales que están llenos de significado. Un taxidermista debe ser capaz de eternizar los instantes más saturados de vida.

Erik asintió silenciosamente. Aún le costaba creer que todas esas criaturas fueran el producto de las manos de su padre. Su padre, el mismo

hombre del que los cazadores se mofaban, al que su madre regañaba constantemente y que volvía cansado y taciturno del trabajo todas las tardes. Era difícil comprender que esa persona también fuera capaz de crear todo eso. Erik deseó, con todo su corazón, dominar el arte de la taxidermia.

—Por ejemplo, no basta con coser la piel del viejo zorro sobre el maniquí —dijo Bertil levantando al animal por la pata delantera—. Primero, uno debe imaginar al zorro en su momento más pleno, evocarlo en un instante que congregue toda su grandeza, quizás su instante más feliz, en caso de que los zorros entiendan de felicidad —dijo Bertil, soltando la pierna del zorro, que cayó exangüe sobre la mesa—. Entonces, ¿qué piensas, Erik? ¿Cómo vamos a imaginarlo?

Erik movió la cabeza de un lado a otro.

—No… no lo sé.

—Reflexiona, deja volar tu imaginación, ¿cómo luce un zorro en toda su majestuosidad?

—No lo sé, papá, es que no he visto muchos zorros, y los pocos que he visto huían o estaban muertos.

—Y esos no son sus momentos más agraciados, ¿verdad? —dijo su padre arqueando las cejas.

Erik bajó la mirada; le entristecía no poder pensar en una imagen poderosa. Anhelaba pronunciar algo que enorgulleciera a su padre, dar con las palabras que le garantizarían el acceso ilimitado al sótano, los animales y todas esas preciosas herramientas. Sacrificaría todos sus juguetes a cambio de todo aquello.

—¿Y si estuviera cazando? —dijo su padre para ayudarlo—. Imagínalo con el vientre contra la tierra, la boca hecha agua al acechar a las perdices y la sed de sangre brillando en sus ojos.

Bertil le mostró otro maniquí con una pose de acecho. Erik asintió inmediatamente.

—O quizás cuando bebe tranquilamente de un arroyo bañado por los primeros rayos de la mañana —agregó Bertil.

—Eso también estaría muy bien —respondió Erik.

—O tal vez en el campo durante un ritual de apareamiento, su lomo tenso y arqueado —dijo Bertil agitando la cola tupida del zorro de un lado a

otro.

Erik se rio.

—Sí, o quizás durmiendo en su guarida. —Las palabras salieron volando de la boca de Erik e inmediatamente se arrepintió de haberlas dicho.

—Quizás no sea una mala idea —mencionó Bertil asintiendo.

—¿No?

—¿Algo así como el sueño del zorro? Con los párpados cerrados, pero aún alerta, ¿no es eso lo que querías decir? —dijo Bertil sacando del cajón un maniquí con la forma de un cuerpo enrollado. Le alzó levemente la cabeza para darle una expresión avizora.

—No —respondió Erik presionando la cabeza del maniquí para colocarla junto al cuerpo—. Mejor así, como si durmiera sin preocupaciones, soñando con lo que le pasó ayer y lo que el día siguiente traerá.

—Interesante, ¿con qué más sueña un zorro?

Erik bajó la voz.

—Sueña con que está a salvo en la profundidad de su escondite porque ahí nadie puede oírle ni molestarle y finalmente puede ser él mismo.

Bertil miró a Erik fugazmente.

—Fue un acierto traerte aquí abajo, Erik —dijo Bertil acariciando tiernamente el cabello de su hijo—. Algo me dice que puedes llegar a ser bueno.

—¿De verdad?

—Muy bueno, de hecho —agregó Bertil y besó a Erik en la frente.

13.

29 de noviembre de 2010

"29 de noviembre del 2010. Día 33. Más de cuatrocientos otra vez. Soy Masja, tengo 21 años. Caí en el infierno y este es mi diario. ¿Lo entendéis? No escribo para nadie, lo hago por mí. No soy escritora, tened en cuenta que esto no es tan bueno como La hija de la bruja dragón. Escribo para soportar mi realidad, para sobrevivir, para recordarme que sigo viva. Mi madre decía que podía llegar a ser maestra, que tenía suficiente cerebro. Y yo le respondía: ¿quién carajos quiere cuidar a los mocosos de otras personas a cambio de un salario de mierda? Hoy lo haría gratis. Pero estoy lejos de ser maestra, estoy lejos de ser. Ahora ya no soy nada."

Eran las primeras líneas del diario de Masja. Comenzó a escribirlo un par de días después de que Slavros le diera el cuaderno para llevar las cuentas. En esas mismas hojas anotó los precios de sus servicios, aunque no volvió a consultarlos después del primer día: su cuerpo conocía las tarifas e instintivamente recordaba el valor de cada uno de sus *favores*.

Masja guio al toro por la escalera de caracol adornada con una pesada alfombra granate. *Toro*, así se referían a los clientes del Key Club, sin importar lo paupérrimo de sus atuendos o la magrez de sus cuerpos. Masja sintió el frío oro del anillo de bodas cuando el toro la cogió por la mano. En el bar, las chicas del escenario se movían al son de *You can leave your hat on* de Joe Cocker.

El toro iba ebrio y casi tropezó en el último peldaño. Masja lo sostuvo y, a tirones, consiguió conducirlo por el estrecho pasillo del piso superior del Key Club que daba a las habitaciones. La versión oficial rezaba que esas

eran las habitaciones privadas de los empleados, pero todo el mundo sabía que eran la sede de uno de los prostíbulos más frecuentados de la ciudad.

El club de *striptease* era de tercera categoría, tan desgastado como las chicas que se meneaban en el escenario. Era una sórdida máquina de dinero con objetivos claros: extraerles a los toros la mayor cantidad de dinero en el menor tiempo posible, ya fuese vendiendo cervezas tibias o por la compañía personalizada de las *anfitrionas* en el piso de arriba. Servía a una clientela variopinta: obreros de toda clase, estudiantes, hombres de negocios, sin dejar de lado las despedidas de soltero. El Key Club era un centro nocturno de *striptease*,al menos así lo presentaban los folletos distribuidos por la oficina de turismo de la ciudad, aunque era bien sabido que las chicas estaban dispuestas a más que un baile. Todoestaba a la venta. En el Key Club no existían los límites, siempre y cuando se cubrieran las cuotas exigidas por Slavros y sus lacayos.

Masja abrió la puerta y tiró de la mano del toro para meterlo en la habitación. Ahí los atendía, dormía y transcurría su vida entera. Era una alcoba oscura, sin una sola ventana, amueblada con parquedad: una cama, un armario y, en la esquina, una mesa diminuta donde guardaba el maquillaje. Ni la habitación que tuvo con su madre en la Burmeistersgade de Christianshavn era tan pequeña. Cuando se instaló allí, Masja había intentado ahogar el olor rancio del colchón rociando perfume en la cama, pero eso solo lo intensificó. Ahora su cuarto apestaba como un arenero para gatos. Con el tiempo se acostumbró a la *fragancia* de la *Suite Nupcial*, supuestamente la mejor habitación del Key Club. Slavros se encargó personalmente de sacar a Izabella, una de las chicas mayores de ahí para trasladarla a una de las habitaciones del fondo del pasillo, con el fin de cederle a Masja ese cuarto *exclusivo*. La acción distaba de ser una muestra de cortesía; lo hizo porque los toros preferían a las recién llegadas y Slavros intentaba agasajarlos con el último vestigio de clase que sobrevivía en su negocio.

Masja se desnudó frente al toro y le quitó la camisa. Mientras ella le abría los pantalones, él manoseaba bruscamente los pechos de Masja y buscaba su entrepierna. Tras sentarse desnudo en la cama, con los calcetines negros aún puestos, pronunció una retahíla de insultos: puta, marrana,

cachonda… Luego enumeró las perversidades que haría con ella, aunque más que nada lo hacía para excitarse, mientras ella se esforzaba por provocarle una erección. Masja lo consiguió a medias. Entonces empujó al sujeto contra la cama, se sentó encima de él y, tras un par de intentos fallidos, logró cabalgarlo. El toro gruñó cuando consiguió seguirle el ritmo, y ella lo miró. El tipo parecía un agente funerario o, más acertadamente, la caricatura de uno: un engendro pálido e hinchado, con unas cejas negras pobladas que contrastaban con las entradas retraídas de su escasa cabellera. Durante los primeros días todos los toros se habían parecido a Igor: Igor en gordo, Igor en viejo, Igor si hubiera nacido en Pakistán, Igor el sádico… Pero con el transcurso del tiempo los toros fueron borrando los rasgos de su exnovio. Posiblemente estaba reprimiendo su recuerdo intencionalmente para sepultarlo en el olvido, justo como Slavros le había aconsejado.

Masja gimió con más fuerza: sabía que los toros se animaban con sus gemidos. Pero no obtuvo el resultado deseado; él se movía más y más rápido debajo de ella, profiriendo obscenidades.

—Guarra, estoy seguro de que nunca habías sentido una polla como esta —exclamó.

—Sí, es la más grande que he sentido nunca —respondió Masja paseando la mirada por el tapiz de la pared.

El toro estiró los brazos hacia ella y, como si fueran garras, rodeó el cuello de Masja y apretó.

—¡Mírame mientras te follo! —exigió.

—Detente —respondió con voz ronca.

Él apretó con más fuerza. Masja casi no podía respirar e intentó liberarse golpeándole los antebrazos, pero el toro era demasiado fuerte para ella. Los ojos del hombre se encendieron y sus labios delgados se torcieron en una sonrisa tétrica.

—Eso me gusta, así está mejor —comentó él.

Masja, dando bocanadas, intentó arañar el rostro del sujeto, pero no lo alcanzó. Luchó por apartarse, pero su agonía solo excitaba al toro. El hombre se carcajeó al descubrir las perlas de sudor que se formaban sobre el labio superior de Masja y entonces la embistió con crueldad sin soltar su garganta. La mirada de Masja se nubló y la falta de oxígeno le provocó

mareos y sintió que moriría. Los bramidos del hombre se transformaron en un timbre lejano. Partículas de saliva aterrizaron en el rostro de Masja y se esforzó por aguantar hasta que él se corriera. Cuando finalmente sucedió, el tipo aflojó el agarre lentamente. Masja colapsó en la cama al lado del hombre, pero al sentir su propia piel, fría y húmeda, junto a la de él, se alejó inmediatamente.

El toro se vistió y después de abrocharse los pantalones la miró sonriendo pícaramente.

—Deja de gimotear de una vez, tampoco ha sido para tanto —dijo y le arrojó los billetes que había sacado del bolsillo—. No estuviste nada mal, te vendré a buscar la próxima vez.

Ella arrugó los billetes una vez que el tipo se fue. Luego escuchó un golpe en la tubería, la señal que enviaban del bar para notificarle que un toro iba en camino. Eran buenos tiempos para el Key Club. El rumor sobre la nueva chica se propagaba rápidamente entre los clientes, hasta el punto de que ni necesitaba seducirlos.

Cuando se hizo de día y los últimos toros partieron mientras el camarero limpiaba la barra, Masja sacó el cuaderno y se puso a escribir. Era la única manera de conseguir un poco de tranquilidad para lograr conciliar el sueño, por breve que fuera. Escribía para mantener a los demonios a raya. El episodio de estrangulación la había dejado con la garganta dolorida. En cuatrocientos once días sería libre, eso si uno de esos psicópatas no apretaba su cuello con demasiada fuerza, para someterla a un sueño del que jamás despertaría. Era un riesgo latente.

“Soy Masja y no soy nada.”

14.

Christianshavn, 2013

Thomas colocó la correa alrededor del cuello de Møffe. El perro gruñó disconforme al ser arrastrado por el muelle hasta la orilla. Thomas miró hacia atrás para echarle un vistazo al barco. Preben tenía razón: Bianca estaba hecha un desastre, pero al menos era suya y él era el capitán de esa nave al borde del naufragio. Thomas tiró de la correa y Møffe, en contra de su voluntad, avanzó por Sofiegade en dirección al antiguo apartamento. Después de medio día de indecisión, Thomas reunió las fuerzas necesarias para ir a buscar el giro. Lo pagaría para acabar con el conflicto con Preben y la asociación del muelle. La posibilidad de tomarse una ducha caliente y recoger ropa limpia eran incentivos atractivos, pero, aun así, la visita al piso lo atormentaba.

Møffe gimoteó cuando Thomas sacó la llave de la puerta del edificio.

—Te entiendo, muchacho —murmuró mirando al perro—. No es fácil para ninguno de los dos.

Abrió y subió por las escaleras. Al llegar al cuarto piso se abrió la puerta del apartamento de la izquierda y la vecina asomó la cabeza con curiosidad.

—Buenas, Ketty —saludó Thomas a la anciana de cabello azulado y gafas gruesas. Ella tardó un par de segundos en reconocerlo.

—¿Thomas? Hace mucho tiempo que no te veía por aquí.

Él asintió y tiró ávidamente de la correa para seguir subiendo.

—Pensé que te habías mudado —dijo Ketty.

—No, bueno, no del todo, estuve fuera…, un viaje largo —dijo intentando sonreír.

—Es verdaderamente demoledor… —Ketty salió a la escalera con la clara intención de continuar la conversación.

—Sí, lo es —respondió Thomas subiendo un par de peldaños—. Luego hablamos, Ketty.

Al alcanzar el siguiente piso se detuvo frente a la puerta y oyó que Ketty regresaba a su apartamento. Sacó las llaves y vio que en el pomo aún quedaban rastros del polvo rojo de aluminio que los técnicos forenses habían utilizado para rastrear las huellas dactilares. Luego advirtió un trozo de cinta de seguridad que seguía aferrado al marco de la puerta, lo arrancó y se lo guardó en el bolsillo. Abrió, pero la puerta opuso una ligera resistencia, debido al montón de cartas y anuncios que bloqueaban la entrada. Tomó unos cuantos sobres y se puso a leerlas. Entonces se dio cuenta de que habían pasado tres meses desde la última vez que había entrado al piso.

Se agachó para tomar los sobres que estaban hasta arriba y no tardó en encontrar el susodicho giro. *Misión cumplida.* Inmediatamente después sintió el corazón golpeando contra el pecho y se arrepintió de haber puesto un pie ahí. No había razón alguna para demorarse. Quizás lo mejor era omitir la ducha y, bueno, respecto a la ropa limpia, la que llevaba puesta ya estaba casi seca.

A lo lejos vio las botas de goma de Eva sobre un periódico. Eran de la marca Ilse Jacobsen. Él las había calificado como "una elegante mezcla entre lo pijo y lo misérrimo" y se lo dijo a Eva en cuanto ella llegó a casa después de comprarlas. El comentario ni siquiera la inmutó. Eva caminó por el piso calzada con las botas hasta que las ampollas la obligaron a quitárselas.

Thomas miró el perchero del pasillo. De una de las perchas colgaba uno de los bolsos caros de Eva. Joder, los bolsos volvían loca a Eva, pensó Thomas.

Se guardó el sobre con el giro en el bolsillo. La luz encendida del salón trazaba una cuña luminosa debajo de la puerta entreabierta de la habitación. Thomas fue sacudido por el impulso de alejarse a toda prisa. A pesar de la angustia, dio un paso por encima de la pila de sobres y publicidad y siguió hasta la puerta del salón. Le dio un suave empujón para asomar la cabeza.

El salón no había cambiado en lo más mínimo. Ahí estaba la estantería marca Montana con la colección de DVD de Thomas y los libros de Eva: la

Colección de Leyes de Karnov, unas cuantas novelas policíacas y una excesiva cantidad de títulos de autoayuda. Divisó la mesa de comedor marca Ilva, la pantalla de televisión en una esquina, el sofá de tela en tonos claros y el cuadro que habían colgado encima. Lo llamaban El Azul; Eva había pagado quince mil coronas por esa obra de un pintor obseso ya fallecido. Thomas jamás pudo recordar el nombre del artista.

Ese sitio había sido su hogar, el escenario de sus peleas, sus anhelos, su paz y su felicidad, hasta el fatídico día en que encontró a Eva al regresar de un turno nocturno. La halló apoyada sobre la mesa de cristal con el cráneo destrozado. En el suelo, junto a los pies de Eva, vio un candelabro embarrado de sangre. Thomas se precipitó sobre ella, pero era demasiado tarde. Entonces abrazó estrechamente el cuerpo, ya frío y rígido, de su pareja. Llevaba varias horas muerta. Thomas agotó sus fuerzas bramando un aullido interminable. La situación era irreal, como la trama de una pésima película que, contra todo pronóstico, él protagonizaba.

Desde el umbral del salón vislumbró la sombra de la mancha de sangre en el suelo de madera. Había hecho todo lo posible por borrarla: la enjabonó y restregó con esmero, pero el rastro se negaba a desaparecer. Era insoportable seguir ahí adentro. Entonces cogió la correa del perro para salir a toda prisa y descendió las escaleras. Se había marchado de la misma manera tres meses atrás, cuando todo se vino abajo. Fue el día en que le comunicaron que la investigación, tras arduos esfuerzos, sería suspendida. El mismo día en que le quedó claro que el homicidio de Eva solo acumularía polvo en el archivo de los casos sin resolver. Sus colegas se habían quedado sin pistas y sin sospechosos por perseguir.

***

Thomas estaba sentado en uno de los taburetes junto a la barra cuando percibió un olor acre a vómito. No tenía ni idea de quién había vomitado ni cuándo había ocurrido, pero no podía importarle menos. Había sido expulsado del Havodderen, por eso había acabado en ese tugurio detrás de Christiania. Jamás había entrado a esa taberna; es más, ni sabía cómo se llamaba. El imbécil de Johnson se había negado a servirle otro trago,

argumentando que ya había bebido más de la cuenta. ¿Acaso no era ese el objetivo al sentarse durante horas en un bar? ¿Cómo de eficaz era un camarero, ya no se diga un dueño de una taberna, con esa actitud?

Thomas realmente no se sentía ebrio, incluso podía mantenerse en pie, aunque sin gracia alguna. Lo peor era que aún estaba lo suficientemente sobrio como para recordar los sucesos del día, especialmente la visita a su piso. Le hizo una señal al camarero para pedir otra ronda y vació el vaso en cuanto lo tuvo frente a él. Pidió otro. El alcohol por fin comenzaba a ayudar: las voces y ruidos iban desvaneciéndose y un sopor nubló sus pensamientos. Se acurrucó en una esquina situada entre la barra y el muro, y cerró los ojos. Quiso pedir un trago más, pero su brazo no respondió y permaneció inmóvil hasta que alguien lo sacudió, arrancándolo de su letargo.

—Coño, es el madero melómano.

Thomas abrió los ojos. Frente a él vio a un tipo corpulento que llamaba a su camarada, un motero robusto con gafas de sol amarillas que estaba de pie a un par de metros de distancia. Thomas estaba seguro de que lo había visto antes, pero no recordaba dónde.

—Has venido al lugar equivocado, camarada.

—¿Qué dices? —respondió Thomas.

El sujeto de gafas amarillas se acercó a Thomas, que hacía esfuerzos por enfocar la mirada.

—Aquí solo suena la música que yo toco —dijo cogiendo a Thomas por la garganta y lo estrelló contra el muro—. ¿Qué vas a hacer ahora? Tus amigos de mierda no están aquí para protegerte.

Thomas no entendía lo que estaba sucediendo, pero tuvo la certeza de que las cosas acabarían mal.

—Tío, no te conozco. Mejor tómate algo. Va, que yo invito —dijo Thomas mientras intentaba llamar la atención del camarero.

—No, gracias, colega —respondió el hombre colocando la frente a milímetros de la nariz de Thomas—. Te encanta la música, ¿no? En lugar de beber prefiero sacarte a bailar.

—Tu aliento apesta —murmuró Thomas—. ¿Fuiste tú el que vomitó?

—¿Qué cojones has dicho?

Thomas no respondió, meramente asestó un puñetazo contra los riñones del motero. El hombre aulló y aflojó su agarre; seguramente mearía sangre a la mañana siguiente. Thomas intentó alejarse, pero el otro hombre se abalanzó contra él y lo arrojó violentamente contra la pared y, a continuación, los dos hombres atacaron a Thomas. Le golpearon la cabeza y el vientre hasta dejarlo sin resuello. Los moteros hicieron pasar a Thomas por una trituradora de nudillos y, sin restricciones, le obsequiaron el gran *tour* del dolor. Lo pisotearon una vez que se desplomó contra el suelo. Thomas fue dejando de sentir y las imágenes del día comenzaron a desvanecerse. "Seguid, machos, no paréis, que aún recuerdo algo", pensó. Entonces se apagaron las luces.

Thomas despertó. Advirtió el empedrado debajo de él y un aroma a mar que ascendía del canal mientras unas cuantas gaviotas graznaban por encima de su cabeza. Aún era temprano, el sol acababa de salir. Tuvo la impresión de que alguien había hurgado en sus bolsillos, pero probablemente lo habían dejado en paz al no encontrar nada de valor. Intentó incorporarse, pero le dolía el cuerpo entero y la hinchazón de la cara limitaba su visibilidad. Consiguió arrastrarse a duras penas hasta el grifo del agua. Una vez ahí, abrió la llave y metió la cabeza bajo el agua corriente.

No tenía ni la más remota idea de cómo había llegado al canal, si alguien lo había tirado ahí o si él mismo había llegado hasta allí. La noche anterior era una extensa laguna mental, en cambio, lo que sí recordaba con claridad era la visita al piso. Sin poder evitarlo, surgieron imágenes de la maldita noche que encontró el cuerpo de Eva. Hubiera dado todo por poder afirmar que parecía un ángel sereno, pero la realidad era otra: Eva reflejaba el horror del martirio al que fue sometida durante su lucha fatal. Thomas jamás podría olvidar esas imágenes, y deseó que los moteros hubiesen sido mucho más despiadados.

15.

Eran las cuatro y media de la tarde y Thomas estaba sentado en la cubierta del Bianca, descansando las piernas en la silla que había colocado frente a él. Eduardo apareció en el muelle, tocando el timbre de su bicicleta a modo de saludo. Thomas miró hacia arriba y le dio las buenas tardes. Su ojo estaba negro e hinchado y aún tenía coágulos de sangre en el pelo.

—¿Qué cojones te ha pasado? —preguntó Eduardo bajando de la bicicleta—. Estás peor que si hubieses tenido un accidente de tráfico.

—Me arrolló el autobús acuático —dijo haciendo un gesto sugiriendo que no se hablara más del tema.

Eduardo bajó a la cubierta de un salto para mirarlo de cerca.

—Madre mía, Ravn, deberías ir a urgencias. ¿Te has roto algo?

—Solo una muela.

—¿Te duele?

—¿Qué crees?

Eduardo abrió su maletín de cuero y entre los papeles encontró un paquete de Ibuprofeno, que le extendió a Thomas.

—Conque sueles doparte durante tus jornadas en el periódico, ¿eh? —dijo Thomas, sacando cuatro pastillas del paquete y tragándoselas con un sorbo de café frío.

—¿Te guardas algún día de la semana para no beber?

—No es que cuente los días, hombre.

Eduardo lo miró fijamente, apoyándose en la barandilla.

—Marinero, necesitas un cambio de rumbo. Vas a reventar si sigues así.

—No es la primera vez que me lo dices.

—Pues parece que no ha sido suficiente, por eso te lo repito, ¿acaso tu meta en la vida es terminar como ese par? —dijo señalando hacia el banco donde estaban sentados dos borrachos sin techo rodeados por sus bolsas.

Thomas les lanzó una mirada.

—¿Por qué no? Parece que se lo pasan bastante bien.

—Thomas, déjate de sandeces. Compórtate seriamente por una vez. Tienes peor aspecto que tu barco de mierda, que, por cierto, escuché que será cosa del pasado si no haces algo al respecto.

Thomas asintió mirando el fondo de su taza. Respiraba pesadamente.

—Ayer estuve en mi piso.

—Ajá —dijo Eduardo arqueando una ceja—. Quizás sea una buena idea que te instales ahí de nuevo.

—Sí, una idea brillante, si no fuera por el hecho de que, después de pasar cinco minutos ahí, tuve que salir corriendo por un ataque de pánico —dijo angustiado sin despegar sus ojos de la taza—. Las cosas no han cambiado mucho.

Eduardo se alejó de la barandilla.

—Va a tomar su tiempo. La próxima vez que necesites ir puedo acompañarte.

—Si hubiese llegado a casa un poco antes esa noche —dijo Thomas cabizbajo—. Si no hubiera trabajado esa noche, Eva seguiría viva.

—No puedes seguir atormentándote de esta manera.

—Un jodido ladrón de casas, un infractor de poca monta, ¿sabías que la mató con el candelabro que compramos en Casa Shoppor mil ochocientas coronas?

—Sí, ya me lo habías… —dijo Eduardo asintiendo.

—Eva adoraba ese candelabro. A mí me parecía la cosa más fea que he visto en mi vida, pero accedí para complacerla.

—Sí, ya me lo habías contado antes —respondió Eduardo en voz baja—. Fue algo horrible, Ravn, no importa por dónde se mire.

—Un caso sin resolver —respondió Thomas—. Ni siquiera pude hacer eso por ella.

Thomas se incorporó y las náuseas fueron instantáneas. Lo zamarrearon con más fuerza de lo que hubiera deseado. Pasó por el lado de Eduardo y subió al muelle.

—¿A dónde vas, Ravn?

—Al Havodderen, ¿vienes?

—Hombre, es demasiado temprano para ir allí. Además, tengo un compromiso.

—¿Una cita?

—Creo que es solo sexo —respondió Eduardo encogiéndose de hombros.

Thomas asintió y siguió caminando. Pronto dejó atrás a los dos borrachos que discutían como si fueran un viejo matrimonio.

***

A excepción de Victoria, que leía el diario en su sitio de siempre, y la pareja de adolescentes que coqueteaban mientras jugaban al billar, no había más gente en el Havodderen. Thomas saludó a Victoria con un movimiento de cabeza y ella exhaló dos aros de humo.

—Estás peor que siete días de mal tiempo —comentó con su voz ronca.

—Lo tomo como un cumplido —respondió él sentándose a unos taburetes de ella—. ¿Dónde está Johnson? —preguntó paseando la mirada por el local.

Victoria encogió los hombros dándole unos traguitos a su café. En ese instante, Johnson salió del local trasero cargando un barril de cerveza para conectarlo al dispensador de cañas.

—Justo a tiempo —dijo Thomas.

Johnson permaneció en silencio mientras ensamblaba el barril al dispensador. Al terminar la tarea, se incorporó y estudió a Thomas.

—¿Otra noche difícil?

Thomas expresó resignación con un gesto de manos.

—Johnson, me temo que te dejaré a deber —dijo tocándose los bolsillos para señalar que estaban vacíos.

—¿No ha llegado la hora de que te repongas un poco?

—Venga, sí, sí, claro —respondió Thomas tamborileando impacientemente con los dedos—. Aunque no sería ideal que el barril que acabas de conectar se quede sin estrenar —dijo señalando el grifo de la cerveza.

Johnson cruzó los brazos.

—Si no traes efectivo, tendrás que trabajar para ganarte la caña.

—¿Me lo dices en serio? —Thomas sacudió la cabeza—. No voy a jugar a ser camarero.

Johnson se carcajeó.

—Ni en las más desbocadas fantasías se me ocurriría confiarte tal responsabilidad, ¿o sí? Este es un establecimiento con renombre.

Thomas asintió con indiferencia.

—¿Vas a tardar mucho en servirme esa cerveza? —Thomas estaba perdiendo la paciencia.

—Ya te lo dije, Ravn. Tendrás que ganártela.

Thomas alejó la mirada y consideró sus opciones. Sabía que en algún recoveco de su embarcación tenía algo de efectivo, pero no estaba seguro de dónde. Tenía una tarjeta de crédito en el piso, y seguramente Eduardo le haría el favor de ir por ella si se lo pedía, pero esas alternativas no le iban a quitar la sed tremenda que lo agobiaba en ese instante. Thomas le sonrió a Johnson con desdén. No olvidaría tan fácilmente ese episodio y se encargaría de cobrárselo con creces.

—Bueno, ¿qué quieres que haga?

—Una diminuta tarea policial.

La sonrisa de Thomas se amplió.

—Pensé que me pedirías que lavara los vasos o algo así.

—No, para nada —mencionó Johnson.

—¿Qué pasa? ¿Alguien metió las garras en la caja o te han robado las botellas vacías que guardas atrás?

—No, se trata de una breve investigación, nada complicado —respondió Johnson tras chasquear los dientes.

—Pues llama al departamento de policía —comentó Thomas.

—No es mi estilo, prefiero que tú te encargues.

—Estoy de baja y mi sed es insoportable, ¿te importaría? —Thomas le dio una palmadita al grifo de cerveza.

—Ravn, es importante para mí.

Thomas inhaló profundamente y se mordió el labio.

—Conozco bien esa emoción. A mí también me importaba que los catorce hombres de Station City que buscaban al asesino de Eva dieran con

algo y, ¿sabes qué?, volvieron con nada, cero —dijo haciendo un círculo con el índice y el pulgar—. Entonces, ¿me vas a tirar esa puta cerveza o mejor me voy a otro sitio?

Johnson miró fijamente a Thomas mientras cogía un vaso de la hilera encima de la barra. Lo puso debajo del grifo y el dispensador escupió un poco de espuma antes de que la cerveza comenzara a fluir. Luego dejó la caña frente a Thomas, que la cogió inmediatamente, pero Johnson no soltó el vaso.

—Escucha, se trata de la mujer que viene a hacer la limpieza dos veces por semana. Se llama Nadja, es una señora mayor, muy maja, de Lituania. Llegó a Dinamarca hace unos diez o doce años con su hija y el que era su marido.

—Ajá, ¿y?

—Su hija desapareció hace unos años. Nadie sabe nada de ella.

—¿Qué edad tenía? —preguntó Thomas tirando del vaso que Johnson finalmente soltó.

—Unos veinte.

Thomas le dio un trago y la espuma dejó un rastro sobre su labio.

—¿Y por qué no denunció la desaparición en su momento? —preguntó Thomas.

—No se atreve a acudir a la policía. Digamos que su experiencia con la institución nunca ha sido buena, ni aquí ni en Lituania; además, las mujeres habían tenido algunas disputas, problemas de madre e hija, ese tipo de cosas, ya sabes.

—¿Qué tipo de problemas?

Johnson negó con la cabeza.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Problemas de adolescencia?

—Pues yo también desaparecería si tuviera que limpiar esta pocilga. —Thomas rio mirando alrededor.

—Escucha. Nadja es la madre, ella hace la limpieza, su hija es la que está desaparecida; lo hubieras entendido a la primera si me escucharas.

—Claro que te escucho —respondió Thomas bajando el vaso que ya iba por la mitad—. ¿Pero qué quieres que haga? Seguramente la chica se echó

un novio y se escapó con él o volvió a su país —dijo y levantó el vaso para beberse el resto de un trago.

—No. Nadja ha buscado a su hija por todas partes. Es como si se la hubiera tragado la tierra. ¿No podrías preguntar un poco por ahí?

—¿Preguntar? ¿Qué estás sugiriendo?

—Sí, en la comisaría. Yo te consigo un poco de información sobre la joven. Quizás vuestro sistema tenga algo. Significaría mucho para Nadja saber cualquier cosa sobre su hija.

—Te lo repito una vez más: estoy de baja, incapacidad temporal, suspensión, licencia o como quieras llamarla.

Johnson retiró el vaso vacío de la barra.

—¿Sabes qué, Ravn? Eres un gilipollas, un hijo de puta de verdad.

Thomas se puso de pie.

—Creo que iré a otro sitio, un bar con un ambiente más cordial y animado —dijo. Se despidió de Johnson con un movimiento de cabeza y se dio la vuelta.

—Ah, ¿y si fuera tu hija la que estuviera desaparecida?

Thomas lo miró con frialdad.

—¿Mi hija? No tengo hijas, ¿sabes por qué? Porque un puñetero ladrón de pacotilla le reventó el cráneo a Eva, posiblemente algún cabrón de Europa del Este que reside en el país ilegalmente. Al menos la investigación apuntaba en esa dirección. Así que, ¿por qué debería ayudar a una de su estirpe?

—Cierto, ¿por qué harías algo así? —respondió Johnson con hosquedad —. Ayudar no es lo tuyo, de eso se encargaba Eva, ella sí ayudaba a los demás, ¿no?

—No se te ocurra volver a mencionar a Eva.

—¿Por qué no? Solo estoy diciendo la verdad, Ravn. Ella era pura bondad; tú, en cambio, eres un egoísta que solo se preocupa por lloriquear sobre tus cervezas y *whiskys*.

Thomas se alejó de la barra.

—Siempre es un placer visitar este sitio, las palabras de sabiduría y cortesía del camarero no tienen precio. Por cierto, la cerveza estaba tibia,

parecía meado —dijo señalando el dispensador justo antes de atravesar la puerta.

Al salir del Havodderen, Thomas tiró por Sankt Annæ Gade y dejó atrás el Café Wilders. Al alcanzar el cruce con Wildersgade, miró hacia el Eiffel Bar, a unos metros de distancia. Dependiendo de quién estuviera tras la barra era probable conseguir una caña, al menos cabía la posibilidad. Enfiló hacia el bar pensando en formas de cobrarle a Johnson por la escena que le había montado.

16.

Diciembre de 2010

"Reporte desde la Suite Nupcial. Día 67. Soy Masja, y sigo aquí, viva. Izabella me odia con toda su alma desde que Slavros la sacó de la Suite Nupcial. Hago todo lo posible por evitar cruzarme con ella. Me mantengo a distancia, en el club y aquí arriba en las habitaciones. Es una bruja, un orco de la Tierra Media, es como una de las condenadas de La hija de la bruja dragón. Cierro la puerta con llave porque tengo miedo de que me haga algo cuando Slavros y los otros no están aquí. He oído cosas terribles sobre ella y no me atrevo a correr riesgos.

Aquí todas usamos nombres de putas, nombres artísticos. Nombres para ocultarnos. Nombres que hacen un poco más soportables las humillaciones de los toros. Más que miedo, siento odio por los toros, aunque no se me olvida que son capaces de cualquier cosa. Sé que su objetivo es destruirnos, desmembrarnos trozo por trozo para sentirse en lo más alto. Les pone cachondos sentirse poderosos. Miedo, en realidad, solo le tengo a Iza. Especialmente cuando se mete coca. Nunca había visto una mirada así de animal y las babas en las comisuras de su boca… Una vez la vi arrancarle un mechón de pelo a una chica. Le dejó un hueco en la mollera. La chica tuvo que hacerse una coleta durante meses para disimular el agujero. ¡Nadie sopla aquí! También vi a Iza amenazar a otra con unas tijeras, jurándole que le sacaría los ojos. ¡Solo porque Iza sospechó que le había robado su delineador! Hasta se rumorea que una vez Iza vertió sosa cáustica en los pechos de una mujer mientras dormía, ¡y solo porque la chica le había robado un toro! Se dice que sus tetas quedaron como pasas enmohecidas. ¡Pensarlo me causa dolor! He perdido una gran cantidad de dinero porque Iza me ha hecho perder muchos toros, pero

no me atrevo a quejarme. Se sienta en mi mesa cuando tengo a un cliente e inmediatamente tengo que inventarme cualquier excusa para largarme de ahí. Cómo quisiera saldar mi deuda con Slavros para alejarme de ella. Pero mis deudas se acumulan; vivir aquí cuesta. Gastos, gastos, más gastos y ninguna esperanza."

Era miércoles por la tarde y el Key Club estaba medio vacío. *Private Dancer* de Tina Turner sonaba en los altavoces e Iza se enroscaba alrededor del poste en el escenario. Quizás pesaba un par de kilos de más para el apretado corsé que llevaba puesto e iba demasiado colocada como para que sus movimientos fueran gráciles, pero esos detalles les daban igual a los cuatro toros que estaban sentados alrededor del escenario. Los sujetos se tragaban el espectáculo con glotonería. Cuando Iza se quitó el corsé para exponer sus voluminosos pechos, se produjeron algunos aplausos dispersos y los toros metieron más billetes en las bragas de Iza.

Masja observaba intermitentemente a Iza desde una mesa ubicada junto a una esquina. Estaba sentada con Lulu, una polaca con estrabismo y labios gruesos como neumáticos de tractor. Juntas entretenían a tres estudiantes de derecho. Los chavales llevaban ropa cara, pagaban con tarjetas platino y billetes grandes. Eran hijos de papá con dinero de sus progenitores. Por alguna razón, a Masja le recordaron la vida que una vez tuvo, días lejanos en los cuales aburrirse era lo peor que podía sucederle.

Los muchachos fingían acentos y reían como idiotas: claramente estaban en plena *expedición* por los barrios bajos. Su intención era atestiguar la escoria, salir de su burbuja privilegiada para probar la vida real, experimentar algo emocionante e inusual de lo que posteriormente presumirían con sus amigos igual de afortunados. Masja era una herramienta que utilizarían a su antojo para conseguir las experiencias que buscaban, apenas una pieza sustituible en la prueba de hombría que habían emprendido. Al menos pagaban bien y ya habían despilfarrado miles de coronas en cervezas y bailes privados. Masja estimaba que ella y Lulu podrían sacarles unas cinco mil coronas cada una. Lo que Masja temía, mientras reía mecánicamente de las tonterías de los chicos, era que Iza apareciera para robárselos. Hasta ese momento Iza seguía bailando en el

escenario y, mientras tanto, Masja se esforzaba por convencer a los toros de ir al piso de arriba de una vez.

Masja acarició el muslo de uno de ellos humedeciéndose los labios.

—¿Por qué no vamos arriba?

Los muchachos no tenían prisa; primero querían beberse sus cervezas y tomar un poco de nieve.

—¿Os gusta la nieve? —preguntó el más alto apartando su flequillo rubio con la mano.

—*I luv blow* —contestó Lulu con su marcado acento polaco.

Los chicos rieron histéricamente. Su crucero por los barrios bajos estaba siendo un éxito rotundo.

Diez minutos después, todos estaban en el baño compartiendo ocho líneas de coca dispuestas en la tapa del inodoro. Los chicos, en un arranque de arrogancia, insinuaron que la cocaína sería pago suficiente, pero Masja y Lulu se rieron de la ridícula proposición. Por eso solo les ofrecieron una prueba de lo que les esperaba arriba si pagaban la cuota requerida.

Masja sintió el subidón de la coca: un burbujeo bajo su piel que calentaba las profundidades de su alma. Todo saldría bien: había vida después del Key Club, aún existía la posibilidad de hacer algo de ella misma, pensó. Durante esos momentos la sombra de Iza perdía su fuerza. Los chicos acordaron pedir una última ronda antes de ir arriba para gozar de una noche sin tapujos.

Masja vio a Iza sentada junto a un toro viejo que llevaba una camisa polo manchada y zapatos de madera. Era Harald, uno de los clientes fijos de Iza que frecuentaba el club regularmente. Había comenzado como chófer, pero ahora era dueño de media docena de taxis conducidos por inmigrantes que trabajaban para él. Iza se montó sobre Harald y le frotó la barriga redonda, pero él parecía irritado y le retiró la mano.

Las jarras de cerveza llegaron a la mesa. Uno de los chicos sirvió a Masja con movimientos inseguros y derramó bastante líquido en el suelo; algo que le vino perfecto a ella: cuanto antes subieran, mejor. Iza miró al grupo de chicos y les sonrió seductoramente. Luego clavó los ojos en Masja e hizo un movimiento de cabeza apenas perceptible, la señal para exigirle

que se esfumara. Masja tragó saliva, pero decidió no moverse. Los ojos de Iza se endurecieron y repitió el gesto, esta vez con menos sutileza. Masja, de golpe, se sintió completamente sola y el efecto decreciente de la coca disipó su valentía. No tenía opción; no osaba desafiar a Iza. Masja estaba a punto de disculparse con los chicos e irse, pero en ese instante Tabitha pasó junto a la mesa de Iza y Harald le dijo algo a Tabitha que Masja no logró escuchar. Tabitha, una joven de piel oscura originaria de Nigeria, se quedó de pie sonriendo abiertamente, exhibiendo sus grandes dientes blancos con la ranura entre los dos frontales.

Tabitha le había jurado a Masja que tenía dieciocho años cumplidos, pero Masja presentía que era mucho menor. No era muy espabilada, entendía poco del idioma y casi siempre se limitaba a decir *okey* independientemente de lo que le dijeran. Las otras chicas se mofaban constantemente de ella, le robaban sus pertenencias, la engañaban con los toros y las drogas. A menudo le asignaban los peores clientes, los apestosos y también a los chalados.

Harald, con un gesto, invitó a Tabitha a tomar asiento. Quizás no era tan tonta esa Tabitha, pensó Masja. Inmediatamente Tabitha se sentó junto a Harald e Iza, que le sonrió vanidosamente.

—¿No querías enseñarme algo? —susurró uno de los chicos al oído de Masja y luego le lamió el cuello—. ¿Qué hay del regalo que me prometiste?

—Sí, mi amor, vamos —respondió Masja dejando que el novillo la levantara de su asiento.

***

Era bien entrada la madrugada y el residuo de los efectos de la coca, que inhaló a lo largo de una buena parte de la noche, mantenía a Masja despierta. Los dos Valium que se había tragado parecían no funcionar. El silencio en su pequeña alcoba era total, nada de esa música asquerosa del club nocturno ni los gemidos de las habitaciones vecinas. Había sido una buena noche, una noche fácil, si tal cosa podía existir en el Key Club. Después de todo, se había embolsado mil quinientas coronas en propinas y abonado cuatro mil ochocientas coronas a Slavros. Sintió ganas de mear,

pero no tenía la energía para ir al baño al otro extremo del pasillo. Se aguantó durante unos minutos, preguntándose si tenía algún recipiente donde aliviarse para no tener que dejar su cuarto. Al final se dio por vencida, cogió unas bragas y se las puso antes de salir.

Al ir hacia el cuarto de baño detectó un olor inusual, como a quemado. La peste solo se intensificó al llegar al aseo. Encontró la puerta entreabierta y se detuvo antes de entrar. Se escuchaban algunos murmullos. Abrió la puerta cuidadosamente y fue empujada al instante hacia la ducha por un par de brazos que cerraron la puerta tras ella. Delante de los retretes había un grupo de chicas inmovilizando a Tabitha contra el suelo: la tenían retenida boca abajo por los brazos y las piernas. Iza estaba montada sobre la espalda de Tabitha con una plancha en una mano y un cigarrillo en la otra. Las nalgas de Tabitha exhibían varias lesiones triangulares causadas por el hierro incandescente.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Masja con la boca abierta.

—Es fácil de ver, ¿no? —dijo Iza con una mirada salvaje—. Estamos domesticando a la negra, la estúpida no sabía que el robo se castiga.

—Le estás haciendo daño.

Iza encogió los hombros.

—¿Y? No es mi culpa que sea una subnormal —respondió entrecerrando los ojos—. ¿Te apetece una lección? Tú me robaste la habitación, ¿cómo vas a pagar? —agregó apuntándole con la plancha.

"Quémala, Iza, quémala", profirió una voz y luego una mano se lanzó hacia Masja.

—No fue mi elección, sabes que le pedí a Slavros que me diera otra habitación para que tú siguieras en la Suite Nupcial.

Iza le dio una calada a su cigarrillo.

—Eso no solucionó nada, aún sigues durmiendo ahí, ¿no? Lo justo es que pagues alquiler. ¿Cuánto te dieron esos mocosos?

—Mil.

—Estoy segura de que te dieron más.

Masja negó con la cabeza.

—Es lo que tengo, el resto se lo di a Slavros, pero puedo ir a por el dinero —aseguró Masja.

—Seguro que puedes —dijo Iza y se giró hacia Tabitha—. Vosotros los negros creéis que todo es gratis, creéis que podéis venir aquí y robar a las que trabajamos duro —dijo y lanzó el cigarrillo para luego mirar con dureza el rostro de Tabitha—. En realidad, no eres nada fea, me recuerdas a una muñeca que tuve cuando era niña, era la única muñeca negra en todo Târgovişte. La adoraba, era mi posesión más querida, no había nada mejor en el mundo. ¿Me estás escuchando, Tabitha?

Iza secó una de las lágrimas que surcaban el rostro de Tabitha.

—O… key —intentó decir Tabitha a través de las bragas que le habían metido en la boca para amordazarla.

—¿Sabes? Un día cogí la muñeca y la metí en el horno. Ni siquiera sé por qué lo hice. La amaba, pero me ganó la curiosidad, quería ver qué pasaría. ¿Sabes lo que el calor le hizo? —dijo Iza encendiendo otro cigarrillo y exhaló el humo en el rostro de Tabitha—. Las llamas derritieron a mi tesorito, las mejillas se le desfiguraron como una crema mutante. Mi muñequita negra quedó deforme y lisa, nunca había visto algo tan liso, Tabitha. Nunca.

Iza sonrió acercando lentamente la plancha a la cara de Tabitha, que intentó liberarse, pero las otras tres mujeres la sostenían con fuerza. Los gemidos de Tabitha eran brutales, la plancha estaba a unos milímetros de su rostro.

—¡Para ya! —gritó Masja.

Las chicas se giraron hacia ella e Iza se levantó y dio un paso hacia Masja.

—¡Quizás lo recuerde todo mal! No era una muñeca negra la que tuve de niña, sino una putita rubia. Una igual a ti. ¡Sujetadla!

Las dos mujeres que estaban junto a Masja la cogieron de los brazos. Iza plantó una mano contra el pecho de Masja y la empujó contra el muro. Luego levantó la plancha.

—No quieres hacer esto —dijo Masja aterrada.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Si nos haces daño, ya no ganaremos tanto dinero para Slavros y te lo cobrará directamente a ti. Estamos hablando de dos, Tabitha y yo. Así jamás saldarás tus deudas.

—Quizás valga la pena.

Se oyeron pasos y Lulu asomó la cabeza al pasillo.

—Slavros está subiendo.

Iza dejó la plancha y apartó a Masja a un lado. Las chicas que retenían a Tabitha la soltaron y salieron corriendo por la puerta. Masja observó a Tabitha, que estaba sacándose las bragas de la boca. Masja cogió una toalla para que Tabitha se cubriera los muslos y las nalgas y la ayudó a ponerse de pie. Luego la condujo al retrete más cercano y cerró la puerta.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —preguntó Slavros al entrar.

Masja se giró y vio a Slavros acompañado por dos de sus hombres de cabello rapado.

—No podía dormir y necesitaba ir al baño —dijo Masja.

—¿Pasa algo? ¿Tienes problemas ahí abajo? —preguntó Slavros señalando la entrepierna de Masja.

—No, para nada, me cuido —respondió Masja negando con la cabeza.

Slavros levantó la nariz y olfateó.

—¿Qué demonios es esta peste?

—¿Pelo quemado? Una de las chicas se puso extensiones esta noche, a veces huelen así —respondió Masja.

Slavros evaluó la respuesta durante un segundo.

—Si algo fuese mal, me lo dirías, ¿no? O si por aquí ocurrieran cosas que no deberían.

—Por supuesto, Slavros, sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, es algo que valoro de verdad. Lo has hecho muy bien esta noche. Has ganado una bonita suma, sigue así.

Una vez que Slavros desapareció, Masja abrió la puerta del baño. Tabitha se mordía los nudillos para no gimotear, pero las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Tienes que usar la cabeza, Tabitha. De lo contrario no vas a sobrevivir.

—Okey —dijo Tabitha entre sollozos.

"No está okey. Necesitas aprender a pensar, haz lo que te digan, esfuérzate por salir de esta porqueriza antes de que pasen demasiados años, ¿comprendes, Tabitha? Tabitha seguía llorando y temblando. Le

di un Valium, era mi último. Le ayudé como Tusnelda de La hija de la bruja dragón ayudaría a sus amigas necesitadas. Soy consciente de que la pastilla no calmará los dolores de Tabitha; creo que lo hice por compasión. Me sentí culpable, no sé bien por qué. Iza es una psicópata, una perra demente y las otras, las que la siguen, también son escoria. Esto está lejos de haber terminado. Cuantos menos toros visiten el club, más mala leche. Joder, pronto será Navidad. El único regalo que quiero son toros. Toros en cantidades incontables. Quiero escapar antes de que un día nos matemos las unas a las otras.

NO. HAY. CLEMENCIA."

17.

Christinashavn, 2013

Habían pasado un par de días desde la pelea con Johnson. Thomas decidió visitar el Anticuario de Victoria, en la esquina de Dronningensgade con Mikkel Vibes Gade. Antes de cruzar la puerta, les echó un vistazo a las cajas de novelas policíacas instaladas en el exterior, frente a la ventana. Dentro del pequeño local la temperatura era agradable y cálida y las estanterías, muchas más de las que deberían caber ahí dentro, se erigían del suelo hasta el techo rebosantes de libros ajados. *Summertime* de Charlie Parker sonaba en el tocadiscos que había sobre el viejo mostrador. Olía a café, papel viejo y el humo de los cigarrillos liados a mano que Victoria fumaba constantemente. Thomas se apretó entre las estanterías de literatura de viajes para acercarse a las cajas de CD usados, ubicadas a lo largo de una pared. Comenzó a recorrerlos.

—Bingo —murmulló al sacar un CD con los grandes éxitos de Hall and Oates.

Era un recopilatorio que incluía los éxitos de los últimos treinta años. Se acercó al mostrador donde Victoria despachaba a un cliente.

—Ravn —dijo ella a modo de saludo.

Un cigarrillo pendía de la comisura izquierda de su boca. Sobre la punta de su nariz se balanceaban unas gafas baratas proporcionadas por el seguro médico. Thomas no conocía a otra mujer que vistiera trajes de *tweed* a cuadros y botas con cordones todos los días. Parecía sacada de una novela de Dickens.

—¿Cuánto me va a costar este? —preguntó Thomas mostrando el CD.

Victoria oteó ágilmente.

—Setenta.

—¿Setenta? —repitió Thomas atónito—. Estás abusando, sabes que no es nuevo, ¿o no?

—Es un álbum doble.

—Pues yo solo necesito uno de los discos. De hecho, solo me interesa un tema, así que te doy treinta.

Victoria lo miró con paciencia a través de sus gafas mientras pasaba los dedos por sus tirantes.

—Aquí no se venden mitades, ni de libros ni de CD.

—Me lo estás vendiendo a precio de turista.

—Entonces, por favor, déjalo para los turistas —contestó ella estirándose para coger el disco compacto.

Thomas se lo guardó en el bolsillo.

—Quedaré en deuda.

—No doy…

—Crédito, ya lo sé —respondió Thomas caminando ya hacia la puerta.

—Más te vale traer bollos de canela la próxima vez que aparezcas por aquí. Una bolsa entera, y que sean de Lagkagehuset, porque no voy a conformarme con esos bollos secos que hay en la mayoría de las panaderías.

—Te lo prometo —respondió Thomas saludando desde la acera.

Era casi medianoche y Thomas estaba sentado sobre la cubierta de popa con la caja del disco compacto en una mano y medio vaso de ginebra en la otra. Primero se había resignado a no beber agua tónica, luego, a no escuchar música; lo primero fue consecuencia de un descuido y lo segundo, del cableado defectuoso que no logró reparar. Al intentar arreglarlo provocó un cortocircuito en el tablero eléctrico del muelle y un par de propietarios de otros barcos no tardaron en quejarse por la falta de electricidad. Preben le haría pasar por un calvario a la mañana siguiente, pero, en ese instante, era la menor de sus preocupaciones. Si no lograba encender el equipo de música, se vería obligado a pasar por el Havodderen y encarar a Johnson. Todavía no le había perdonado aquel drama.

Le dio un trago a la ginebra. ¿De qué demonios iba todo ese tema sobre la hija desaparecida de la mujer de la limpieza? No conocía a la señora, ni

siquiera sabía que Johnson limpiase esa pocilga regularmente. Thomas sacudió la cabeza; seguramente Johnson solo quería hacerle sentir culpable. Thomas había pasado seis años en el departamento de investigaciones de la comisaría de Station City y durante ese periodo había sido testigo de tales desgracias humanas que una muchachita desaparecida no le podía despertar demasiados remordimientos.

La electricidad volvió súbitamente, las luces se encendieron y la música brotó desde la puerta entreabierta de la cabina. Thomas se reclinó en la silla y ojeó el tablero eléctrico que estaba en el muelle a unos veinticinco metros de él. No vio a nadie ahí. Levantó su vaso, brindó en la oscuridad y bebió un buen trago de ginebra. El alcohol palpitaba en sus sienes y se percató de que la embriaguez iba en ascenso.

El episodio con Johnson no lo dejaba en paz. Debió haberle dado dos hostias cuando mencionó a Eva. Sin embargo, ese cabrón tenía razón: Eva era atípica y muchas veces ponía el bienestar de los demás por delante del suyo. No había un abogado defensor más dedicado que ella en todo el país. Se había quedado trabajando hasta la madrugada incontables veces, preparándose para un caso crucial. Incluso hubo momentos en que Thomas sintió celos por su trabajo, pero más que nada estaba profundamente orgulloso de ella, aunque por desgracia nunca llegó a decírselo. Thomas solía bromear, diciendo que corría la suerte de atrapar a los criminales justo antes de que ella los liberara. “Y por eso somos un equipo inigualable”,respondía Eva. Thomas no solo la amaba, estuvo enamorado de ella durante los nueve años que pasaron juntos. La relación con Eva había sido lo más importante en su vida y los años previos a conocerla eran solo una colección de momentos opacos. Al contrario, recordaba nítidamente las primeras palabras que intercambiaron. Constatar ese hecho lo hizo sonreír.

—¿Cómo se llama el perro? —había preguntado Eva desde la borda.

—Møffe —respondió Thomas desde la cubierta del Bianca.

—Es un nombre genial… para un cerdo.

—Quizás eso explique sus gruñidos.

Eva había sonreído, mostrando los hoyuelos de sus mejillas por primera vez. Él recordaba el vestido veraniego azul claro que ondeaba con el viento. Thomas la había invitado a subir al bote, pero ella titubeó. Al final había

logrado convencerla y pasaron buena parte de la noche bebiendo vino. Eva se había ido sin ofrecerle su número de teléfono ni su dirección. Thomas ni siquiera sabía su apellido. Durante los días siguientes intentó localizarla en vano, después de investigar por todo el barrio. Eduardo, Victoria y, sobre todo, Johnson, se habían burlado de su incompetencia como seductor e investigador. Cuando finalmente había decidido abandonar la búsqueda, ya que había perdido toda esperanza de volver a verla, Eva apareció en el muelle durante una noche cualquiera. Lo primero que Thomas hizo fue pedirle su número, ella se lo dio e inmediatamente después subió a bordo. Aquella noche compartieron varias botellas de vino blanco y se besaron hasta los primeros rayos del alba.

Thomas recordó su risa, pero esta vez le pareció escucharla justo detrás de él. Se giró lentamente en la silla de plástico. Ahí estaba Eva, con el mismo vestido azul que el día en que la vio por primera vez. Sin embargo, su rostro había ganado madurez. Llevaba el pelo recogido con un antiguo broche de plata que él le había comprado en una de las tiendas de antigüedades de Strandgade. Thomas se puso de pie y la miró detenidamente.

—Sé que debe ser el alcohol y estoy condenado. Además, me imagino que desaparecerás antes de que me dé cuenta, pero, joder, no sabes lo feliz que me hace verte.

Thomas no estaba seguro de si había pronunciado esas palabras de verdad o las había pensado, pero ella le sonrió como si lo hubiera escuchado. Thomas dio unos pasos y se detuvo delante de ella, ya que temía que la visión se esfumara si la tocaba.

—No tienes idea de cómo te extraño —dijo.

—Sí, lo presiento —respondió ella suavemente—. Pareces exhausto, ¿estás bien?

—No…, estoy por los suelos, te echo tanto de menos. Hay tanto de lo que me arrepiento, tantas cosas que quisiera haber hecho.

—No hay nada que lamentar.

—Debería haber pasado mucho más tiempo contigo y traerte menos problemas de los que te di.

—Fuiste encantador, el mejor hombre que una mujer pudiera desear.

—No, no lo fui. Ni siquiera llegué a pedirte matrimonio, aunque sabía lo mucho que eso significaba para ti.

—No tiene importancia —dijo Eva encogiéndose de hombros—. No pienses más en ello.

—Fui un egoísta.

—Tonterías. Simplemente no eras el caballo más rápido de la pista —dijo Eva sonriendo y logrando que él también lo hiciera.

—Es verdad —respondió Thomas—. Joder, hay tanto que no llegamos a hacer.

—Pero también hay otras cosas que sí hicimos juntos —lo dijo con una expresión preocupada—. No te mereces todo este dolor.

Él desvió la mirada, pero la devolvió inmediatamente temiendo que hubiera desaparecido.

—Es que no puedo soportarlo.

—El Thomas que yo conocí jamás decía tonterías así. Nunca se daba por vencido, trabajaba con dedicación y actuaba movido por un profundo sentido de la justicia.

—Los tiempos han cambiado…

—No, no hay razón para ser egoísta. Lo sabes bien.

Thomas agitó los brazos con resignación.

—Es que siento que ya nada tiene sentido —admitió Thomas.

—Tú vales mucho más.

Thomas negó con la cabeza, rechazando esas palabras y sintió que las lágrimas se apretaban contra sus párpados.

—Llegué demasiado tarde, no pude salvarte. Si tan solo hubiera vuelto a casa un poco antes, no te habrías desangrado —confesó Thomas.

—Tienes que dejar de culparte por lo sucedido.

—Me temo que no puedo evitarlo.

—Fue una serie de situaciones desafortunadas, no hay nada más que pueda decirse al respecto.

—Sí, jodidamente desafortunadas —dijo, cercano al llanto—. Un psicópata irrumpió en nuestro hogar para robar el ordenador y un reloj de pulsera de mierda, y tú pagaste con tu vida. Ni siquiera he podido atraparlo,

no puedo encontrar a la persona que… te asesinó. ¿Entiendes lo difícil que es eso?

—Sí —respondió ella con calma—. Te entiendo perfectamente.

Thomas se secó la mejilla con el dorso de la mano.

—Dime, ¿no llegaste a verlo? De verdad, me vendría bien una descripción.

—Lo siento, amor —respondió Eva con una sonrisa aún más amplia—. Al parecer esto no funciona así.

Eva paseó la mirada por el bote, se percató de la música y señaló en dirección al equipo de música instalado en la cabina.

—¿No es…?

—Hall and Oates, sí.

—¿*Everytime you go away*? —preguntó ella y sus hoyuelos se dibujaron en su rostro—. La escuchamos donde Johnson y tú dijiste que era…

—... la mejor canción jamás escrita.

Ella se rio.

—Luego la pusiste seis o siete veces más para que pudiéramos seguir bailando. Johnson estaba al borde de un ataque de cólera.

—Todavía se pone así —comentó Thomas.

Ella lo miró con los ojos llenos de amor.

—¿No me vas a pedir un baile? —preguntó Eva.

—¿No vas a desaparecer si te toco?

—Jamás se me ocurriría tal cosa.

Thomas dio un paso hacia Eva, la rodeó con los brazos y la estrechó hacia él. Sintió el calor de su cuerpo y la respiración suave haciéndole cosquillas en el cuello. Luego se mecieron al ritmo de la música y él inhaló el aroma a vainilla del cabello de Eva.

—Siempre tendremos ese momento juntos —susurró ella—. Sin embargo, necesitas dejarme ir, Thomas.

—No sé cómo.

—Tienes que hacerlo por nosotros, por ti y por mí.

—Ya lo sé —murmuró él.

Ella besó dulcemente los labios de Thomas y en seguida se desprendió.

—Cuídate, mi amor.

Thomas quería decir algo, cualquier cosa con tal de retenerla, y aunque buscó las palabras frenéticamente, no las encontró. Se quedó paralizado viendo a Eva alejarse por el muelle mientras pasaba con delicadeza la punta de sus dedos por su vestido. Sonrió y saludó a Thomas antes de desvanecerse. La música cesó justo en ese instante y las luces del bote se extinguieron. Thomas se quedó solo en la cubierta del barco ceñido por la penumbra.

18.

Mälarhöjden, diciembre de 1979

Erik se colocó junto a su padre frente a la mesa de trabajo. Seguía atentamente los movimientos de Bertil, que trabajaba en un pequeño búho polar blanco. Era una especie inusual en esa zona, seguramente salió a aparearse cuando fue derribado por algún cazador en Åkersberga. A modo de prueba, Bertil estiró una de sus alas en busca del ángulo adecuado.

—¿Qué opinas? ¿Te parece una posición natural? —preguntó Bertil.

Erik entornó los ojos.

—Yo la colocaría un poco más abajo —respondió cogiendo el ala izquierda para enseñarle a lo que se refería—. Por aquí, así parece que esté surcando los aires.

—Tienes razón, tiene una pinta más majestuosa —contestó Bertil.

—Y también se ven las plumas interiores.

Bertil asintió mostrando aprecio.

—Erik, aprendes rápido.

—¡Bertil! —Lena gritaba desde la cocina para que su voz atravesara la puerta del sótano e insistió al no recibir respuesta.

Bertil soltó cuidadosamente el ala de búho y exhaló pesadamente.

—¿Qué pasa?

—¡Sube! —respondió Lena sin más explicaciones.

Erik siguió a su padre por las escaleras. Al llegar a la cocina vio a su madre de pie junto a la mesa que había debajo de la ventana que daba a la calle.

—Bueno, ¿a qué se debe tanto alboroto? —preguntó Bertil limpiándose los dedos en su delantal de cuero.

Lena se giró rápidamente, exhalando una pequeña nube de humo de cigarrillo hacia el techo.

—¿Qué hace eso en nuestro jardín? —dijo Lena mirando hacia la calle.

Al otro lado de la ventana vieron un vehículo carrozado, aparcado con dos de sus ruedas sobre el césped cubierto de nieve. El vehículo tenía un aspecto deteriorado, con numerosas manchas de óxido en la pintura verde descascarada. En la parte lateral ponía "Tala de árboles" en letras amarillas y debajo, un número de teléfono. El vehículo retumbó, provocando que los vasos de cristal que Lena tenía en el alféizar de la ventana tintinearan unos contra otros.

—¿Quién es, Bertil? —preguntó ella.

—No tengo ni la menor idea.

La puerta del pasajero se abrió y un par de latas de cerveza vacías cayeron sobre el manto de nieve. Después se apearon un par de cazadores que iban vestidos con ropa térmica casi idéntica. Sonreían bobamente y el que bajó primero se estiró mirando hacia la puerta principal de la casa.

—¿No es Johan? —preguntó Erik.

—Dios, sí, es él —respondió Bertil sorprendido.

—¿Johan? —agregó Lena exhalando una nube de humo por su comisura izquierda.

Los cazadores saludaron a Erik y Bertil con un entusiasmo socarrón al pararse en los escalones de la puerta principal. Erik reconoció a los dos hombres que acompañaban a Johan: se trataba de Söbring y Olofsson, camaradas de cacería de su padre. Estaban borrachos. Recordó que uno provenía de un hogar acaudalado, gracias a la empresa siderúrgica de la familia; el otro era banquero, igual que su padre, pero no recordaba quién hacía qué. En los rostros de los tres hombres se asomaba una barba y tenían ojeras debido a la escasez de sueño. La traza de los hombres delataba que llevaban varios días bebiendo.

—Qué guapos estáis —comentó Bertil irónicamente.

—Somos bellísimos, ¿no creéis? —dijo Söbring rodeando a Bertil con un brazo y dándole un beso salivoso en la mejilla.

Luego le revolvió el pelo al chico. La peste a sudor agrio y alcohol que emanaba de Söbring cortó a través de la nariz de Erik.

—¿Habéis ido de caza? —preguntó Erik.

Søbring lo miró con sus ojos inflamados.

—Has acertado, chaval —gimió fatigado y su hálito casi le quitó el aliento a Erik.

Bertil se soltó del abrazo y Söbring se tambaleó un poco.

—Menudo vehículo que traéis —mencionó Bertil mirando el costado del carrozado, así como las huellas de los pesados neumáticos en la nieve del jardín de su casa y de la del vecino—. ¿Lo habéis robado?

—¿Robado? ¡Qué bobadas son esas! Esta chatarra es de mi amigo Monson. ¡Monson, ven aquí!

Al instante, un hombrecillo delgado, con gorra y chaleco relleno de plumas, salió del vehículo. Cuando sonrió, Bertil y Erik vieron que le faltaban dientes.

—Monson es uno de mis viejos compañeros de escuela. Sí, de los tiempos de Kungsholmen —explicó Johan.

Söbring y Olofson rieron desencajadamente.

—Monson era un estudiante muy prometedor, ¿no es así, querido?

Monson no respondió y dejó que los hombres siguieran riendo. No parecía ser la primera vez que se divertían a costa suya.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Bertil.

—De caza —respondieron los tres hombres a la vez.

—Obviamente, ¿pero cuántos días?

—Tres —contestaron de nuevo a coro.

—No creo que el botín sea admirable juzgando por vuestro estado.

Johan colocó pesadamente un brazo en el hombro de Bertil.

—No seas descarado, Bertilito —respondió Johan secamente—. Si no, llamaré al prefecto Monson para que te castigue.

Johan tiró de Bertil, que se dejó empujar hacia el vehículo a regañadientes. Erik los siguió de cerca. No le gustaba lo más mínimo el modo en que Johan se comportaba con su padre; era como si el alcohol incrementara su arrogancia.

Johan soltó a Bertil al pararse frente al portón trasero de la caja y destrabó los picaportes. La puerta se abrió de golpe para mostrar la carga.

—Oh, ten piedad —exclamó Bertil.

Johan, lleno de orgullo, retrocedió un paso para permitir que Erik se acercara.

—Míralo bien, niño, ¿habías visto un ejemplar así?

Frente a ellos yacía un enorme alce macho. Su cornamenta era tan majestuosa que parecía un árbol pequeño.

—¿No es magnífico?

—Es impresionante —respondió Erik.

Johan se giró hacia Bertil.

—Lo estuvimos persiguiendo casi todo el fin de semana, pero no ha sido hasta esta mañana que el viejoha quedado a nuestro alcance. Le disparé a trescientos metros de distancia —dijo eructando—. Y con la peor resaca de mi vida.

—¿Con cuántos disparos lo derribaste?

—Uno. Se lo clavé directamente en el corazón, deberías haberlo visto —dijo Johan con petulancia.

Bertil asintió.

—Seguro que fue memorable —dijo Bertil trasladando su mirada del alce a Johan—. ¿A dónde vais ahora?

—A casa. No hemos dormido desde el jueves, ya conoces a esos dos beodos.

Los borrachos se rieron.

—Pero ¿y el alce? —preguntó Bertil.

—Por eso hemos venido.

Bertil negó con la cabeza.

—Te lo agradezco, pero tenemos suficiente carne en el congelador.

Johan colocó un brazo en Bertil.

—Me malinterpretas, querido. Quiero que lo diseques.

Bertil rio sin tapujos.

—Creo que el alcohol está hablando por ti.

—Para nada, ya le he reservado un sitio de honor en mi salón.

Erik miró entusiasmado a su padre. No habían colaborado en un proyecto así de grande y esta podría convertirse en su obra maestra. Sin embargo, su fervor fue sofocado por la respuesta de su padre.

—No dudo que se merezca un sitio de honor, pero no seré yo quien se haga cargo de la taxidermia —respondió Bertil fríamente.

Todos lo miraron decepcionados.

—Hostia, Bertil —exclamó Johan—. Contábamos contigo.

—Es una pena, pero es que ni siquiera sería posible meterlo en el sótano.

—¿No podrías hacerlo afuera? —preguntó Söbring—. Te ayudamos a cargarlo hasta el patio trasero…

—El frío perjudica el proceso —interrumpió Erik y, apoyándose en el estribo, se subió a la caja de carga para mirar sobria y detenidamente a la imponente bestia—. Como mínimo se necesitan cinco kilos de alumbre de potasio y la misma cantidad de sal, eso solo para curtir la piel.

—Vaya, quizás debería contratar a tu vástago si tú no tienes los cojones para hacerlo —dijo Johan riendo.

—Baja de ahí —le ordenó Bertil a Erik y luego se giró hacia Johan—. Lo siento, camarada, pero no estoy interesado.

En ese momento Lena salió por la puerta principal. Sobre los hombros llevaba un abrigo de visón que sujetaba con fuerza alrededor de su cuerpo. Sus piernas sobresalían por debajo del abrigo e imantaron las miradas de los hombres. Le regaló una amplia sonrisa a Johan antes de acercarse.

—Solo tú, Johan, podrías armar tanto alboroto en un domingo —dijo Lena, que claramente se había retocado el carmín, sin percatarse del borrón en su diente frontal.

—Te ofrezco mis disculpas —respondió sonriendo excesivamente.

Söbring y Olofsson la saludaron, y ella les dedicó una cortés inclinación de cabeza antes de acercarse a la caja del vehículo.

—Cuidado que no te entre frío, Lena —agregó Bertil, mostrando que su presencia ahí afuera no era bienvenida.

—Dios santo, es enorme, Johan. ¿Fuiste tú quien le disparó?

Johan se acercó a ella.

—Justo en el corazón —dijo tan sobrio como pudo.

—¿No es peligroso? —preguntó Lena.

Johan asintió.

—Hay que tener cuidado con los alces macho: si el primer disparo no lo derriba, puede volverse tan agresivo como un *grizzly*.

—¿Un *grizzly*? —interrogó ella con la mirada vacía.

—Es un oso enorme —explicó Johan.

—Ah, claro —respondió Lena arqueando las cejas con asombro—. Pues por lo que puedo ver, tuviste el valor de tirar del gatillo.

—Forma parte de mi naturaleza —respondió Johan sonriendo y se encogió de hombros como si no fuera gran cosa.

—Podemos disecar la cabeza —agregó Bertil enfadado.

Johan apartó los ojos de Lena para mirar a Bertil.

—¿De verdad?

—A menos que prefieras colgar el culo de la bestia en el salón. —Los demás se rieron mientras Bertil le guiñaba un ojo a su hijo—. Erik, ¿a que podemos disecar el culo del alce para Johan?

Erik sonrió tímidamente.

—¿Por qué tienes que ser tan vulgar, Bertil? —se quejó Lena, pero nadie le prestó atención.

—Pero no te va a salir barato —aseveró Bertil.

Johan asintió.

—No hay problema, ¿cuánto?

—Cincuenta mil.

Söbring y Olofsson silbaron mirando a Johan.

—Joder, es más de lo que cuesta un Volvo nuevo —refunfuñó Söbring.

—Pues cómprate uno, Söbring. Encaja con tu personalidad —respondió Bertil sin siquiera mirar en su dirección—. Tampoco te estoy obligando, Johan, por mí podéis llevar al animal a la ciudad. Conozco algunos taxidermistas profesionales, te puedo dar sus números, hacen un buen trabajo por la mitad del precio. Pero si quieres aparcarlo aquí, ya conoces el coste.

—¿Podríamos negociar un poco? —titubeó Johan.

Bertil negó con un firme movimiento de cabeza.

—No estamos en el mercadillo —agregó y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Venga, pues supongo que ese es el precio —respondió Johan.

Söbring y Olofsson negaron con la cabeza. Lena sonrió y encendió un cigarrillo.

—¿Traes una sierra? —preguntó Johan mirando a Monson.

Monson lo miró como si esa fuera la pregunta más absurda que jamás le hubieran hecho.

—Naturalmente, me dedico a talar árboles.

Dos minutos después, Johan estaba encima de la bestia con la motosierra rugiendo entre las manos. Söbring y Olofsson estaban sentados en el lomo del alce, sostenían el torso contra la caja para que Johan cortara el cuello del animal. Los trozos de carne y hueso que salpicaban por doquier pringaron de rojo las caras y ropas de los hombres.

Lena miraba fascinada esa escena macabra, aunque había retrocedido unos pasos para no estropear su costoso abrigo.

Cuando terminó, Johan dejó caer la cabeza del alce en la nieve. Bertil y Erik la miraron detenidamente.

—¡Va a quedar fantástico! —exclamó Erik.

Bertil asintió.

—Tenemos que arrastrarlo hasta la parte trasera de la casa para meterlo por la entrada del sótano.

19.

Habían pasado un par de días desde la visita de los cazadores. La cabeza del alce pendía del cabestrante fijado al techo del sótano. La parte superior del cráneo estaba abierta; habían realizado la incisión después de serrar la imponente cornamenta. Los tendones de las mejillas expuestas colgaban como cuerdas y los ojos negros, vacíos, miraban hundidos en la masa de carne sanguinolenta. A pesar de la temperatura fresca del sótano, la cabeza había entrado en estado de descomposición, y emitía un nauseabundo hedor a cadáver. Sin embargo, a Erik no le intimidaban ni la figura tétrica ni la peste. Imperturbable, medía la cabeza del alce con un calibre y registraba los datos en una libreta Moleskine negra.

Bertil estaba en la mesa de trabajo frente al enorme maniquí que había adquirido para la tarea. En cuanto finalizaran las mediciones, Bertil cortaría el maniquí para que la piel se ajustara perfectamente a la estructura. La piel del rostro se estaba curtiendo en la amplia tina de zinc. El trabajo de medición y la preparación de la piel se había convertido en la fase preferida de Erik. Las largas horas en el sótano le habían enseñado que, si uno realizaba esas tareas preliminares meticulosamente, podía garantizarse un resultado satisfactorio. Era mucho más minucioso que su padre, tanto en las mediciones como al curtir las pieles para evitar que perdieran su brillo.

Bertil sacó una pequeña caja de cartón que contenía cuatro pares de ojos de cristal que parecían idénticos, pero al observarlos de cerca se notaban diferencias en el tamaño de las pupilas y la forma del globo ocular. Todo detalle, por pequeño que fuera, contribuiría a dotar al trofeo de una expresión única.

Bertil miró hacia la escalera que conducía a la cocina.

—¡Johan! —gritó, y como no recibió respuesta, se giró hacia Erik—. ¿Puedes ir a buscar a Johan? Necesitamos que nos diga qué ojos prefiere.

—Estoy ocupado —murmuró Erik.

—Ahora mismo, ve antes de que tu madre le desgaste los oídos con uno de sus monólogos.

Erik farfulló algo al dejar el calibre, se giró y subió las escaleras corriendo.

Al entrar en la cocina miró en todas direcciones, pero el único rastro de Johan y su madre eran las dos tazas de café en la mesa del comedor. En el cenicero aún ardía uno de los cigarrillos largos y esbeltos que Lena solía fumar. Erik, extrañado, trató de descifrar dónde se podrían haber metido. Salió de la cocina al largo pasillo y vio que la puerta del salón estaba entreabierta, así que se acercó. Del salón provenían voces apagadas, casi susurros. La puerta se deslizó sin hacer un solo ruido cuando la empujó. En el fondo del salón, en una sección casi tan amplia como una habitación independiente, vislumbró a Johan y a su madre. Lena, apoyada en sus manos, estaba inclinada sobre la mesa. Tenía el vestido levantado hasta la cintura, y sus nalgas blancas y rollizas estaban expuestas. Las bragas azules de algodón pendían alrededor de sus talones. Johan, con el rostro colorado, la tenía cogida por la cintura y arremetía contra ella.

—Putita —balbuceó Johan—. Eres una puta del demonio.

—Sí, sí —gemía ella.

Erik se giró y volvió al sótano enmudecido. Encontró a su padre midiendo las cavidades oculares del alce con el calibre. Bertil vio que Erik había regresado solo.

—¿Dónde está Johan?

—No lo encuentro.

—Qué tonterías son esas —contestó Bertil con mala cara, luego se acercó a la escalera y gritó—. ¡Johan, joder, te necesitamos aquí abajo!

Instantes después se oyeron los pasos de Johan en la cocina y luego apareció en la escalera.

—Estaba en el baño —dijo con la cara aún encendida.

—Bien, mientras no caigas en él —respondió Bertil secamente.

—Tranquilo, no va a pasar —respondió Johan dándole una palmada Bertil en la espalda. El hombre advirtió la piel arrugada del rostro del animal en la tina, que parecía un abrigo raído—. Hostia, es repugnante.

—Por ahora concéntrate en los ojos. ¿Qué expresión quieres que tenga tu trofeo? —dijo Bertil extendiéndole la caja con los ojos.

Johan los miró despistadamente.

—¿Y qué sé yo de esas cosas? Elígelo tú, para eso eres el experto.

—Te sugiero estos —comentó Bertil señalando un par.

—Bien, bien —respondió Johan y mirando el rostro del alce agregó—. Espero que parezca un poco más apetecible cuando esté terminado.

—Será una pieza excelente —respondió Bertil fríamente—. Digno de hasta el último centavo.

Erik estaba a unos metros de la mesa de trabajo, mirando en silencio a los hombres. Los pasos característicos de su madre se oyeron desde la cocina. No entendía lo que había visto minutos atrás, pero lo invadió la certeza de que ya nada sería igual. Tarde o temprano, todo se derrumbaría. Ya no sentía que el sótano fuera un remanso seguro y, más que otra cosa, quería salir corriendo de ahí, pero no sabía a dónde.

20.

Cristianshavn, 2013

La puerta del Havodderen se abrió y la silueta de Thomas se dibujó en el umbral. Entró frotándose los brazos para entrar en calor, ya que afuera hacía un frío hostil. Johnson estaba leyendo el diario detrás de la barra.

—Es demasiado temprano, incluso para ti. Abro en una hora —puntualizó Johnson antes de darle un trago al café. Luego cogió un cigarrillo Cecil sin filtro del cenicero y le dio una calada—. Por cierto, aún no has pagado la cerveza del otro día.

Thomas se acercó a la barra y se sentó en un taburete frente a Johnson.

—No he venido a beber —aseveró sacando un billete de cincuenta del pantalón, ya que después de haber hurgado en todos los rincones del barco consiguió la gloriosa cantidad de seiscientas setenta y cinco coronas—. Aquí tienes, ya estamos en paz.

Johnson tomó el billete y se lo metió en el bolsillo de su camisa a cuadros.

—Igualmente abrimos dentro de una hora.

Thomas se encogió de hombros.

—¿Qué hay de la hija de la mujer de la limpieza?

—¿A qué se debe el súbito interés? —respondió Johnson mirándolo a los ojos.

—Quieres que te ayude, ¿no?

Johnson aplastó el cigarrillo contra el cenicero mientras observaba a Thomas con reserva.

—Sí, tenía la esperanza.

—¿De qué va el asunto?

—La hija de Nadja, como te conté, desapareció hace dos años sin dejar rastro.

—Eso lo recuerdo, pero ¿qué quieres que haga?

—Que investigues un poco y averigües si la policía sabe algo de la chavala.

—No sé a qué te refieres con investigar. Si su madre no la ha buscado a estas alturas ni ha hablado con la policía, no creo que haya mucho por hacer, a menos que…

—¿A menos que qué?

—A menos que esté muerta o esté herida. ¿Residía en el país ilegalmente?

—No lo creo, aunque tampoco conozco todos los detalles, lo más conveniente sería que hablaras con Nadja —respondió Johnson.

—Que no se diga más, ¿dónde puedo encontrarla?

—En su casa, supongo.

—¿Dónde queda?

—A dos calles de aquí.

—Pues, venga, vamos a hacerle una visita a Nadja —dijo Thomas.

La diligencia de Thomas tomó a Johnson desprevenido.

—No puedo dejar el bar, estoy por abrir —dijo con el semblante desconcertado.

—Abres en *una hora*. Volveremos antes, anda, ¡vamos de una vez!

—No es que nos esté esperando.

—Ya la llamarás de camino.

Johnson dobló el diario, cogió sus llaves y se bebió el resto del café de un trago.

—Vaya, Ravn. Hoy estás de un humor peculiar, ¿estás enfermo o sobrio?

El piso de Nadja se encontraba en el sótano de un edificio antiguo en Burmeistergade. La humedad era casi peor que en la cabina del Bianca y el techo era aún más bajo. Eso sí, en esa buhardilla austera, amueblada con una mesa y unas cuantas sillas de plástico, reinaba un orden que rayaba lo militar. Nadja les ofreció café y galletas caseras.

Era una mujer enjuta y pequeña, de cabello canoso y ojeras marcadas. Después de servirles el café, se sentó al otro extremo de la mesa. Miraba a

Thomas perpleja, como si le costara creer que aquel hombre desaliñado, de cabello medio largo y barba poblada fuera un agente de policía.

—Nadja, voy a hacerte un par de preguntas. ¿Cómo se llama tu hija? —preguntó Thomas después de probar el café.

—Masja —respondió Nadja.

—¿Qué edad tiene?

—Cumple veintitrés el catorce del mes que viene —dijo Nadja, que hablaba con un acento marcado, por lo que Thomas tuvo que concentrarse para descifrar sus palabras.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Hace dos años y medio —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿No tienes idea alguna de que podría haber pasado?

—No. La he buscado por todas partes, está desaparecida —pronunció agitando los brazos con desesperanza.

—Supongo que intentaste contactar con ella y llamarla —dijo Thomas.

—Su teléfono estaba apagado y, ahora, su número ya no está operativo.

—¿Vivíais juntas?

—Al principio sí, pero después se mudó, primero con una amiga y luego con un hombre —dijo arrugando el ceño—. Un sujeto que no me daba buena espina.

—¿Tienes la dirección del lugar donde Masja vivía con ese hombre?

—No, a él solo lo vi dos veces y fue aquí, cuando venía a recoger a Masja.

—¿Cómo se llama?

—Ivan…, no, espera, Igor, aunque no lo recuerdo exactamente.

—¿Podrías describirlo? —preguntó Ravn.

—Era feo y parecía ruso, ya sabes, tenía ese estilo. Siempre iba con gafas de sol de ciclista y conducía un gran coche negro con árbol.

—¿Con árbol?

—Los árboles que cuelgan del retrovisor y huelen.

—Wunderbaum—indicó Johnson—. ¿Te refieres a los Wunderbaum?

Nadja asintió mirando el suelo.

—Hace un año, más o menos, me topé con ese fulano por casualidad en la calle. Le pregunté por Masja y él me ignoró, pero corrí tras él, le

pregunté una y otra vez, y entonces me dijo que no conocía a ninguna Masja y que era una loca, *pamišęs.*

—¿A qué se dedicaba Masja? ¿En qué trabajaba? —preguntó Thomas.

—Hacía un poco de todo. A mí me hubiera gustado que siguiera estudiando, porque tenía buena cabeza, pero ella quería ganar dinero y, bueno, ¿quién puede culparla?

—Claro, pero ¿qué hacía para ganarse el dinero?

—Primero limpiaba, como yo, pero lo detestaba. Después consiguió un trabajo en una clínica.

—¿Qué tipo de clínica?

—Una clínica de belleza, ya sabéis, donde hacen uñas, maquillaje y esas cosas.

—¿Dónde está la clínica?

—No lo sé, nunca me contaba los detalles —dijo Nadja negando con la cabeza.

—¿Conoces a algunas de sus amigas?

—No, nunca me presentaba a nadie… Mi piso la avergonzaba —dijo apuntando al salón—. Y yo también le daba vergüenza.

—¿Qué crees que le ha pasado? —inquirió Thomas.

—Me temo lo peor —dijo conforme una lágrima rodaba por su mejilla.

—¿No cabe la posibilidad de que se haya echado otro novio que no conozcas? ¿O que haya regresado a Letonia?

—Lituania —corrigió Johnson ágilmente.

Thomas se disculpó con un gesto de manos.

—O que se haya ido a otro sitio. Este tipo de situaciones no son inusuales —mencionó Thomas.

Nadja negó con la cabeza.

—Masja siempre me mantenía al tanto de todo. Quizás me visitaba poco, pero aun así venía de vez en cuando. Todavía tenía su habitación, además… me ayudaba con el alquiler, ella… —Nadja rompió en llanto—. Era una buena hija.

Johnson se inclinó hacia la mujer y le frotó el hombro.

—Investigaremos qué ha ocurrido. Probablemente no sea tan grave como te imaginas —mencionó Johnson.

—¿Me das permiso para ver su habitación? —preguntó Thomas.

La pequeña habitación orientada al patio parecía seguir igual que cuando las mujeres se instalaron en Dinamarca. Daba la impresión de que no había sido alterada desde entonces. En las paredes colgaban pósteres descoloridos de ídolos adolescentes, como Britney Spears y Jon de *Popstars*. Había varios osos de peluche acomodados contra el ancho de la cabecera y sobre la colcha rosa de la cama, así como un escritorio estrecho frente a la pared opuesta. La superficie estaba cubierta por un mar de maquillaje, productos faciales y un marco con fotos junto a los productos. En la foto se veía a Nadja cogida de la mano de una niña y, en el fondo, la escultura de la Sirenita de Copenhague. Thomas tomó el retrato.

—¿Eres tú con tu hija?

—Sí, mi princesa —respondió Nadja desde el umbral de la puerta.

Thomas dejó cuidadosamente la foto en el escritorio. Del perchero de la habitación colgaban dos caros bolsos Louis Vuitton, dos collares de perlas de mentira y un abrigo de piel de conejo desgastado. Una de las mangas estaba descosida y pendía como un brazo dislocado. Thomas se acercó al armario instalado en la esquina y lo abrió. Las estanterías estaban repletas de ropa y la parte baja era un caos de tacones y botas.

—¿Todo pertenece a Masja?

—Sí, le encanta la ropa, ama los zapatos y todas esas cosas. Cada vez que venía a verme traía puesto algo nuevo.

—¿Y qué hay de todo esto?

—Es viejo, a Masja le gusta usar cosas nuevas, siempre fue así.

—¿Tienes alguna fotografía reciente de tu hija?

Nadja asintió y dejó la habitación por un momento para volver con un sobre del cual sacó unas cuantas fotos para mostrárselas a Thomas. En las imágenes se veía a Masja posando junto al baluarte del canal de Christianshavn. Si la fotógrafa hubiera enfocado ligeramente hacia la izquierda, habría capturado al Bianca en el fondo.

—Las tomó una de sus amigas. Masja quería enviarlas a compañías de cine y fotógrafos de moda; decía que iba a ser modelo o actriz.

—Es tan guapa que podría dedicarse a ambas cosas —respondió Thomas sonriendo cortésmente a Nadja—. ¿Podría quedarme con alguna?

—Claro —respondió Nadja.

Los hombres salieron de la habitación y se dirigieron a la puerta principal. Thomas le dio la mano a Nadja.

—Veré qué puedo hacer, hablaré con la policía para averiguar si han visto a tu hija.

—Pero no tendré problemas con la ley, ¿verdad? —dijo Nadja preocupada.

—En absoluto —respondió Thomas antes de despedirse.

Thomas y Johnson caminaron a lo largo del canal en dirección al Havodderen. Hacía mucho viento y Thomas temblaba bajo su chupa, demasiado delgada para ese tiempo.

—¿Cuál es tu primera impresión? ¿Qué crees que ha sido de ella? —preguntó Johnson.

—No estoy seguro.

—¿No tienes ni una sola idea? —Johnson lo miró ligeramente decepcionado.

—Bueno, creo que ganaba bastante dinero como para dedicarse a pintar uñas.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Teniendo en cuenta las cosas que se compraba, y que además pagaba parte del alquiler de su madre, tenía que ganar mucha pasta —señaló Thomas—. Los bolsos arrumbados que colgaban del perchero cuestan al menos cinco mil coronas cada uno. Le regalé uno a Eva cuando cumplió treinta. Cuando la empleada me dijo el precio pensé que era una broma…, aunque era demasiado tarde para echarme atrás.

—¿Crees que los robaba?

—No puede descartarse, aunque no es fácil robar en tiendas de lujo. Hay guardias en la entrada y a menudo los productos están bajo llave. Saben lo que valen.

—Tal vez se las regaló el rufián ese… Míster Wunderbaum.

—Es una opción.

—Que no parece convencerte, ¿qué piensas, de verdad? —insistió Johnson.

—Que no sería la primera chica que conozco que daba un masajito a cambio del precio adecuado.

—¿Estás sugiriendo que se vendía? —Las palabras se escaparon de los labios de Johnson.

—Dadas las circunstancias, no me sorprendería —dijo Thomas encogiéndose de hombros.

—Joder, ¿y ahora qué?

—Tendré que pasarme por Station City para consultar la base de datos —dijo con un tirón en su ojo derecho—. Va a ser extraño poner el pie en la oficina, ha pasado mucho tiempo.

Johnson miró a Thomas cuando alcanzaron la puerta del Havodderen.

—¿Te apetece pasar? La casa invita.

—No, gracias. Me pondré en contacto cuando sepa algo nuevo —respondió Thomas dándose la vuelta y comenzó a andar.

—Ravn —dijo Johnson y Thomas se giró levemente—. Es muy generoso de tu parte.

Thomas respondió con una leve inclinación de cabeza y continuó hacia el Bianca.

21.

Mälarhöjden, enero de 1980

Erik abrió los ojos. Estaba acostado en su habitación, sumida en la oscuridad excepto por el débil resplandor de la luna que se filtraba por la ventana. El móvil de patos grises de madera lacada giraba sobre su eje, debido a la corriente de aire que entraba por la puerta entreabierta. Erik se sentó en la cama y miró el reloj sobre la mesa de noche que tenía junto a él. Eran las dos y media de la mañana. A pesar de la hora, se escuchaban voces desde el otro lado del primer piso, en el dormitorio de sus padres. Oyó una discusión y luego un llanto, aunque era imposible saber de quién.

Erik echó el edredón a un lado y bajó de la cama. Se subió el pantalón del pijama a rayas, ya que se había deslizado por debajo de su trasero, y caminó sigilosamente hacia la puerta de su alcoba. El pasillo estaba iluminado. Su madre se quejaba, pero Erik no entendía de qué hablaba. Avanzó sobre el tapete floreado del pasillo. La puerta del dormitorio de sus padres estaba abierta de par en par, pero titubeó un instante antes de colocarse junto al umbral. Asomó la cabeza discretamente.

Su madre, vestida con la bata de noche rosa, estaba sentada en la cama con la espalda apoyada en la cabecera. Su padre deambulaba inquieto alrededor de la cama y vestía un pijama parecido al de su hijo. Erik notó que los ojos de su padre estaban rojos e hinchados y entendió que era él el que estaba llorando. Esa certidumbre solo incrementó su miedo; era peor que si hubiera sido su madre.

—Lena, es que no logro entenderlo, no puedo —dijo Bertil agitando los brazos con resignación.

—Es porque no lo quieres entender. Hemos pasado por esta situación cientos de veces.

—¡Pues explícamelo una vez más! —gritó Bertil con tanta fuerza que varias gotas de saliva salieron expulsadas de su boca.

—Me voy a morir si sigo en Mälarhöjden. ¿Lo entiendes, Bertil? La poca vida que queda en mí se extinguirá, terminaré como uno de esos malditos animales que coleccionas en el sótano —dijo comenzando a limarse la siguiente uña.

—Bueno, la solución es simple entonces: vendemos la casa y nos mudamos a la ciudad. Cuenta con eso —dijo Bertil sentándose en la cama.

Lena encogió las piernas para evitar cualquier contacto con él.

—Será un nuevo comienzo. Así me ahorraré el viaje al trabajo y también podremos salir a cenar más a menudo, al teatro, al cine y hacer todas esas cosas que repites que no hacemos.

—Francamente, no creo que lo estés comprendiendo —respondió Lena.

—Sí —respondió él desesperado—. Lo entiendo demasiado bien, sé que no es muy divertido vivir aquí, pasar día tras día en casa. Por eso nos mudaremos, justo como quieres.

—Bertil, no *nos* mudaremos. Me mudaré yo sola, no solo quiero alejarme de la vida en Mälarhöjden, también quiero alejarme de ti. No es personal, hemos ido por caminos diferentes, eso es todo.

—¿Por qué eres así de fría? —respondió Bertil bajando la mirada—. Después de todos estos años juntos.

—No estoy siendo fría, sino realista. He tomado una decisión, que será mejor para todos nosotros a largo plazo.

—¿Qué hay de Erik? No puedes abandonar a tu hijo.

—Deja de jugar esa carta. Erik va a visitarme, ya lo organizaremos.

Erik no podía seguir escuchando. Alejó la cabeza y se tumbó en el suelo del pasillo junto al dormitorio. Se tapó los oídos con las manos, pero eso no bastó para ahogar las voces de su madre y padre.

—No dejaré que te vayas —respondió Bertil.

—No es algo que puedas decidir.

—Me quitaré la vida si te vas, te juro que me colgaré en el sótano de esta casa.

Erik se destapó los oídos y se asomó de nuevo al dormitorio. Su padre se había levantado de la cama y lloraba de nuevo.

—Lena, te lo ruego.

—Bertil, por favor. —Ella se inclinó hacia él y le dio una palmadita en la pierna—. Solo estás complicando la situación. Hemos compartido unos años muy bonitos, pero ahora tenemos que seguir adelante, cada uno por su cuenta.

Lena dejó la lima para uñas en la mesa de noche, sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió.

Bertil se quedó petrificado, mirando el suelo con los ojos vacíos. Lena exhaló y el humo del cigarrillo se enroscó como una niebla alrededor del cuerpo de Bertil. "Papá no está atravesando uno de sus mejores momentos", pensó Erik. Aunque su pose no era digna de ningún pedestal, Erik recordaría esa imagen durante mucho tiempo.

Entonces sucedió algo imprevisible: sin advertencia alguna, Bertil saltó a la cama y se colocó sobre Lena rodeando su garganta con las manos. Apretó. El cigarrillo cayó de la mano de Lena y aterrizó contra el suelo. Ella luchaba por liberarse, le golpeaba desesperada con ambas manos y pateaba para quitarse a Bertil de encima, pero él pesaba demasiado.

Erik se quedó paralizado en la entrada del cuarto. Quería gritarle a su padre, ordenarle que se detuviera, pero la voz se atoró en su garganta. Quería socorrer a su madre, pero sus piernas no respondieron. El gorgoteo que manaba de la garganta de su madre lo dejó helado y, petrificado, vio que el cigarrillo ardía sobre el tapete. "Quizás sea mejor así", pensó Erik, "total, iba a abandonarnos".

Bertil aulló, se llevó una mano a la mejilla y sus dedos quedaron manchados de sangre. Lena le había arañado la cara con sus uñas largas e inmediatamente después, tosiendo y escupiendo, golpeó el pecho de Bertil. Él se lanzó a un lado y aterrizó en el suelo sobre el cigarrillo encendido. Bertil no se dio cuenta, era como si estuviera entumecido. Se quedó ahí sentado, gimoteando con la mirada perdida.

—Jodido psicópata —tosió Lena dándole una bofetada en la cabeza, seguida de otra y una más.

Bertil no hizo nada por protegerse.

—¡Psicópata inmundo! —gritó ella sin dejar de pegarle hasta que cayó exhausta sobre la cama.

Tosiendo, se frotó el cuello donde habían brotado unas marcas macabras, causadas por los dedos de Bertil.

—Perdóname, Lena… No sé qué me ha pasado. Perdóname.

—Estás enfermo. Eres un subnormal, estás mal de la cabeza… —continuó ella.

—Me arrepiento tanto —dijo abriendo los brazos hacia ella.

—No me toques, ni se te ocurra —respondió ella alejándose.

Bertil retiró los brazos y clavó los ojos en el suelo.

—Si de verdad es eso lo que quieres, dejaré que lo hagas. Buscaré un piso para ti en la ciudad, me encargaré de que no te falte de nada para que estés tranquila. Podemos evaluar las cosas en seis meses o un año, o cuando te vaya mejor volver. Te esperaré, de verdad…

—¡Para! Cállate —dijo Lena firmemente—. No quiero estar contigo.

—Pero, Lena, no puedes irte de esta manera. Vivir en Estocolmo es increíblemente caro, ¿cómo te las vas a arreglar? ¿De verdad piensas buscar un trabajo? —dijo eso último con ironía.

—Me las arreglaré, Bertil.

Bertil notó las manchas de sangre en su mano.

—Pues será la primera vez en tu vida, a menos que ya te hayas conseguido otro hombre —añadió, mirándola.

Ella tosió buscando el paquete de cigarrillos.

—¿Quién es? Dímelo ahora mismo.

Lena encendió un cigarrillo mirando a Bertil a los ojos. El rímel, que se había corrido como guirnaldas oscuras por sus mejillas, combinado con las marcas de su cuello, le daban un aspecto sombrío.

—¿Acaso cambia algo? —protestó ella.

—¡Dímelo!

—Es Johan —contestó Lena empujándose contra la almohada y exhalando humo, agregó—. ¿Satisfecho?

Bertil se incorporó dificultosamente, entró al baño en silencio y cerró la puerta con seguro.

Erik observó a su madre desde el umbral. Fumaba con los ojos clavados en algún detalle imperceptible del techo. A Erik jamás le había parecido tan inalcanzable. Sintió un impulso violento por arrojarse a su madre, ansiaba

ser acogido y esconder su rostro en la tela suave de la bata de noche; pero no se dejó llevar. Se dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

***

Erik encendió la luz del sótano. El enorme maniquí estaba fijado a la mesa de trabajo. Ya habían cosido la piel del rostro a la estructura y solo le faltaban los últimos ajustes para que estuviese listo. El enorme alce, que parecía resucitado, miraba majestuosamente la habitación con sus profundos ojos marrones de cristal.

Erik lo observó. Era el mejor trabajo que habían realizado juntos, incluso su padre lo apodaba la Obra de Graduación. Sin embargo, en ese instante, Erik tenía la impresión de que la boca del alce se torcía en una mueca burlona. Erik recorrió la mesa con la mirada y cogió el bisturí. Apretó el mango y asestó un golpe contra el alce. La hoja atravesó la piel y se clavó en la resina. El chico extrajo el escalpelo y apuñaló a la bestia una vez más y otra. La velocidad de sus estocadas se incrementaba, respiraba agitado y el sudor comenzó a correr por su frente. Con el último golpe, la hoja se desprendió del mango y quedó clavada en la piel. Erik intentó extraerla con los dedos, pero estaba demasiado hundida. Entonces atacó uno de los ojos con el mango e hizo palanca para arrancarlo, pero lo habían fijado con un poderoso adhesivo epoxi, por lo que tuvo que tirar con violencia hasta que el ojo cedió y cayó al suelo con un repique agudo.

Erik arrojó el mango del bisturí y en seguida contempló la devastación. El animal tenía un aspecto horrible, como si le hubieran tiroteado con un rifle automático. Erik miró hacia la caja de herramientas que estaba sobre la mesa. La gruesa jeringa, la misma que su padre le pidió que manejara con muchísimo cuidado, le llamó la atención. Pensó en usarla contra el alce, pero no sabía qué ganaría con eso. Además, estaba exhausto. Entonces cogió la jeringa y se la guardó en el bolsillo del pantalón de su pijama y regresó a su habitación.

22.

Copenhague, 2013

Primera hora de la mañana era hora punta en Station City: el lapso en que los arrestados de la noche anterior eran transportados del sótano al juzgado. Thomas pasó junto a dos agentes uniformados que forcejeaban con dos jóvenes con aspecto de albañiles. Los hombres aún llevaban sus monos sucios y zapatos de seguridad, estaban claramente intoxicados y, a pesar de los grilletes, se resistían enérgicamente.

—¿Os echo una mano? —preguntó Thomas a los policías.

Uno de los agentes lo miró con desconfianza; Thomas mostró su carné y el agente negó con la cabeza.

—Lo tenemos todo bajo control —respondió sin aliento tirando de los brazos del arrestado, que llevaba trabados contra la espalda, para obligarlo a avanzar.

El oficial les gritó a ambos sujetos, lo cual fue suficiente como para calmarlos y hacerlos avanzar de buen modo hasta la entrada.

Thomas dobló su carné, lo guardó y continuó por el largo pasillo que conducía al departamento de investigación. Antes de salir hacia la comisaría, se había lavado tan bien como el fregadero del Bianca se lo permitió, se puso la sudadera más limpia que encontró y unos pantalones chinos azul oscuro. Hubiera preferido afeitarse, pero no encontró una maquinilla desechable nueva y, como el barco seguía sin electricidad, la máquina eléctrica de afeitar era inútil. La mirada de la recepcionista le hizo saber que apenas parecía marginalmente decente. Sin embargo, le permitió pasar.

—¿Ravnsholdt? —se oyó una voz detrás de él.

Thomas se giró. El oficial inspector Klaus Brask caminaba hacia él. Era un cuarentón regordete y con un bigote más poblado que su pelo fino. Brask

sudaba y se había remangado la camisa. Bajo un brazo llevaba un par de carpetas con expedientes.

—Creí que seguías de baja.

—Sí, así es.

—¿Cómo van las cosas, hombre? —preguntó evaluándolo brevemente.

—Al menos van.

—Magnífico —respondió sin gran convicción—. ¿Aún ves a los de Bispebjerg?

Thomas sonrió para sus adentros debido al comentario indiscreto de Brask. La mención de Bispebjerg era una alusión al departamento psicológico del hospital, al cual Thomas fue remitido tras su baja. No los visitó ni una sola vez.

—Sí…, cada martes, son un gran apoyo —mintió Thomas.

—Magnífico. Después de todo, son ellos quienes valorarán cuándo podremos tenerte de vuelta —comentó mirando la punta de sus zapatos—. Bueno, *si* puedes volver. ¿Entregaste tu carné policial en recepción al inicio de tu baja?

—Obviamente —mintió Thomas sonriendo.

Brask no sonrió; se acercó a Thomas y bajó la voz.

—Por cierto, el fiscal retiró los cargos.

—No sabía que se habían presentado cargos en mi contra.

—Eso te estoy diciendo: no hay cargos, lo dejamos todo atrás —dijo Brask mirando a Thomas como si estuviera frente a alguien de inteligencia cuestionable.

Thomas se encogió de hombros.

—No te entiendo, ¿por qué alguien presentaría cargos en mi contra?

—¿Estás tomándome el pelo o de verdad no lo recuerdas?

—Te lo digo de verdad —respondió Thomas.

Brask colocó las carpetas bajo su otro brazo y respiró profundo.

—Digamos que no está bien visto interrogar a un sospechoso con el arma de servicio enterrada en su garganta —respondió Brask.

Thomas lo miró atónito.

—No recuerdo nada de ese incidente.

—Lo que me hace suponer que al personal de Bispebjerg aún le esperan un par de historias entretenidas.

Thomas asintió.

—¿Qué hay del caso de Eva? ¿Alguna noticia? —preguntó Thomas.

Brask desvió la mirada.

—Ya sabes cómo son ese tipo de casos.

—¿Ningún progreso en absoluto?

—No te voy a mentir —respondió Brask vacilando—. A menos que aparezca un testigo o encontremos alguno de los objetos que fueron robados en vuestro piso, no hay mucho que podamos hacer. Recupérate bien y pronto, te lo digo de corazón.

—Gracias —respondió Thomas, que estaba a punto de agregar "igualmente", pero llegó a detenerse.

Mientras caminaba hacia el departamento de investigación, el incidente mencionado por Brask se fue dibujando en su memoria. Sucedió antes de que le otorgaran la baja. Mikkel y él habían detenido una furgoneta que dos polacos conducían en la autopista Køge Bugt. Al inspeccionarla, habían encontrado toda clase de objetos robados: cortacéspedes, bicicletas para niños, ordenadores y joyería. Thomas revolvió los objetos bruscamente, arrojándolos al carril de emergencia. Estaba exasperado. Ese mismo día, la investigación del homicidio de Eva había topado con un callejón sin salida. Ansiaba encontrar alguna de sus pertenencias entre esos objetos, pero no había nada. Recordaba que se había abalanzado sobre uno de los polacos, pero lo de la pistola lo había borrado de su memoria. Su intención era arrancarle una confesión al sospechoso, provocarlo para que se declarara responsable del allanamiento del piso y, por ende, del asesinato de Eva. Fue una locura, una verdadera insensatez: Thomas sabía que los polacos no habían estado cerca de Christianshavn. Sin embargo, el asesino que sí había merodeado por esa zona seguía libre y pensarlo le producía un dolor inefable.

Entró al departamento de investigación y vio que no había cambiado en lo más mínimo: era la misma oficina desvencijada que había dejado unos meses atrás. Las mismas paredes descascarilladas, el mobiliario anticuado y

una serie de ordenadores de la Edad de Piedra. Considerando el entorno, tenía aún más mérito que su tasa de casos resueltos fuera tan alta. Un grupo de agentes vestidos de civiles estaban frente a una pizarra al lado opuesto del local escuchando el informe para una misión. Se percató de un par de rostros nuevos, jóvenes y pulcros. El reencuentro con el departamento no fue del todo agradable; le trajo recuerdos amargos, en especial, de los innumerables largos turnos y los incontables informes que tenía que escribir antes de volver a casa. Todo eso acentuaba lo mucho que echaba de menos a Eva.

Thomas vio a Mikkel mordiendo, como acostumbraba, el borde de su vaso de plástico. Maldito roedor. El informe terminó un par de minutos más tarde y los agentes regresaron a sus escritorios. Mikkel desechó el vaso en la papelera más cercana y se percató de la presencia de Thomas. Agitó los brazos sonriendo ampliamente, hasta el grado de que era posible ver a través de sus dientes frontales.

—¡Hey, Serpico! ¿Vas de agente encubierto? —dijo marcando su acento de Jutlandia para resaltar su ascendencia de Aalborg.

—¿Qué estás sugiriendo? —respondió Thomas sonriendo.

—Pareces un vendedor de hachís de Christiania. Qué alegría verte por aquí —agregó dándole un breve abrazo. Luego se aproximó a su escritorio y tecleó su contraseña en el ordenador—. Elegiste un momento infernal para visitarnos, estamos a tope.

—¿Qué pasa?

—Una redada contra una de las bandas de Blågårdsgade. Conseguimos una pista. Al parecer van a mover nieve, al menos dos kilos. Necesitamos atraparlos en el acto —dijo sonriendo con la boca entera.

Thomas intuyó que la adrenalina recorría el cuerpo de Mikkel. Reconoció los indicios, puesto que él mismo los había experimentado en innumerables misiones. Era una euforia a la que era fácil volverse adicto.

—Suerte con ello —mencionó Thomas.

—¿Cuándo te vas a reincorporar? —preguntó Mikkel mientras hurgaba en los papeles de su escritorio—. Te extraño, colega.

—No creo que sea pronto.

—Claro, tómate el tiempo que sea necesario —farfulló Mikkel dirigiendo su atención a la pantalla de su ordenador—. Un día de estos quedamos para tomar un café, ¿vale?

—Claro, Mikkel, aunque el motivo de mi visita es otro. Necesito un favor.

—¿Sí? —respondió distraídamente.

—Se trata de una investigación privada y debido a mi baja no tengo acceso al sistema.

Mikkel dejó de teclear y lo miró consternado.

—Espero que no tenga nada que ver con el caso de Eva; porque sería un claro *no go.* Especialmente después del numerito que montaste en Køge Bugt. Además, Brask se enteraría al instante.

—No, no, no tiene nada que ver con eso.

—Bien, pues escúpelo de una vez.

Thomas resumió lo que sabía de Masja y el favor que prometió hacerle a su madre. Luego le entregó a Mikkel un papel con los datos personales de la joven.

—Esto queda entre nosotros —respondió Mikkel entrando en el registro central de delincuentes.

Tecleó los datos y, después de unos instantes eternos, una imagen de Masja apareció en la pantalla. La foto había sido tomada en relación con una detención.

—Tenemos muy poco acerca de la damisela —agregó Mikkel girando la pantalla para que Thomas viera mejor, y luego paseó los ojos por el reporte que correspondía a la imagen—. Al parecer fue detenida en el 2009, un hurto y desorden público en las inmediaciones del Hotel Skt. Petri. Hubo un episodio con un turista alemán, aunque posteriormente Fritz retiró la denuncia.

—¿Se menciona algo sobre lo que hacía en el hotel?

—No, pero ¿qué te dice tu instinto? —preguntó sarcásticamente.

—¿Alguna otra información sobre ella?

Mikkel negó con la cabeza.

—¿Cabe la posibilidad de que haya sido expulsada del país?

—De ser así, aparecería algo en su ficha. Deben suceder bastantes cosas antes de que se proceda de esa manera; es complejo. Quizás aún esté paseándose por allí fuera —dijo señalando hacia Skelbækgade—. Aunque últimamente ya casi solo se ven mujeres africanas en las calles. Cabe la posibilidad de que tu chavala haya sido enviada a otro sitio o, incluso, a otro país. Suelen hacer eso con las prostitutas.

—¿Quiénes?

—Los que están detrás de esos asuntos, la mafia del este. ¿Sabes si tenía un chulo?

—Ni idea, aunque oí algo sobre un novio, un joven ruso.

Mikkel se encogió de hombros.

—No creo que esta historia tenga un final feliz —comentó.

En ese instante entró Dennis Melby y le dio una palmada a Mikkel en el hombro.

—¿Nos vamos? —le dijo.

Thomas lo miró de reojo y frunció el ceño. Jamás había soportado a ese bastardo resbaladizo.

—Dos segundos —respondió Mikkel.

—¿Estáis viendo porno o qué? —comentó Melby riéndose de su ocurrencia—. Tiene buenas tetas la de la foto, ¿es tu nueva novia, Ravn?

Melby rio hasta que cayó en la cuenta de que se había pasado de la raya.

—No ha sido tu mejor comentario, Dennis —le amonestó Mikkel saliendo del registro del ordenador.

—Ha sido una broma, no insinuaba nada. Disculpa, Ravn.

Thomas lo miró fijamente sin decir palabra. La fricción entre ellos no era nueva; Melby era problemático. Hubo una ocasión en que se encontraron esteroides anabólicos en la comisaría, y todos sabían que eran suyos. Sin embargo, se las había arreglado para salir limpio del asunto. Parecía que ese mierdas había ascendido en el escalafón y era el nuevo compañero de Mikkel. “Di una palabra más, una sola”, pensó Thomas.

—No lo ha dicho con mala leche, Thomas. —Mikkel se llevó a Melby hacia la puerta—. Pronto quedamos para ese café, ¿vale? Me sabe mal no haber podido ayudarte más.

Mikkel le dio la mano a Thomas antes de irse con Melby. Thomas observó el departamento que tenía frente a él. Por un instante le pareció ajeno, irreconocible y le costó trabajo creer que había pasado la mayor parte de los últimos seis años allí. Dudó de si alguna vez regresaría a ese sitio.

23.

Diciembre de 2010

"Navidad de 2010. Mamá, recuerdo que cada Navidad enviabas tarjetas a todo el mundo en casa. A la familia, los vecinos, tus amigas y viejos compañeros. Mantenías el servicio postal a flote. Te encantaba enviar tarjetas, así que ahora te envío una, aunque sea en pensamiento. Si la escribiera, te diría que todo va bien, que soy feliz, que mi marido y yo tenemos dos hijos, una casa y ganamos mucho dinero. Además, somos felices, ¿ya te lo había dicho? Te echo de menos, te mando mil besos, no, mejor un millón.

Lo que no escribiría, lo que nunca sabrás, es que echo de menos el Key Club. Suena ridículo, ¡lo sé! Lo que dice habla por sí mismo de mi situación actual y lo desesperada que estoy. Lo que más echo de menos es la calefacción. En segundo lugar, la música y la embriaguez que me ayudaban a olvidarlo todo. Echo de menos la seguridad que, a pesar de todo, sentía en el club. Desde que nos mandaron a la calle, corremos peligro las veinticuatro horas del día. Es el invierno más frío en décadas, menos veinte grados y nosotras paseándonos sin bragas y en minifaldas. Si uno de los toros no me mata, ya se encargarán las heladas. El frío cala menos cuando estamos en los coches de los toros, por eso les damos más tiempo. Así, aunque sea, entramos un poco en calor antes de volver a la intemperie que te congela los huesos.

Fue idea de Slavros. Si los toros no vienen a nosotros, dijo, nosotros iremos a ellos. Una movida desesperada que nos dejó claro lo jodido que está el negocio. En promedio atiendo a un toro por noche y con eso supero a la mayoría de las otras. Ayer volví a hacer cuentas: a este paso, tardaré cinco años en pagarle la deuda a Slavros. Además, hay nuevos gastos todo el tiempo. Los toros de la

calle son repugnantes, mucho más que los del Key Club, y encima regatean el precio. Intentan engañarnos, convencernos de hacerlo sin condón. Lulu se escapó a la tercera noche de estar aquí, quería volver a Lodz. Slavros no aprobó su plan y sus hombres la estaban esperando en el aeropuerto de Varsovia, y se encargaron de que Lulu tomara un vuelo de regreso. Ahora su deuda se ha duplicado. Apenas podía caminar después de vérselas con Slavros. La castigó sin dejar una sola marca en su cuerpo. Lulu no dijo qué le hizo, pero mea sangre constantemente. Ya nadie habla de escaparse, es como si estuviéramos encadenadas a la farola más cercana. Somos las prisioneras de la calle."

Masja le echó un vistazo al asfalto cubierto de nieve. El reflejo de las luces de los coches hacía que los carriles parecieran la pista de baile de una discoteca barata. La nieve crujió bajo los tacones de Masja cuando comenzó a andar por la acera. Sus pies estaban azules del frío y completamente entumecidos, y la delgada cazadora de satén apenas la protegía del tiempo. Al final de la calle estaba la pista baldía donde llevaban a los toros. Follaban en el coche o en el cobertizo de herramientas, mientras los trenes transitaban en las inmediaciones y las catenarias chispeaban como fuegos artificiales sobre sus cabezas.

No se le había acercado un toro en más de una hora; la mayoría prefería quedarse en casa debido al frío. Solo la pasma circulaba por ahí, pero eran demasiado perezosos como para bajarse de sus coches patrulla. Masja llevaba dos gramos encima. Era un polvo de mierda, diluido casi al grado de la ridiculez. Ni siquiera era suficiente para cubrir la duración de la noche, pero sí para ser detenida. Las consecuencias de algo así serían catastróficas; seguramente Slavros esperaría a que saliera de la comisaría y, si fuera necesario, la buscaría en el otro extremo del mundo para cobrarle los gastos con intereses. En ese momento, aún tenía que hacer dos mil quinientas coronas para que Slavros quedara satisfecho con su jornada laboral.

Al llegar a la señal de "prohibido aparcar", se dio la vuelta. El letrero delimitaba la frontera entre su territorio y el de Iza. A pesar de que Iza

estaba con un toro en el baldío de los ferrocarriles, Masja no se atrevía a franquear esa línea invisible. Comenzó a andar hacia los oscuros edificios de oficinas ubicados al otro lado de la calle. Necesitaba un toro en ese momento, sobre todo para no morirse de frío.

Un par de coches avanzaron por la calle y les sonrió, pero ninguno se detuvo. Tras caminar un poco más, encendió un cigarrillo y miró de reojo el Mercedes negro aparcado al otro lado de la calle. Había estado ahí casi toda la noche. Se divisaba el contorno de una figura detrás del volante y parecía vigilar a las chicas. Ese tipo de aprovechados eran comunes, se hacían una paja viendo a las mujeres y se iban después de correrse. Lo inusual era que el coche llevara horas ahí.

Masja tenía dos hipótesis: se trataba de un psicópata o de un primerizo que jamás había *contratado un servicio*. Si la segunda opción era correcta, probablemente necesitaría un empujoncito, en la misma medida en que Masja necesitaba un cliente. Se deshizo del cigarrillo y se acercó al coche. El hombre se revolvió en su asiento al verla. Por un segundo, temió haberlo asustado y que fuese a arrancar el coche, pero en lugar de eso, bajó la ventanilla del pasajero. Masja se inclinó para mirar en el interior oscuro del Mercedes. No pudo ver al hombre con claridad, ya que se ocultaba detrás de unas gafas oscuras y una boina calada en la frente.

—Hola, cariño, ¿hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó ella con profesionalidad.

—¿Cómo te llamas? —dijo el hombre con una voz suave.

—Puedes llamarme como quieras.

—No, quiero saber tu nombre de verdad.

—Karina, ¿te gusta?

El hombre se frotó la barbilla ponderando la pregunta, pero no contestó.

—Karina, ¿cuántos años tienes?

—Dieciocho —mintió haciendo un puchero seductor—. Una edad bonita, ¿no crees?

—¿Te drogas? ¿Te inyectas las venas?

—No es que sea asunto tuyo, pero no, estoy limpia. Bueno, ¿cómo puedo complacerte? ¿Buscas un poco de diversión esta noche? —agregó perdiendo la paciencia.

—¿Alguna vez has visto al sol danzar?

—¿Qué quieres decir, cariño? —preguntó arqueando una ceja.

—La luna y las estrellas, ¿no bailan ante tus ojos? Es a eso a lo que me refiero.

—Me excitas, cariño, creo que me darás un paseo que valdrá la pena. ¿Por qué no arreglamos el tema aburrido del dinero para pasar a algo más acogedor?

Él alejó una mano de su rostro y la dejó caer en el tablero.

—Todavía no estás lista.

—Nací lista, te daré un buen precio.

—No, estás lejos de estar lista. Un día voy a venir a por ti para mostrarte mi sótano.

—¿De qué coño estás hablando? —respondió Masja alejándose inmediatamente de la ventanilla.

—Investigaré si tienes potencial o si solo eres otro ángel caído. Aunque algo me dice que eres la indicada. De hecho, ocupas el primer lugar en la lista de las candidatas —agregó él y, sin más, presionó el botón para subir la ventanilla.

—¡Jodido psicópata! —gritó ella.

El hombre encendió el coche y la saludó desde la oscuridad. El Mercedes negro comenzó a desplazarse. Masja alcanzó a darle un golpe con su bolso antes de que se alejara.

—¡Cerdo malnacido! —gritó hacia el coche que desaparecía por el extremo opuesto de la calle.

Masja temblaba cuando cruzó la calle. La voz del hombre y la forma en que saboreaba sus propias palabras le hicieron intuir que era un sujeto peligroso. Pertenecía a la clase de enfermos que buscan saciar sus apetitos más oscuros: fantasías de abuso y violencia. Se prometió que, por más desesperada que estuviera, tendría que cuidarse mejor. Abundaban las historias de chicas desaparecidas que nadie volvía a ver, incluso corría el rumor de que algunas chicas de Europa del Este habían sido encontradas en un vertedero, muertas y con marcas de maltrato.

¡Joder! Necesitaba un poco de polvo.

***

Masja se refugió en el umbral de un portal y estudió la calle. Dedujo que no tendría problemas y sacó la bolsita de coca de su bolso. Esnifó. El subidón la envolvió, pero sabía que sería breve, por lo que intentó disfrutar cada segundo.

—¿Masja? —dijo una voz tímida detrás de ella.

Masja se untó los residuos en las encías.

—¿Masja?

—¿Sí? —dijo lanzando la bolsita a la acera, se pasó una mano por la nariz y se giró—. ¿Ahora qué, Tabitha?

Tabitha temblaba de frío. Llevaba un vestido de látex rosa cortísimo que había comprado con el dinero que Masja le había prestado y que aún no le había devuelto.

—Tabitha. Dime de una vez, ¿qué quieres?

—¿Tienes más? —preguntó señalando la bolsita que había tirado a la acera.

—¿Más de qué? Ah, nieve. Ojalá tuviera más, ¿así que por qué no intentas conseguirte la tuya?

Masja se giró y comenzó a avanzar por la acera.

—Okey —respondió Tabitha siguiéndola.

Masja se detuvo para encenderse un cigarrillo y se dio cuenta de que Tabitha caminaba detrás de ella.

—¿Por qué estás siguiéndome? Tu lugar está allí —dijo señalando un edificio oscuro con un movimiento de cabeza.

—Para hablar un poco, ni siquiera tenemos clientes.

—No he venido aquí para cotillear. Anda, esfúmate. ¿O es que quieres un cigarrillo?

—Okey.

Masja le entregó el que estaba fumando y se encendió uno nuevo. Tabitha le dio unas caladas cortas sin inhalar el humo, aunque no parecía tener intenciones de irse.

—Tabitha, hasta luego, adiós.

—¿Masja?

—¿Qué?

Tabitha bajó la mirada.

—Es que tengo un problema.

—Aquí todas tenemos problemas, así es la vida.

—De verdad que no sé qué hacer.

Masja miró de soslayo hacia el coche rojo que avanzaba por la calle con la música a todo volumen. Los dos jóvenes del coche les hicieron varias señas obscenas y Masja les sacó el dedo medio.

—Tabitha, tus problemas no tienen nada que ver conmigo.

—Okey, pero es que no sé a quién más se lo podría contar.

Masja miró a Tabitha.

—A ver, ¿qué problema tiene la máquina de 'okeys'?

Tabitha aplastó el cigarrillo con el tacón.

—Creo que… estoy embarazada.

Masja sacudió la cabeza alarmada.

—No, no lo estás, ¿lo entiendes? —respondió Masja.

—Estoy casi segura —dijo Tabitha colocándose las manos en el vientre.

—¿Cuánto tiempo llevas sin la regla? —preguntó Masja retirando las manos de Tabitha para ver si era perceptible, pero Tabitha era rolliza y su barriga no parecía más abultada de lo habitual.

—Cuatro meses, algo sí. Tengo mucha ansiedad, no sé qué hacer.

—Slavros se pondrá furioso.

Tabitha se echó a llorar.

—Alto, este no es el sitio para lloriqueos. Si sigues así, no te ayudaré —dijo Masja arrugando la nariz.

—Okey —respondió Tabitha sin parar de llorar—. No sé qué hacer.

—Tienes que hablar con Slavros.

—No me atrevo.

—Tampoco te queda otra opción.

Tabitha se secó los ojos y miró a Masja.

—Por favor, ¿no podrías contárselo tú? Te lo ruego, haz que me ayude.

—Coño, no, ya conoces a ese cabrón. Va a pensar que lo sabía desde el principio y terminaré enredada en este desastre.

—Pero le caes bien, Masja, él te escucha. A mí me odia. Haz que me ayude, por favor —dijo Tabitha y sacó algunos billetes arrugados de su sostén—. Son trescientos cincuenta, te los doy si me ayudas.

—No sigas con eso —dijo Masja apartando la mano de Tabitha y la miró a los ojos—. Pareces un chimpancé empapado chillando en la oscuridad.

—Okey.

—¿Cuatro meses? —farfulló Masja sacudiendo con la cabeza.

—Quizás más.

—Slavros se pondrá como un energúmeno, como un hijo de puta salido del infierno.

24.

Mälarhöjden, enero de 1980

Erik miraba detenidamente las tres maletas junto a la puerta principal de su casa. Contenían las pertenencias esenciales de su madre; el resto se lo llevaría una empresa de mudanzas en los próximos días. Después del episodio del dormitorio, su madre y padre, por separado, le dieron las noticias sobre la inminente separación. A su padre le tomó mucho tiempo, ya que tartamudeaba y el llanto lo interrumpía regularmente. Al final, Erik tuvo que tranquilizarlo y decirle que todo iría bien. Lena se lo había dicho en la cocina mientras le servía un helado, un evento totalmente extraordinario. A Erik le fue difícil comer el helado que, después de la conversación, se había convertido en un pantano cremoso. Ella le explicó la situación sin trabas: le anunció, sin rodeos, que se mudaría con el tío Johana Gamla Stan, en Estocolmo. A Erik no le gustó el mote de *tío Johan*,le produjo un mal sabor de boca desde la primera vez que su madre lo pronunció y las repeticiones solo lo empeoraron.

Erik abrió la puerta del sótano y bajó las escaleras. El sótano estaba saturado con el olor penetrante de los disolventes que usaban para desgrasar las pieles antes de curtirlas. Su padre había comenzado a preparar los perros mapaches, que ya habían pasado demasiado tiempo en el congelador. Erik se cubrió la nariz y la boca con el cuello de su jersey antes de acercarse a su padre, que estaba junto a la tina de zinc donde flotaban varias pieles en líquido disolvente. En el suelo, junto al recipiente, yacían los animales despellejados con aspecto de recién nacidos. Su padre restregaba violentamente una de las pieles con un cepillo. Llevaba puestos unos guantes gruesos de goma y una máscara respiratoria color negro para protegerse. El filtro de la máscara convertía sus gemidos en un chirrido metálico.

—Estás haciendo demasiada fuerza —comentó Erik.

—No te metas —respondió Bertil sin parar.

—Mamá está a punto de irse.

—¿Y?

Erik se ocultó aún más detrás de su jersey.

—¿No puedes hablar con ella para que cambie de opinión?

Bertil dejó de restregar, su rostro era el de alguien que había llorado, y miró a Erik.

—He hablado con ella mil veces. Le he suplicado, rogado e implorado. No puedo hacer nada, no somos suficientes para ella.

Erik desvió la mirada.

—Tu madre está enamorada, enamorada de Johan —agregó Bertil frustrado.

—¿No podrías intentarlo una última vez?

—No, todo ha terminado —dijo enfocándose de nuevo en su tarea—. ¿Te das cuenta de que tu madre ha hecho de mí un hazmerreír? ¿Tienes idea de las burlas que tendré que soportar?

—Pensé que no te importaba.

—El honor lo es todo, que te quede claro —dijo azotando el cepillo contra la tina mientras el disolvente salpicaba por todas partes.

Erik miró a su padre asustado. Entonces se giró y subió la escalera corriendo.

—Erik, discúlpame —dijo Bertil.

El ruido del agua llegó a Erik cuando empujó la puerta del cuarto de baño. Detrás de la mampara de cristal empañada, que separaba la ducha del resto del lavabo, distinguió el cuerpo desnudo de su madre. Entró y se acercó. Se estaba lavando el pelo con los ojos cerrados. Erik advirtió la cicatriz de la cesárea que cruzaba su abdomen como una línea trenzada. Eran unas puntadas feas, mal realizadas. Luego, fascinado, miró el vello púbico contraído como un nido húmedo. También vio un cardenal del tamaño de un pulgar en el muslo interno y se preguntó cómo se lo había hecho.

—¡Erik! —gritó su madre sobresaltada al abrir los ojos—. ¿Qué haces aquí?

Los párpados de Erik se abrieron completamente, pero no pronunció palabra.

—Sabes bien que no puedes entrar cuando estoy duchándome.

—Perdona —respondió él cabizbajo—. Es que te vas a ir pronto.

Ella salió de la ducha para acariciar la cabeza de Erik con la mano mojada. La sensación no era del todo agradable, pero dejó que lo hiciera de todos modos.

—Todo va a ir bien, ya verás. Te lo prometo, no estés triste —agregó ella.

—No es verdad, nos estás abandonando.

—No, Erik —dijo ella tomando gentilmente su barbilla para levantar su cabeza y mirarlo profundamente a los ojos—. No te voy a abandonar, en cuanto el tío Johan y yo nos hayamos instalado, vendrás a visitarnos.

—Pero ya no vas a estar aquí todos los días. Nos abandonas.

—Necesitas ser fuerte y comportarte como un niño grande. —La voz de Lena estaba quebrándose—. Esto es difícil para todos, ¿lo entiendes?

En ese instante sonó el timbre de la puerta.

—Es hora —dijo ella regresando a la ducha—. Ve a abrir y dile al tío Johan que se haga cargo de las maletas que he dejado a la entrada.

Erik sintió un dolor agudo en sus oídos y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Mamá, no te vayas.

—Erik, ahora no. Anda, date prisa y déjame terminar. —Ella se percató de que Erik intentaba retener el llanto.

—Por favor, quédate conmigo.

—Erik, vamos a tener que hablar de esto en otro momento —dijo dándole la espalda.

Erik se quedó inmóvil.

Era el fin. En unos momentos su madre cerraría el grifo. Luego tomaría la toalla del perchero y se secaría. Avanzaría a su dormitorio para ponerse las bragas, las medias, el sostén y el vestido azul que dejó listo sobre la cama. Cada movimiento era un pequeño paso que la alejaba de él, una concatenación de sucesos que la transportarían hasta la puerta principal, para salir de su vida y no volver jamás. Jamás, nunca más. La visita que ella

le prometía era una mentira, lo decía para librarse de él de forma fácil. Una vez instalada en la ciudad, se olvidaría de él. Era justo como su padre había dicho: ya no eran suficientes para ella. Todo había terminado y no era justo.

Erik se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la jeringa que llevaba escondida. Quitó el capuchón y dio un paso hacia su madre. Lena estaba estirándose para cerrar el agua y, justo en ese instante, él le clavó la aguja en la ingle y presionó el émbolo hasta el fondo. El dolor la hizo gritar e inmediatamente se giró hacia él. Erik la miró horrorizado. La jeringa seguía enterrada en la carne, meciéndose con los movimientos de Lena.

—¿Qué has hecho? —dijo ella retorciéndose e intentó arrancar la jeringa, pero no lo consiguió—. Erik, ¿qué… qué has hecho?

Erik retrocedió unos pasos hasta darse contra la pared.

—Pe… pe… perdóname, mamá —pronunció tartamudeando.

Los primeros calambres sacudieron a Lena y la obligaron a apoyarse en la mampara de cristal para no caer. Con la mano que tenía libre, finalmente logró sacar la aguja, pero su cuerpo ya estaba temblando descontroladamente. La jeringa se le resbaló de la mano y rodó por el suelo. Luego sus extremidades cedieron y se derrumbó aparatosamente. Intentó incorporarse, pero sus manos resbalaban en las baldosas mojadas. Sus piernas se crispaban violentamente contra la mampara, que se estrelló con el impacto. Al instante, una espuma se acumuló en las comisuras de su boca; era una mezcla salivosa y sanguinolenta, que fue seguida por una tos similar a un estertor primitivo.

Erik contempló los momentos de agonía que se desplegaban bajo el agua. Transcurrió una eternidad antes de que Lena se quedara sin vida, con la lengua colgando por fuera de la boca y los ojos yermos clavados en el muro.

El timbre de la puerta sonó de nuevo.

Como un sonámbulo, Erik bajó las escaleras que conducían al pasillo de la planta baja. Pasó por delante de las tres maletas y siguió hasta la puerta principal para abrirla. Johan estaba al otro lado.

—Erik, muchacho, un gusto verte —dijo bastante animado.

—Tío Johan.

Johan parpadeó al ofrecerle la mano a Erik, pero el niño no la tomó, permaneció como una estatua con los brazos adheridos a los lados. Johan retiró la mano.

—Llámame Johan, eso de tío fue una ocurrencia de tu madre, pero creo que a ninguno de los dos nos gusta mucho, ¿no? —dijo sonriendo un tanto inseguro.

—No.

Johan miró más allá de Erik, hacia el pasillo.

—¿Son las de Lena…? Quiero decir, ¿son las maletas de tu madre?

—No lo sé.

—Ah. —Johan lo miró preocupado—. Chaval, ¿estás bien?

Erik asintió.

—Bueno, ¿está lista?

—Sí —dijo Erik sin melodía en su voz.

—¿Me dejas ir a buscarla? —preguntó Johan con impaciencia mientras subía los peldaños de la entrada.

—Está arriba —dijo Erik secamente.

Erik dejó la puerta principal abierta, se giró y caminó por el pasillo. Entró en la cocina y bajó al sótano. Su padre estaba cepillando los bastidores de madera que utilizaría para estirar las pieles durante el proceso de secado. Sobre la mesa de trabajo estaba la máscara negra. Erik la cogió y se la colocó en la cara, y tiró de las correas para que quedara bien ceñida alrededor de su nariz y boca. Escuchó su respiración durante unos momentos que, distorsionada por el filtro, sonaba casi como la de su padre. El ruido le provocó un sentimiento relativo de seguridad, similar al que le inspiraban los olores del sótano. Erik se agachó y gateó para meterse debajo de la mesa de trabajo. Arrinconado, se sentó con la espalda apoyada en la pared y concentró todas sus energías en escuchar primero su respiración y luego el ruido que su padre hacía al limpiar los bastidores. Continuó oyendo un sinfín de crujidos familiares hasta que lo aturdió el alarido de Johan, que descendía desde el primer piso hasta las profundidades del sótano.

25.

2013

Aún no era de noche. El Havodderen estaba a la mitad de su capacidad y en la gramola sonaba *Crazy* de Patsy Cline. Thomas se sentó en la barra y ordenó un set. Johnson lo miró al abrir la cerveza.

—¿Has averiguado algo?

Thomas giró la cabeza esperando su bebida. Johnson le entregó el chupito de Jim Beam, Thomas lo vació de un trago y lo enjuagó con un sorbo de cerveza.

—Asumo que ya lo sabes, pero lo que te voy a mostrar es confidencial —dijo abriendo la cremallera de su chupa para sacar el reporte policial de Masja.

Thomas deslizó las hojas sobre la barra hacia el camarero. Johnson las cogió y se puso las gafas de lectura que llevaba en el bolsillo de su camisa. Leía lentamente, moviendo los labios como si pronunciara cada sílaba en voz alta. Miró a Thomas cuando terminó.

—Esto no dice nada.

—Bueno, apunta a que vende sexo en algún lugar —contestó Thomas.

—Ya, pero ni siquiera dice dónde. No puedo llevarle esto a Nadja —dijo agitando las hojas.

Thomas le dio un trago a su cerveza.

—Podrías formularlo con tacto —mencionó Thomas.

—¿Con tacto?

—¿No crees que ya sabe a lo que se dedica su hija?

—No lo sé —dijo Johnson dejando los papeles—. ¿No podrías darte una vuelta?

—¿Una vuelta? Odio cuando te expresas de esa forma.

—Sí, una vuelta por esos ambientes, ya sabes, hablar con gente, indagar.

Thomas se alejó de la barra.

—Te lo voy a dejar muy claro: no voy a "dar una vuelta por esos ambientes".

—Coño, Ravn, estoy seguro de que sabes a dónde ir y conoces a gente en ese tipo de ambiente —añadió Johnson.

—Precisamente esa es la razón por la que no lo haré. No eres tan ingenuo como para creer que basta con dar un paseíto por Skelbeækgade, ¿o sí?

—Quizás no, pero podrías empezar por esa calle. Toda la ciudad sabe lo que se vende ahí.

—Escúchame con mucha atención. Prometí ir a Station City y he cumplido con mi parte —dijo Thomas colocando las manos en la barra—. Caso cerrado.

Johnson le sirvió otro Jim Beam.

—Pues eso no hará que Nadja recupere a su hija.

—Si tienes fe en que darse una vuelta por las calles turbias de la ciudad le devolverá a su hija, te sugiero que comiences en cuanto cierres el bar.

—Tú eres el que conoce ese ambiente.

—Si dices "ese ambiente" una vez más, me iré sin pagar.

Johnson le pasó un trapo a la barra.

—Al menos acéptalo; conoces ese mundo. Joder, eres detective de policía.

—Sí, uno que está de baja —respondió Thomas.

—Eso no quita que tengas la experiencia y la formación, Ravn — Johnson reposó su mirada en Thomas.

Con esa expresión, Johnson le recordó a Møffe. Era casi la misma mueca de ojos tristes y la insistencia discreta que podía desarmar a cualquiera.

—Masja podría estar en cualquier lugar —respondió Thomas cogiendo los papeles para guardarlos—. Ni siquiera es seguro que siga en el país. Las únicas que quizás podrían saber algo son las mujeres de Reden.

Thomas, perdido en sus pensamientos, le dio un trago a su Jim Beam.

—Reden suena bien —respondió Johnson rápidamente—. A todo esto, ¿qué es Reden?

—Es una organización que asiste a las mujeres que trabajan en la calle. Tienen un local en Gasværksvej. Conozco a la mujer que lo dirige, es una vieja amistad, por decirlo de alguna manera.

—Pues pregunta por ahí.

—No sé si se acordará de mí.

—Créeme, eres de esos que no se olvidan fácilmente —comentó Johnson.

Johnson tomó la botella de *bourbon* para guardarla, pero Thomas lo retuvo del brazo.

—Creo que me he ganado otro.

—Por supuesto, camarada —respondió Johnson asintiendo—. Es que no estaba seguro de si bebes mientras trabajas.

***

Llovía a cántaros en Gasværksvej; era uno de esos chubascos que dejan las calles despobladas en cuestión de segundos. Thomas avanzaba por el asfalto cuando oyó el chirrido de dos frenos y un bocinazo, entrecerró los ojos y miró al conductor que lo *saludaba* con un gesto obsceno. Thomas clavó una mirada gélida en el sujeto y continuó hacia el cartel luminoso instalado sobre Reden.

En cuanto entró al pequeño despacho, fue recibido por una mujer robusta que llevaba un chándal de felpa rosa. La señora le cerró el paso.

—A pesar del aguacero, has entrado en el lugar equivocado, amigo —dijo la mujer con una voz que recordaba un soplete.

—¿Está Rosa? —preguntó Thomas quitándose la capucha empapada de su sudadera.

—No eres un madero, ¿verdad? —respondió entrecerrando los ojos—. Quizás vengas disfrazado, pero siempre detecto a un policía. Siempre.

—Naciste con un gran don. Entonces, ¿vas a buscar a Rosa?

La señora atravesó la sala de espera, donde un par de mujeres sentadas bebían café, y entró a la pequeña cocina.

—Es uno de la pasma. Dice que ha quedado contigo.

Rosa levantó la mirada de la olla que estaba removiendo. Era una mujer de casi cuarenta años, de piel bronceada y que vestía un vestido color melocotón. Llevaba el pelo rubio recogido con una cinta del mismo tono que el vestido.

—Joder, si es la Grace Kelly de Vesterbro —dijo Thomas sonriendo.

—Thomas —exclamó ligeramente sorprendida al verlo y dejó el cucharón para abrazarlo—. Han pasado tantos años, me quedé atónita cuando llamaste.

—¿Qué puedo decir? Es el efecto que tengo en las personas.

Thomas había conocido a Rosa justo después de entrar en la policía. En aquellos años, ella ya estaba consagrada al trabajo social en el área de Istedgade y Halmtorvet. Tuvieron bastantes enfrentamientos en aquella época, sobre todo cuando Station City desplegaba redadas en las calles donde se concentraba la prostitución. Hubo bastante mala sangre entre ellos, hasta que Dinamarca ganó la Eurocopa en el noventa y dos. Esa noche, por azar, se encontraron, borrachos, en Fælledparken, el parque donde la multitud se había reunido para celebrar el triunfo. En contra de todo pronóstico, terminaron en el piso de ella. Thomas aún recordaba el intenso encuentro sexual que compartieron. No hubo otro, pero su relación mejoró notablemente a partir de aquel encuentro.

—Han pasado siglos. ¿Sigues en Station City?

—Ahí sigo, y vaya si tienes razón, ha pasado mucho tiempo.

—No te hubiera reconocido con esa barba y tu nueva actitud. Se te ve más relajado —comentó Rosa mirando las prendas desgastadas de Thomas.

—Los años no perdonan.

—¿Tienes mujer? ¿Hijos?

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Thomas desviando la mirada.

—Conque aún sigues de lobo solitario, ¿eh?

—Algo así, ¿qué hay de ti? ¿Tienes familia?

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que cuidar de estas chicas —dijo haciendo un movimiento de cabeza que abarcó el local—. Con esto tengo más que suficiente. Además, los años han pasado jodidamente rápido.

—Jodidamente rápido —repitió Thomas asintiendo.

—¿Y el trabajo? ¿Ya has subido de rango y te has convertido en el que da las órdenes?

—Para nada. Al contrario, estoy de baja.

Rosa arrugó el ceño y depositó en él una mirada consternada.

—¿Qué ha pasado? ¿Se trata de algo serio?

—No, nada por el estilo. Simplemente necesitaba una pausa —dijo, consciente de que mentía fatal y de que Rosa era el tipo de persona que detecta cualquier falsedad.

Afortunadamente no hizo por indagar más.

—Mira, la razón por la que te he llamado es porque necesito información, cualquier dato, sobre una chica —dijo abriéndose la chupa para sacar la foto de Masja, pero antes de que pudiera mostrarla, Rosa detuvo su mano.

—Sabes bien que jamás delato ni revelo nada sobre las chicas que pasan por aquí.

—Mi intención es ayudar —respondió él rápidamente.

—¿Ayudar? —interrogó Rosa cruzándose de brazos—. Nosotras y la policía no entendemos esa palabra de la misma forma.

—Te concedo ese punto, pero, como ya mencioné, estoy de baja —dijo. Le contó sobre la desaparición de Masja, señalando que la única información que había conseguido le hacía sospechar que había trabajado como prostituta.

—¿La buscas porque ha cometido algún delito? No estarás intentando acusarla de algo, ¿o…?

—Estoy aquí porque su madre, que la echa muchísimo de menos, me lo ha pedido. Eso es todo.

Rosa le arrebató la fotografía. Era la de Masja posando junto al canal.

—¿La has visto alguna vez? —preguntó Thomas.

Rosa negó con la cabeza.

—La chica de la foto no me suena de ninguna parte, ¿trabajaba por esta zona?

—No lo sé con certeza. Mi suposición es que se centra en los hoteles.

—Posiblemente era una *escort* o chica de compañía. No tenemos mucho trato con ellas, prefieren andar por su cuenta, bueno, hasta que el caballo las

destruye y terminan en las calles.

—¿Cuándo estará lista la comida? —se oyó que alguien decía detrás de Thomas.

Una de las mujeres entró a la cocina, inundando el cuarto con su perfume penetrante.

—Tengo un hambre de perro, Rosa —dijo ceceando debido a su dentadura postiza.

—Estará listo en cinco minutos —respondió Rosa y le mostró la imagen —. Oye, Jackie, ¿conoces a esta chica?

Jackie se acercó tratando de enfocar los ojos. La adicción a la heroína había dejado unas feas marcas en su rostro desencajado.

—No, ¿acasssso ha dicho que me conoce? ¿Cómo se llama?

—Masja —respondió Thomas—. Desapareció hace tiempo.

—¿Masja? Conozco al menos a cincuenta con ese nombre, todas prostitutas del este de Europa.

—Es de Lituania.

—Da igual de dónde sean, Lituania, Letonia o Legolandia, solo hacen que suban los precios, joder —respondió agitando los brazos.

Rosa sonrió amablemente.

—Jackie, ¿la conoces o no?

—Naaa —añadió negando con la cabeza—. ¿Vamos a comer pronto?

—Cinco minutos, qué impaciente estás hoy.

Rosa le devolvió la fotografía a Thomas y él se la guardó en el bolsillo.

—Gracias por ayudarme. Ha valido la pena intentarlo y me ha gustado verte, Rosa.

—Igualmente, Thomas. ¿Quizás deberíamos tomarnos un vino un día de estos?

—Me encantaría —respondió él.

—No necesitamos esperar a que la selección gane de nuevo —dijo ella sonriendo.

—Te llamaré —respondió, aunque sabía que no lo haría y luego recordó un detalle—. Hay algo que me olvidé de mencionar. Masja tenía un novio, aunque quizás también era su proxeneta, un ruso de nombre Ivan o Igor, ¿te dice algo?

—Actualmente la mayoría de los que trabajan en las calles son nigerianos y rumanos, aunque podrías darte una vuelta por el club soviético.

—¿Qué club?

—Es un tugurio repugnante en Colbjørnsensgade, un nido por donde aparecen las peores alimañas. Puedes imaginarte el tipo de clientela.

—Es una buena pista. Muchas gracias por todo, Rosa.

26.

La lluvia no había claudicado cuando Thomas salió de Reden y no se veía un taxi en kilómetros a la redonda. Se puso la capucha de la sudadera y avanzó por Istedgade en dirección a Colbjørnsensgade, con la intención de encontrar el club de los soviéticos. Las probabilidades de averiguar algo útil eran escasas, pero valía la pena intentarlo. Jamás había oído hablar sobre ese lugar, aunque no dudaba que Melby lo conociera. Europa del Este y sus ciudadanos eran su especialidad, al menos antes de su reciente asociación con Mikkel, aunque solicitar su ayuda no era algo que entusiasmara a Thomas.

Giró en una esquina para subir por Colbjørnsensgade. Al recorrer media calle se percató de una tienda descuidada con ventanas esmeriladas. Por la puerta entreabierta escapaba el ruido de un televisor. Thomas se asomó por la ranura y atisbó a dos ancianos de aspecto eslavo que estaban viendo un partido de fútbol, sentados alrededor de una mesa. Tenía que ser el sitio que Rosa mencionó. Consideró la opción de entrar, pero tuvo la certeza de que, aunque los sujetos conocieran a Igor, jamás le proporcionarían información a un cualquiera que pasara por la calle, y menos aún si ese cualquiera hedía a pasma.

Decidió caminar un poco más por la acera. Uno de los coches aparcados llamó su atención: un gran BMW negro de llantas cromadas y alerón trasero. No es que el vehículo fuera atípico, era igual a todos los otros BMW tuneados de la ciudad, el único distintivo era el Wunderbaum que colgaba del retrovisor. Podía ser una mera coincidencia, pero una corazonada le dijo que ese era el coche del tal Igor.

Thomas se refugió bajo un portal a unos pasos de distancia. Estaba totalmente empapado; resguardarse era un reflejo, un residuo de los miles de tareas de vigilancia que había cumplido. Intentó mimetizarse en la

penumbra de la puerta, hacerse invisible, pero no lograba tranquilizarse. La situación se parecía demasiado a la última misión de vigilancia que hizo con Mikkel. Habían recibido una pista sobre un envío de hachís que, según los datos, iba a entregarse a unos moteros. Habían decidido mantener bajo observación ininterrumpida el edificio donde vivían los delincuentes, pero, desgraciadamente, la entrega nunca sucedió. Sin embargo, la misión había impedido que Thomas volviera a casa a tiempo esa noche; a tiempo para detener la hemorragia de Eva e impedir que la sangre fluyera por los tablones de roble del salón.

Se alejó del portal y corrió hacia una bodega en la misma calle. Necesitaba una cerveza, pero cambió de parecer al avistar las botellas sobre la estantería detrás del dependiente paquistaní mal encarado. Pidió una botella de Tullamore y tres cervezas Elephant. Eran las provisiones para la noche de insomnio que, muy probablemente, le esperaba en el Bianca. El dependiente metió todo en una bolsa de plástico y le cobró 175 coronas. Antes de que Thomas le extendiera los billetes, dos jóvenes entraron en la tienda. Los estudió de reojo mientras entregaba el dinero al empleado. La chica era rubia y llevaba un abrigo rosa de visón sintético. El hombre que la acompañaba llevaba una cazadora de cuero negro y unas gafas de sol en la nuca, unas Oakleys de ciclista. El hombre compró veinte paquetes de cigarros Prince mientras charlaba en ruso con la chica. Sorbía cada dos segundos y Thomas adivinó que era consecuencia de una generosa dosis de coca. Thomas recogió la bolsa, salió de la tienda y esperó afuera. La pareja salió un instante después y se dirigió hacia el BMW negro. El sujeto apuntó al coche con las llaves, que respondió encendiendo las luces con un sonido.

—¡Igor! —gritó Thomas.

El hombre se giró ligeramente para mirar al sujeto que lo llamaba. Intentó identificar a Thomas, pero no lo reconoció.

Thomas avanzó hacia él con las botellas tintineando en la bolsa.

—Te llamas Igor, ¿no?

—¿Qué te importa cómo me llamo?

—Espera un segundo, necesito preguntarte algo.

—Macho, ¿qué quieres? ¿Vas taja o qué?

—Solo quiero hablar sobre Masja.

El hombre se quedó petrificado al escuchar ese nombre.

—No conozco a ninguna Masja, ¿quién eres?

—No lo entiendo, fuisteis novios, ¿no?

El hombre parpadeó.

—¿Quién cojones eres?

—¿Tienes idea de dónde puedo encontrarla? —continuó Thomas.

—No tengo ni puta idea de lo que estás diciendo.

—Déjate de payasadas —dijo Thomas entrecerrando los ojos—. Igor, puedo ver cuándo las personas mienten.

Igor lo empujó con fuerza y Thomas se tambaleó, tropezó hacia atrás y las cervezas se estrellaron contra el asfalto.

—¿Qué pasa, Igor? —gritó la chica.

—Súbete, joder —gritó Igor mirando hacia el coche—. ¡Ahora mismo!

La mujer protestó, pero siguió las órdenes. Igor miró a Thomas.

—No te vuelvas a acercar a mí, pordiosero. ¿Te ha quedado claro? La siguiente vez será mucho peor.

Igor se subió al coche, cogió el volante y arrancó a toda velocidad. Thomas se incorporó y se frotó las manos para sacudirse el barro. Le escocían, ya que se las había arañado al caer en el asfalto, aunque apenas percibía el dolor porque era preso de una emoción más intensa, una que no había sentido en mucho tiempo y que, a falta de un mejor término, concebía como *instinto de caza.* Iba a atrapar a Igor, aplastaría a ese mocoso de mierda costara lo que costara. Necesitaba saber qué le había ocurrido a Masja.

27.

Diciembre de 2010

Slavros estaba sentado ante su imponente escritorio de caoba en el pequeño despacho de la sección restringida del Key Club. El hermoso mueble antiguo llenaba gran parte de la estancia y contrastaba con los sillones de cuero baratos y los afiches de mujeres desnudas colgados de las paredes. La luz era tenue y los bajos de la música de la discoteca retumbaban como un tambor ritual. Slavros estaba envolviendo regalos, su ajustada cazadora de cuero rechinaba con cada uno de sus movimientos, asistido por un joven de pelo rapado.

—Mikhail, usa menos cinta adhesiva o no van a poder abrirlos.

El hombre asintió y retiró unas cuantas tiras. Slavros lanzó una mirada hacia Masja, que estaba sentada en el borde de una silla al otro lado del escritorio.

—Cuando los dependientes de las tiendas me ofrecen envolver los regalos, siempre digo que no. Esto es mucho más personal, ¿no crees?

Masja asintió tragando saliva.

—Aunque no creo que nadie lo aprecie —dijo riendo brevemente—. Lo único que les importa es lo que está dentro, aunque para mí eso no tiene valor; lo que significa algo es el esfuerzo que uno invierte en el detalle.

Masja asintió de nuevo. Slavros maldijo la cinta que no se dejaba manipular, arrugó un trozo, tomó otro del dispensador y selló el extremo de un paquete. Admiró el resultado con satisfacción.

—Bueno, ¿cuándo vas a abrir la boca para decirme por qué estás aquí? —dijo Slavros cogiendo el rollo de papel de regalo y midiendo un trozo nuevo.

—Vine porque… ha pasado algo que no debería haber pasado.

—Me lo temía. ¿Qué sucede? —dijo Slavros cortando el papel con las tijeras.

—Alguien tuvo un incidente —mencionó Masja.

—¿Una sobredosis?

—No, para nada. Es un incidente de otro tipo —dijo inhalando pesadamente—. Alguien está embarazada.

—¿De cuántos meses estás? —dijo Slavros bajando las tijeras y mirando el estómago de Masja.

—No, no soy yo. Es Tabitha.

—¿La negra?

—Sí.

—Los negros son imbéciles —dijo negando con la cabeza.

—Jodidamente estúpidos, no deberías confiar en ella —dijo Mikhail asintiendo.

Slavros lo hizo callar con una mirada fulminante.

—¿Está muy avanzado el asunto?

—Más de lo conveniente —respondió Masja—. Me lo contó ayer, dijo que estaba de cuatro meses.

—¡Sí, seguro! —exclamó Slavros dejándose caer en la silla para mirar a Masja fijamente—. Conque te enteraste ayer. ¿Estás segura?

—Sí.

Slavros miró de soslayo a Mikhail.

—Recuérdame no volver a contratar a ninguna gorda.

—Ni negras ni gordas. —Mikhail asintió.

—¿Cómo te enteraste?

—Tabitha me vino a ver para pedirme que hablara contigo.

—No es una buena idea mezclarse en asuntos ajenos, deberías saberlo.

—Lo sé. No quería venir a contártelo, y normalmente no me entrometo en lo que no me importa, solo me cuido de mis asuntos y… de nuestros acuerdos, pero pensé que preferirías enterarte y que a lo mejor podrías ayudarla —dijo intentando mantener las rodillas quietas, que comenzaban a tiritar.

Slavros inclinó la cabeza y sonrió.

—Claro que la ayudaré. Aquí nos ayudamos entre todos, hiciste lo correcto. ¿Dónde está la negra?

—En su habitación, supongo —respondió Masja.

Slavros hizo un gesto con la cabeza. Mikhail soltó inmediatamente el papel de regalo y salió por la puerta. Slavros sacó un fajo de billetes y cogió dos de los grandes.

—Toma.

—No te lo conté por esto.

—Tampoco te los estoy dando por eso. Feliz Navidad.

Masja se levantó y tomó los billetes, pero Slavros los retuvo entre su mano.

—¿Y tú no tienes un regalo para mí?

—Sí, por supuesto.

Slavros soltó los billetes y luego se abrió la cremallera. Masja rodeó el escritorio y se sentó en su regazo. Gimió automáticamente y comenzó a mecerse de arriba abajo, de arriba abajo.

"Nochebuena 2010.

Feliz Navidad, mamá. Pienso en ti y en las Navidades que pasamos juntas. Siempre te asegurabas de volver a casa más temprano. Te esforzabas por traer cosas bonitas para nosotras. Caramelos, tarta. Una vez hasta arrastraste un árbol, recuerdo que perdió varias ramas en el trayecto. Pero era nuestro. Nuestra Navidad. Hoy me avergüenzo de no haber sido más agradecida. Me entristece no haberte comprado un regalo nunca. Ni siquiera te daba las gracias por todo lo que hacías. En aquel tiempo pensaba que lo que me dabas no era suficiente, no era lo suficientemente caro ni lujoso. ¿Me perdonas?

Tenía la esperanza de que Slavros enviara a Tabitha al hospital, que quizás esa sería su vía de escape y podría decidir si tener al bebé o no. Pensé que cancelaría la deuda de Tabitha y la dejaría libre, con la condición de que no le contase nada a nadie. Pensé que sería lo mejor para todas, pero no tenía ni idea. He vuelto a confirmar que Slavros jamás renuncia a nada. Es peor que el diablo.

En este momento Tabitha está en su habitación, abotagada de drogas y pastillas. Le metieron todo tipo de porquerías, de basura matafetos. Van a invocarlo, así lo dijo Lulu. El procedimiento tarda seis horas; luego todo cuaja, el bebé muere y queda listo para ser expulsado. Un mortinato, dijeron las demás. Lulu dice que es un homicidio, que el feto de Tabitha es un niño de verdad, solo que pequeñito, muy pequeñito, aunque nadie en el club está segura del tamaño exacto. Algunas dicen que mide cinco centímetros, otras, que veinte. Eso sí, todas coinciden en que el feto parece un niño, solo que en miniatura, con brazos, piernas, dedos y una cabecita con labios, ojos y todo lo demás. Pensarlo me revuelve el estómago. Quisiera gritar, pero el Valium me opaca los nervios."

"Día de Navidad.

Tabitha sangra, sangra y sangra. No sé cuándo dio a luz…, o como pueda llamarse. Pero el bebé ya no está. Lulu va y viene del cuarto de Tabitha al contenedor de desperdicios en el patio trasero del club, para desechar sábanas ensangrentadas, papel de baño con manchas marrón y ropa sanguinolenta. No sé si a Tabitha le queda suficiente sangre. Todas estamos preocupadas, algunas hasta dicen que ya le ha llegado la hora. Creo que están aterradas, porque son conscientes de que podrían haber acabado como ella. Ahora Slavros y el sádico están visitando a Tabitha. El sádico se llama Poul. Parece que es lo más parecido a un doctor que Slavros ha podido conseguir. Poul trabajó como transportista en un hospital o fue cuidador de ancianos, algo por el estilo, hasta que lo despidieron por robar medicamentos. Fue mi cliente, por suerte solo una vez. Se pone cachondo con los latigazos, el dolor y esas cosas. Seguro que revisar a Tabitha es como una fiesta para ese degenerado. Pobrecita".

"Segundo día de Navidad.

Los días festivos son una bendición, jamás había hecho tanta pasta en un solo día, ni siquiera en el club. ¡Los toros han vuelto! Mientras sus familias intercambian regalos, ellos vagan por las calles para obsequiarse a una de nosotras. Vamos de un coche a otro, transitamos como rayos sobre el asfalto. Tabitha ha dejado de sangrar, pero ahora duerme todo el día. Casi no puede caminar y no quiere hablar de lo mal que lo ha pasado. Lulu dice que Poul le sacó casi todo en el raspado. Raspado, me pone mal escuchar esa palabra. Lulu dice que es probable que Tabitha no pueda quedarse embarazada otra vez. Tabitha no dice nada. Se pasa el día tumbada, mirando el techo y tragándose las píldoras amarillas que Poul le recetó. Las otras chicas la tachan de holgazana y cosas peores. Negra perezosa, dicen. Sé que es cuestión de tiempo antes de que Slavros la saque de la cama con una patada. Y, claro, su deuda ha crecido. Su problema no le ha salido barato, Slavros cuenta hasta los rollos de papel con los que le han limpiado la sangre. Mi deuda no va tan mal…, al menos esta semana. Aún falta bastante dinero, calculo que lo reuniré en unos siete u ocho meses. Finalmente puedo ver la luz del otro lado de este túnel de mierda. Siento que el día en que toda esta escoria será solo un mal recuerdo no está tan lejos. ¿Sabes qué es lo primero que haré cuando salde mi deuda? Iré a visitarte. El verano que viene…, quizás."

28.

Mälarhöjden, enero de 1980

Erik, sumido en la penumbra debajo de la mesa de trabajo, oyó los pasos de su padre en la escalera del sótano. Cerró los ojos, encogió las piernas hacia sí y escondió el rostro entre las rodillas reteniendo la respiración. Deseaba que el mundo exterior se extinguiera y borrara los sucesos del cuarto de baño. En ese instante sintió la mano de su padre enfundada en el guante de goma cerrándose en el cuello de su jersey. Tiró de él para sacarlo de su escondite. Bertil le quitó la máscara respiratoria y la arrojó al suelo.

—¿Qué has hecho? ¡Dímelo! ¡Qué demonios has hecho! —gritó Bertil.

Bertil sacudía a Erik violentamente y lo abofeteó con la mano abierta. El impacto sumió a Erik en un zumbido y el dolor fue casi una liberación.

—Perdóname, pe…pe… perdóname —tartamudeó Erik.

Bertil se desplomó en el suelo junto a Erik y rompió en sollozos desconsolados. Luego abrazó a su hijo contra él.

—No era mi intención, no quería matarla —dijo Erik.

—¿En qué estabas pensando?

—No lo sé —respondió apretándose aún más contra su padre, notando el rígido delantal de cuero que llevaba puesto—. No quería que nos abandonara.

—Por dios, Erik, la has matado.

Erik comenzó a llorar y Bertil le acarició el pelo.

—¿Cómo has podido hacer tal cosa?

—Pasó en un abrir y cerrar de ojos.

—No, lo estuviste pensando durante mucho tiempo. Si no, ¿por qué tenías la jeringa?

—Dijiste que era muy peligrosa, papá.

—Pero ¿por qué? No tiene sentido.

—No lo sé… Os vi en el dormitorio la otra noche cuando discutíais, vi cuando la agarraste del cuello y quería detenerla, igual que tú, ¿no lo entiendes?

Las lágrimas rodaron por el rostro de Bertil.

—Sí, quizás —dijo incorporándose y se pasó una mano por su escaso cabello—. Pero, aunque yo lo comprenda, no creo que nadie más pueda hacerlo.

Erik, aterido de miedo, miró a su padre.

—¿Qué va a pasar, papá?

Bertil negó con la cabeza.

—Perdóname, siento haberte expuesto a tantas cosas. Es mi error, yo tengo la culpa.

—No, papá —dijo Erik.

—Ahora tenemos que concentrarnos en solucionar este lío.

—¿Vamos a llamar a la policía?

Bertil asintió.

—No tenemos otra opción.

Erik comenzó a llorar de nuevo.

—Está bien, papá, lo entiendo. ¿Qué va a ser de mí?

—No estoy seguro, Erik. Nada de esto es justo para nadie.

Bertil se incorporó, sus movimientos hacían crujir el delantal rígido. Luego, apoyándose en la mesa, ayudó a Erik a salir.

—Estoy asustado, papá —dijo Erik temblando.

—Yo también —respondió Bertil rodeando a su hijo con el brazo.

Juntos subieron la escalera que conducía a la casa.

Erik y Bertil se percataron de que la ducha seguía abierta cuando se aproximaron al cuarto de baño. El ulular de Johan se mezclaba con el golpeteo del agua. Al entrar al lavabo empañado de vapor, Erik se escondió detrás de su padre.

Encontraron a Johan sentado bajo los chorros de agua sosteniendo el cuerpo sin vida de Lena. Sangraba por una herida en el cráneo y aunque su piel tenía la textura de un pergamino, Johan intentaba reanimarla con la maniobra del boca a boca.

—Es inútil —aseveró Bertil

Johan levantó la mirada.

—Tenemos que hacer algo.

—Sus órganos se detuvieron hace bastante rato. Ha muerto poco después de que la solución alcanzase su torrente sanguíneo —respondió Bertil.

—Pero ¿habéis pedido ayuda? ¿Llamasteis a una ambulancia?

—Está muerta, Johan. No hay remedio.

Las palabras de Bertil sofocaron las últimas esperanzas de Johan. Entonces, rompiendo en sollozos inconsolables, soltó a Lena y dejó que el cuerpo se deslizara por las baldosas.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Es una tragedia —farfulló Bertil.

Erik estrujó la mano de su padre y advirtió la superficie fría del guante de goma.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo Johan llorando y, con la vista perdida en el vacío, agregó—. ¿Qué ha pasado?

Bertil soltó la mano de Erik y se acercó a Johan.

—Es lo que venimos a averiguar.

—¿Qué coño hay por averiguar? Ha asesinado a Lena —dijo Johan apuntando a Erik, que bajó la cabeza al recibir la acusación.

Bertil no respondió y, sin inmutarse, tamborileó pensativamente sus dedos contra sus labios. Luego inspeccionó el cuarto de baño detenidamente.

—Johan, fuiste tú quien vino a por Lena.

—Joder, claro que vine a por ella.

—Querías alejarla de su familia.

—Quizás lo veas así y, aunque fuera así, eso no le da derecho a asesinarla —gritó Johan mirando a Erik.

—No, no —farfulló Bertil perdido en sus pensamientos—. Lena se arrepintió de su decisión y no quería saber nada de ti. Amaba a su familia y a su hijo, demasiado como para seguir adelante…

—¿De qué estás hablando? —dijo Johan incorporándose—. ¿Has perdido la razón?

—No, lejos de eso; Johan, fuiste tú quien perdió los estribos, tú quien se volvió loco de celos. No pudiste tolerar su rechazo y lo tomaste como una derrota irrevocable. Por eso irrumpiste en nuestra casa mientras Lena se duchaba y nosotros trabajábamos en el sótano.

Johan se había puesto de pie. Empujó ligeramente a Bertil para pasar, pero Bertil lo retuvo por el brazo.

—Suéltame. Si vosotros no llamáis a la policía, lo haré yo.

—¿Para decirles qué? Es tu palabra contra la mía; la nuestra, de hecho. Tus huellas están por todas partes y, además, tenías motivos.

—Estás enfermo.

—No, estoy bien y estoy protegiendo a mi hijo.

—Pues no va a ser a costa mía. Erik la mató con una jeringa de vuestro sótano, ¿cómo vas a explicarle eso a la policía? —dijo Johan secándose los ojos.

—Tienes razón —respondió Bertil luciendo abatido—. Ese es el punto clave, la policía podría creerte.

Johan se soltó.

—Sois unos dementes —dijo Johan mirando a uno y luego al otro.

Bertil asintió.

—Es posible, pero al menos estamos vivos.

Y antes de que Johan pudiera reaccionar, Bertil sacó el pequeño bisturí que había ocultado en el guante izquierdo y, sin titubear, rasgó el cuello de Johan trazando un arco. El corte limpio le abrió la carótida y la sangre comenzó a fluir a borbotones. Aterrado, Johan se llevó una mano a la herida, intentando decir algo, pero la sangre que manaba ahogó sus palabras.

Bertil, meditabundo, arrugó el ceño.

—Supongo que robaste la inyección la última vez que nos visitaste en el sótano —dijo señalando primero a Erik y luego a sí mismo—. De hecho, la hemos estado buscando desde entonces.

Johan cayó de rodillas con el pecho teñido de rojo.

—Naturalmente, todo esto es mera especulación —continuó Bertil—. Apuesto a que la policía me creerá, es plausible. Especialmente al explicarles que Lena te temía y que había tomado uno de mis bisturíes para

protegerse de ti. En realidad, esta es la única explicación lógica —dijo empujando a Johan con el pie, que cayó en el suelo. Después Bertil colocó el bisturí junto a Lena y la miró unos segundos antes de girarse hacia Erik —. Hijo, ¿crees que la escena sería más verosímil si coloco el bisturí en la mano de Lena?

Erik estaba petrificado.

—¿Sí o no, Erik?

Erik dio unos pasos trémulos y miró.

—Sí, parecería más auténtico.

Bertil se agachó, tomó el escalpelo y lo puso en la mano de Lena. Luego cogió la aguja con dos dedos, cerró la mano de Johan alrededor de la jeringa y la lanzó al rincón más alejado de la ducha.

—¿Mejor así? —le preguntó Bertil a Erik, que se había alejado de nuevo.

Erik paseó la mirada por el cuarto de baño. Una niebla espesa de vapor envolvía los cuerpos. Las piernas de Lena sobresalían de la ducha y, detrás del cristal estrellado, se entreveía su silueta. Johan yacía inerte en el suelo, con el rostro agarrotado en una mueca desconcertada y con los tendones expuestos por la herida.

—Ahora sí que debemos llamar a la policía.

—Está bien, papá.

—Será vital que no te derrumbes y que nos atengamos a la historia que acabo de relatar. Los hechos son tal como los narré, ¿comprendes?

—Sí, papá.

Bertil lo miró con seriedad.

—Ha sido mejor que terminara así, cualquier otro desenlace habría sido un embrollo que nos afectaría profundamente. Recordemos a tu madre por la belleza que trajo a nuestras vidas y honremos su memoria.

—Sí, papá.

—Y respecto a Johan: el mundo está mejor sin él, créeme, nadie va a echarlo de menos.

—Sí, papá.

—Te quiero, Erik, ya lo sabes.

—Yo también te quiero, papá.

Erik echó una última mirada al cuarto de baño. La escena era digna de un pedestal y en su alma la vio interpuesta con la del busardo levantando el vuelo y la ardilla que comía una avellana. "*Here he comes, here he comes… here he comes*", resonaba el tema de Butch Cassidy en la madriguera de su mente. Entonces miró tranquilamente a su padre.

—¿Crees que podemos reparar el alce?

29.

2013

Un penetrante hedor a orina flotaba en la gélida escalera. Cubierto por la oscuridad, Thomas aguardaba frente a la puerta del piso de Igor. El apartamento estaba en el distrito de Bryggen, en las inmediaciones de la fábrica de soja en desuso. Originalmente, la zona había sido concebida como un complejo residencial exclusivo debido a su ubicación frente al canal, pero, a causa de la galopante crisis financiera, los millonarios jamás llegaron. Al contrario, en tiempo récord, el barrio se convirtió en una zona marginada, donde era imposible sentirse a salvo después del crepúsculo.

El cordón del carné policial de Thomas colgaba de su cuello. La sensación era casi idéntica a la de los viejos tiempos: sentía la adrenalina fluyendo por su cuerpo. Mikkel le había hecho el favor de buscar el número de placa del coche de Igor en el registro, fue así como consiguió la dirección. Mikkel le pidió que no cometiera ninguna idiotez que le diera a Brask un motivo para expulsarlo permanentemente del cuerpo policial. Sin embargo, nada de eso le importaba a Thomas: su objetivo era entrar al piso de Igor y dar con cualquier indicio que apuntara hacia el paradero de Masja.

Se agachó para levantar cuidadosamente el buzón de la puerta. Advirtió que la entrada estaba oscura y el interior, sumido en silencio. Se incorporó y sacó su kit para abrir cerraduras. Eligió la ganzúa adecuada para el bombín y la introdujo en el cilindro. La consulta en el registro de antecedentes penales mostró que Igor tenía un juicio por delitos contra la propiedad. Desafortunadamente, no era una falta lo suficientemente grave como para expatriarlo. Sin embargo, cualquier infracción adicional le garantizaría una larga estancia en la trena e incluso un billete sin retorno a Minsk, o al estercolero que lo vio nacer.

Thomas maldijo la cerradura. Sus dedos temblaban y no lograba hacer palanca para accionar las paletas del cilindro. Después de varios intentos se dio por vencido. Entonces retrocedió, levantó un pie y pateó la puerta con todas sus fuerzas. El impacto resquebrajó el marco y la puerta cedió. Permaneció inmóvil por un instante escuchando el silencio en las escaleras, luego se adentró en la penumbra y avanzó hasta el salón.

La higiene y el orden no eran el fuerte de Igor: el salón estaba lleno de botellas medio vacías, como si hubiera hecho una fiesta la noche anterior. Thomas advirtió un pequeño tubo cromado entre las latas de cerveza abandonadas sobre la mesa del sofá. Junto al tubo, descubrió una fina capa de polvo blanco.

Caminó furtivamente y entró al dormitorio. La cama estaba deshecha y había ropa tirada por todo el suelo. El cuarto apestaba a sudor y cerveza rancia. Thomas dio un paso por encima de un condón usado para acercarse al armario ubicado junto a un muro. Comenzó a revisar el contenido de los cajones, mayoritariamente compuesto por ropa para hombre arrugada; indicio de que Igor vivía solo en ese hoyo. En cuanto Thomas abrió la última puerta del armario los objetos se volcaron y por poco le dan en la cabeza. Estaba lleno de trastos y daba la impresión de que Igor lo utilizaba como despensa. Thomas se agachó para examinar las cosas que habían caído y vio de todo: viejos recibos, revistas porno, zapatillas de fútbol y una guitarra sin cuerdas. Luego sacó dos cajas de cartón del armario y revisó el contenido. Tras haber registrado todo el armario, descubrió una fotografía arrugada en el fondo, la cogió y la desdobló: Igor y una joven sentados sobre el capó del BMW. Era Masja, no había duda.

Thomas se guardó la fotografía en el bolsillo. Había encontrado lo que buscaba, pero no estaba satisfecho. Necesitaba algo más para extorsionar a Igor, algo para cerrarle todas las salidas. Los residuos sobre la mesa del sofá y la manera en que Igor esnifaba la otra noche en la bodega incitaban a sospechar que almacenaba narcóticos en algún lugar. Las incontables redadas en las que Thomas había participado le enseñaron que el grueso de los traficantes recurren a tres escondites: debajo del colchón, la nevera o la cisterna del retrete. Primero se agachó para inspeccionar bajo la cama y, al no ver nada, deslizó la mano entre el colchón y las sábanas. No tardó en

encontrar una bolsa de plástico encajada entre el colchón y el somier. La extrajo: contenía un polvo blanco. Anfetaminas o cocaína, conjeturó Thomas. Joder, Igor había resultado ser más predecible que la mayoría.

Thomas escuchó varios insultos en ruso que provenían de la entrada, se guardó la bolsa en el bolsillo y salió al salón. Del otro lado del cuarto vio a Igor que, rojo de rabia, abrió los ojos de par en par al ver a Thomas. Igor sacudió la cabeza tratando de comprender la situación.

—¡Joder! ¡Tú! —dijo cerrando los puños y dando un paso en dirección a Thomas.

Tranquilamente, Thomas sacó su insignia policial del pecho.

—Sí, Igor, el mismo. Thomas Ravnsholdt, de la unidad de investigación de la Policía de Copenhague.

Igor se detuvo, perdiendo el juicio al ver el carné policial.

—Colega, alguien ha entrado en tu piso —dijo Thomas.

—¿Qué?

—A-lla-na-mien-to de mo-ra-da —dijo Thomas enfatizando cada sílaba —. Un desconocido destrozó la puerta para irrumpir en tu propiedad.

—¿Y qué cojones haces tú aquí?

—Estaba en las inmediaciones cuando sucedió. Afortunadamente no han robado nada, ni siquiera se llevaron las sustancias que encontré escondidas bajo el colchón —dijo sacando la bolsa para agitarla frente a la nariz de Igor.

—Jamás la había visto, eso no es… mío.

—Obviamente no es tuya —respondió Thomas con una sonrisa irónica —. Aunque estés diciendo la verdad, puedo imaginarme que la policía científica se echará una buena desmontando tu piso y te lo entregará como si hubiera estallado una granada aquí adentro.

—Mierda —dijo Igor descorazonado y tragó saliva.

—Una palabra que acertadamente describe el lío en el que te has metido, un lío de mierda. Toma asiento en el sofá, que vamos a charlar un poco. ¡Siéntate ahora mismo! —rugió Thomas.

Igor obedeció.

—Presta atención, Igor. Los delitos que tienes en tu expediente, sumados a esto, equivalen a unas largas vacaciones en el talego y, cuando cumplas tu

condena, yo mismo tendré el honor de acompañarte al vuelo que te sacará del país.

—¿Quién sopló?

—Considerando tus circunstancias, ¿es eso lo que te preocupa? —dijo Thomas al sentarse.

—¿Quién? —insistió Igor encogiéndose de hombros.

—Masja, ella es la soplona.

La mandíbula de Igor quedó colgando.

—¿Masja? —preguntó parpadeando varias veces—. No conozco a nadie que se llame así.

Thomas sacó la fotografía arrugada y la lanzó a la mesa del sofá. Los hombros de Igor se tensaron en cuanto la vio.

—¿Fue Masja quien te trajo a mí?

—¿Tú qué crees?

Igor tenía la mirada vacía.

—No la culpo, aún me duele la mierda por la que la hice pasar. Por favor, si la vuelves a ver, dile que lo siento.

Thomas se sentó en el reposabrazos del sillón de cuero negro.

—No tengo idea de dónde encontrarla, esa es la razón por la que estoy aquí.

—Pero…

—Escúchame muy bien, Igor, en este momento soy tu único amigo —comentó sosteniendo la bolsa de polvo frente al rostro de Igor—. Si quieres conservar nuestra amistad, es crucial que me digas dónde está Masja.

—Te juro que no lo sé.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? —preguntó Thomas.

—Han pasado al menos dos años, te lo juro.

—¿Dónde?

Igor bajó la cabeza.

—En las afueras de Amager.

—Vas a tener que ser más específico.

—En Yderlandvej, en un taller mecánico abandonado.

—Un sitio inusual, ¿qué hacíais ahí?

Igor sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Por qué fuisteis allí? —insistió Thomas.

—Me ayudó a salir de un aprieto.

—¿Qué tipo de aprieto?

—De los que es imposible escapar —dijo encendiendo el cigarrillo y exhalando una gran nube de humo—. Deudas de juego, una suma cojonuda.

Thomas asintió.

—Ah, entonces Masja atendió a un par de clientes en el taller para ayudarte a pagar, ¿no?

—Algo más que eso.

—¿Qué?

Igor hizo un gesto con los brazos como si intentara disculparse.

—Estaba realmente acabado, entiéndelo.

—Cuéntame lo que pasó —respondió Thomas secamente.

Igor negó con la cabeza.

—Hice un trato para que transfirieran mi deuda a Masja.

Thomas se levantó.

—A ver si te entiendo bien, ¿vendiste a tu novia para librarte de una deuda?

—Sí…, no… no fue así. Más bien diría que le conseguí un trabajo.

—Eso no te lo crees ni tú.

Igor no respondió.

—Igor, voy a necesitar algunos nombres.

—No, ya sabes cómo son estas cosas —respondió Igor.

—Tu problema es que lo sé demasiado bien y me vas a tener que dar los nombres de las personas que estaban en el taller. La otra opción es que yo mismo escriba tu nombre en el sistema y añada palabras como estupefacientes, trata de blancas y otras cosas de ese estilo. Después iré al patético club de Colbjørnsensgade para contarles a tus amigos sobre tu relación proactiva con Station City. Así me quito la preocupación del billete de avión a Minsk, seguro que tus camaradas son mucho más creativos con las sanciones.

—Fueron un par de tipos de los Balcanes, no los conozco bien —dijo Igor temblando.

—Nombres, ¡ya!

—Hace mucho tiempo, no me acuerdo.

—¡Ahora, hijo de puta!

—Milan, uno se llama Milan.

—¿Como el club de fútbol?

—Sí, no sé,otro se llama Lucian.

—¿Entonces Masja está con ellos?

—No, no es así de sencillo —respondió Igor negando con la cabeza.

—Joder, ¿entonces con quién está?

—Lucian se encargó de enviarla al hombre que la pondría a trabajar.

—Dame su nombre.

Igor, muy nervioso, le dio una calada al cigarrillo.

—Se llama Slavros, Vladimir Slavros. Un mafioso de verdad, un proxeneta a lo grande. Tiene toda una organización detrás de él.

—¿Cómo doy con ese tal Slavros?

Igor se inclinó hacia delante y aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Ni idea. Uno no va a buscar a Slavros, él te encuentra a ti. La mayoría se enteran cuando ya es demasiado tarde.

—Estoy que me meo de miedo —comentó Thomas.

—Tendrás razones para hacerlo si eres lo suficientemente imbécil como para ir tras él.

Thomas negó con la cabeza y se dirigió a la puerta.

—¿Y la nieve? —preguntó Igor señalando la bolsa—. Necesito unas rayas.

—¿La nieve? Va a darse un paseo por el alcantarillado de la ciudad.

—Hostia, si son al menos veinte líneas.

—Estás poniéndome a prueba, Igor —comentó Thomas avanzando hacia el baño para vaciar la bolsa en el retrete.

Thomas jamás había escuchado los nombres de Milan, Lucian o Slavros. Aunque posiblemente eran nombres con los que Melby, y quizás Mikkel, estaban ya familiarizados. No tenía opción; iba a tener que solicitarle otro favor a su antiguo compañero.

30.

Diciembre de 2010

Era medianoche y las calles de la elegante zona residencial de Mälarhöjden estaban desiertas. Unas cuantas casas seguían iluminadas por el resplandor del televisor, señal de que sus habitantes aún no se habían ido a la cama. En el lado del lago Mälar, que bordea con los chalés de primera fila, se deslizaban apaciblemente por el agua los faroles rojos de dos cargueros. En la entrada de la última villa de la calle estaba aparcado un Mercedes Benz SEL modelo 1972, la pintura negra y sus adornos cromados resplandecían bajo las farolas. El coche estaba en perfectas condiciones, como si el paso del tiempo lo hubiera ignorado desde que salió del concesionario de Sollentuna, treinta y ocho años atrás.

La persona que iba ante el volante se puso unas gafas oscuras y se ajustó la boina. Del bolsillo interior de su chupa con borrego sacó un par de guantes de cuero para conducir y se los puso metódicamente. Giró la llave y el rugido del motor V8 de 6,5 litros emergió como un trueno lejano. Se inclinó para abrir la guantera y extrajo una pequeña caja metálica que guardaba una ampolla y una vieja jeringuilla hipodérmica de metal. El hombre retiró el capuchón de la aguja y perforó la ampolla, y extrajo la solución lentamente para llenar el tubo. Cuando terminó, elevó la jeringa para observarla bajo la luz interior del coche y luego presionó meticulosamente el émbolo, hasta que un fino hilo del líquido se resbaló por la aguja. El hombre tapó la aguja con el capuchón y la dejó en la consola ubicada entre los asientos. Solo era cuestión de seleccionar a una de las candidatas de su lista y encontrar a la presa indicada.

Veinte minutos más tarde, el Mercedes negro recorría el centro de Estocolmo. Los edificios de oficinas del distrito de Norrmalm se erigían

como torres por ambos lados de la calle. La luz amarilla de los faros se derramaba por el asfalto liso como un espejo y hacía emerger a las chicas que aguardaban a lo largo de las fachadas de los edificios. Las jóvenes se contoneaban vestidas con ropa sugerente, pero se quedaban paralizadas por las luces del coche, como si fueran un rebaño de ciervos cegados por la luz. Esa imagen estimuló al conductor, que tarareaba canciones y tamborileaba alegre en el volante. Después de recorrer la mitad de Mäster Samuelsgatan, detuvo el coche. Una chica esbelta de tacones altos, con pelo claro y alborotado, surgió de las sombras y se acercó al coche. El hombre bajó la ventanilla y la muchacha se inclinó para asomarse a la cabina.

—Ah, eres tú otra vez —comentó ella ligeramente decepcionada e infló una burbuja con su chicle—. ¿Has vuelto para meneártela o vas a atreverte?

—Sé amable y muéstrame tus pechos —dijo el hombre con firmeza.

—¿Amable? —dijo la chica soltando una risa—. Eres un tipo peculiar —añadió, dando un paso atrás y abriendo la cremallera de su chupa de satín azul para mostrar sus pequeños pechos. Se los estrujó para endurecerse los pezones—. Espero que no seas uno de esos cazagorditas, porque en ese caso no hay mucho por ver por aquí.

—Al contrario —respondió él—. Me gustan pequeñitas. Tu porcentaje de grasa corporal debe de estar por debajo del cinco o seis por ciento, algo excepcional.

El hombre abrió la puerta del copiloto y ella se cerró la chaqueta antes de sentarse en el coche. Buscó un condón en su bolso mientras el coche avanzaba por la calle.

—Son quinientos y no hago nada de anal, para que lo sepas.

—Está bien, nada de anal. ¿Cuánto tiempo llevas enferma?

—¿Qué quieres decir?

—Has perdido bastante peso desde la última vez que te vi.

—La vida es dura —dijo ella secamente mirando por la ventana—. Podemos ir al área de los ferrocarriles. —Señaló un sitio, pero el hombre continuó conduciendo y ella se giró hacia él—. ¿O conoces otro lugar?

—El paraíso —respondió—. Vamos a ir al paraíso.

Y antes de que ella pudiera advertirlo, él clavó la aguja en el muslo y presionó el émbolo hasta el fondo. El efecto fue instantáneo y la chica se

desplomó en el asiento. El hombre colocó la jeringa de nuevo en la consola y acarició la cabeza de la chica con su mano enguantada.

—Dulces sueños…

La chica emergió lentamente de su letargo y sintió que el resplandor de las luces fluorescentes del techo le fundiría la retina. Intentó levantarse, pero descubrió que unas gruesas correas de cuero la sujetaban contra una cama muy estrecha. Estaba desnuda. La cama estaba apoyada contra el muro en un ángulo de cuarenta y cinco grados, lo que le permitió ver el sótano de techos bajos donde se encontraba. A lo largo del local había una serie de estanterías estrechas con contenedores de cristal con diversos líquidos. Al lado de los frascos había varias cajas de cartón de las que sobresalían botellas y mangueras de goma. Paulatinamente se fue dando cuenta de que los frascos de la repisa superior albergaban diversos anfibios y reptiles. Se inclinó ligeramente para enfocar la vista y advirtió una hilera de animales disecados colocados sobre el estante inferior: faisanes, cuervos, ardillas, zorros, cachorros de perros y una criatura grotesca, mitad liebre y mitad búho.

En el otro extremo del cuarto vio a un hombre con una bata blanca. Estaba de espaldas a ella, preparando algo en una mesa de trabajo. Utilizaba una pipeta de cristal para tomar líquidos de las distintas botellas que tenía frente a él y luego los depositaba en un delgado matraz. Tomó el frasco e hizo girar el líquido con un elegante movimiento de mano para incorporarlo.

La chica tiró de las correas, pero le era imposible liberarse.

—¿Qué coño estás haciendo? —gritó la joven.

El hombre se dio la vuelta y la mujer enmudeció. Llevaba puestas unas gafas de seguridad y una máscara respiratoria negra que cubría su nariz y boca. Luego comenzó a caminar en dirección de la joven, sosteniendo el matraz con los brazos extendidos.

La mujer pataleaba agobiada. Un picor en el regazo la hizo mirar hacia abajo y descubrió que tenía un catéter clavado en la ingle izquierda. La sonda estaba fijada a una manguera de goma que iba hacia un aparato pequeño colocado encima de una mesa rodante.

—¡Ayuda! —gritó ella desesperada.

No había nadie que pudiera escucharla. El hombre colocó una mano en el hombro de la chica.

—Por favor, pórtate bien y mantén la calma; si no, te harás daño —dijo la voz que provenía desde la máscara.

—Déjame, te lo ruego —contestó ella con una mirada suplicante—. No se lo contaré a nadie.

—Shh, shh —añadió el enmascarado, dándole unas palmaditas en la cabeza.

El hombre se giró hacia la mesa rodante y se inclinó. Del aparato salían tres mangueras de goma, cada una iba a un recipiente de cristal distinto que contenía un líquido transparente. Vertió la sustancia del matraz en el último de los recipientes con mucho cuidado. Al mezclarse, los líquidos se convirtieron en una solución amarillenta.

—Suéltame, por favor —dijo la chica sollozando.

El hombre colocó un dedo frente a sus labios para pedir silencio.

—Sé amable y calla —dijo concentrando su atención en el aparato—. De hecho, estás perjudicando el proceso.

Luego tecleó una serie de números en el teclado del aparato, que inmediatamente comenzó a zumbar mientras la bomba extraía el líquido de los recipientes.

—¡Suéltame, jodido psicópata!

—Francamente, tu comportamiento no es ideal —respondió el hombre sin perder la compostura.

La chica lo insultó de todas las formas posibles, lo que terminó por importunar al hombre, que accionó uno de los tres botones verdes del teclado. Inmediatamente comenzó a fluir un líquido claro por la manguera conectada al catéter. El efecto fue instantáneo y la chica dejó de protestar. Su mirada se tornó suave y comenzó a relamerse los labios como si hubiese disfrutado de un exquisito banquete.

—¿Qué me has puesto?

—Una solución de morfina, ciento cincuenta gramos.

—Por favor, no me hagas daño —dijo sollozando—. Seré dulce contigo, te trataré como nadie te ha tratado.

El hombre asintió.

—Muy bien. Me complace que finalmente estés colaborando, eso hará todo más fácil y estoy seguro de que tendrá un efecto positivo en el proceso.

—Processsso —dijo ella soltando una risita.

El hombre tecleó una nueva combinación de dígitos y presionó el siguiente botón verde.

—Lo lamento, pero es muy posible que sientas una pequeña molestia.

—Estoy acostumbrada a un poco de todo —respondió la chica mirándolo con dulzura—. ¿Qué me vas a dar ahora?

—Una combinación de formalina, ácido clorhídrico y zinc.

—¿Qué coño es eso?

El líquido circuló por la manguera. Cuando entró en su torrente sanguíneo, la mujer sufrió varias convulsiones violentas que la hicieron gritar de dolor. Intentó zafarse, pero las correas se encajaron en la piel. Una espuma se fue acumulando en sus comisuras mientras miraba al hombre con los ojos inyectados en sangre.

—Conserva la calma, todo esto es parte natural del proceso —explicó él mirándola directamente—. En unos instantes todo habrá acabado.

El sujeto miró atentamente su reloj de pulsera mientras la chica se desgañitaba. Su cuerpo se retorcía en un arco anormal y las correas que la retenían crujieron, pero no dieron de sí. La muchacha quedó inerte a los cuarenta y tres segundos. Después de registrar el dato, el hombre se acercó al cadáver para regresar con cuidado la lengua, lesionada por las mordidas espasmódicas, a la boca y cerrar los ojos apagados de la chica. Luego presionó el tercer botón verde, lo que hizo circular un líquido ambarino por la sonda hasta el cuerpo de la chica. Por un instante, el resplandor vital volvió a su rostro: parecía viva, como si hubiera resucitado súbitamente del sueño eterno. El hombre acarició suavemente el pelo de la joven mientras contemplaba su obra.

—Finalmente —dijo conmovido.

El brillo del rostro de la chica se desvaneció tan rápido como había aparecido y fue reemplazado por una coloración amarillenta cada vez más prominente. El hombre retiró la mano de la cabellera y se apresuró hacia el aparato para verificar los valores numéricos introducidos en la pantalla.

—Algo no va bien…, esto no es justo —gritó desconsolado.

Miró de reojo el cuerpo que parecía momificado bajo la luz tenue. Se acercó al gancho que pendía del cabrestante instalado en el techo y tiró del cable hasta dejarlo sobre la cama. Seguidamente desató las correas que sujetaban a la mujer, pasó el cable por detrás de la espalda y lo fijó con el gancho por debajo de los senos. Elevó el cadáver unos cuarenta centímetros sobre la cama para bajarlo al suelo. Luego desató el cable y, utilizando todas sus fuerzas, la arrastró por el sótano hasta la vieja tina de zinc. Metió el cadáver al contenedor con dificultad y, acto seguido, cogió el vetusto delantal de cuero que colgaba de un garfio y se lo ajustó con firmeza alrededor de su talle. Entonces cogió una pequeña caja de herramientas de madera para sacar el escalpelo Havalon, el que tenía el mango decorado con una incrustación de un ciervo. Reemplazó la hoja por una nueva de veintiséis milímetros y suspiró profundamente al mirar el cadáver. El fracaso de su experimento significaba que tenía una tarea monumental por delante. Hizo una fina incisión a lo largo del cuero cabelludo y comenzó a desollar la piel de la cara.

***

Había pasado una semana y el hombre estaba en el sótano semioscuro frente a la mesa de trabajo. En el torno había fijado un trozo de espuma de plástico que había moldeado con la forma de un brazo izquierdo. Utilizaba una lija número ciento cuarenta para limar la extremidad. Cuando terminó, cogió el calibre, midió la parte superior de la articulación del hombro y corroboró el dato con el registro que llevaba en su cuaderno; era esencial que el brazo tuviera las medidas correctas. Rebajó medio milímetro más el hombro y soltó la pieza de espuma plástica anexada al torno. Estaba satisfecho.

Se giró, fue a por el maniquí de dimensiones humanas que estaba sobre una estantería y lo llevó hasta la mesa de trabajo. Había atornillado varias piezas de espuma al maniquí, por lo que el objeto se asemejaba a un muñeco articulado para bocetos en tamaño real. El rostro contaba con

varios detalles y era posible adivinar los rasgos de la mujer asesinada en la espuma tallada.

Le llevó veinte minutos montar el brazo al torso. Luego se dirigió a la tina de zinc, donde tenía la piel curtida. Hubiera preferido despellejar a la chica en una sola pieza, pero era demasiado complicado, por lo que tuvo que cortar la piel en seis trozos antes de desollarla. Sin embargo, eso no afectaría el resultado final, ya que con un poco de empeño podría encubrir las suturas. Se agachó para sacar un trozo de piel de la tina y lo trasladó hasta la mesa de trabajo.

Colocó la piel suavemente en el maniquí, sobre la sección que equivalía a la espalda. Parecía un abrigo demasiado grande. No obstante, se encogería al secarse y, si todo salía acorde al plan, se ajustaría perfectamente a las dimensiones del maniquí.

Analizó su obra en proceso: la mujer luciría mucho más bella y majestuosa que en cualquier momento de su vida. Aun así, distaba de ser una creación perfecta: era un ensayo provisional, el intento de un amateur por esconder sus propias deficiencias. Lo sabía demasiado bien y se sintió avergonzado. “Algún día conseguiré los resultados deseados”, pensó, “y entonces contemplaré mi obra maestra”. Por suerte, todavía tenía varias candidatas en su lista que pululaban por Estocolmo, una ciudad rica en muchachitas desahuciadas originarias de Europa del Este. Prometió no cometer errores en su siguiente proyecto y ser aún más riguroso.

31.

Año nuevo de 2010

Losfuegos artificiales iluminaban el cielo nocturno y los estallidos rugían sobre la ciudad que celebraba el año nuevo. Cascadas de rojo, dorado, azul y verde centelleaban sobre los tejados apenas visibles detrás de las nubes de pólvora. En el distrito de Norrmalm se oyó el tronido de otro petardo, y la explosión sobresaltó a las prostitutas y a sus clientes. Los coches, en flujo casi constante, avanzaban por Malmskillnadsgatan, tocando las bocinas al conducir junto a las chicas. Los hombres más jóvenes festejaban frenéticamente, algunos bajaban las ventanillas para insultar a las muchachas y mostrarles las nalgas. A su vez, ellas respondían con insultos y gestos obscenos.

Masja se apeó de un Audi rojo.

—Feliz año nuevo —gritó el conductor.

—Sí, igualmente —contestó Masja al cerrar la puerta y caminó hacia Iza, que charlaba con dos de las chicas.

—Dime que ese idiota ha valido la pena —comentó Iza.

—Cuatrocientos; el imbécil quería follar sin condón, por ser Año Nuevo —dijo Masja haciendo un gesto de desaprobación—. Qué gilipollez de argumento.

—Entonces, ¿te lo follaste *au naturel*?

—Ni que fuera imbécil. Al contrario, mira esto —dijo Masja sacando una bolsita con polvo blanco de su bolsillo.

—¿Se la birlaste?

—Pues claro —respondió Masja abriendo la bolsita.

—¿Qué es? —se oyó la voz de Lulu detrás de ellas.

—Lulu, usa la cabeza, si parece coca…

—... es coca —agregó Iza.

Dividieron el polvo sobre el espejo de maquillaje de Lulu y se metieron los cuatro gramos con un billete enrollado. Iza apretó los dientes y sacó una botella pequeña de Smirnoff de su bolso, que compartieron.

—Fuiste valiente al hablar con Slavros. *Respect*,a pesar de que lo hayas hecho por la negra. Lo he visto destrozar a idiotas por meterse en asuntos ajenos —comentó Iza.

—Que se joda ese comepollas —dijo Masja bebiendo otro trago de vodka.

Las chicas a su alrededor soltaron una risa nerviosa, como si Slavros pudiera escucharlas desde el local trasero del Key Club.

—¿Dónde está Tabitha? —preguntó Masja buscándola con la mirada.

—En las vías con un cliente —respondió Lulu.

—No está con el enfermo del Mercedes, ¿verdad?

—¿De quién hablas?

—El hombre del Mercedes negro que merodea por aquí, el rarito. ¡Del que os advertí a todas! —agregó Masja.

—Todos los quemerodean por aquí son raritos —respondió Iza cogiendo la botella.

—Este es distinto, es… —Los ojos de Masja parpadearon, sintió sequedad en la garganta y notó que la embriaguez ya se le estaba pasando —. Es el diablo.

—Relájate, Tabitha se subió a una furgoneta —agregó Lulu—. Apenas pudo treparse por el dolor que le dejó el raspado.

—¡Ay! Lulu, no vuelvas a decir esa palabra, hace que me duela todo el cuerpo —comentó Masja.

En ese momento una lata de cerveza se estrelló contra la acera y lanzó un chorro de espuma hacia ellas.

—¡Feliz año para todas las putas! —gritó un adolescente desde la ventana de un coche.

Su colega aceleró inmediatamente. Iza lanzó la botella de vodka contra el vehículo, pero no acertó. Nadie les prestó atención a pesar del alboroto, ni siquiera los tres subordinados de Slavros que estaban sentados en la cafetería al otro lado de la calle. Los hombres observaban a través de la ventana con la mirada vacía y fumaban esperando que la noche terminara.

—Tengo algo más para beber —dijo Lulu sacando una botellita de Tullamore Dew del bolsillo de su cazadora.

Se oyó el chirrido de un neumático a lo lejos y al instante, un vehículo dobló la esquina a toda velocidad. Las mujeres se giraron hacia allí y vieron que una furgoneta amarilla aceleraba en su dirección.

—¿Los está persiguiendo la pasma o qué? —comentó Iza al aire.

La furgoneta frenó en seco y derrapó frente a ellas. Masja se preocupó al ver una huella de sangre en la puerta del pasajero. El conductor bajó a toda prisa del vehículo. Era un hombrecillo rechoncho con pantalones de pana. Al parecer no había tenido tiempo ni de cerrarse la cremallera.

—Algo va mal —dijo tirando de su pelo semilargo y desaliñado—. Muy mal.

Masja y las otras se acercaron a la furgoneta.

—Tenéis que cuidar de vuestra amiga —dijo el hombre abriendo la puerta que estaba manchada de sangre.

Tabitha estaba inconsciente en el asiento. El hombrecillo la cogió y comenzó a tirar para sacarla del vehículo. Un chorro oscuro de sangre corría por el muslo de Tabitha.

—Tenéis que llevarla al médico —gritó el hombre al dejarla en la acera.

Las mujeres observaron paralizadas a Tabitha y la sangre que se acumulaba alrededor de su cuerpo.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Masja, furiosa.

—¡Nada! Ni siquiera habíamos llegado a las vías cuando empezó a sangrar —dijo dándole la vuelta a la furgoneta.

—Llévala a emergencias —gritó Masja.

—No me voy a involucrar en esto.

—Tienes que ayudarla, maldito cerdo.

—¡Oye! La traje aquí, ¿no? La podría haber dejado allí sola —dijo. Luego se subió al vehículo cerrando la puerta y aceleró, desapareciendo a toda velocidad.

—¿Está muerta? —dijo Lulu pasándose la mano por la boca.

—Si parece muerta, entonces está muerta —farfulló Iza.

Masja se acuclilló y le cogió la mano a Tabitha. Estaba helada. La sacudió suavemente y gritó su nombre varias veces, pero Tabitha no

reaccionaba. Comenzó a formarse un grupillo de curiosos alrededor de ellas. Poco después llegaron los hombres de Slavros para alejarlas. Masja advirtió una mano en su hombro.

—Tenemos que irnos —dijo una voz por encima de la cabeza de Masja.

—No podemos dejarla aquí…

—Nos vamos ahora mismo —ordenó el hombre tirando de ella.

"2011. Primer día del nuevo año. El comienzo de otro año podrido, igual o peor que el anterior. Nadie cuestiona nada y nadie sabe qué ha pasado con Tabitha. Creo que nadie quiere saberlo. He soñado con ella y en mis sueños parece un ángel, una santa Lucía negra que sonríe. Parece contenta. Flotaba tarareando, luego me sonrió y dijo 'okey'. Okey, okey, todo está okey, cantaba para mí ante un fondo de nubes. Mamá, tengo mucho miedo de que pueda pasarme algo. El futuro me aterra…"

32.

Christianshavn, 2013

Era última hora de la tarde y un Golf azul del departamento de investigación de Station City aparcó cerca del Bianca. Desde la cubierta, Thomas vio que Mikkel y Melby bajaban del coche. A Thomas no le apetecía invitarlos a bordo, por lo que bajó al muelle para reunirse con ellos. Estrechó fraternalmente la mano de Mikkel, pero Melby tuvo que darse por satisfecho con un mesurado saludo de cabeza.

—¿Averiguaste algo?

—No gran cosa —respondió Mikkel.

—¿Crees que el gilipollas de Igor me ha mentido?

—No, tampoco hay razones para suponerlo. Hace años que corren rumores sobre las fuertes cifras con las que juega Kaminskij; cabe la posibilidad de que Igor haya participado en una de esas partidas.

—¿Por qué no habéis chapado ese tugurio de una vez por todas?

—Porque son hábiles ocultando el dinero —respondió Melby—. ¿Es ese tu barco?

—Sí—contestó Thomas.

Melby esbozó una gran sonrisa.

—Le hace falta una mano de pintura.

Thomas ignoró el comentario y miró a Mikkel.

—Dime, ¿crees que Kaminskij tuvo algo que ver con la desaparición de Masja? ¿Tenéis algo en contra suya que pueda usar para sacarle algo de información?

Mikkel se encogió de hombros.

—Los eslavos no son muy habladores, cuando los interrogamos es como si tuvieran los labios cosidos.

—¿Algo sobre ese tal Milan?

Mikkel negó con la cabeza.

—He buscado y no hay nada.

—¿Lucian?

—Tampoco.

—¿Slavros?

—Slavros es un chico malo —respondió Melby—. Un veterano de la guerra de Chechenia. Se dice que cometió crímenes verdaderamente espeluznantes. Actualmente tiene negocios por toda Europa. La Interpol lleva años tras él, pero ha sido en vano, Slavros es listo y escurridizo.

—¿Qué clase de negocios?

—Los tres grandes —respondió Mikkel—. Armas, drogas y tráfico humano. Aun así, no han logrado colgarlo por nada, tiene una organización que dirige con mano militar.

—¿Se sabe dónde vive?

—Tiene familia en Suecia y es dueño de un par de clubs de *striptease* en Estocolmo. Los datos sugieren que vive allí, pero sabe escabullirse e ir de un punto a otro sin dejar rastro.

—¿Y la policía sueca no está tras él?

—Hace un par de años tuvo lugar un incidente en Estocolmo en el que estuvieron involucradas dos prostitutas originarias de Europa del Este. Una de ellas falleció bajo circunstancias misteriosas en la estación central de tren. La policía sueca sospechó que Slavros estaba vinculado al episodio, pero jamás llevaron a cabo una investigación en profundidad.

—Ese cabrón me da lo mismo, es a Masja a quien estoy buscando.

—Abundan casos de prostitutas muertas en Suecia, Estocolmo no sería un lugar seguro para una chica como ella.

—Copenhague tampoco es gran cosa —comentó Thomas.

Mikkel se encogió de hombros.

—En cualquier caso, no creo que las probabilidades de encontrarla sean altas. Considerando el tiempo que lleva desaparecida, lo más posible es que solo sea parte de las estadísticas —mencionó Mikkel.

—¿A qué estadísticas te refieres?

—A las que indican que cada año viajan más de cinco mil muchachas, llenas de esperanza, desde Europa del Este para cruzar la frontera de la

Unión Europea. La mayoría regresa a su país cuando no aguantan más y otras se desvanecen de la faz de la tierra durante su estancia en Europa del Norte.

—En otras palabras, nos llegan bastantes coñitos cada mes —dijo Melby riéndose—. Algunas hasta son guapas.

En ese momento sonó el teléfono de servicio de Melby, que se alejó para responder.

Thomas miró a Mikkel.

—Ojalá hubieras venido solo.

—Es Melby el que conoce a las bandas del este —respondió Mikkel a manera de disculpa—. ¿Cuándo vas a volver al departamento?

—Ni siquiera estoy seguro de que vaya a volver.

—No estarás hablando en serio…

—Francamente, no le encuentro sentido.

—¿Y a esto sí? A esta… ¿investigación?

Thomas miró hacia el canal.

—No, en realidad no. Creo que acaba de llegar a un punto muerto.

Mikkel lo miró atentamente.

—Ravn, estás hecho una mierda, de verdad.

—Soy consciente de ello —respondió Thomas.

—¿Qué crees que Eva hubiera dicho al verte así?

—Aparca ese tono, Mikkel, no estoy para sermones.

Mikkel pateó un par de guijarros.

—Disculpa. Se te echa de menos en el departamento, ¿comprendes?

Melby silbó desde el coche.

—Acaba de surgir algo —gritó subiéndose al vehículo.

Mikkel estaba a punto de darse la vuelta, pero Thomas lo retuvo por el brazo.

—¿Qué hay de Igor?

—¿Qué con él?

—Ese imbécil no puede librarse tan fácilmente.

—¿Qué propones?

—Tiré al menos treinta gramos por el retrete de su piso, mi suposición es que pronto irá a buscar a su camello.

Mikkel se soltó.

—Le haré una visita, tenlo por seguro.

—Gracias —respondió Thomas—. Recuerda buscar debajo de su colchón.

—Cuídate, Ravn —dijo Mikkel y partió hacia el coche.

***

Thomas entró al Havodderen media hora después para presentar el informe de su *investigación*. Johnson escuchó en silencio con una mueca más y más afligida.

—En cualquier caso, a Igor no le saldrá barato —dijo Johnson dándole un trago a su café—. Aunque más bien deberían colgarlo por los cojones.

—Estoy de acuerdo —dijo Thomas—. Vivimos en un mundo de mierda.

—Deberíamos visitar a ese gilipollas y dejarle bien claro que esas cosas no se hacen.

Thomas le dio un trago a su cerveza.

—Igor recibirá su merecido cuando Mikkel, acompañado por todo el departamento de la policía científica, llame a su puerta. Si encuentran un solo gramo va a terminar fuera del país.

—Se merece algo peor, esa es mi opinión —dijo Johnson negando con la cabeza, luego cogió una cajetilla de cigarrillos Cecil, encendió uno y exhaló el humo—. Entonces, si te he entendido bien, la chavala está en Suecia.

—Es imposible saberlo con certeza, aunque quizás sea una buena conjetura. Al menos no creo que siga en Dinamarca, considerando el tiempo transcurrido.

Johnson se rascó la cabeza.

—No sé qué decirle a Nadja… ¿No podrías acompañarme para darle la noticia juntos?

Thomas lo miró sorprendido.

—¿Yo, acompañarte? Dame una buena razón…

—Seguro te entrenaron para estas situaciones.

—¿Qué estás sugiriendo, Johnson?

Johnson le dio una larga calada a su cigarrillo.

—Seguramente te prepararon para dar malas noticias.

Thomas negó con la cabeza.

—No existe entrenamiento para ese tipo de cosas.

—Vale, pero como policía seguramente has pasado por algo similar —agregó Johnson.

—Exacto, por eso mismo sé que estas conversaciones jamás se convierten en rutina. Te lo acabo de decir, vivimos en un mundo de mierda.

—Sí, gracias por toda tu motivación, pero, coño, no seré yo quien se lo vaya a contar a su madre.

Thomas dejó la botella de cerveza sobre la barra y respiró pesadamente.

—No voy a seguir discutiendo contigo, Johnson. Vivimos en un mundo de mierda, déjalo. Por otro lado, tampoco es que tengas que contarle todos los detalles.

—¿Qué sugieres? —preguntó Johnson.

—Dale un giro positivo a la historia.

—Dame un ejemplo.

—Dile que Masja fue a recorrer el mundo para encontrar la felicidad, algo así, tampoco suena tan descabellado.

—¿Estás bien de la cabeza? —dijo Johnson mirándolo con desaprobación mientras aplastaba el cigarrillo contra el cenicero—. ¿Quieres que le mienta a Nadja en la cara?

—Solo intento ayudarte, ofrecerte opciones para que te sea más leve dar las noticias —contestó Thomas.

—Gracias, pero no gracias, Ravn. Ser honesto es lo único que importa en esta vida —respondió Johnson sacando otro cigarrillo—. Cualquier otra cosa no tiene valor.

—Pues hazlo a tu modo, siempre y cuando no me involucres —respondió Thomas y se bebió el resto de la cerveza de un trago.

33.

Estocolmo, enero de 2011

"No hay ni una sola chica en Malmskillnadsgatan. Los coches de los toros han sido reemplazados por coches patrulla, tanto de los que usan luces como de los que no. La verdad es que ni sabía cómo se llamaba la calle donde trabajábamos hasta que mencionaron el nombre en la tele. Es como cualquier otra calle, no tiene nada de especial. Los telediarios hierven con historias sobre nosotras, sobre las arrestadas que son deportadas de vuelta a sus países. Dicen que es ilegal comprar sexo en este país. ¡Ja! Es una broma, una broma de mierda si uno piensa en la cantidad de toros que atendemos. Ayer salió una política en el telediario, una ministra o algo así, justo donde Tabitha se desplomó. Dijo un montón de chorradas sobre prohibiciones, desplegar más policías en las calles y otra sarta de estupideces. ¿Qué hay de ayudarnos? Nada de eso va a cambiar que Tabitha casi se haya ido para el otro lado. Está en coma en no sé qué hospital. Supongo que Slavros finalmente decidió que la deuda estaba saldada, pero una nunca sabe. Pobre Tabitha, aunque nunca fue muy lista, debe ser frustrante despertarse siendo un vegetal."

Masja estaba sentada con Lulu e Iza en la cabina más alejada del escenario del Key Club. Exhalaba perezosamente grandes anillos de humo hacia el reflector azul. Una de las chicas nuevas bailaba enrollándose atléticamente al poste de *striptease*, pavoneando sus pechos desnudos de silicona y acabando con un *split*. "Qué desperdicio de energía", pensó Masja. El club estaba completamente vacío, como si hubieran aspirado a los toros.

—¿Creéis que volverán algún día? —preguntó Masja mirando el local vacío.

—¿Quiénes?, ¿los toros? —mencionó Iza—. Claro, volverán cuando las cosas se calmen. Son esclavos de sus pollas, aunque por ahora están más asustados que cachondos.

—Son tan patéticos —comentó Lulu riendo.

—Aunque los echo de menos —respondió Iza.

—Su pasta, solamente eso.

—¿De qué crees que estoy hablando, idiota? —replicó Iza cogiendo su bolso de la mesa y se fue.

—Al parecer alguien no se ha bebido su *cola* —farfulló Masja mirando hacia la barra, donde Slavros amonestaba a uno de los camareros.

Era imposible escuchar lo que decía, pero le golpeaba la nuca mientras gritaba. Como el negocio iba mal, Slavros era aún más despiadado que antes. Incluso Masja se esforzaba por mantenerse a una distancia prudente de él. Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y sacó otro. Pensaba en que la *empresa* iba realmente mal: Slavros no podía enviarlas a la calle y tampoco traer toros al club. Por si eso no fuera poco, cabía el riesgo de que la pasma hiciera una redada en el club. Ya había ocurrido en otros establecimientos de la ciudad. Masja comprendía la frustración de Slavros, que en el peor de los casos podría terminar entre rejas. Si las cosas continuaban así durante un tiempo, Slavros se vería orillado a minimizar las pérdidas. Quizás se vería forzado a cancelar las deudas y dejarlas ir para evitar que le pillaran. Sonrió para sí misma. Quizás lo sucedido no era tan desafortunado… Claro, excepto para Tabitha.

La puerta trasera se abrió de golpe y Mikhail entró corriendo al club.

—¡La pasma! ¡Vienen para aquí! —gritó agitado.

La música cesó inmediatamente y se encendieron las luces del techo. Las *strippers* bajaron del escenario improvisando maneras de cubrirse con las prendas de las que se habían despojado. Masja, Lulu e Iza caminaron detrás de las bailarinas y fueron conducidas al piso superior por Slavros y sus hombres. Sabían qué hacer en esos casos: sus pertenencias estaban guardadas en maletas deportivas, con el objetivo de poder irse en cuestión de minutos.

Masja entró en su cuarto, se sacó los tacones para calzarse unas zapatillas, cogió su abrigo y la maleta Nike que estaba sobre la cama y salió

corriendo. Un tumulto irrumpió en la planta baja: cristales rotos, muebles volcados y los maderos gritando “contra el suelo”. Masja siguió a las otras chicas por el pasillo y atravesaron la puerta que conducía al desván.

—Seguid, seguid, no os paréis —decía un hombre en la oscuridad, mientras el grupo avanzaba a tientas.

Iza tropezó, pero Masja alcanzó a tomar su brazo e impidió que se estrellara contra el suelo.

—Gracias —exclamó Iza asustada.

Al alcanzar el otro extremo del desván, el grupo bajó por la escalera trasera del edificio vecino. Mientras descendían a toda prisa por los escalones estrechos, un anciano de pelo blanco asomó la cabeza por la puerta trasera de su piso. Sus ojos se abrieron de par en par al ver la cantidad de mujeres bajando y cerró la puerta de inmediato. Era cuestión de segundos antes de que llamara a la policía.

Masja y las demás salieron al oscuro patio interior del edificio. El frío nocturno soplaba sin clemencia y las numerosas sirenas de las patrullas agitaban las calles.

—¡Avanzad! —ordenó el hombre, que guio a las mujeres al interior de dos furgonetas.

Los vehículos transitaron junto a la formación de policías que vigilaban el Key Club. Masja y las demás chicas iban tendidas contra el suelo de la caja de carga. La noche era un caos de luces, donde se mezclaban los tonos azules de las patrullas con los reflectores de las cámaras del telediario. Slavros salió del club en grilletes y fue recibido por una lluvia de flases.

Un oficial dirigió algunas señas impacientes a las furgonetas mientras les abría paso entre la multitud de fisgones. Y, así, los vehículos que transportaban a las chicas circularon sin inconvenientes.

***

Hacía un frío terrible dentro del piso desamueblado. La bombilla desnuda que pendía del techo iluminaba a las mujeres con una luz pálida. Estaban acurrucadas, muy de cerca las unas de las otras, sobre el suelo de cemento. En el piso contiguo se escuchaban voces chirriantes y en el de abajo

retumbaban los bajos del equipo de música. Mikhail y su compañero repartieron mantas. La que le tocó a Masja apestaba a pis de gato, pero se envolvió con ella sin pensarlo dos veces.

—Ni un ruido, ni luces; esas son las órdenes. Nos vemos mañana —dijo Mikhail apagando la bombilla, antes de que él y su compañero salieran del apartamento.

Masja observó la oscuridad inerte, prestando atención a los pasos de los hombres por los peldaños. Una vez que entró en calor, se incorporó y encendió la luz. Un par de chicas se quejaron y repitieron los mandatos de los hombres.

—Cerrad el hocico —contestó Iza.

Masja se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo mientras observaba el exterior. La vivienda del quinto piso ofrecía una vista despejada sobre Rinkeby, donde los bloques de apartamentos se extendían como silos luminosos.

—Deberíamos largarnos de aquí sin más —dijo Lulu.

—Sí, ¿pero a dónde? —preguntó Iza—. Slavros no perdona deudas ni deja libre a quien no las ha pagado.

—Quizás no tenga alternativa —respondió Masja.

—¿Qué quieres decir?

—Espera y verás —contestó apagando el cigarrillo en el alféizar de la ventana antes de sentarse de nuevo.

Entonces cerró los ojos y se esforzó por bloquear lo que ocurría fuera de ella, justo como hacía cuando atendía a los toros. Lo consiguió parcialmente y, poco a poco, fue quedándose dormida.

A la mañana siguiente, Mikhail regresó acompañado por dos hombres. Tenía un aspecto deplorable, como si los eventos de la pasada noche lo hubieran envejecido al menos diez años. Aplaudió con fuerza y el eco rebotó por el salón desprovisto de muebles. Las chicas que aún dormían se fueron despertando.

—La pasma nos ha metido en una situación muy jodida —dijo con su marcado acento ruso—. Han cerrado el Key Club, detenido a Slavros y lo

han acusado de todo tipo de idioteces. Es una mierda, y ahora el cuerpo policial entero está tras vosotras —agregó mordiéndose el revés de la mano.

Las mujeres se miraron alarmadas y comenzaron a airear sus preocupaciones.

—¡Escuchadme muy bien! —dijo recorriendo a todas con la mirada—. Ninguna de vosotras ha trabajado para Slavros. Si alguien os lo pregunta, no importa quién sea, no lo conocéis. Jamás lo habéis visto; sois turistas camino a casa. ¿Comprendéis?

Iza se inclinó hacia Masja y bajó la voz.

—Creo que tienes razón, parece que vamos de salida —comentó.

Masja respondió con una sonrisa discreta.

—Yo mismo me encargaré de joderos si alguna va por ahí de soplona. Os reconfiguraré esas caritas si delatáis a Slavros, ¿me habéis entendido?

Se escucharon murmullos mientras las chicas asentían.

—¿Cuándo saldremos de este hoyo? —preguntó Iza.

Mikhail se giró hacia ella.

—¿Qué te crees? En unos minutos traeremos comida y café, y más tarde buscaremos algunos colchones.

Iza lo miró con incredulidad.

—¿Acaso estás planeando que recibamos clientes en esta pocilga?

—Claro que no, antes de que la semana termine estaréis trabajando en un par de salones de bronceado de la ciudad.

—¿Salones de bronceado? —dijo Masja boquiabierta.

Mikhail afirmó con un gesto de cabeza.

—Arkan tiene una cadena de soláriums equipados con acogedores traseros. Los imbéciles de la policía no tienen idea de lo que ocurre en la trastienda, pero los clientes lo saben muy bien. Los suecos nunca habían estado tan bronceados —dijo riéndose de su ocurrencia.

—¿Quién coño es Arkan? —preguntó Masja.

—Vuestro nuevo jefe. Hizo un trato con Slavros. No os preocupéis, vais a hacer buen dinero.

—¿Le habéis pasado las cuentas? —inquirió Masja.

—¿De qué cuentas estás hablando? —respondió Mikhail enfadado.

—Ese tal Arkan, ¿sabe lo que cada una le debe a Slavros?

Mikhail negó con la cabeza.

—No lo estás entendiendo. Después de lo que ocurrió anoche, hemos hecho borrón y cuenta nueva. A partir de hoy cada una tiene una deuda de diez mil euros. Es igual para todas —dijo encogiéndose de hombros.

Masja se puso de pie enérgicamente y la manta cayó de sus hombros.

—¡Yo no debo diez mil! Estoy lejos de esa cantidad.

—Pues ahora estás cerca, ¡siéntate!

—Come mierda. Tengo una cuenta con Slavros y debo cuatro mil euros, ni uno más ni uno menos.

Los ojos de Mikhail se encendieron.

—Recibí el mensaje personalmente de Slavros, todas debéis la misma suma. Estamos en el mismo barco, ¿de qué privilegios gozas para suponer que vas a pagar menos? ¿Te sientes especial?

—Tengo una cuenta y, si eso no basta, he hecho más pasta para Slavros que ninguna otra persona en este lugar —dijo señalando a las demás—. ¿Te cabe en tu cabezota?

El párpado de Mikhail dio un tirón, luego se acercó a Masja y la arrojó contra el muro cogiéndola por la garganta. Se produjo un ruido sordo cuando su cabeza chocó contra la pared.

—Me he cansado de tus quejas. ¿Lo entiendes o prefieres que te lo explique con más detalles? —dijo sacando una navaja y la colocó justo por debajo del ojo izquierdo de Masja—. Te voy a dar otra oportunidad. Dime, ¿cuánto debes?

—La cantidad que digas.

—Buena respuesta, ¿escucharé más protestas?

—Para nada —respondió Masja tragando saliva.

Mikhail bajó la navaja y soltó a Masja.

—Esta putita no es nada estúpida —dijo escupiendo hacia el suelo.

Masja se acarició la garganta mientras intentaba recuperar la respiración.

—Siéntate —ordenó Mikhail señalando la manta.

Masja obedeció. Mikhail clavó la mirada en las demás mientras doblaba la navaja. Las chicas lo miraron aterradas: estaba claro que Mikhail disfrutaba del momento.

—Recordad, no conocéis a Slavros —dijo sonriendo fríamente y todas asintieron—. En una semana todo volverá a la normalidad. Mientras tanto, vosotras tranquilas, nenas, estad muy tranquilas.

34.

Christianshavn, 2013

Era temprano y el sol acababa de elevarse sobre los canales de Christianshavn. Thomas estaba en el *flybridge* mirando la cubierta de teca. La había untado con una espesa solución de jabón, con el objetivo de eliminar la capa verde de musgo que cubría los tablones como una pesada alfombra. Luego cogió la fregadora y comenzó a restregar.

—Mirad a Ravn, en acción desde el alba —gritó Eduardo desde la cabina de mando de su viejo queche. Solo llevaba unos pantalones de chándal, y se rascó el estómago al bostezar—. ¿Estás lavando el barco?

—Le hacía falta.

—¿A las seis y media de la mañana?

—Disculpa si el ruido te ha despertado. No podía dormir, así que me puse al lío a las cinco.

—No pasa nada, creo que ya se nota la diferencia —dijo señalando la cubierta—. Con un poco de esfuerzo, Bianca podría recuperar su belleza.

Thomas asintió.

—Esa responsabilidad caerá en las manos del propietario adecuado.

—Lo dices como si quisieras venderla.

—Sí, creo que estoy renunciando a ella —dijo Thomas interrumpiendo su trabajo para mirar a Eduardo—. Estoy considerando la opción de mudarme de vuelta al piso.

—*Cool*, pero no por eso tienes que vender a Bianca, ¿o sí?

—A veces siento que ya no sé cuidarla. Es triste que solo esté decayendo, se merece un mejor destino.

—Pero te gusta tenerla.

—Sí —respondió vertiendo un poco de agua del cubo a la cubierta.

—Además, perteneces a este canal.

Thomas, sin responder, comenzó a fregar de nuevo. Eduardo entrecerró los ojos.

—Sabes que puedes contar conmigo para repararla, juntos podemos dejarla en buen estado.

—Te lo agradezco, pero me temo que requiere más de lo que nuestras habilidades combinadas podrían ofrecerle. También, hay partes que ya no funcionan.

—¿De verdad va tan mal? —dijo Eduardo de puntillas, como para obtener una mejor vista del Bianca.

—La cubierta de popa está medio podrida, la caja de cambios está arruinada y tú mismo sabes cómo van los circuitos eléctricos —dijo señalando el tablero eléctrico del muelle—. La paciente apenas respira por su cuenta.

—Aun así, es una pena. Dime si puedo ayudar con algo —mencionó Eduardo.

—Por ahora corre la voz y menciona que la venderé a un buen precio.

Eduardo le saludó antes de desaparecer en la cabina. Thomas vació el cubo en la cubierta del *flybridge* y el vapor del agua caliente ascendió hacia él mientras barría el líquido.

A pesar de que la gran aventura jamás había llegado, cayó en la cuenta de los buenos recuerdos asociados al Bianca. El bote había sido un santuario para Eva y él dentro del bullicio de la ciudad, algo así como una casita de campo flotante, un recinto donde siempre podían tomarse una copa de vino blanco frío y comer unas salchichas asadas.

Cuando terminó con el *flybridge,* Thomas se enfocó en limpiar la barandilla de madera que corría por encima del riel. Sudaba a pesar del viento frío y tuvo que sacarse la cazadora. Un poco después del mediodía ya le había dado la vuelta entera al bote. Entonces buscó la lata de aceite de linaza y levantó la tapa haciendo palanca con un destornillador. El olor viscoso a aceite emergió para mezclarse con el aire del mar. Sintió el sol en las mejillas y cerró los ojos un instante para disfrutar del momento. Parecía que las faenas prácticas a bordo le habían hecho bien. Si seguía haciendo bueno, lograría aceitar la barandilla antes de que anocheciera.

—Thomas Ravnsholdt —escuchó una voz en el muelle.

Thomas miró a la anciana que temblaba por el viento. Tardó en reconocerla: era la madre de Masja.

—Johnson me dio la ubicación de tu barco y dijo que probablemente te encontraría aquí.

—Ah —dijo Thomas sonriendo—. ¿Quieres subir?

Ella miró dudosa la cubierta del barco a medio metro debajo de ella y negó con la cabeza.

—No, gracias. No quiero imponer, simplemente quería darte las gracias por haber buscado a mi hija.

—Siento que no haya logrado más —dijo sonriendo de nuevo.

Nadja permaneció de pie en silencio. Después de que transcurrieran unos segundos, Thomas sintió la necesidad de preguntar si podía hacer algo más por ella.

—Sí —respondió la señora rápidamente, pero titubeó antes de continuar —. Me gustaría contactar con mi hija.

—Lo entiendo, pero…

—Johnson me dijo que vive en Suecia, pero ¿dónde?

La inesperada pregunta cogió a Thomas desprevenido, que intentó ganar tiempo rascándose la nuca.

—No lo sé con certeza, posiblemente en Estocolmo.

—¿Tienes alguna dirección?

—No, pero mejor cuéntame lo que Johnson te dijo.

—Me contó que Masja vive en Suecia y que había viajado para ver el mundo, que trabaja para un hombre importante y que está bien. ¿Conoces a ese hombre?

Thomas tragó saliva.

—No, desafortunadamente no lo conozco —respondió y en su fuero interno maldijo a Johnson y su sermón hipócrita sobre la honestidad.

—Entonces, ¿no tienes su dirección?

—Lo siento.

—Pero Johnson dijo… —Nadja guardó silencio con una expresión desdichada—. ¿Le ha pasado algo a Masja? ¿Algo que Johnson no se atrevió a decirme?

—No lo creo —dijo Thomas caminando hacia la barandilla para acercarse a la mujer—. Aunque quizás las cosas sean un poco más complicadas.

—¿Está en peligro?

—Sinceramente no lo sé.

—Sabes quién es el hombre para el que trabaja, puedo verlo en tus ojos. Las mentiras no son lo tuyo.

—No lo conozco personalmente, pero he oído hablar de él. Se llama Slavros y es un criminal, aunque eso no quiere decir que tenga algo que ver con Masja.

—Johnson dijo que trabajaba de niñera, cuidando la casa y los niños del hombre.

—Pues la boca de Johnson es más grande de lo que creímos —dijo Thomas enfadado, pero consiguió controlarse—. De verdad que siento no poder ayudarte más, quizás lo mejor sea esperar a que regrese por su cuenta.

Nadja comenzó a llorar.

—Jamás va a regresar, ni ahora ni después.

Thomas no sabía qué decir; se quedó ahí frotándose las manos.

—¿Pero no podrías ir? —dijo Nadja secándose las mejillas.

—¿Ir a dónde?

—A Estocolmo, a buscar a Masja.

—Lo siento —respondió Thomas y sonrió vacilante.

—Puedo pagarte. Yo cubro los gastos, eso no es problema, he ahorrado.

—El dinero no tiene nada que ver con esto, no tengo tiempo.

—Puedo pagar por tu tiempo.

—Tampoco estoy seguro dónde encontrarla, ni siquiera sé con certeza si está en Estocolmo.

—Pero podrías buscar como hiciste aquí. Si Masja se fue, puedes encontrarla, estoy segura.

Thomas miró a Nadja, que parecía más y más desesperada. Maldijo ese instante, que lo orillaba cada vez más a revelar que su hija fue vendida a un chulo despiadado y que existía la posibilidad de que ya no siguiera viva. Seguramente Johnson estaba seguro de haberse salido con la suya al colgar ese fardo del cuello de Thomas. Lo más adecuado sería pensar

detenidamente antes de actuar. Pero, por otro lado, no quería que Nadja viviera engañada, merecía conocer la verdad. Thomas caminó para coger su chupa que colgaba de la puerta de la cabina.

—¿Vas a ayudarme? —dijo Nadja con un brillo de esperanza en sus ojos.

—Lo primero que tenemos que hacer es ir a ver a Johnson —respondió evadiendo la pregunta.

35.

Thomas abrió la puerta del Havodderen. Los primeros clientes del día ya estaban cotilleando en las mesas bajo la ventana. Nadja entró detrás de Thomas y se acercaron hasta la barra, donde Johnson leía el diario. Él levantó la mirada y su rostro se contrajo con un gesto nervioso.

Thomas acercó un taburete para Nadja, pero ella lo rechazó con un movimiento de cabeza y permaneció de pie estrujando con fuerza el asa de su bolso. Thomas se sentó en el taburete que ella no aceptó.

—¿Os apetece beber algo? —preguntó Johnson.

—No, gracias —respondió Nadja con timidez.

Thomas se encogió de hombros y pidió una Carlsberg. Al recibir la botella, la hizo girar sobre la barra mirando con seriedad a Johnson. Ninguno de los tres se atrevía a romper el silencio y Thomas esperó dando tragos a su cerveza.

—Bueno, ¿de qué va todo esto? —preguntó Johnson finalmente alternando su mirada de Nadja a Thomas.

Nadja agachó los ojos y los fijó en los cordones de sus zapatos.

—Me ha contado lo que le dijiste sobre Masja —dijo Thomas dejando la botella en la barra.

—Sí, traté de explicárselo tan bien como pude —respondió Johnson mientras le sacaba brillo a un vaso con un trapo.

—Así que Masja está en Suecia, probablemente en Estocolmo…

—Tú mismo me lo dijiste, Ravn —dijo Johnson entornando los ojos hacia Nadja—. En realidad, estuvo bien que se alejara del payaso de Igor.

Nadja no respondió.

—¿Qué tipo de trabajo dices que consiguió? —preguntó Ravn.

Johnson apretó los ojos.

—Ya lo sabes, Ravn.

—Refréscame la memoria, anda.

—Masja es… —dijo mirando de soslayo a Nadja, que tenía un gesto desconsolado—. Masja trabaja como…, ¿algo así como *au-pair,* niñera? ¿No, Ravn?

—Que yo sepa no.

Johnson bajó el vaso que había pulido y cogió otro rápidamente.

—Estoy casi seguro de que dijiste algo así…

—¡No! —respondió Thomas respirando con dificultad—. Nada tiene tanto valor como la verdad, ¿no?

Johnson no respondió, ni siquiera se atrevió a mirar en su dirección.

—Bueno, la verdad es que nadie sabe a ciencia cierta lo que le pasó a Masja, tampoco se sabe dónde está o a qué se dedica —aclaró Thomas.

—Pero… —empezó a decir Nadja cuando Thomas colocó una mano en su brazo.

—Esa es la razón por la que ya no puedo hacer más —dijo Thomas—. Todo esto debe terminar aquí y en este momento.

—Sí, claro —murmuró Nadja apretando el asa de su bolso.

—Ravn hizo todo lo que estaba en sus manos —agregó Johnson rápidamente—. Ahora solo nos queda esperar que regrese algún día, cruzar los dedos y pensar que está bien…, esté donde esté —comentó Johnson esbozando una sonrisa conciliadora, que Thomas no le correspondió.

—No puedo renunciar a ella, ni darla por perdida —dijo Nadja con lágrimas en los ojos antes de lanzar una última tentativa—. Por eso te pido una vez más que la busques en Suecia, te lo ruego.

—Lo siento —respondió Thomas dando un trago a su cerveza.

Johnson lo miró atentamente y dejó de pulir el vaso.

—Quizás no sea una idea del todo descabellada…

—¿El qué? —preguntó Thomas.

—Eso de investigar un poco en el norte, averiguar si realmente está allí. —Johnson le sonrió a Nadja—. De hecho, es una excelente idea, Nadja.

—No, no lo es en lo absoluto —exclamó Thomas bajando la botella.

—¿Por qué no?

—Para empezar, no tengo tiempo —respondió Thomas.

—Según recuerdo sigues de baja, ¿no?

Thomas ignoró el comentario.

—Con la información que tú y yo tenemos, sabemos que esa es una idea pésima—dijo Thomas mirando a Johnson y luego encaró a la señora—. Nadja, lo siento, pero la probabilidad de encontrarla en el norte es diminuta.

Nadja asintió mirando el piso.

—Sí, pero a pesar de todo, existe una probabilidad, por minúscula que sea —insistió Johnson.

Thomas lo miró con severidad.

—Pues yo no me muevo de aquí.

Johnson soltó el trapo con el que limpiaba los vasos.

—Joder, Ravn, el vuelo a Estocolmo tarda como máximo una hora —dijo y bajó la voz—. Además, ya sabes en qué ambiente buscarla.

—Ni se te ocurra empezar con eso del *ambiente.*

—Podrías hablar con la policía sueca y hacer algún truco de los que vosotros conocéis.

—Activa tus neuronas, Johnson; parece que esta simple idea es demasiado compleja para tu materia gris: no voy a ir a ninguna parte —aseveró Thomas.

—Tardas menos en volar a Estocolmo que en ir en tren a Jutlandia —replicó Johnson.

—Me da igual, porque nunca voy a Jutlandia, ni a Suecia.

Johnson se echó hacia atrás.

—Vamos, se trata de una chica desaparecida.

—Pues deberías ir a buscarla tú mismo —añadió Thomas.

Johnson rechazó la sugerencia con un movimiento de cabeza.

—No sería igual de eficiente, tú sabes qué hacer —dijo y miró a Nadja —. Ravn sabe cómo actuar en estas circunstancias. —Devolvió la mirada a Thomas—. Piensa en todo lo que lograste con tan solo hurgar un poco aquí. Fue un trabajo impresionante.

—¡Joder! ¡Cierra el pico de una vez! —gritó Thomas.

Los clientes se giraron para ver qué ocurría. Thomas se dirigió hacia Nadja.

—Me entristece tener que decirte esto, pero… Masja estuvo involucrada en una situación terrible, una situación en la que ya se había metido aquí en

Dinamarca. Supongo que nunca te dijo la verdad sobre cómo conseguía dinero, aunque tengo el presentimiento de que lo intuías; ya sabes, los bolsos caros, los vestidos de marca, los zapatos…, esos objetos de lujo no salen de la nada y un salario de esteticista no da para tanto.

—Ravn, maldita sea —interrumpió Johnson.

—Sí, tenía mis sospechas —respondió Nadja muy por lo bajo.

—La relación con Igor solo empeoró las cosas —continuó Thomas—. Si de verdad temes por la vida de tu hija, te recomiendo que acudas a la policía, abre un caso, exige que la busquen a pesar de que haya pasado tanto tiempo desde su desaparición; quizás la policía danesa pueda contactar a las autoridades suecas o con la Europol.

—Vale —respondió Nadja casi imperceptiblemente.

—No va a servir de nada —reclamó Johnson encendiendo un cigarrillo y exhaló el humo como un dragón—. Tú lo sabes mejor que nadie, Ravn, ¿qué prioridad le va a dar la policía a un caso como este?

—No tengo ni idea.

—Sí que la tienes y, además, cabe el riesgo de que echen a Nadja del país. Siento ponerlo de esta forma, Nadja, a la policía le importa un comino otra chica extraviada de Europa de Este. Es horrible, pero así son las cosas, joder —dijo Johnson.

Thomas sacó un billete de cincuenta y se lo extendió a Johnson, que se cruzó de brazos.

—Ravn, eres la única persona que puede ayudarnos.

—¿Quieres que te pague la cerveza o no?

—Olvídalo, vete de aquí.

Thomas se guardó el billete en el bolsillo.

—Discúlpame por haberte molestado. No es tu problema, lo siento, y sinceramente te agradezco lo que hiciste, espero que lo sepas —dijo Nadja mirando a Thomas, que asintió girándose hacia la puerta—. Recemos para que Masja regrese —añadió Nadja con voz quebradiza—. Es una chica inteligente y sabe cuidarse, estoy segura de eso. Disculpa haberte arrastrado a esto.

—No hace falta que te disculpes —agregó Thomas.

—Es solo que…, desde que desapareció, me asomo a su habitación todas las mañanas para ver si está ahí. Miro el tocador donde se sentaba para maquillarse antes de salir. Le encantaba cuando entraba para cepillarle el pelo. Masja lo tenía largo y fino como el de una princesa.

—Maldita sea —murmuró Thomas rascándose la barba.

—Mi princesita, así la llamaba.

—Vale, ya está bien, me rindo —agregó Thomas.

Nadja miró a Thomas sorprendida, pero él colocó los ojos en Johnson.

—Vas a pagar el billete, Johnson.

—Naturalmente —respondió.

—Y un buen hotel.

—Ponlo a mi cuenta.

—Y que no se te olviden los gastos —dijo Thomas y Johnson arqueó una ceja—. Dentro de lo razonable, no te agobies.

Thomas miró a Nadja.

—Iré a echar un vistazo; no puedo hacer más. Una vez que cumpla, será el punto final, ¿estamos todos de acuerdo?

—Gracias, gracias, mil gracias —dijo Nadja rodeándolo con sus brazos delgados; esa nueva intimidad avergonzó a Thomas e intentó soltarse, pero la fuerza con la que Nadja lo sujetaba era sorprendente—. Gracias, Thomas, eres un… ángel.

—Estoy muy lejos de serlo —murmuró él.

36.

Estocolmo, febrero de 2011

"Sol de Hawái: es como estar de vacaciones", se leía en el cartel descolorido que colgaba de la fachada del establecimiento. Las delgadas cortinas de tela amarillenta, que cubrían la ventana de la calle, daban la impresión de iluminarse por sí mismas. Era un efecto provocado por la luz emitida por las máquinas de bronceado.

En la pequeña antesala del local esperaban una docena de hombres. Inquietos, lanzaban miradas impacientes a la chica demasiado bronceada y de cabello decolorado que trabajaba detrás del mostrador. La dependienta, bolígrafo en mano, hablaba brevemente con los hombres mascando chicle vigorosamente. Hizo una pompa y golpeteó el interruptor del interfono con la punta del bolígrafo.

—Reinas, no me queda otra opción, tengo que enviaros al menos uno de los que hay aquí, me están empezando a estresar —dijo.

Se escuchó un crujido del otro lado.

—Estamos almorzando, rubia, métetelo en la cabeza si quieres conservar los pelos que te la adornan —respondió Masja.

Un hombre se acercó al mostrador en ese momento.

—¿Cuánto más vais a tardar?

La chica lo miró y agitó el bolígrafo.

—Mis compañeras están almorzando.

—¿Puedo hacer una sesión de solárium mientras espero? —dijo el sujeto señalando las máquinas.

—Haz lo que quieras, a mí me da igual.

Masja e Iza, vestidas con batas, estaban sentadas ante la mesa de la cocinita de la trastienda. El cuartillo estaba saturado por el humo de los cigarrillos

que fumaban constantemente. De la alcoba adyacente provenía un crujido monótono, probablemente causado por alguna tabla floja del catre. Masja dejó el auricular en la mesa, ya que no le apetecía que las interrumpieran de nuevo, y luego sirvió vodka en las tres tazas que había dispuesto en la mesa.

—Estoy segura de que Lulu saldrá sedienta cuando termine con el cliente —comentó.

Iza encendió un cigarrillo y miró a Masja con los ojos inflamados. Parecía estar más colocada de lo habitual. Masja se preguntó dónde ocultaba Iza sus drogas, más que nada por si algún día se veía corta y necesitada… O, en caso de que Iza se fuese al otro barrio, sería una pena que las sustancias se desperdiciaran.

—Por poco me trago la escena que le montaste al gilipollas de Mikhail cuando te enfadaste con él por las cuentas con Slavros —dijo Iza cogiendo su cigarrillo.

—¿Qué dices? De verdad tenía un acuerdo con Slavros.

Iza soltó una carcajada y el humo se le salió por la nariz y boca abruptamente.

—¿Un acuerdo con Slavros? No vengas a contarme que fuiste tan imbécil e ingenua como para creértelo.

Masja sorbió de su vodka.

—Claro que no, se me ocurrió en ese momento y esperaba que Mikhail se lo tragara —dijo desviando la mirada.

Iza se rio.

—No me trates de idiota, sé que te creíste a Slavros.

—Bueno, ¿y qué? —siseó Masja—. Si eres tan inteligente, ¿por qué sigues aquí?

—¿A dónde iría? ¿A la luna? Slavros me encontraría hasta en el mismísimo infierno.

—Entonces, si lo que sugieres es verdad, o sea, si no existen las cuentas, ¿qué tenemos que perder?

—Tu puta vida —respondió Iza mirándola con dureza.

El ruido monótono del catre aumentaba de intensidad y Masja intentó aliviar su fatiga frotándose las sienes.

—¿No has ahorrado nada? —preguntó Iza.

—Nah —respondió Masja moviendo la cabeza—. ¿Y tú?

—Tengo un hábito muy costoso —dijo esnifando.

—Deberíamos arriesgarnos.

—Explícate…

—¿Qué nos detiene? ¿La rubia imbécil que está allí fuera? —dijo señalando la puerta.

Iza negó con la cabeza aplastando el cigarrillo y se encendió otro inmediatamente.

—Escúchame. Es mejor dejar de pensar en ese tipo de mierda.

—Lo digo en serio, deberíamos largarnos.

—¿Y Slavros?

—Ese cabrón está en la cárcel y Arkan, ese viejo pedorro, no nos perseguirá, ¿qué puede hacer? ¿Azuzar contra nosotras al caniche ridículo que lleva a todas partes?

—Odio a ese esperpento peludo, solo hace que lamerle el culo todo el día.

—Arkan tiene demasiado que perder, lo último que necesita es la atención de los maderos en sus centros de bronceado. ¿Por qué no aprovechar que los proxenetasestán escondidos por las redadas?

Iza entrecerró los ojos.

—Más vale que no estés hablando de la boca para fuera. Podría ganarme dos mil duros fácilmente si le cuento a Mikhail o Arkan las ideas que se te han metido en la cabeza.

—Sé que no eres una soplona —dijo Masja.

—¿Quién te lo asegura? Quizás seas más ingenua de lo que creí.

Masja apoyó la espalda en la silla.

—Jamás hubiera imaginado que la temible Iza tuviera miedo.

—¿Quién dice que tengo miedo? A mí no me asusta ni el diablo en persona.

—¿Ah sí? —dijo Masja con una sonrisa desafiante—. Supongamos que, por casualidad, he averiguado el sitio donde la rubia capulla guarda el dinero.

—¿Las ganancias diarias?

—Más que eso —respondió Masja—. Ya te habrás percatado de que Arkan no se atreve a visitar sus centros regularmente, teme encontrarse con la pasma. Eso me hace pensar que, en ocasiones, guardan las ganancias de una semana entera aquí, o a lo mejor de varias…, no hace falta ser una genia para calcular cuánta pasta es.

Iza se esforzó por calcular, pero Masja terminó ayudándola.

—Cincuenta mil, puede ser que más si lo afanamos mañana.

El cigarro de Iza quedó colgando de su comisura.

—¿A dónde te irías? —preguntó Iza.

—A casa, a Dinamarca con mi madre. Empezaría una nueva vida —respondió Masja.

—De verdad que estás soñando…

—Podría suceder. Y tú, ¿qué harías?

—No estoy segura, quizás volver con mis amigos, si es que no han muerto, pero ¿por qué no lo robas tú sola?

—Porque tengomiedo.

Iza le dio una última calada al cigarrillo antes de aplastarlo contra el cenicero, mientras en la habitación contigua se escuchaba un fuerte gemido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Iza bebiéndose el vodka.

—Ya lo sabes… Karina.

—No me refiero a tu nombre de puta, sino al de verdad.

Masja tragó saliva.

—Masja, mi nombre es Masja. —Decirlo en esa cocina le resultó extraño y por un momento se sintió desnuda.

—Masja —pronunció Iza saboreando cada letra—. Es un nombre bonito. Yo me llamo Petra. Horrible, ¿no?

Masja negó con la cabeza.

—Para nada, de hecho, te queda bien.

Petra le extendió la mano.

—Un gusto, Masja.

Masja sonrió y tomó su mano.

—El gusto es mío, Petra.

Petra estrujó con fuerza.

—Ahora ya no hay vuelta atrás.

—No hay vuelta atrás —respondió Masja.

En ese instante, Lulu apareció desnuda en el umbral. Salió acompañada por el toro, un pintor joven que llevaba ropa de trabajo blanca. Masja le extendió la taza con vodka a Lulu.

—¿Qué? ¿No pensáis currar hoy? —preguntó Lulu bebiéndose el alcohol de un trago.

Ninguna de las dos respondió.

37.

Christianshavn, 2013

Thomas estaba en el camarote del Bianca guardando las pertenencias de Møffe en una bolsa de plástico: el cuenco, la comida y su nuevo mejor amigo, una zapatilla mordisqueada que el perro había encontrado en Havodderen. Acababa de visitar su piso para darse un baño y hacer la maleta para el viaje. No fue fácil pasar tiempo allí arriba y, cuando preparó la maleta, se sintió como si se estuviera fugando, lo que le despertó sentimientos de culpa.

Møffe ladraba mirándolo con ojos tristes.

—Volveré en un par de días, Møffe. Seguro que cuando vuelva ya te habrás olvidado de mí.

Møffe mascó sacudiendo la cabeza enérgicamente y salpicó babas en todas direcciones.

—Eduardo te va a cuidar y lo vas a pasar genial con él. Sé amable y no te cagues en su cubierta.

Thomas se puso la chupa. En el bolsillo interior llevaba la postal que Nadja le había dado, impresa con una imagen de dos gatitos que jugueteaban con un ovillo, con la intención de que se la entregara a Masja…, en caso de encontrarla. Había escrito el mensaje en lituano y, aunque resultaba ilegible para Thomas, adivinaba que era una súplica para que Masja volviera a casa. Thomas se agachó para ponerle la correa a Møffe, cogió la bolsa deportiva que había dejado sobre el sofá y salió del camarote. Tiró de Møffe hasta la proa.

—¡Eduardo! —gritó Thomas en dirección a la cabina abierta del queche. Al instante, Eduardo salió por la puerta en calzoncillos.

—¿Por qué no estás vestido? Son las dos de la tarde, ¿estás bien?

—Una señorita —dijo señalando el otro extremo de la cabina.

Thomas negó con la cabeza, se acercó y le dio la correa de Møffe. Eduardo la cogió y luego recibió la bolsa de plástico con las pertenencias del perro.

—Es muy generoso de tu parte, te lo agradezco —dijo Thomas.

—Sin problemas, en especial ahora que Johnson te ha embarrado en este caso.

—Ya conoces a ese granuja.

—Es la bestia obesa de Johnson quien debería darse un paseo por Suecia.

Thomas sonrió.

—Eso jamás ocurriría.

—¿Vas armado? —preguntó Eduardo mirándolo con seriedad.

—¿A qué te refieres?

—Pues a tu arma de servicio, ¿la llevas contigo?

Thomas agitó su bolsa deportiva.

—¿Acaso crees que es fácil subir a un avión con pistola?

Eduardo se encogió de hombros.

—Vas a una tierra peligrosa, debes ir con cuidado.

—Eduardo, voy a Suecia, la cuna de los Volvos. No siento que vaya a correr un gran peligro. Además, entregué mi arma cuando me dieron la baja —dijo y se despidió.

—Ravn, espera un segundo. —Eduardo se giró y entró a la cabina de su bote.

Transcurrieron un par de minutos, durante los cuales Thomas fue perdiendo la paciencia, pero, afortunadamente, Eduardo volvió poco después con una carpeta de plástico en la mano. Se la extendió a Thomas.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Thomas al percatarse de la enorme cantidad de papeles que contenía.

—Mi investigación, creo que te puede ser útil.

—¿Investigación sobre qué?

—Imprimí varios artículos sobre el mundillo de la prostitución en Suecia.

—Eduardo, te agradezco el gesto, pero solo voy a echar un vistazo —dijo Thomas intentando devolver la carpeta, pero Eduardo la rechazó con

las manos.

—Llévatela y léela, entonces comprenderás mi inquietud.

—¿Eduardo? —Una voz femenina llegaba desde el interior del barco—. ¿Cuándo piensas volver?

—El norte es el salvaje oeste, rufianes y todo tipo de bajezas —dijo Eduardo—. Hasta tienen un asesino en serie que, por cierto, sigue suelto.

—Me cuidaré la espalda, te lo aseguro —respondió Thomas y metió la carpeta en su bolsa deportiva.

Eduardo se despidió y cerró la puerta detrás de él. Thomas avanzó por Dronningensgade en dirección hacia Christianshavn Torv. Contaba con un poco de tiempo antes de tener que partir al aeropuerto. En seguida cruzó la calle para entrar a Lagkagehuset, donde compró una bolsa de bollos de canela, después se dirigió por Sankt Annægade hacia el anticuario de Victoria. La campanilla de latón tintineó cuando Thomas abrió la puerta. Fue recibido por el aroma a café recién hecho.

—¿Así que Suecia? —dijo Victoria poco después de darle el primer bocado al bollo de canela.

Los dos se habían sentado ante el escritorio que había detrás del mostrador. Victoria tuvo que mover un par de pilas de libros y hacer espacio para el café y los bollos. Ya iba por el segundo y no daba la impresión de que fuera a detenerse hasta que la bolsa quedara vacía. Era impresionante que estuviera así de delgada considerando su apetito, pensó Thomas.

—En ese país solo hay alces y neonazis —comentó Victoria.

—Eduardo ya me ha advertido.

—Pues deberías escucharlo, especialmente considerando que Suecia, después de Bulgaria, es el país más hermético de Europa, ¿lo sabías?

—No.

—Ravn, me confundes —continuó Victoria—. Llevas años fantaseando con un viaje por las tierras más exóticas del mundo, pero decides que el primer país que vas a visitar es Suecia.

—Así se ha dado.

—Ni siquiera pensé que tu bote siguiera en condiciones de navegar.

—En eso estás en lo correcto, tengo un vuelo en un par de horas —dijo Thomas dirigiendo una mirada a la estantería con las guías de viajes—. Por cierto, ¿tienes un mapa de Estocolmo?

—¿Estocolmo? —pronunció Victoria con la boca abierta—. ¿Eres tú o es una aparición la que me cuenta que irás a Estocolmo?

—Eso dice el billete, aeropuerto de Arlanda.

—Una cosa es Suecia, otra muy distinta es Estocolmo. Ni los mismos suecos hablan bien de ese sitio.

—¿Qué hay del mapa? —preguntó Thomas con tono fatigado.

—¡Dios santo! ¡Está bien! —dijo Victoria poniéndose de pie—. Pero no vengas a decirme que no te lo advertí.

Victoria se ajustó el tirante al caminar hacia la estantería. Pasó un dedo por los lomos de los libros metódicamente hasta dar con el indicado, lo sacó y se lo lanzó a Thomas, que lo atrapó en el aire. Thomas miró el ajado ejemplar de *Viaje a Estocolmo*.

—Joder, es un ejemplar del 2002. Tiene más de diez años —dijo Thomas.

—Pensé que solo necesitabas el mapa. Este maravilloso libro incluye uno de toda la ciudad, además de uno para cada distrito. Confío en que, con su ayuda, no te vas a extraviar.

—¿Cuánto te debo? —preguntó Thomas.

Victoria sacó otro bollo de canela.

—Considéralo un regalo. Si tu microcerebro logra recordar que *korv* significa salchicha, no te irás con hambre a la cama. Ah, y otra cosa, aléjate de los *kanelbullar* que venden por las calles, no tienen punto de comparación con nuestros bollos de canela —dijo dándole una mordida ávida al pan.

—Mensaje recibido —respondió Thomas metiendo el libro en la carpeta de Eduardo.

—¿Cuándo vuelves?

—Esperemos que lo antes posible.

—Estocolmo —dijo Victoria casi como un reclamo—. Nuestro señor te tenga en su gracia.

Thomas se estiró para coger la taza de café.

—Oye, creo que jamás te he dado las gracias —dijo Thomas.

Victoria dejó de masticar.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué?

—Por no tratarme como a un inválido después de la muerte de Eva; todo el mundo estaba absorto repitiendo lo apenados que estaban por mí, pero tú no. Jamás dejaste de ser la misma canalla misántropa de siempre, y ha sido un gran alivio.

Victoria comenzó a masticar, pero ahora con una gran sonrisa en la boca.

—Ah, pues no tienes nada que agradecerme. Fue solo porque Eva me caía bien, a ti jamás te he soportado.

Thomas levantó su taza para brindar.

—El sentimiento es mutuo —agregó Thomas y vació la taza de un trago.

38.

Febrero de 2011

"Estoy esperando a Petra en el McDonald's de la estación central. Ha ido al baño. Llegamos diez puñeteros minutos tarde y no alcanzamos el tren a Copenhague. Ahora estamos esperando el tren exprés, ¡que no parece exprés! Es un viaje de cinco horas, pero no tengo palabras, no quepo en mí de la alegría. Ni siquiera comprendo que estemos sentadas en la estación. Mamá, quiero contarte tantas cosas y ocultarte tantas otras. Hay mucho de lo que me arrepiento. Quisiera cambiarlo, pero te prometo que todo irá bien a partir de ahora. Ojalá tuviera tu número, ojalá pudiera recordarlo, pero desapareció en algún lugar de mi cabeza. Tengo la esperanza de que sigas en el viejo piso de Burmeistergade. Coño, no puedo creer que eche de menos ese agujero. Nos vamos a mudar juntas a otro piso, uno mejor. Ahora tengo dinero. Petra, mi amiga, y yo lo logramos. Deberías habernos visto, mamá, cuando nos fugamos del centro de bronceado de Arkan. La rubia quedó tirada en el suelo, sangraba y los clientes gritaban. Éramos como las de esa película que vimos juntas hace mucho tiempo, la de las mujeres que se fugan de la pasma, sí, ya sabes a cuál me refiero…

Habíamos planeado hasta el último detalle de nuestro atraco sin levantar sospechas, ni siquiera Lulu se lo olió. Mejor para ella, así no le podrán inculpar nada; ya se ha llevado bastantes palizas. Bueno, a las diez, como de costumbre, nos llevaron del apartamento, ese cuchitril donde vivíamos, al Hawái. Metimos la ropa de las dos en mi

mochila para que nadie supusiera nada. Incluso nos habíamos inventado la historia de que lavaríamos algunas prendas en el solárium por si Mikhail o algunos de los chóferes nos preguntaban por la mochila, pero nadie dijo nada, a todos les daba lo mismo o quizás solo sean unos verdaderos imbéciles. Me gusta más la segunda opción. Sabíamos que Arkan aparecería, meneando las caderas y tirando de su caniche, un poco después del mediodía para recolectar las ganancias. Sí, para meter nuestro dinero en su maletín. Así que para cuando atendimos la cuota de toros de ese día (Lulu iba ya por el quinto), Petra y yo nos pusimos en acción. La rubia inepta, Tea, que recibe a los clientes en el mostrador, nos miró sin entender qué sucedía cuando salimos de la trastienda completamente vestidas. No preguntó adónde íbamos, solo mencionó que había clientes esperando. 'Cierra el hocico, perra', dijimos y fuimos hacia la máquina de bronceado más alejada. Arkan, aunque bien pudo haber sido Tea, había colocado una pegatina en la puerta de esa cabina para notificar que estaba averiada. La verdad era que esa chatarra no funcionaba porque le habían arrancado las tuberías de la sección superior para crear una cavidad secreta. Nos quedamos atónitas al abrir el panel, ¡había diez sobres dentro! Eran las ganancias de ese centro y las de otros ubicados en las proximidades. Quería irme inmediatamente, pero Petra se puso a contar los billetes. Iba por el sexto sobre cuando la rubia apareció con un cuchillo de pan en la mano. ¡Eran más de cien mil coronas! La rubia, que estaba como una cabra, intentó arrebatarle los sobres a Petra. Nos amenazó diciendo que sería peor para nosotras si Arkan llegaba a enterarse. Petra perdió la paciencia y le dio un cabezazo brutal. Jamás había visto a una mujer hacer eso, pero supongo que sabía lo que hacía, porque la rubia se desplomó con la nariz rota y sangrando. 'Que se joda', pensé, nosotras no teníamos ninguna razón para seguir ahí. Entonces nos lanzamos a la fuga. Los toros nos miraban estupefactos, aunque ninguno ayudó a la rubia, que chillaba pidiendo auxilio.

¡141 000 coronas suecas! Contamos los últimos sobres en el taxi de camino a la estación central. Le dimos mil al taxista, un hombre de

turbante que hablaba raro, para agradecerle el paseo y por mantener la boca cerrada. Los aceptó muy sereno."

Masja levantó la vista de su cuaderno y observó las mesas donde los viajeros se apiñaban con sus maletas para almorzar deprisa. Había engullido dos raciones de patatas fritas y un batido de fresa *king size*. Miró el reloj y se preguntó dónde se había metido Petra. El baño del restaurante estaba fuera de servicio, por lo que Petra tuvo que buscar otro en la estación. Masja entornó los ojos hacia la puerta y metió su cuaderno en la mochila. Había pasado media hora y Petra no aparecía por ninguna parte. La mejor opción para Masja era seguir en McDonald's; ahí era fácil esconderse entre los clientes, en lugar de ir de un lado a otro arriesgándose a que alguien la reconociera. No solo temía a Arkan y Mikhail, bastaría con que un madero proactivo le pidiera sus papeles para meterse en líos y perder la pasta. Miró los dos sobres que había guardado en la mochila. Petra llevaba los ocho restantes, es decir, se paseaba por no se sabe dónde con más de cien mil coronas, lo que inquietó a Masja, que se levantó súbitamente y se dirigió a la salida del restaurante.

Salió al vestíbulo de llegadas por donde transitaban muchos pasajeros. Rastreó el cartel de los aseos y vio uno cerca. Caminó hacia allí, pero advirtió dos polis que caminaban en su dirección. Uno hablaba por la radio mientras el otro vigilaba. Masja les dio la espalda y pretendió buscar algo en su bolso. Sintió que su corazón golpeaba contra su pecho y, afortunadamente, los oficiales pasaron junto a ella sin prestarle atención hasta entrar en el McDonald's.

—Hola, nena —dijo una voz exaltada a sus espaldas.

Masja se giró y miró fijamente a Petra, que sin aviso le dio un beso con lengua. Masja retrocedió.

—¿Qué haces? —dijo Masja al percatarse de las pequeñas pupilas de Petra y su sonrisa beatífica—. ¿Estás colocada?

Petra sonrió con inocencia y se echó a reír.

—¡Hace un rato dijiste que no tenías nada! —reclamó Masja.

—Era verdad.

Masja bajó la voz.

—¿Has ido a pillar algo?

—Me encontré a Silas de camino al baño.

—¿Quién coño es Silas?

—Lo conoces, el tipo gracioso con labio leporino y polla pequeña —dijo indicando las dimensiones precisas con dos dedos.

Masja movió la cabeza.

—No lo conozco, ¿qué le has dicho? ¿Le has hablado de nuestro plan?

Petra colocó sus manos a los costados.

—Sí, claro, le conté que robamos ciento cuarenta mil pavos de Arkan y que estamos huyendo hacia Dinamarca… ¿Qué te piensas?

—Entonces, ¿por qué tardaste tanto en ir al baño?

Petra clavó la mirada en el suelo.

—Bueno, es que tuve que salir a Klarabergs, pero solo estuve allí cinco minutos.

—¿Eres estúpida o qué?

—Relájate, no había nadie excepto Silas, los demás camellosni siquiera están despiertos a estas horas. Bájale a tu paranoia, vamos al baño, te doy un poco.

—No, gracias.

—¿Qué dices? ¿Estás rechazando un poco de coca?

—No quiero estar colocada, especialmente ahora que estoy tan cerca de volver a casa.

Petra se carcajeó.

—El tren va a llegar en dos horas y has dicho que tarda otras cinco en llegar a Copenhague, ¿no?

Masja asintió.

—La coca de Silas tampoco es increíble, vas a estar sobria antes de besar a tu madre —insistió Petra.

—No, te lo digo en serio. He terminado con ello.

Petra la miró con sospecha.

—Vale, pero no me vengas con quejas cuando empieces a temblar en el tren —dijo riéndose y besó a Masja de nuevo—. Hmmmm, hoy estás deliciosa.

—Y tú estás fatal —dijo Masja mirando alrededor—. La pasma entró al McDonald's, deberíamos ir al otro lado de la estación y esperar el tren en un lugar tranquilo.

Petra tomó a Masja por el brazo y recorrieron el edificio. Petra quería entrar a todas las tiendas por las que pasaban y Masja la complacía. Media hora después habían llenado dos bolsas con revistas, pasteles, dulces, un jamón entero, bufandas, dos osos de peluche y un lote de seis cervezas. En la cafetería abierta cerca del andén diez encontraron una mesa libre. Masja se acercó a la barra y compró dos cafés con leche.

Los vio al girarse: tres sujetos de cabezas rapadas asomándose por encima de las otras personas en la zona de llegadas. Oteaban como lobos siguiendo el rastro de una presa en fuga. Mikhail iba por delante. A Masja se le cayó el café de las manos que, al golpear el suelo, salpicó las piernas de Masja.

—Joder, ¿qué haces?

—Tenemos que irnos ahora mismo, Mikhail está aquí.

Petra se levantó y comenzó a coger las bolsas.

—Déjalo, vámonos…

—Pero los peluches…

Masja tiró de Petra y avanzaron entre las mesas sin despegar la vista de los hombres que estaban cada vez más cerca.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Petra al esquivar a un hombre corpulento que casi tiró su bandeja.

Masja miró alrededor y detrás del café divisó una escalera que conducía a un andén.

—Vamos —dijo.

Corrieron hacia la escalera por donde los pasajeros subían en tropel desde el andén. Se escuchó un alboroto en la cafetería y Masja se giró. Vio que Mikhail y sus hombres empujaban a la multitud, abriéndose paso y corriendo hacia ellas.

—¡Nos han visto!

Masja intentó desaparecer entre la multitud que subía por las escaleras, pero era imposible. Petra, como estaba colocada, no lograba seguirle el paso. Al final, Masja tuvo que cogerla por la mano y tiró de ella para

regresar a la sala de llegadas. Mikhail y los otros las tenían en el punto de mira.

—¿A dónde vamos? —preguntó Petra sin aliento.

Sin responder, Masja corrió hacia las escaleras mecánicas que conducían a las plataformas inferiores. Era de donde salían los trenes que iban a los pueblos de las cercanías. Masja miró la pantalla que pendía del techo para buscar el andén con la salida más próxima.

—¡Ahí están! —se escuchó a Mikhail gritar.

Masja y Petra miraron hacia arriba: en la apertura ovalada del nivel superior estaba Mikhail que, apoyado en los balaustres, las miraba con ira. Sin titubear, trepó la barra y saltó. Era una caída de al menos dos metros. Mikhail perdió el equilibrio al aterrizar, pero se puso de pie inmediatamente. Los otros dos titubearon antes de saltar.

Masja y Petra corrieron por un pasillo estrecho que llevaba hasta una plataforma subterránea.

—Date prisa, Petra, o no vamos a llegar.

—Corro tan rápido como puedo —respondió Petra corta de aire.

Unos segundos después llegaron a un andén casi desierto, donde un par de viajeros esperaban el tren regional. En el túnel más cercano se escuchó un estruendo ocasionado por el tren que llegaba.

—¿Dónde está el tren de mierda? —gritó Petra.

Masja miraba desesperada en todas direcciones: no había lugar a donde huir. En ese instante aparecieron Mikhail y sus hombres en la plataforma, y Mikhail movió la cabeza de lado a lado al ver a Masja y Petra.

—¿Qué… qué hacemos ahora? —preguntó Petra retrocediendo lentamente por la plataforma.

—¡No lo sé!

—Masja, yo no voy a volver, no lo haré.

—¡Socorro! —gritó Masja a pleno pulmón.

Dos de los pasajeros que esperaban el tren la miraron perezosamente y ella gritó de nuevo, pero nadie le prestó atención. Mikhail avanzó imbatible hacia ellas golpeando un puño contra el otro.

—Putas, habéis llegado a la estación final.

El tren salió del túnel y entró al andén. Petra se giró hacia Masja y le sonrió seráficamente.

—Hasta pronto, Masja —dijo besándola fugazmente en los labios y luego se giró hacia Mikhail—. ¿Quieres la pasta? —gritó cogiendo un sobre, sacó los billetes y se los lanzó a la cara—. ¡Pues toma!

Mikhail intentó coger los billetes que aleteaban por el aire y, aprovechando la distracción, Petra saltó del andén hacia el tren rugiente. Se estrelló contra el parabrisas con un ruido sordo y su cuerpo salió despedido contra las vías. Los frenos chirriaron y frente al tren remolinearon los miles de billetes que Petra traía guardados en su vientre.

Mikhail agarró a Masja.

—Suéltame —gritó ella intentando liberarse.

Mikhail la estrujaba y tiraba de ella con violencia. Los viajeros estaban en *shock* por el accidente y no se percataron de lo que sucedía con Masja.

Mikhail sacó su navaja para sosegar a Masja, que pateaba con todas sus fuerzas. Advirtió que la hoja cortaba su ropa y se detenía contra su piel, justo debajo del costillar derecho.

—Si no estuvieran esperándote, me encargaría de ti aquí mismo.

—Dile a Arkan que le coma el culo a su caniche.

Los hombres se acercaron y ayudaron a Mikhail a sacar a Masja del andén.

—¿Quién dijo Arkan? —dijo Mikhail al guardar la navaja—. Furcia, no corres con tanta suerte. Por si no lo sabías, la pasma acaba de liberar a Slavros.

Una mueca de ansiedad desfiguró el rostro de Masja.

39.

Suecia, 2013

El pequeño Boeing 737 con ochenta y tres pasajeros, la mayoría hombres de negocios escandinavos, surcaba las nubes cargadas de lluvia que pendían sobre el Øresund. Thomas se apoyó en la ventana y alcanzó a ver cómo el puente del Øresund desaparecía detrás del manto de nimbos. No perdió el tiempo: en cuanto la azafata pasó junto a él, ordenó un vodka doble con mucho hielo. Su vecino, un hombre mayor vestido con traje de sastre de tres piezas, miró de soslayo a Thomas.

—*Business or pleasure?* —preguntó con marcado acento sueco.

—¿Cómo?

—Ya sabes, ¿viajas por trabajo o placer? —intentó el sujeto en danés, exagerando las vocales.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Thomas secamente, desviando el rostro hacia la ventana.

El hombre lo dejó en paz. Una vez que se bebió el vodka, Thomas sacó la carpeta de Eduardo y la guía de Estocolmo. Dos de los artículos eran de su propia autoría, y los otros formaban una suerte de compilación de lo que los diarios habían publicado sobre la prostitución en Suecia. Thomas los hojeó brevemente: los artículos trataban sobre tráfico humano y su incremento durante los últimos años, a pesar de las medidas e intervenciones legales. Reconoció el nombre de un inspector sueco. El oficial fue entrevistado respecto a una extensa redada que la policía desplegó contra una cadena de centros de bronceado en Estocolmo, los cuales operaban como burdeles clandestinamente. Se llamaba Karl Luger, un nombre que no era difícil de memorizar. Thomas y Karl se habían conocido en un seminario en la Scotland Yard en Londres. Lo recordaba como un tipo afable que llamaba a casa constantemente, ya que su esposa

estaba en la recta final del embarazo. Sin embargo, cuando terminó el seminario, aún no había dado a luz.

Thomas siguió hojeando los artículos; Eduardo había sido considerado y su intención era ayudar, pero eran demasiadas páginas y leerlas todas resultaba abrumador. Lo que en realidad necesitaba era una pista que le indicara dónde comenzar su búsqueda. Siguió leyendo al azar y encontró algo sobre otro par de redadas en el área metropolitana de Estocolmo. Los artículos explicaban que la mayor parte de la prostitución visible ocurría en los alrededores de la estación central y en las calles más grandes del barrio de Norrmalm, especialmente alrededor de Malmskillnadsgatan y Mäster Samuelsgatan. También señalaban algunos clubs de *striptease* en el norte de la ciudad.

Thomas sacó el mapa de la ciudad y marcó las zonas relevantes para su investigación. Estaba a punto de guardar los artículos cuando advirtió un retrato granulado. La fotografía mostraba a un hombre de perilla socarrona y cabellera negra peinada hacia atrás. Sus ojos eran pequeños y las líneas de su boca le daban un aire de psicópata que le hicieron pensar en Charles Manson. Thomas leyó el pie de foto: "Vladimir Slavros, empresario ruso relacionado con la muerte de una prostituta en la estación central de Estocolmo."

Thomas leyó el artículo inmediatamente. El incidente había sucedido un par de años atrás: una refriega que culminó con la muerte de una mujer no identificada y de aproximadamente treinta años que fue arrollada por un tren. Las cámaras de vigilancia grabaron a varios de los hombres de Slavros, entre ellos a Mikhail Ivanov, pero jamás se presentaron cargos. Debía ser el mismo caso que Mikkel mencionó, pensó Thomas al beberse el resto del vodka.

El mundo estaba lleno de gilipollas como Slavros, lo cual, por suerte, no era su problema, pensó Thomas. Su tarea era puntual: tenía tres días para buscar a Masja. Si lograba rastrearla, le entregaría la postal de su madre sin faramalla y se marcharía inmediatamente después. Ni siquiera le pediría que regresara. Sus asuntos no eran de su incumbencia y, cuanto más rápido lograra volver a Christianshavn, mejor.

Thomas levantó su vaso vacío hacia la azafata para pedir otro vodka.

40.

Estocolmo, febrero de 2011

Los nudillos golpearon como un mazo el diafragma de Masja, sacándole el aire. Trató de inhalar, pero cayó otro golpe, luego otro y otro. Sentía como si cada impacto le impidiera respirar, como si el castigo físico amenazara con asfixiarla. Se derrumbó contra el suelo del salón. Las siluetas de las otras mujeres bailaban ante sus ojos. Fue recuperando la respiración lentamente. Sintió gusto a sangre en la boca y temía que los golpes que impactaron contra su rostro le hubieran cerrado el ojo izquierdo. Slavros, metido en su cazadora de cuero negro y con los puños cerrados, se elevaba como una torre sobre ella. Sus nudillos estaban manchados con la sangre de Masja. Se arrastró hacia el muro más apartado para alejarse de él y tuvo que apoyarse para ponerse de pie.

Slavros se giró hacia Mikhail, que estaba junto a los dos hombres que le acompañaron en la persecución.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me soltaron? ¿Cuánto tiempo?

Mikhail, nervioso, se encogió de hombros.

—Un día.

—¡Error! —rugió Slavros y asestó un violento manotazo contra el pecho de Mikhail—. ¡Cuatro horas y media!

—Tienes razón, qué bien tenerte entre nosotros —farfulló Mikhail.

—Escucha, la pasma me interrogó una semana entera, durante la cual no dormí porque me encerraron con dos psicópatas. Esos pedófilos me mantuvieron despierto con sus gimoteos. ¿Conoces el efecto que eso tiene en una persona? ¿Lo entiendes, Mikhail?

—Eso encabrona —respondió Mikhail con la mirada agachada.

—Eso es poco, puedo jurarlo. Luego, cuando finalmente salgo, ¿con qué mierda me recibes? ¡Con un desastre! Sois un puñado de incompetentes.

Permitisteis que tres de mis putas se fugaran con las ganancias de mi estimado amigo Arkan.

Slavros se giró hacia Arkan, el único que estaba sentado. Era un hombre de unos sesenta años con mejillas cobrizas. Su fino labio superior casi quedaba oculto detrás de un bigote muy mal pintado de negro. En el regazo, sobre su abrigo largo de borrego, yacía un minicaniche marrón.

—Qué decepción —dijo Arkan ceceando al reclinarse en la silla de plástico, que crujió bajo su peso.

—Te ofrezco mis sinceras disculpas —respondió Slavros—. Creí que podía confiar en mis chicas, ¿qué le queda a uno cuando su palabra no vale?

—Teníamos un trato —dijo Masja con voz ronca.

Slavros clavó su mirada en ella.

—¿Has dicho algo?

—Tú y yo teníamos un trato, y no fui yo quien lo rompió.

Slavros dio un paso en su dirección y ella se encogió.

—Exacto, teníamos un acuerdo —gritó Slavros—. ¿Por qué robaste entonces? ¿Por qué no me mostraste un mínimo de respeto y esperaste a que saliera? Después de todo lo que he hecho por ti, por todas vosotras —dijo y señaló a Lulu, que estaba entre las otras chicas. Tenía sangre en la nariz y las marcas en su cuello eran testimonios del castigo que había recibido.

—Lulu no tuvo nada que ver con esto. Fue algo entre Petra, es decir, Iza y yo. Robamos el dinero, pero solo porque Mikhail dijo que todas debíamos diez mil euros.

—Ajá, entonces decidisteis robar doscientas mil coronas suecas.

—Eran ciento cuarenta mil —protestó Masja mirando a Arkan, que clavó la mirada en su perro.

—Al menos doscientas mil, ni una menos —dijo Arkan—. Y, coño, ahora están en un túnel.

Slavros escrudiñó a Arkan, pero no dijo nada.

—Me da igual, como si faltaban cinco coronas, le prometí a Arkan chicas que saben comportarse y en las que se puede confiar —dijo mirando alrededor y, agitando los brazos, agregó—. Después de esto, ¿en quién puedo confiar?

—Solo fuimos Iza y yo, las demás ni siquiera sabían de nuestro plan.

Slavros miró al perro que Arkan tenía en su regazo. Estaba bocarriba con las patas al aire para dejarse sobar la barriga.

—Tu perro, ¿lleva un collar Gucci?

—Pelle se merece solo lo mejor de lo mejor —respondió Arkan.

—Yo también tengo un cinturón Gucci —dijo Slavros desabrochando la hebilla y de un tirón lo sacó de las trabillas—. ¡Lulu!

Ella lo miró atónita.

—Lulu no tuvo nada que ver con esto —dijo Masja.

—Lulu, ven aquí y demuéstrame que sabes obedecer.

Lulu dio un paso y Slavros negó con la cabeza.

—No, así no. Ponte a cuatro patas, demuéstrame que eres tan obediente como Pelle.

Lulu obedeció y gateó hasta quedar junto a los pies de Slavros, que estrujaba el cinturón.

—Uno solo puede castigar a un perro hasta cierto punto, ¿lo sabías, Arkan? Llega un momento en que su cerebro se funde y, sin importar cuánto se le azote, ya no hace lo que se le pide. Por otro lado, le puedes conducir por fuego y marea a base de miedo.

—Por favor, yo no sabía nada —dijo Lulu tartamudeando.

Slavros puso un dedo frente a sus labios para hacerla callar. Luego colocó el cinturón alrededor de la garganta de Lulu, haciéndolo pasar por la hebilla para que formara un lazo.

—Mirad, una correa tan elegante como la de Pelle. ¿Sabes ladrar? ¿Puedes decir guau?

—Guau —dijo Lulu con la voz baja.

—Una vez más, como un perro bien adiestrado, Lulu.

—Guau, guau.

—¡Más fuerte! —exigió Slavros.

—¡Guau, guau!

—Dame la pata —ordenó Slavros.

Cuando Lulu levantó la mano derecha, unas risillas se escaparon de un par de chicas. Slavros agitó los brazos sonriendo.

—Mirad, está bien adiestrada.

—Quizás, pero aún me falta mi dinero —dijo Arkan malhumorado.

—No se me ha olvidado, pero estoy intentando ejemplificar mi dilema: no puedo tener a Lulu o a ninguna de las demás con correa todo el tiempo, por lo tanto, aleccionarlas es esencial. ¿Conoces a Pavlov?

—¿El tío insoportable dueño del Klub Lux? —preguntó Arkan.

—No, Ivan Petrovitj Pavlov, galardonado con el Premio Nobel.

—Jamás he escuchado su nombre.

—Pavlov realizó experimentos conductuales con perros, a eso debe su fama. Mira, cada vez que les daba de comer, hacía sonar una campana. Su objetivo era que los perros asociaran el sonido con la llegada de la comida. Después de aleccionarlos de esa forma, los perros salivaban al escuchar la campana, aunque no hubiera comida. Ya no tenían opción, Pavlov había modificado su conciencia, ¿lo entiendes? Sin embargo, Pavlov se enfrentó a un desafío: el efecto tenía una duración limitada, por lo que tenía que adiestrarlos una y otra vez.

—¿Cuál es tu punto?

—Mi punto es que no es posible, ni con azotes ni lavados de cerebro, lograr que un perro sea cien por ciento obediente. A pesar de todo, es solo un perro y, al final, siempre escuchará a sus instintos, es decir, a su propia codicia. Por esa razón, uno debe vigilarlos muy de cerca, amaestrarlos con regularidad y dejarles muy claras las consecuencias de su desobediencia usando ejemplos, preferiblemente del tipo que ni un perro borraría de su memoria. Algo dramático que se tatúe en sus órganos, algo con un timbre mucho más prolongado que el de la campana de Pavlov.

Después de pronunciar esas palabras, Slavros tiró con violencia del cinturón. El cuero cortó el cuello de Lulu y ella arañó el cinturón luchando por liberarse. Slavros pisó su espalda y la presionó contra el suelo.

—¡Para! Lulu no hizo nada —gritó Masja.

—¿Quieres tomar su lugar? Anda, ¿vas a hacerlo o no? —preguntó Slavros mientras tiraba aún con más fuerza.

Masja guardó silencio y se apretó contra el muro.

Lulu intentaba soltarse, sacudía la cabeza de atrás a adelante con tanta violencia que sus vértebras crujían. Instantes después, sus manos cayeron a un lado y exhaló silenciosamente antes de quedar exangüe. Slavros aflojó el

agarre y Lulu se desplomó por completo. En sus vaqueros, alrededor de la entrepierna, fue apareciendo una mancha de orina.

Arkan tragó saliva un par de veces abrazando a Pelle muy de cerca y las chicas comenzaron a sollozar. Slavros caminó por encima del cuerpo para inclinarse sobre Masja. La cogió por el cuello y la forzó a levantar la cabeza para que lo mirara a los ojos.

—Lulu e Iza corrieron con suerte, tú vas a pagar por todas. Te rescaté del infierno en aquel garaje y ahora te obligaré a volver. Yo mismo me encargaré de que te folle cada uno de los depravados de esta ciudad. Todos los sádicos van a saborear tu cuerpo y tu mente. No lo hago solo para castigarte, es un buen negocio, algunos de esos pervertidos tienen pasta y son generosos con quien les permite satisfacer sus deseos más retorcidos…

—Vete al infierno…

—Al contrario, eres tú quien se ha ganado un billete.

Slavros se incorporó y miró a las chicas.

—Talán, talán —dijo haciendo sonar una campana invisible con la mano —. ¡A trabajar, nenas! Al señor Arkan aún le falta una parte de su dinero.

41.

Estocolmo, 2013

Thomas abrió el minibar y cogió las cuatro botellitas que estaban alineadas en la puerta. Sin revisar el contenido, destapó la primera y la colocó entre sus labios, echando la cabeza atrás para vaciarla. Abrió la siguiente inmediatamente y caminó por delante de la cama para acercarse al alféizar. Ya había oscurecido y las luces de los salones estaban encendidas en el edificio residencial de enfrente. Le llamó la atención una pareja de ancianos que veían la televisión tomados de la mano.

Thomas abrió la ventana y una ráfaga gélida hizo ondear la cortina. El ruido en Västmannagatan, cuatro pisos más abajo, se infiltró en la habitación diminuta. Era sábado por la noche y en la calle resonaban las voces animadas de un grupo de adolescentes, dispuestos a irse de fiesta. Eligió el Hotel Colonial, que con sus dos estrellas distaba mucho de hacerle honor a su ostentoso nombre, pero su ubicación era central y le permitiría ir a pie al área de Malmskillnadsgatan. Esa era la zona donde comenzaría a buscar a Masja, o a alguien que supiera algo de ella.

Su teléfono comenzó a vibrar, lo miró de soslayo y leyó el nombre de Johnson en la pantalla. La quinta llamada en la misma cantidad de horas. La primera fue cuando iba en el Arlanda Express, el tren que conecta la ciudad con el aeropuerto. Johnson había llamado para informarse sobre el curso de la investigación y preguntar si había alguna pista sobre Masja. Thomas, casi perdiendo la paciencia, le había explicado que ni siquiera había llegado al hotel. Esa fue la razón por la que prefirió no contestar y se puso una sudadera.

Diez minutos más tarde, bajó las escaleras hacia el vestíbulo del hotel. Antes de salir palpó el bolsillo interior de su chupa, asegurándose de no haber olvidado la fotografía de Masja ni la postal de su madre. Thomas

había dejado la guía de viajes y el mapa de la ciudad en la habitación y había preferido memorizar los lugares que debía visitar: no había motivo para parecer un turista atolondrado, en otras palabras, una presa fácil. No conocía las reglas de esa ciudad, pero sabía que, en Copenhague, cuando ocurría algo parecido en un área similar, no transcurrían muchos minutos antes de que el turista se viera en aprietos.

Caminó por Tunnelgatan, que conducía hasta Malmskillnadsgtan. El viento era como una mordida gélida y se enfadó por no haberse abrigado mejor. Además, era muy probable que la noche resultara larga y fría. Se puso la capucha de la sudadera al marchar junto a un bar ubicado en una esquina. En el rótulo se leía "bar KGB" y parecía un sitio acogedor, donde la gente lo estaba pasando bien. Los comensales reían, se divertían y, si no tuviera una búsqueda por delante, hubiera entrado para sentarse en el taburete libre que atisbó al mirar por la amplia ventana. Seguramente en Suecia también se conseguía whiskey de una sola malta, pensó. Thomas memorizó el número y el nombre de la calle, con la esperanza de que siguiera abierto cuando regresara al hotel.

Malmskillnadsgatan se abría frente a él. Los edificios de oficinas vacíos y el constante tráfico constataron su primera impresión: era una calle fea y sin gracia. Avanzó por la amplia acera, escuchando los bajos de la música que salía de uno de los coches que transitaban. No tuvo que andar demasiado antes de ver a las dos primeras chicas. Su ropa atrevida y las botas de charol, que brillaban con los reflectores de los coches, ofrecían señales claras de su profesión. El entorno era casi idéntico al de Copenhague: una calle cualquiera de una ciudad cualquiera donde se vende sexo. La visión apesadumbró su alma.

Thomas caminó frente a tres chicas que se refugiaban en la entrada de un edificio de oficinas. Daban caladas a sus cigarrillos mientras saltaban para combatir el frío. Se percataron de él inmediatamente.

—Hey, *baby* —dijo una con tono voluptuoso.

Thomas anduvo sin bajar el ritmo, miró de soslayo a las mujeres y notó que eran morenas. Supuso que eran originarias de Sudamérica. Eran jóvenes, posiblemente ni siquiera llegaran a los veinte años. Se preguntó

qué jodida situación las empujó a viajar hasta el otro lado del mundo para acabar en ese trabajo de mierda. Fuera lo que fuera de lo que habían huido, le era difícil imaginar que podía ser peor que follar con suecos a diez grados bajo cero. Siguió andando, percatándose de los distintos grupos de chicas que brotaban a un lado y otro de la calle. Todas era jodidamente jóvenes, todas eran extranjeras. Era como una asamblea de las Naciones Unidas: la mayoría de los pueblos del mundo estaban representados en las calles del centro de Estocolmo.

El tráfico era activo. Los taxis y los coches se detenían continuamente para recoger chicas o devolverlas. Thomas intentó adivinar *dónde arreglaban sus asuntos* y recordó que en el mapa había visto un extenso parque no muy lejos de ahí. Otra posibilidad era el terreno de las vías de tren en las inmediaciones de la estación central. Recorrer el área de Norrmalmkvarter le tomó poco más de una hora. La mayoría de las chicas que se vendían estaban en las calles principales y daba la impresión de que las mujeres más viejas y las travestis habían sido relegadas a las calles laterales.

Hasta ese momento no había visto un solo rostro parecido al de Masja. Decidió regresar a Malmskillnadsgatan para ver si había ocurrido un cambio de turno. Después de llegar a la calle, fue abordado por una chica. Las mujeres ya se habían percatado de su presencia, así como de la de cualquier otro hombre que deambulara por la zona. La chica rondaba los veinte años, aunque los rasgos duros de su rostro la hacían parecer mayor. Su cabello era rubio y su piel, clara.

—Hola, ¿te apetece pasar un buen rato? —preguntó con marcado acento eslavo.

Llevaba una chupa corta de piel de conejo, que evocó en Thomas la imagen de una de las cazadoras que había visto en la habitación de Masja. No obstante, ahí terminaba cualquier similitud entre ambas mujeres.

—Buenas, estoy buscando a una chica en específico.

La joven respondió con frescura, le aseguró que se había acercado al lugar indicado y le preguntó qué le apetecía. Thomas negó con la cabeza mientras abría su chupa para sacar la foto de Masja.

—Estoy buscando a esta chica. Se llama Masja, ¿la has visto?

La joven miró la imagen fugazmente y dijo “no” con un movimiento de cabeza. Luego se ofreció de nuevo pasándose la lengua por los labios.

—*I will make you reeeal happy* —agregó.

Thomas le pidió que observara la foto más detenidamente e insistió repitiendo la pregunta. La chica negó con un movimiento enérgico de cabeza.

—Bien, te lo agradezco —respondió Thomas guardando la imagen y se giró para seguir recorriendo la calle.

La chica gritó algo, pero él no alcanzó a escucharla. Thomas probó con otras muchachas, pero tampoco tuvo suerte. Tuvo la impresión de que las chicas apenas se conocían entre ellas y que lo único que parecía interesarles era que los coches se detuvieran en su territorio, además de mantener a las rivales a una distancia prudente.

Thomas dio una vuelta por el barrio. En cada ocasión que una chica se le acercaba, él mostraba la imagen, pero ninguna reconoció a Masja. Durante su tercer recorrido por Malmskillnadsgatan, la chica de la cazadora de piel de conejo gritó algo en ruso y escupió en su dirección. Instantáneamente, aparecieron dos hombres enormes con el pelo rapado, que vestían plumíferos y botas. Podrían ser mellizos de los seudogánsteres de Dinamarca, pensó Thomas.

—Oye, jefe —le gritó uno de ellos—. ¿Qué estás haciendo?

—No estás molestando a nuestras chavalas, ¿o sí? —agregó el otro antes de que Thomas pudiera responder.

—Para nada, solo estoy mirando —respondió Thomas.

Los sujetos le cerraron el paso y uno lo empujó con el hombro sonriendo peligrosamente.

—Tío, por aquí uno no puede “solo mirar”, ¿te queda claro? Uno compra o se va a tomar por culo —añadió uno de los hombres.

Thomas asintió.

—Pues no estoy convencido de que nos hayas entendido —dijo el otro sacando las manos de los bolsillos para mostrar los puños.

En ese instante los dos hombres miraron hacia el camino.

—*Davaj* —dijo uno y ambos se esfumaron al instante.

Una patrulla pasó por la calle. Desde el interior del coche dos policías uniformados examinaron a Thomas y luego continuaron con su ruta. Él advirtió que la patrulla transitaba frente a las prostitutas y sus clientes sin intervenir. Juzgando por su conducta, hubiera sido imposible deducir que la compra de sexo era ilegal en ese país y que lo había sido durante los últimos diez años.

Thomas continuó caminando por la calle. Su tarea era imposible. Iba a necesitar un golpe de suerte para dar con un rastro de Masja, algo que parecía más improbable que ganar la lotería. En su mente se dibujó el taburete libre en el animado bar KGB. Sin embargo, a pesar de las adversidades, enfiló en dirección opuesta al bar con el fin de visitar un par de clubes nocturnos.

42.

En Drottninggatan, Thomas se detuvo frente a una tienda de lencería con el escaparate que exhibía a dos muñecas inflables vestidas con prendas provocadoras. Recordaba perfectamente que esa era la dirección del Heart Beat Club, pero, como no lo veía por ninguna parte, decidió entrar a la tienda para preguntar. A pesar de que la *boutique* no era grande, ofrecía cualquier juguete sexual imaginable y en una vitrina cerrada con candado se exhibía una colección impresionante de dildos. En el fondo del local había un área dedicada a los utensilios de cuero: látigos, cadenas y grilletes. En el suelo, junto al mostrador, dos enormes velas aromáticas desprendían un aroma dulzón. Había unos cuantos clientes husmeando por el local.

Thomas se acercó a la dependienta que estaba detrás del mostrador hojeando una revista de moteros. Su aspecto era duro, acentuado por los varios *piercings* en el labio, las orejas y la nariz, además de los tatuajes góticos que cubrían la parte superior de sus brazos.

—Estoy buscando un club de *striptease* que supuestamente se llama Heart B…

—En el sótano —lo interrumpió la mujer y lánguidamente señaló las escaleras situadas en una esquina—. La entrada cuesta seiscientas coronas.

Thomas miró la escalera de soslayo, sacó la foto de Masja y la colocó en el mostrador.

—¿Podrías decirme si esta chica está allí abajo?

—Averígualo tú mismo, seiscientas coronas.

—Solo me interesa saber si la chica está ahí.

La dependienta despegó brevemente la mirada de la revista.

—Pues te va a costar seis papeles de cien.

Thomas dejó la cantidad en el mostrador.

—Cuidado al bajar las escaleras, el techo es bajo —dijo metiéndose los billetes en el bolsillo.

Thomas inclinó la cabeza al descender por la estrecha escalera de caracol. Las luces rojas del techo brillaban con la misma tenacidad que el tecno pesado que salía de los altavoces. En el centro de la pista, una chica en bragas se contorneaba alrededor del poste y tres hombres, sentados en un sofá de cuero, seguían sus movimientos de cerca. Al otro extremo del local, detrás de la barra, una chica vestida con un corsé ajustado aplaudía con las manos sobre la cabeza, en un intento por animar el ambiente. Thomas se acercó a la barra. La chica de rasgos asiáticos le sonrió.

—¡Hola, tío! —gritó para que la escuchase por encima de la música y le guiñó un ojo.

Thomas saludó y pidió una cerveza. La chica le sirvió una Pripps Blå y guiñó el ojo una vez más.

—*Happy times,* ¿no?

Thomas se inclinó sobre el mostrador.

—¿Cuántas estáis trabajando esta noche?

La chica señaló el escenario y luego a sí misma.

—¿Se te antoja un baile privado?

Thomas negó con la cabeza y sacó la foto de Masja.

—¿Conoces a esta mujer?

La chica cogió la foto para mirarla, negó con la cabeza y se la devolvió.

—¿Jamás la has visto?

—No, *sorry* —dijo encogiéndose de hombros.

Cuando la canción terminó, las chicas intercambiaron lugares. La que llegó a la barra también tenía rasgos asiáticos, una sonrisa igual de amplia y comenzó a aplaudir al ritmo de la música. Thomas le mostró la imagen, pero ella tampoco la reconoció. Pidió otra cerveza para entablar conversación. La chica le contó que ella y su amiga habían llegado a Suecia hacía unos tres meses, después de haber pasado una temporada en Holanda y Alemania.

—Berlín, Leipzig y *Hamburguesa* —precisó la joven.

Luego le ofreció un baile privado, pero Thomas rechazó la oferta cordialmente. Entonces la chica lo abandonó para acercarse a los hombres

que estaban en el sofá.

Diez minutos después, Thomas estaba de vuelta en las calles recorriendo Drottninggatan. El siguiente club en su lista se llamaba Kitty Club y no estaba lejos de ahí. El móvil sonó, lo sacó del bolsillo de su chupa y confirmó su sospecha: se trataba de Johnson.

—¿Tienes algo nuevo? —dijo la voz desde el otro lado del auricular.

—No.

Se escuchó un gruñido cansado.

—Ravn, ¿estás buscando en los lugares correctos? Recuerda, es un caso importante.

—He olisqueado todas las jodidas esquinas de Estocolmo en busca de indicios.

Se escucharon gritos del lado de Johnson.

—Oye, tengo que irme.

—Te llamo cuando tenga algo… —dijo, pero Johnson ya había colgado.

Thomas se guardó el teléfono. Dobló en la siguiente esquina junto a un 7-Eleven y siguió por la calle hasta estar frente al Kitty Club. Olía a carne de *shawarma*. El aroma provenía de un restaurante ubicado junto al club, donde Thomas compró una pita de falafel que se comió de pie en la calle. Mientras masticaba, observó la fachada del Kitty Club, que resultaba pesarosa y el nombre escrito con grandes letras plateadas tenía algo de patético. Las letras tenían el aspecto de haber sido pintadas de prisa, incluso la primera ‘t’ estaba desalineada. Si uno se esforzaba, era posible ver que las letras estaban pintadas sobre otras. Thomas entrecerró los ojos y logró descifrar las palabras antiguas: Key Club. El nombre le sonaba, sí, lo había leído en uno de los artículos de Eduardo. Había sido uno de los clubes de Slavros. Luego, sin demorarse, desechó el resto del falafel en un cubo y entró al lugar.

El Kitty Club no resultaba más exclusivo que el Heartbeat, aunque era considerablemente más grande y tenía más clientes, primordialmente hombres de mediana edad y unos cuantos jóvenes. Los hombres recibían la compañía de las chicas, todas engalanadas con vestidos provocadores en

cabinas con sofás ovalados. En el escenario, situado en el centro del local, una joven bailaba sensualmente al compás del tema *Titanic*.

Una mujer morena ataviada con un vestido cobalto de satén se acercó a Thomas en cuanto entró al lugar.

—Hola, guapo. En este momento solo tenemos una cabina libre —dijo sonriendo y señaló uno de los sofás.

—Perfecto —respondió Thomas.

—Hay un cargo adicional, pero incluye una botella de champán —dijo la chica tomando el brazo de Thomas.

—¿Y cuánto me costará sentarme ahí?

—Normalmente tres mil quinientos, pero hoy, y solo para ti, te lo dejaré en dos mil setecientos.

Thomas se liberó hábilmente.

—Gracias, pero prefiero sentarme por allí.

Thomas se alejó de la mujer y se dirigió a la barra, donde al menos la mitad de los taburetes estaban libres.

Un tema de Joe Cocker comenzó a sonar: *My heart will go on*. Asimismo, la bailarina fue relevada por una muchacha rubia, que se despojó de su corpiño rojo lentamente. Thomas estudió a los guardias de seguridad que supervisaban a los clientes. Eran tipos de complexión fisicoculturista, pelo rapado y rasgos eslavos. Probablemente procedían de los Balcanes o de alguno de los países de la antigua Unión Soviética, por lo que Thomas tuvo el presentimiento de que, a pesar del cambio de nombre, Vladimir Slavros aún era uno de los propietarios. Ninguna de las muchachas que circulaban por las mesas guardaba parecido con Masja: todas eran más jóvenes y parecían niñas grandes. Thomas se acongojó al verlas.

—Te pareces a Daniel Craig —dijo la rubia de minifalda negra que se había acercado a él—. Bueno, una versión más brusca.

—¿A quién? —preguntó Thomas.

—El actor que hace de James Bond, ¿no lo conoces?

—¿No tiene el pelo claro?

Ella se encogió de hombros.

—Qué sed tengo —dijo la chica.

—¿Quieres una? —preguntó Thomas señalando su cerveza.

Ella negó con la cabeza, pero antes de que Thomas reaccionara, el camarero había dejado una copa de champán frente a la chica. Thomas tuvo la certeza de que pagaría una cifra ridícula por ese líquido, sin importar lo que fuera. Brindaron.

—¿Eres danés? ¿Cómo te llamas?

—Thomas.

—Salud, Thomas de Dinamarca. Yo soy Lizza, con dos zetas. ¿Estás de vacaciones o trabajas en el norte?

Thomas miró alrededor.

—Estoy buscando a una chica que se escapó de casa.

—Has venido al lugar adecuado —comentó ella riendo—. Aquí todas han huido de un sitio u otro, aunque todas somos dulces —añadió con un mohín.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—¿En Suecia? Demasiado tiempo.

—¿Y en el club? —precisó Thomas.

—¿Por qué preguntas? No serás de la pasma, ¿o…? —dijo arqueando sus cejas dibujadas.

Él negó con la cabeza.

—No, no soy poli. Solamente quiero saber dónde está esta chica, estoy ayudando a su madre.

—Un verdadero *gentleman*, ¿eh? ¿Cómo se llama tu chica?

—Masja —dijo sacando la fotografía.

Lizza asintió.

—Algo tiene…, me suena de algún lugar.

—¿La conoces? —dijo Thomas bajando el vaso de cerveza.

Lizza asintió con desdén.

—¿De cuándo? ¿De dónde? —preguntó Thomas.

La joven le devolvió la fotografía y se acercó hacia él para susurrarle al oído.

—Sabes, deberíamos ir arriba. Es más privado y podríamos charlar abiertamente sobre ella… Masja —dijo y lo miró profundamente a los ojos —. Además, yo también quiero beneficiarme de esto.

—¿Tienes alguna idea de dónde podría encontrarla?

—Tengo la Suite Nupcial. ¿Por qué no subes? —dijo acariciándose los senos antes de darse la vuelta y él la siguió con la mirada.

Lizza se detuvo junto a la escalera ubicada en una esquina, cuchicheó brevemente con un guardia y asintió en dirección a Thomas antes de subir. No lograba ver si decía la verdad o no. Sin embargo, sabía que si se iba sin indagar, se sentiría molesto durante el resto del viaje. Vació su cerveza de un trago.

Habían transcurrido cinco minutos. Thomas se encontraba en el pasillo estrecho de la planta superior, afuera del cuarto número 3. Llamó a la puerta. Había pagado dos mil quinientas coronas al sujeto rapado de esmoquin barato que hacía de guardia al otro lado del pasillo.

—Tienes veinte minutos, no más, y compórtate —le había advertido con una mirada severa.

Lizza abrió la puerta y lo invitó a pasar. Se había cambiado de atuendo y llevaba un tanga y un sostén negro de encaje que apenas cubría sus enormes pechos de silicona. Thomas le echó un vistazo a la habitación pequeña y oscura. Una cama, un armario y un tocador, esos eran los lujos ajados que ofrecía la Suite Nupcial.

—¿Por qué no te tumbas en la cama? Te daré un masaje para entrar en calor.

Thomas alejó la mano que la chica había colocado en su cremallera.

—Preferiría que me contases algo sobre Masja, ¿dónde puedo encontrarla?

Ella le cogió la mano.

—No seas complicado. Ven y acuéstate, pronto te olvidarás de la tal Masja. Me tienes a mí, si quieres, yo seré tu pequeña Masja.

Thomas se soltó y retrocedió un paso.

—Te lo digo en serio, basta con que me digas algo que me ayude a dar con ella. Entonces quedaré satisfecho y agradecido, naturalmente pagaré por la información.

—Enséñame la foto de nuevo —dijo Lizza y se la arrebató a Thomas de las manos cuando la sacó—. Es guapa y parece inocente, ¿es reciente?

—Es de hace un par de años, quizás un poco más. Desapareció en 2010.

—¿En 2010? —dijo poniendo los ojos en blanco—. Hmmm, entonces no estoy segura de conocerla.

Thomas intentó coger la foto, pero ella la retiró de su alcance.

—Espera aquí —dijo y cogió un kimono de seda que colgaba de un gancho en la pared, se lo puso y salió por la puerta.

Thomas miró la ruinosa habitación repleta de manchas de humedad. Si aquella era la *suite* de lujo, prefería no pensar en las condiciones del resto del burdel. Sobre el armario vio una bolsa deportiva. "Seguramente ahí guarda sus pertenencias", pensó, "no me sorprendería que viva y trabaje en este cuchitril".

Lizza regresó un par de minutos después.

—Hablé con dos de las otras chicas. Una de ellas sí la recuerda —dijo Lizza devolviéndole la foto—. Dijo que se fue hace mucho tiempo.

—¿Irse, a dónde?

—A casa.

—¿De vuelta a San Petersburgo? —dijo para ponerla a prueba. Lizza asintió mientras colgaba el kimono en el gancho.

—Sí, a esa ciudad. ¿Entonces? —preguntó señalando la cama.

—¿Quién es el dueño de este lugar?

—No tengo ni idea.

—¿Slavros? ¿Vladimir Slavros?

—Ese nombre no me dice nada. Oye, haces demasiadas preguntas, ven aquí.

Thomas se metió la fotografía en el bolsillo y sacó un billete de quinientos para dárselo. No tenía motivos para seguir ahí. Era obvio que le estaba mintiendo: nadie conocía a Masja.

—Gracias por tu ayuda, Lizza, cuídate —dijo y abrió la puerta.

—Oye, Thomas de Dinamarca —llamó ella y él se volvió—. Dile a su madre que está bien.

43.

El zumbido del móvil despertó a Thomas. La ofuscante luz diurna que se filtraba por la ventana le impedía despegar los párpados, así que buscó el teléfono a tientas para apagarlo. Al cogerlo, presionó las teclas frenéticamente hasta que la vibración cesó. El móvil se deslizó de su mano. La cabeza le retumbaba y su garganta estaba reseca. Además, se dio cuenta de que estaba vestido.

—Ravn —escuchó a lo lejos—. Joder, Ravn, coge el puto teléfono.

Abrió los ojos para mirar el móvil y supo que, en su aturdimiento, había respondido a la llamada en lugar de rechazarla.

—¿Sí? —respondió Thomas con voz ronca—. ¿Qué quieres?

—¿Estás borracho?

—Ya no, ¿por qué?

—Pues porque es más de mediodía y parece que sigues en la cama.

—Estoy despierto y vestido —dijo y tosió con tanta fuerza que hizo eco en la habitación.

—¿Qué has averiguado?

Thomas se sentó en la cama e inmediatamente todo le dio vueltas; fue asaltado por las náuseas.

—No mucho. De hecho, no creo que la clave se encuentre en Estocolmo.

—Tal vez conseguirías mejores resultados si no fueras pimplando por ahí como un beodo cualquiera.

—No me emborraché…, solo bebí un poco. Pero antes indagué por toda la ciudad, diez grados bajo cero, por cierto, y desafortunadamente no di con una sola pista.

—Nadja estuvo aquí hace unas horas. Te tiene fe, lo repitió varias veces, y también dijo que tiene los dedos cruzados y la esperanza de que vuelvas a casa con buenas noticias.

Thomas se rascó el pelo.

—Tampoco podéis esperar que haga milagros.

—No la decepciones, Thomas, joder, se trata de su hija.

—Hostia, Johnson, eso de venir a Estocolmo no fue *mi* idea brillante.

—Escúchame…

—Tengo prisa, Johnson —dijo Thomas lanzando el teléfono al otro lado de la cama y caminó al baño con apremio.

Apenas consiguió levantar la tapa del inodoro antes de vomitar. Al terminar, se quedó sentado en el suelo apoyado en la puerta de la ducha e intentó beber agua del vaso para el cepillo de dientes. Sus manos temblaban y maldijo a Johnson por despertarlo en el peor momento de la resaca solo para vociferar una letanía de idioteces. Si tan solo hubiera dormido una hora más, habría evitado ese *tour* funesto al lavabo.

Thomas intentó recordar el resto de la noche. Había visitado otro par de clubes de *strippers* después del Kitty Club, pero cada uno resultó más sórdido que el anterior. Había encontrado a Masja, ella se había parado frente a él y le había dicho: "*Hello, how are you? Special price, my friend*".La había reconocido en todas las chicas con las que se cruzó, la veía en cada una de ellas sin importar de dónde fueran ni el tono de su piel. Todas eran idénticas a Masja: se habían fugado de algún lugar, vendidas a otro, compradas por un tercero para ser revendidas una vez más. Todas estaban desposeídas de esperanza. Las chicas parecían aún más jóvenes que Masja, y eso le había hecho pensar en el lapso que tenían antes de desgastarse por completo. ¿Eran meses o quizás un par de años? Conforme la noche fue progresando, su búsqueda había perdido sentido, se tornaba inútil. Una vez que se dio por vencido, había buscado refugio en el bar KGB. Había tomado asiento en un taburete y bebió un *whisky* de malta simple acompañado por una Heineken. Había entablado nuevas amistades en Estocolmo. Tampoco es como si los fuera a reconocer si se los encontraba en la calle, pero habían sido divertidos y le ayudaron a sacudirse las impresiones de los deprimentes y sórdidos lupanares que había visitado. En el KGB había bebido y cantado. "Trovas de Evert Taube, Dios me ayude",pensó. Habían contado chistes en sueco y danés, sobre los suecos y los daneses. Una mujer, que se llamaba Monica y tenía un aire a la castaña

de Abba, había colocado un brazo sobre él. Había dicho que era majo. No recordaba si se habían besado o si meramente tuvo ganas. Entonces pensó en Eva y se impregnó de tristeza. Se puso de pie cabizbajo, abrió el grifo de la ducha y se dejó enjuagar por el chorro de agua caliente. Solo en ese momento se quitó la ropa.

El desayuno bufé del Hotel Colonial había terminado horas atrás, por lo que Thomas tuvo que salir para buscar algo de comer. Entró en un café en Kungsgatan y, tras sentarse, pidió un americano y dos cruasanes. El joven camarero, que llevaba coleta y muchos anillos, le explicó que los cruasanes se habían acabado y solo quedaban *kanelbullar*. Thomas recordó la advertencia de Victoria, así que decidió contentarse con el café. Luego cogió el diario *Expressen* de la mesa vecina y lo hojeó. El artículo central trataba sobre una serie de homicidios no resueltos. En el curso de los últimos dos años, un asesino, aún desconocido, había matado a seis trabajadoras sexuales. Los seis casos eran similares: después de ser ejecutadas, las mujeres aparecían como estatuas encaladas en desguaces del área conurbada de Estocolmo. Aún se desconocían los motivos del autor de los crímenes. Los psicólogos entrevistados por el diario sugerían que el móvil podría ser de índole sexual o religioso.

Thomas dobló el periódico al recibir el café. Paseó la mirada por la ventana panorámica y quedó maravillado por el tráfico y la cantidad de personas que andaban con prisa por la acera. Se esforzó por convencerse de que ya había hecho todo lo que estaba en sus manos. Seguir con la investigación sería una pérdida de tiempo y de recursos. Tan solo en los clubes nocturnos había desembolsado seis mil coronas. No contaba con que Johnson cubriera ese gasto y jamás se le ocurriría cobrárselo a Nadja. Meditó sobre la opción de modificar su billete para volar a casa ese mismo día, a pesar de las reprimendas infinitas que recibiría de boca de Johnson. “Te has rendido demasiado pronto”, casi podía escucharlo. Se bebió el café ávidamente y supo que iba a necesitar uno más. Luego sacó la postal de su bolsillo y miró los gatitos. Quizás lo mejor sería dejarla en la mesa y contarle una mentira piadosa a Nadja, pensó. Sin embargo, su crianza le impedía mentirle a una señora de edad, especialmente a una que había perdido a su hija. “Dile a su madre que está bien”, recordó la voz de Lizza.

—¿Qué cojones quiso decir con eso? —dijo Thomas accidentalmente en voz alta.

—¿Cómo? —replicó el camarero.

Thomas miró hacia arriba.

—Un café más, por favor, y una de esas chucherías de canela.

El camarero asintió y se alejó. Thomas sacó su móvil y buscó entre sus contactos hasta dar con el que tenía en mente, luego marcó.

—Estación central de la Policía Nacional —respondió el operador.

44.

Karl Luger estrechó la mano de Thomas y al sonreír se trazaron dos hoyuelos en su rostro redondo. Karl había ganado varios kilos desde su encuentro anterior, al menos veinticinco, estimó Thomas.

—Es un placer verte, Ravn. Tu llamada fue toda una sorpresa. Hace unos cuatro o cinco años desde la última vez que nos vimos, ¿no? —dijo aflojando la corbata azul marino que parecía estrangularlo.

—Calculo que casi seis, en el seminario de Scotland Yard. Veo que aún conservas el osito de peluche —comentó Thomas señalando un oso de peluche con uniforme de *bobbie* que estaba apoyado en un portarretratos sobre el escritorio de Karl. Era el suvenir que habían recibido al completar el curso.

—Raya el límite de lo vergonzoso, ¿no? —comentó Karl al echarle un vistazo.

—Para nada, yo tengo el mío en casa —mintió Thomas—. ¿Son tu esposa e hija? —dijo apuntando al portarretratos.

—Sí, Louisa comenzará la escuela el año que viene.

—Recuerdo que tu mujer estaba a punto de dar a luz cuando estábamos en el curso.

Karl sonrió agitando los brazos.

—¿Tú tienes hijos?

Thomas negó con la cabeza.

—Pero estás casado, sí, con ella —comentó Karl chasqueando los dedos en un intento por invocar el nombre.

—Eva —le ayudó Thomas.

—¡Eva! ¡Eso es! Abogada defensora, recuerdo que bromeabas diciendo que tú los atrapabas y ella los…

—... liberaba, correcto. —Thomas se obligó a sonreír.

—¿Seguís juntos?

—Claro, estamos bien —dijo Thomas evitando cualquier contacto visual.

El departamento de investigación de Estocolmo no guardaba ningún parecido con el de Station City: el área de oficinas era amplia y estaba muy bien iluminada. Reinaba un orden pulcro en los escritorios y los asistentes que trabajaban frente a los ordenadores modernos llevaban corbatas. Tenía la impresión de estar en una sucursal bancaria.

Karl le invitó a un café y se dirigieron a la máquina expendedora del pasillo. Mientras esperaban, Karl relató su ascenso en la policía sueca. Ahora estaba al mando de las investigaciones nacionales de informática.

—En realidad sigo buscando a las mismas personas. Las alimañas no se detienen, expanden su campo de acción y ahora también operan digitalmente, ya sea prostitución, tráfico humano, narcóticos y delitos de propiedad. Hasta los delincuentes más primitivos usan iPads —dijo riéndose y cogió la taza de café—. Pero al menos ya no tengo que merodear por las calles de noche. Ya sabes lo agotadoras que son las misiones de vigilancia.

Thomas asintió y caminó tras él. Karl le indicó una silla y se sentaron ante el escritorio.

—¿Y tú? ¿Con qué tipo de escoria tienes que lidiar?

—Yo sigo en las mismas, no he visto ascensos y sigo correteando por las calles —respondió Thomas sonriendo.

Karl señaló a Thomas con su taza.

—Vosotros, los oficiales daneses, tenéis un estilo más relajado, con esa barba de cinco días pareces un *rockstar*. Jamás aceptarían esas pintas por aquí —dijo bebiendo de su café.

—Ya lo he visto, aplicáis principios más nítidos —dijo Thomas sonriendo y se rascó la barba—. Aunque si le preguntaras a mi superior, te aseguraría que no figuro entre los candidatos para el *oficial del año*.

—Me sorprende, recuerdo la agudeza mental que mostraste en el curso. —Karl tomó un pañueloy lo colocó sobre el escritorio para usarlo como posavasos. Luego bajó la taza de café—. Cuéntame más acerca del caso que mencionaste en la llamada.

—Estoy buscando a una joven de Lituania que desapareció en el 2010. Era trabajadora sexual, todo apunta a que fue vendida por un intermediario y que terminó aquí, en Suecia.

—Como tantas otras mujeres, siento decirlo. En los últimos años nos hemos visto sobrepasados por trabajadoras sexuales de todas partes del mundo.

—Pensaba que se había prohibido la compra de sexo, ¿no ha ayudado en lo más mínimo?

Karl se estiró.

—Esa jodida prohibición fue un invento del demonio. Antes teníamos contacto con las prostitutas y los chulos; ahora los hemos espantado a todos y no tenemos ni puñetera idea de lo que sucede en ese mundo, lo cual hace que las chicas sean más vulnerables que antes. Están expuestas a todo tipo de cosas: violaciones, abuso, maltrato y cualquier atrocidad imaginable. Como si eso no fuera poco, hay un psicópata que sigue libre. Busca a sus víctimas en el ámbito de la prostitución para luego disecarlas. Dios nos salve —dijo Karl negando con la cabeza.

—¿Te refieres al caso de los desguaces?

—¿Te has enterado?

—Leí una nota en *Expressen* justo esta mañana. Es un asunto desagradable.

—Bueno, pero ¿cómo podemos ayudarte? —preguntó Karl.

—Es algo sencillo. Pensé que quizás tengáis información en vuestro sistema sobre la chica que estoy buscando.

—¿Es una petición oficial? —preguntó Karl mirándolo seriamente.

—No —respondió Thomas agitando los brazos—. Conozco a su madre y quiero ayudarla, eso es todo.

—¿Tienes idea de la cantidad de chicas que desaparecen cada año?

—Bastantes, ya me lo han advertido distintas fuentes, pero aun así agradecería cualquier ayuda.

Karl se alisó la corbata, que colgaba como una serpiente exánime alrededor de su garganta.

—Pero si no es un caso oficial, es complicado.

Thomas se inclinó hacia adelante.

—Lo único que te pido es que pases su nombre y datos por el sistema, solo una consulta para ver si hay algo, lo que sea que apunte hacia su paradero.

—Obviamente quiero ayudarte, pero necesitaría una petición oficial por parte de la policía danesa antes de poder buscar en el registro. Yo mismo he despedido a compañeros por faltas menores. El sistema no es para uso privado, por muy noble que sea la causa —dijo Karl mirando a Thomas con solemnidad.

—Claro, lo entiendo.

Karl miró fugazmente su reloj de pulsera para indicar que el breve encuentro iba a terminar.

—Fue vendida a un hombre llamado Slavros, ¿te dice algo?

—¿Vladimir Slavros?

Thomas asintió.

—¿Cómo de fiable es el dato?

—Bastante fiable, tengo un testigo implicado en el trato.

—Entonces cuentas con la declaración de un testigo o la confesión de esa acusación, ¿no?

—Bueno, ninguna de las dos, y dudo que pueda conseguirlas pronto. Los miembros de las bandas del este de Europa, al menos en Dinamarca, jamás se delatan entre sí.

—Es lo mismo aquí. —Karl cruzó los brazos y luego, pensativo, se llevó la yema de un dedo a los labios—. En caso de que encontraran a la chica, ¿crees que testificaría en contra de Slavros?

—Siempre existe esa probabilidad.

—En ese caso me gustaría hablar con ella.

—Bueno, primero hay que encender el ordenador —dijo Thomas sonriendo y señaló la pantalla con la cabeza.

Karl exhaló con pesadez.

—¿Qué sabes de ella? —preguntó Karl colocando los dedos en el teclado.

Karl tecleó los datos que Thomas mencionó. “No hay registro”, apareció en la pantalla.

—Hubiera sido un verdadero golpe de suerte —dijo Karl.

—¿Qué quieres decir?

Karl giró sobre la silla para mirar a Thomas.

—Desde que empecé en este departamento, hemos intentado dar con algo para usar en contra de Slavros.

—Esos son muchos años.

—Dahl, Lindgren y yo —dijo señalando a los dos detectives que estaban en los escritorios de enfrente—. No sabes la cantidad de horas que hemos invertido.

Los dos oficiales levantaron la mirada brevemente para saludar a Thomas.

—¿Cómo es posible que no lo hayáis atrapado aún?

Los tres hombres rieron como si hubieran contado un chiste interno.

—Slavros nunca está directamente involucrado —respondió Lindgren. Era un hombre de aproximadamente la misma edad que Karl, labios carnosos y pelo oscuro pulcramente peinado—. En todo caso, siempre hay, al menos, una persona entre Slavros y cualquier delito.

—Y en los casos en los que sí conseguimos presentar cargos contra él, nadie se atrevió a testificar en su contra —dijo Karl.

—Solo una vez estuvimos cerca de cogerlo —agregó Lindgren.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de años. Fue en una redada que hicimos en el Key Club, uno de sus clubes.

—Ese que ahora se llama Kitty Club, ¿no?

—Sí. Aunque ha cambiado de nombre miles de veces, sigue siendo el dueño.

—¿Qué ocurrió?

—Justo antes de la batida, consiguió sacar a todas las chicas del club. Esa fue la razón por la que el caso se vino abajo.

—Pero aún trabajan chicas en ese lugar —mencionó Thomas sorprendido.

—Sí, lo sabemos, pero ahora son otros tiempos —respondió Lindgren—. Actualmente hasta la realeza visita los centros nocturnos. —Se acarició el meñique en un gesto sugerente.

—Y Slavros, ¿sabéis dónde se encuentra?

—En todas y en ninguna parte, sabe volar bajo el radar —comentó Karl.

—Pero ¿seguís investigándolo?

—Oficialmente, sí, aunque tenemos otros casos de mayor prioridad —respondió Karl—. En el fondo nadie se preocupa por el bienestar de un puñado de chicas extranjeras. Tampoco es un tema que le aporte votos a los políticos, lo cual le viene perfecto a alguien como Slavros.

—Leí algo acerca de un incidente en la estación central hace unos años —dijo Thomas y miró a Karl—. Capturasteis a varios de los hombres de Slavros, ¿qué sucedió después?

—¿Te refieres al de la estación central de trenes? —preguntó Karl.

—Sí, en el que una prostituta fue arrollada por un tren.

Dahl sonrió y levantó la mirada del tablero.

—Sí, la que llevaba la pasta. Los muchachos se pasaron dos días buscando los billetes en el túnel, sumaron cien mil de los grandes.

—Pero ¿se presentaron cargos contra los involucrados?

—No, porque el fallecimiento fue clasificado como suicidio. Sabíamos que, de una forma u otra, el dinero le pertenecía a Slavros, ya que tres de sus bravucones perseguían a la mujer que se suicidó y a otra chica. Lo vimos claramente en las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—¿Quién era la otra?

—No tenemos ni idea. Los hombres fueron interrogados, aunque es muy probable que fuera otra prostituta. Nunca tuvimos contacto con ella.

—Pero Slavros estaba involucrado.

—Sí, en cierta forma —respondió Karl—. Si recuerdo correctamente, había un tal Aron…

—Arkan —intervino Dahl—. El dueño de los centros de bronceado.

—Eso. Arkan era el socio de Slavros y fue propietario de una cadena de centros de bronceado que funcionaban como pantalla para encubrir los servicios sexuales que se ofrecían. Tanto el dinero como la chica que falleció procedían de esos centros —mencionó Karl.

—En aquel entonces estaba metido hasta las narices en el mundo de la prostitución —agregó Lindgren.

—¿Creéis que ese Arkan sería capaz de reconocer a Masja?

—Quizás, pero no me imagino que suelte información fácilmente —mencionó Karl.

—Arkan es como una tumba, jamás dice nada —comentó Lindgren.

—¿Dónde está?

—En Hall, una prisión cerca de Södertälje. Le espera una estancia de cinco añitos más —mencionó Karl observando su reloj—. Vaya, es tarde. Necesito volver al trabajo.

—Por supuesto, no os quito más tiempo —dijo Thomas poniéndose de pie y despidiéndose de los investigadores.

Karl lo acompañó hasta la puerta.

—Me ha alegrado verte, Ravn. Disculpa que no podamos ayudarte más. Si encuentras a la joven y menciona el más mínimo detalle que implique a Slavros, por favor, ponte en contacto con nosotros.

Thomas asintió.

—¿Qué necesitaría para visitar a Arkan?

—Un viaje en coche, Hall está a una media hora de aquí.

—¿Podrías, por favor, contactar a la prisión y ponerme en la lista de visitantes?

Karl sonrió.

—Por supuesto. Arkan no es un preso de alto riesgo, la cuestión es, como ya señaló Lindgren, si te dirá algo.

45.

El reloj marcaba las nueve pasadas. Thomas salió en taxi por la autopista E4 en dirección a Södertälje. El viejo Volvo se abría paso entre el denso tráfico matutino, mientras en la radio Lisa Nilsson cantaba *I Hörnet av hjärtet*. Al transitar junto a un Ikea y ver el lago Mälaren al otro lado de la carretera, Thomas pensó que no existía un panorama más sueco que ese en todo el mundo.

—¿Vas a visitar a un colega? —preguntó el chófer, un sujeto de largas patillas pelirrojas y una gorra de piel demasiado pequeña para su cabeza, lanzando una mirada soñolienta a Thomas por el retrovisor.

Thomas farfulló cualquier cosa, algo que podría interpretarse como un sí o un no. Más que nada, su intención era dejar claro que tenía resaca y no estaba de humor para hablar. La noche anterior había hecho otra ronda por los clubes nocturnos, otra ronda que no lo acercó, ni un paso, a Masja. Celebró la culminación de sus labores en el bar KGB y aunque el sitio no tenía el ambiente festivo de la primera noche, estaba bien abastecido de Jim Beam y cañas.

—Conozco a varios chavales en Hall. Te aseguro que no es un lugar divertido. Los guardias de la cárcel no se andan con rodeos, ya sabes —dijo el conductor mirando de nuevo por el retrovisor. La bolsita de tabaco que yacía como un caracol en su encía superior se asomaba cada vez que hablaba—. Pronto uno no podrá cagar sin ser arrestado, ¿qué hizo tu colega?

—¿Qué?

—Sí, tu colega, tu amigo, el que está en el talego, ¿qué hizo? ¿Robo, fraude, le pegó a la mujer? —dijo riendo.

—No es mi amigo.

—¿No? ¿Entonces? ¿Te debe dinero? —Se volvió a reír de su chiste, pero enmudeció al ver el rostro pétreo de Thomas—. Pero vienes desde lejos. Dinamarca, ¿no? —intentó el conductor una vez más.

—Sí.

—¿Copenhague?

—Sí.

—¿También son unos cerdos los polis daneses?

Thomas respiró con pesadez.

—Ni te imaginas —dijo inclinándose hacia adelante y le mostró al conductor su carné de identificación con el escudo de la policía—. ¿Qué te parece si dejamos que Lisa Nilsson cante en paz durante el resto del trayecto?

—Por… por supuesto —respondió el conductor tosiendo violentamente.

Thomas se echó hacia atrás y contempló el paisaje rocoso de árboles sin follaje. Entre las copas se divisaba el lago Mälär, donde un portacontenedores pesado navegaba por las aguas grises. Él y Eva habían soñado con navegar por la costa este de Suecia, pasar por Gotland y continuar hacia Krabbefjärden. De ahí irían hacia Södertälje para adentrarse en el lago Mälar y eventualmente llegar al corazón de Estocolmo para anclar en el puerto Wasa. Una vez ahí, disfrutarían de las tardes en la cubierta bebiendo champán y comiendo cangrejo, mientras el sol bañaba Gamla Stan. Pero, ahora, lo único que Thomas anhelaba era volver a casa y vender el barco.

El teléfono vibró en su bolsillo.

—¿Has conseguido algo? —dijo Thomas.

Era Eduardo. Thomas le había llamado para pedirle que recopilara toda la información posible sobre Arkan; cualquier dato, por singular que fuera, era bienvenido. Necesitaba algo para hacerle abrir la boca. Eduardo, aún adormilado, le había respondido que realizaría una búsqueda en cuanto llegara a las oficinas del diario.

—Arkan llegó con su familia a Suecia desde Turquía en 1968. Tenía catorce años —informó Eduardo. Se escuchaba un alboroto en el fondo, ya que la oficina estaba a punto de cerrar el plazo para las entregas y Thomas tuvo que taparse el otro oído para captar sus palabras—. Fueron parte del

boom de inmigrantes que llegaron a Suecia a causa de la necesidad de mano de obra; Arkan es el mayor de cuatro hermanos, su padre trabajó como panadero y la familia vivió en Rinkeby, que es el Vollsmose de Estocolmo.

—¿Lograste descubrir algo sobre su carrera criminal?

—Muy poco, ¿no te sería más fácil conseguir algo con la policía local?

—Por aquí la policía protege sus archivos con recelo, como si se tratara de un asunto de seguridad nacional.

Eduardo se rio.

—Quizás el caso Arkan le compete a la seguridad nacional.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó Thomas.

—Tuvo su apogeo en los ochenta y noventa, era el organizador de las llamadas *excursiones de caza* para figuras prominentes. Estas excursiones en realidad encubrían fiestas, que más bien eran bacanales donde se consumían todo tipo de sustancias, intercambios sexuales, prostitutas y todo lo que ya te puedes imaginar. Normalmente ocurrían en entornos campestres discretos.

—¿Cómo de prominentes eran los involucrados?

—Hasta la cima: gente de la industria pesada, personas con puestos altos en la administración, tanto pública como privada. Se rumorea que algunos miembros de la familia real participaron en más de una ocasión. Arkan se libró con una multa, a pesar de enfrentarse a una larga condena en prisión, hecho que deja entrever el tipo de conexiones que tenía a su favor. Sin embargo, tiempo después, los círculos altos se alejaron de él. En el 2002, *Expressen* publicó un artículo sobre la caída de Arkan. Trataba sobre cómo pasó de ser el favorito de los *jetsetters* a un indeseable usuario de servicios sociales.

—¿Sabes algo acerca de su relación con Slavros?

—Ni idea. El único artículo que encontré que menciona a ambos es sobre el incidente de los centros de bronceado, que, si lo piensas, guarda ciertas similitudes con las excursiones de caza que Arkan organizaba, pero esta vez al servicio de los suecos comunes y corrientes. ¿Sospechas que Masja trabajó en uno de esos centros?

—Es justamente lo que voy a investigar, ¿no tienes nada más?

—No.

—¿Cómo está Møffe?

Se escuchó un gruñido melancólico.

—Creo que te echa de menos. La tristeza lo ha empujado a mascar la mitad de mi armario.

—A Møffe le gusta la calidad.

—¿De verdad? ¿Sabes lo mal que tiene el estómago?

—No es que esté mal, es que es delicado —aclaró Thomas.

—Por cierto, no eres el único que tiene una relación así de íntima con su perro.

—¿A qué te refieres?

—Durante años Arkan fue el presidente de la ANSPC.

—Suena a una organización neonazi.

—Nada más lejos, es la Asociación Nacional Sueca de Perros Caniches.

—Muchísimas gracias, Eduardo, tengo que colgar.

—¿Cuándo vuelves?

—Mi intención es tomar un vuelo mañana mismo, a menos que encuentre algo. Hasta pronto —se despidió Thomas y guardó el teléfono.

Veinte minutos después, el taxi dejó Nynäsvägen para avanzar por Halldalan, la ruta que conducía a la vieja prisión rodeada por un muro imponente.

***

Una vez dentro de la minúscula sala de visitas, Thomas se sentó en una silla atornillada al suelo, aguardando a que el guardia trajera a Arkan de su celda. Por encima de su cabeza pendían un par de tubos de luz neón, que emitían una luz fría sobre la habitación austera. Había visto salas de interrogación más acogedoras que esa sala de visitas. Era como si el antiguo reformatorio, construido siglos atrás, estuviera embrujado a pesar de los esfuerzos de modernización para transformarlo en una superprisión. Entonces la cerradura hizo un ruido, la puerta se abrió y Arkan entró. El guardia saludó fugazmente a Thomas antes de cerrar la puerta de nuevo.

Thomas se levantó y extendió la mano, y Arkan la tomó. Su apretón era como una masa fría. Arkan sonrió y se acarició el bigote fino; Thomas notó

unos diminutos grumos de rímel en el mostacho teñido. Arkan llevaba un pantalón de pliegues afilados y una camisa rosa y adornaba su cuello con un pañuelo de seda punteado. La ropa era más que decente, pero le quedaba demasiado grande, como si hubiera perdido peso durante su sentencia.

—Satisfaga mi curiosidad, señor Thomas Ravnsholdt —dijo Arkan al sentarse—. ¿De dónde nos conocemos? ¿Viejos tiempos?

—No, de hecho no nos conocemos —respondió Thomas abriendo la bolsa de la panadería, de donde sacó cuatro bollos de canela.

—Ah, *kanelbullar,* le agradezco la invitación —dijo cogiendo uno y lo mordisqueó cuidadosamente—. ¿Es usted uno de esos cristianos que visitan reos? Porque podemos hablar de Dios, Jesús y toda la corte, si así lo prefiere, a pesar de que esas deidades no aparezcan por aquí a menudo —comentó limpiando un par de migas de su bigote con el dedo índice.

Thomas sonrió.

—No soy religioso ni visitante por servicio comunitario. Estoy aquí porque necesito de su ayuda, *tu ayuda* si me permites tutearte.

—Claro, ¿cómo puedo ayudarte?

—Estoy buscando a una joven.

Arkan rio entre dientes.

—He conocido a una cantidad incontable de jovencitas durante toda mi vida, muchas más que ninguna otra persona. ¿Te ha robado el corazón? ¿Estás enamorado? —le guiñó un ojo en complicidad.

—No, no se trata de eso.

—Si quieres un buen consejo, mantente a una buena distancia de las mujeres. No son de fiar, son servidoras del diablo, nada más ni nada menos. Ayudé a miles de ellas, lo hice todo por ellas, les conseguí trabajo, casa y no me dieron las gracias ni una vez.

—¿En tus centros de bronceado?

Arkan sonrió.

—Ah, entonces quizás eres un viejo cliente. ¿Las frecuentabas? Era un arreglo bastante decente, ¿no? *A nice little set up*, como dirían los norteamericanos.

—Precisamente, muy bien pensado. Igual que las excursiones de caza de los viejos tiempos —respondió Thomas cortésmente.

Arkan se palmeó el muslo.

—Sí, qué tiempos aquellos, ay, ay —dijo riendo—. Nada los ha superado, joder, qué juergas.

—He escuchado que todo el mundo pasó por ahí.

—Bueno, los que importaban, los VIP.

—Se dice que hasta el rey —dijo Thomas guiñando un ojo.

Arkan sonrió.

—No puedo pronunciarme al respecto, ni tampoco sobre el tamaño de su miembro —agregó Arkan soltando una risilla.

Thomas rio automáticamente mientras sacaba la foto de Masja de su bolsillo discretamente.

—Tienes humor, Arkan, tengo que concederte eso. Aunque quisiera volver a mi búsqueda —dijo colocando la imagen frente a Arkan—. Necesito encontrar a esta chica.

Arkan miró la imagen de reojo. Entrecerró los ojos nerviosamente antes de desviar la mirada.

—No la he visto en mi vida.

—¿Estás seguro? —dijo Thomas golpeando la imagen suavemente con la yema del índice para que Arkan mirara de nuevo.

—Totalmente seguro —respondió, pero su voz temblaba.

Thomas lo miró directamente a los ojos.

—Se llama Masja y su madre la echa de menos.

Arkan apretó los labios.

—La chica cuenta con la fortuna de tener a alguien en su vida que la eche de menos. Mírame a mí, estoy aquí solo, nadie me visita. Completamente olvidado por el mundo exterior. Eres el primero que ha venido a visitarme en mucho tiempo.

—Masja fue vendida a un hombre llamado Slavros hace unos dos años. Sé que has colaborado con él.

—¿Eres de la policía? —exclamó Arkan alejándose de la mesa—. ¿Lo eres?

Thomas ignoró su pregunta.

—No hay necesidad de serle fiel al hombre que te encerró aquí. ¿Acaso no tengo razón? ¿No comiste mierda por los dos a causa del incidente de la

estación de tren?

Arkan se cruzó de brazos en silencio.

—¿Por qué no ha pasado Slavros por aquí para darte las gracias? —agregó Thomas.

—¿Es esto uno de esos patéticos intentos de la policía sueca para que les entregue a Slavros? ¡Joder! —dijo levantándose—. ¿De verdad se han creído que un madero danés me doblaría y haría de mí un soplón?

—Siéntate, Arkan, no he terminado.

—Pues yo sí, quiero volver a mi celda.

—¡Siéntate!

Arkan lo miró pasmado y se sentó lentamente.

—Gracias —respondió Thomas muy tranquilo—. De verdad, solo estoy ayudando a la madre de la chica. No podría importarme menos lo que tú y Slavros hayáis hecho, esa no es la razón por la que estoy aquí. Necesito encontrarla, eso es todo.

—Pero eres policía, ¿no?

—Sí, pero estoy de baja indefinida y sin planes de volver. Algunos me llamarían desempleado, pronto acabaré en el paro recibiendo asistencia social —dijo con una sonrisa que ofrecía complicidad mutua.

—¿Por qué te importa tanto esa chica? ¿Te la follaste?

—Ni siquiera la he visto en persona.

—Entonces te follaste a la madre —agregó Arkan.

—Apenas conozco a la señora. Uno de mis amigos me la presentó con todos sus *problemas*.

—Un expolicía con un corazón que sangra por los débiles —se quejó Arkan—. Y pensé que era yo el patético.

Thomas se reclinó en la silla.

—Arkan, ayúdame. Cuanto más rápido la encuentre, más rápido podré volver a Copenhague.

—¿A casa con la familia? ¿Al calor del hogar con tus hijos y tu mujer?

—No, tú mismo lo has dicho, las mujeres no son de fiar. Quiero volver con mi perro, me echa de menos.

Arkan levantó las cejas.

—¿Qué clase de perro tienes?

—Un caniche, un *poodle*… —mintió Thomas—. No sé cómo se dice en sueco.

—*Poodle* —lo interrumpió Arkan—. ¿Qué edad tiene?

—Dos años, se llama Møffe.

—Aún un cachorro, bueno, algo así.

—Todavía se comporta como si lo fuera.

—Yo también tuve un *poodle*. Bueno, muchos, pero Pelle, el último, fue algo especial.

Thomas sonrió.

—¿Dónde está Pelle ahora?

—Lo mataron, lo durmieron cuando me encerraron aquí. —Miró al aire tristemente—. Y se atreven a decir que la pena de muerte no existe en Suecia.

—Pobre Pelle —agregó Thomas cogiendo la foto de Masja para guardársela en el bolsillo—. Si de verdad no la conoces, pues no hay nada que hacerle. Lamento haberte hecho perder tu tiempo. Fue un placer, Arkan.

Arkan fue arrancado de su ensimismamiento.

—No hay razón para que Møffe siga solo en casa innecesariamente.

—¿Qué quieres decir?

—La chica, ahora la recuerdo. Creo que tenía otro nombre, pero casi estoy seguro de que la vi alguna vez.

—Vale, ¿dónde? ¿Hace cuánto?

—Da igual, está muerta —agregó Arkan.

—¿Muerta? ¿Estás totalmente seguro?

Arkan asintió.

—Préstame atención: dadas las circunstancias y por motivos obvios, si lo que te voy a decir llega a otros oídos, negaré que esta conversación haya tenido lugar, ¿vale?

—Por supuesto. Pero necesito volver a casa con un poco de información, lo que sea.

—La chavala trabajó en uno de mis soláriums, aunque yo nunca la vi en mis centros —dijo desviando la mirada—. La chica intentó robar las ganancias de varios días, era muchísimo dinero y, bueno, como Slavros era

responsable de ella, el castigo corrió por su cuenta. Quería darles una lección a las demás jovencitas.

—¿Entonces la asesinó?

Arkan titubeó.

—No, a ella no, hizo algo mucho peor.

—¿Qué es peor que la muerte?

—Slavros la envió a Arizona.

—¿A los Estados Unidos?

—¡Pero qué dices! Me refiero al mercado Arizona. Es una zona al norte de Rinkeby y Hjulsta; hasta la policía prefiere mantenerse al margen de ese sitio. Su nombre se debe al modelo yugoslavo.

—Vas a tener que explicármelo un poco más.

—En la época en que la guerra civil arrasó los Balcanes, existía una zona donde las fronteras colindaban. Era una pequeña franja neutral, de dimensiones no mayores a tres campos de fútbol. En esa parcela ocurría un animado comercio, un mercado negro, entre las partes en conflicto. Se podía conseguir de todo: caviar, licor, armas, drogas, mujeres, piezas de reservas, jamón en lata. Claro, eso si tenías suficiente dinero. Cuando la guerra terminó, la franja fue arrasada por las fuerzas de la OTAN. Sin embargo, la red ya estaba formada y sobrevivió. Serbios, croatas, rumanos, rusos, turcos —dijo señalándose a sí mismo—. Aún cooperamos entre nosotros. Además, se han formado vínculos con otras nacionalidades a lo largo de los años. Hoy todas las grandes ciudades europeas tienen su mercado Arizona: Londres, París, Berlín, Estocolmo… Desde ahí se envían bienes robados a otros países y se meten personas de contrabando para ser revendidas en subastas. Grandes cantidades de armas y drogas cambian de manos en esas franjas. Se dice que los robos más grandes de Escandinavia han sido fraguados en Arizona.

—¿Y qué cojones hace Masja en ese lugar?

—El mercado Arizona es un infierno, pero incluso en los infiernos los malditos necesitan esparcirse. Slavros tiene un burdel allí. De glamuroso no tiene nada y la palabra *repugnante* está lejos de describirlo. El local de Slavros es un puticlub para psicópatas.

—¿Y Masja trabaja ahí?

—*Trabajaba.* Eso pasó hace mucho, nadie aguanta más de unos meses en Arizona. Ha desaparecido, créeme, ha sido borrada.

46.

Mercado Arizona

El síndrome de abstinencia le dificultaba estabilizar el bolígrafo y Masja tuvo que sujetarlo con todas sus fuerzas. Las letras que trazaba parecían cinceladas en el papel de la libreta. Metida en un camisón inmundo, se acurrucó en el catre estrecho debajo de la lámpara de pared. La bombilla débil era la única fuente de luz dentro de ese cuarto oscuro y claustrofóbico. Aparte del catre, solo tenía espacio para el diminuto lavabo que estaba instalado en un rincón. Apestaba a orina, la suya y la de los clientes, ya que también lo utilizaban. Las paredes, delgadas como el papel, no amortiguaban los gritos y el tumulto que provenía de las habitaciones contiguas. Masja se había acostumbrado al alboroto; era parte de la vida diaria en ese inmundo burdel. Se tapó una oreja para concentrarse mejor y esperó que el escándalo cesara pronto.

"2011, supongo. No tengo idea de la estación del año. He perdido la noción del tiempo, porque aquí el tiempo da igual. Medimos la vida por la cantidad de suplicios entre sueño y sueño. Un sueño que jamás es largo y siempre es interrumpido. No había escrito una línea desde que Slavros me arrastró a este cuartucho repugnante. La vida de antes es como una visión extraña, algo que alguien me contó. Ya no recuerdo los colores, aquí todo es gris y opaco. Me es difícil recordar la música, ya que solo escucho gritos. Es difícil recordar palabras, ya que solo escucho gemidos, gemidos en todo tipo de lenguas. Yo he enmudecido. Durante los primeros días hablaba con las otras chicas a través de las delgadas paredes, pero ya no lo hago más. No tiene sentido. ¿Sobre qué hablar? ¿Sobre qué soñar? ¿Con qué podríamos consolarnos? Aquí la esperanza no existe. Las cicatrices en mis

muñecas cuentan mi historia. Intenté escaparme, pero lograron detener mi fuga con vendas. Me vigilan y controlan cuando no estoy con los clientes. Protegen su inversión… Mamá, si me vieras, no me reconocerías. Yo misma vacilo al ver mi reflejo. La heroína que me suministran me ha dejado con las mejillas caídas y los dientes flojos, y se ha encargado de succionar las formas y curvas que mi cuerpo tenía. Soy un caparazón, un saco flácido. Al menos el caballo amortigua el dolor que me infligen los clientes. El burdel atraviesa una época de oro, trabajamos como las esclavas que somos. Es como si la pasma hubiera encauzado a los toros más enfermos de las calles de Estocolmo hacia nosotras."

Un rasgado en la cerradura, luego una llave. Masja cerró su cuaderno inmediatamente y lo escondió debajo del colchón. Solo alcanzó a preguntarse cuántos toros atendería una vez que se abriera la puerta. En el umbral apareció un tipo enjuto de pantalones holgados y sudadera. Era Kemal, uno de los empleados que realizaba todo tipo de tareas para Slavros. El sujeto arrojó un bocadillo envuelto en papel film.

—Come —le dijo.

Masja cogió el bocadillo. Era igual todos los días: galletas, Twix, bocadillos, pastillas. Sospechaba que los lacayos robaban productos del chino junto a la línea T para quedarse el dinero que Slavros les pasaba para la compra.

Kemal hurgó en su bolsillo y sacó una bolita de papel aluminio.

—Toma, yonqui —dijo arrojándola hacia ella.

Masja fracasó en su intento por atraparlo en el aire y, en cuanto cayó al suelo, lo levantó con movimientos precipitados.

Kemal sonrió.

—Tienes hambre, ¿o qué?

—Kemal, necesito uno más.

Negó con la cabeza lánguidamente.

—Ya sabes cómo son las cosas —respondió él.

Ella extendió su mano esquelética para mostrarle cómo temblaba.

—La última dosis que me diste era una basura totalmente rebajada, así que ahora me vas a dar una más y así evitamos que los clientes se quejen.

Él se asomó rápidamente al pasillo y luego miró a Masja.

—¿Y qué me vas a dar a cambio?

Habían transcurrido diez minutos desde que Kemal se había ido. Masja se levantó de la cama y se puso su camisón de noche. Colocó las dos bolitas de papel aluminio en el suelo junto al bocadillo. Aguzó su atención para investigar si Kemal seguía en el pasillo y, al no escuchar nada, apartó la cama de la pared. Se agachó y tras palpar un poco, tiró del panel del muro para descubrir un orificio del tamaño de una caja de cerillas. Luego cogió las diez bolitas de papel aluminio que había ocultado en el escondite. En seguida sacó los utensilios para administrarse la sustancia, encendió una vela, extendió un trozo de aluminio sobre el que colocó las doce dosis y comenzó a cocer la heroína.

Había necesitado de toda su fuerza de voluntad para reunir esa cantidad. Su cuerpo le había exigido la sustancia a gritos y la hizo pasear frente a las puertas del desquicio. Además, había tenido que soportar las peticiones perversas de esos brutos a la par que los síntomas de la abstinencia. Pero, finalmente, la dosis que había juntado soportando todo tipo de suplicios sería su salida. La aguja succionó la oscura sustancia hervida, y Masja se ató la manguera de goma alrededor del brazo para luego palpar y encontrar una vena. Clavó la aguja y presionó el émbolo hasta el fondo.

El subidón fue inmediato. La habitación se desmoronó y ella, arqueando la espalda deliciosamente, se hundió en la cama exhalando un gemido. Sintió que una calidez recorría su cuerpo y vio una luz titilar ante sus ojos. Fue transportada a un lugar lejano, cada vez más cercano a la luz. La luminosidad provenía de un sol blanco y helado que se alzaba detrás de una fila de árboles deshojados que crecían a lo largo de una autopista, por la que Masja transitaba apaciblemente. Estaba recostada en el asiento del copiloto de un coche enorme, con los pies en el salpicadero y la cabeza apoyada en el hombro del conductor. Del retrovisor pendía un Wunderbaum y experimentó un vértigo dulce al observar las ondulaciones del ambientador. Intentó levantar el cuello para ver el rostro del conductor, pero su cabeza

pesaba demasiado y, aunque convocó todas sus fuerzas, le fue imposible incorporarse. Al final se rindió y, despreocupada, se entregó a la contemplación del paisaje de árboles y sol bajo, que se iba desdibujando detrás del horizonte ante una tiniebla que engullía todo a su paso.

Masja abrió los ojos. Slavros estaba encima de ella con una jeringuilla de adrenalina en la mano. Su fuga había terminado. Cesó de golpe, como si el coche de su visión se hubiera estrellado violentamente contra uno de los árboles. Masja tomó una bocanada de aire y sintió que su cuerpo estaba hecho de puro dolor, como si estuviera desollada.

—Bienvenida a tu pesadilla —gruñó él—. Nos ha costado despertarte.

Masja se alejó inmediatamente de Slavros y se replegó en una esquina. Detrás de Slavros estaban dos hombres y Kemal, que sangraba de la nariz. Masja intuyó que la lesión era obra de Slavros. Debieron haber sido momentos ajetreados: romper una nariz, conseguir la inyección de adrenalina y revivir a Masja. Slavros se secó el sudor de la frente.

—¿Realmente pensaste que te escaparías así como así? —dijo arrojando la jeringa—. Te vas a ir cuando yo te lo permita, ni un segundo antes ni uno después. —La miró brevemente e hizo una mueca sardónica—. Tienes un aspecto de mierda, ya ni siquiera te aseas.

Ella bajó la mirada y descubrió unas manchas en el colchón y en su camisón.

—Fuiste muy guapa en otros tiempos, tenías algo difícil de nombrar, incluso parecías un ángel. Ya ni siquiera eres una buena inversión, generas más gastos que ganancias, ¿comprendes?

—Pues déjame morir, joder.

—Todo en su debido momento —dijo pasándose una mano por la perilla —. Es impresionante que hayas aguantado tanto tiempo en este infierno, te estás convirtiendo en un experimento interesante.

Slavros se agachó para tomar el pequeño neceser donde ella guardaba sus utensilios y metió las agujas, el mechero y los demás objetos.

—Tengo la impresión de que no necesito despilfarrar más caballoen ti, viendo que te las arreglaste muy bien sin usarlo.

—Slavros, te lo ruego —dijo ella tomando el brazo de Slavros.

Él tiró de su brazo para hacerla callar.

—Es demasiado tarde para ruegos, ya sean para Slavros, para Dios o para cualquier objeto de tu fe, ¿entiendes? Nadie puede escucharte, ya ni siquiera existes.

47.

Estocolmo, 2013

Thomas atravesó la recepción para ascender por la escalera que conducía a la segunda planta, donde se encontraba el departamento de investigación de la Policía Nacional sueca. Estaba empapado, ya que la lluvia lo había atrapado al salir de la estación de metro. Muchos policías habían terminado su jornada, por lo que tuvo que apartarse a un lado para cederles el paso mientras subía por las escaleras. Más de uno lo miró con desconfianza, como si quisieran descifrar la razón por la que ese sujeto mojado y desaliñado se encontraba en el corazón del aparato de seguridad nacional y no en una sala de detención.

Thomas, falto de aliento, entró a la oficina donde solo quedaban dos oficiales. Uno era Karl Luger, que estaba de pie ante su escritorio, con el abrigo ya puesto, guardando algunos expedientes en su maletín de cuero marrón.

—Te alcancé —dijo Thomas acercándose.

Karl volteó sorprendido.

—¿Ravn? ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?

Thomas se aclaró la garganta.

—Enseñé mi carné en la recepción y dije que tenía una cita contigo.

—Pero no tenemos una cita…

—Bueno, más bien se trata de un parte. Supuse que te interesaría conocer los detalles de mi cita con Arkan.

—Aunque también podrías haber llamado —respondió Karl secamente cerrando su maletín.

—¿Aún tenéis las grabaciones del andén del día en que la prostituta falleció?

—No, no lo creo. ¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que la otra mujer era Masja.

—¿Te lo ha dicho Arkan? —preguntó Lindgren desde su escritorio.

—Me lo ha dicho entre líneas —agregó Thomas mirándolo brevemente antes de volverse a Karl—. ¿Quién tiene las grabaciones?

—Escucha —dijo Karl sacando sus guantes de cuero del bolsillo de su abrigo—. Las revisamos en el cuarto de vigilancia de la estación de tren. Desafortunadamente estoy bastante seguro de que ya las deben de haber borrado para realizar otras grabaciones.

—¿No las habéis confiscado?

—No —respondió Lindgren sin levantar la mirada de su ordenador—. Jamás se presentaron cargos.

—Y, aunque Masja figure en las grabaciones, eso tampoco demuestra nada —agregó Karl.

—Demuestra que estaba viva en esa fecha, que estuvo en Estocolmo y que probablemente tuvo contacto con Slavros.

—Todo eso pasó hace más de dos años —dijo Karl.

—Aun así —respondió Thomas mirando a Karl, sin comprender su reticencia—. Arkan me dio el nombre del lugar donde Masja pudo haber desaparecido.

—Ah, ¿dónde?

—En un sitio conocido como el mercado Arizona, un área donde…

—Sí, gracias, conozco el lugar y, aunque Arkan estuviera diciendo la verdad, han transcurrido varios años.

—Está diciendo la verdad. Me describió con lujo de detalles el ambiente de prostitución de ese sitio y dejó claro que la vida de Masja corre peligro.

—No sabía que hubiera prostitución en Arizona —dijo Karl mirando a Lindgren.

Lindgren despegó la mirada de la pantalla y negó con un movimiento de cabeza.

—Yo tampoco lo sabía. Aunque no me sorprende, Arizona es una maldita pocilga.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —preguntó Thomas agitando los brazos—. ¿Por qué no salimos a explorar el terreno? —dijo señalando la puerta sugiriendo *ahora mismo*, lo que provocó una sonrisa muda en Karl.

—Visitamos Arizona esporádicamente y solo en casos absolutamente necesarios. Generalmente, bajo una fuerte presión política.

—Esto podría ser algo grande —intentó Thomas.

Karl lo ignoró.

—Jamás ponemos un pie allí sin el apoyo de la Policía Nacional, con un despliegue mínimo de un centenar y medio de hombres en equipo de batalla. Eso sin contar los gases lacrimógenos, porras y perros. Después nos vemos obligados a pasear por Rinkeby, Hjulsta y los demás suburbios para apagar los contenedores quemados y probablemente para pelear con las bandas locales que se sienten estranguladas. Estuvimos una semana intentando calmar los ánimos la última vez, lo que equivale a seis mil horas laborales.

—Tenía en mente algo distinto: una expedición, tú y yo solos, sin corbatas ni maletines de funcionario —dijo Thomas señalando los objetos aludidos.

Una risilla se escapó de Lindgren, aunque Thomas se dio cuenta con el rabillo del ojo.

—Ravn, mis días en el campo terminaron hace mucho —respondió Karl.

—Suenas como alguien que está completamente cansado —intentó Thomas con una sonrisa.

—No, solo estoy siendo realista. De hecho, atrapamos más alimañas mediante los ordenadores que cuando merodeábamos las calles. ¿No es así, Lindgren?

—Como si fueran videojuegos —respondió Lindgren riendo—. Y tenemos la puntuación más alta.

—A mí me dan igual los criminales, solo quiero encontrar a la chica —dijo Thomas y sacó el mapa de Estocolmo de su bolsillo—. ¿Al menos podrías indicarme cómo llegar a ese sitio?

Karl lo miró con escepticismo y frunció el ceño.

—¿De verdad vas a ir?

—Sí, hostia.

—Pues que lo disfrutes —dijo Lindgren con sarcasmo.

Karl miró el mapa con una cortesía no del todo sincera.

—Es esta zona —respondió con cierto enfado—. Un poco más lejos, debes ir al otro extremo de Rinkeby y Hjulsta, más allá de los vertederos y desguaces. Si mal no recuerdo, la línea T te deja cerca. Francamente, te aconsejo que no te pares en esa zona.

Thomas dobló el mapa y se lo metió en el bolsillo.

—¿Los vertederos? ¿Son los mismos donde han encontrado a las chicas disecadas?

—Sí, ¿por qué?

—¿No existe ninguna relación entre Arizona y esos casos?

—Hasta ahora no hay ningún indicio. Ravn, de verdad debo irme. Se me ha hecho tarde y tengo que llevar a Louisa a su clase de baile.

—Pero cabe la posibilidad de que estén relacionados.

—No, no hay nada que los conecte. Esos casos han sido investigados más que el asesinato de Olof Palme.

—Que, por cierto, sigue sin haberse resuelto —dijo Thomas sonriendo.

—Vale, fue un mal ejemplo, pero, como ya te he dicho, no hay motivo para sospechar que el asesino tenga algo que ver con Arizona.

—¿Qué hay de las víctimas? ¿Tienen algún perfil específico?

Karl miró su reloj.

—Todas caucásicas, jóvenes entre los dieciocho y veinte años; ni sus huellas digitales ni su ADN nos han ofrecido algo útil. Hemos colaborado con la Europol, pero aun así no hemos logrado identificarlas.

—Me voy. Hasta mañana —dijo Lindgren levantándose de su silla y Karl, impaciente, se despidió con un movimiento de cabeza.

—¿Alguna idea de por qué el asesino pinta a los cadáveres de blanco? —preguntó Ravn.

—No los pinta, los blanquea con cal —agregó Lindgren tomando su abrigo largo—. Es más, no se puede hablar de cadáveres, al menos no en el sentido habitual de la palabra.

—¿Qué quieres decir con eso?

Lindgren guardó silencio y miró a Karl como si ya hubiese dicho más de la cuenta.

—El perpetrador desuella a las víctimas, luego curte la piel y las diseca —dijo Karl—. Al parecer, sus presas provienen de los círculos de

prostitución, chicas a las que nadie echa de menos.

—Según Arkan, Arizona está lleno de ese tipo de mujeres —dijo Ravn.

—Como ya te dije, no hemos encontrado prostitutas en ninguna de nuestras redadas, quizás Arkan te tomó el pelo.

—Es posible, aunque lo dudo; fue convincente. ¿Qué posibilidad existe de que Masja esté entre las víctimas?

—No… Bueno, quizás, pero solo hipotéticamente, si consideramos que los asesinatos sucedieron en el periodo en que ella residía en el país y si concedemos que haya sido parte de una red de prostitución.

—¿Tenéis imágenes de las víctimas?

—Es información clasificada —respondió Lindgren.

—No me jodas, cómo de clasificada puede ser si la prensa las ha exhibido por todas partes. —Thomas le sonrió a Karl—. Venga, Karl, déjame echarle un vistazo al archivo.

—Ravn, por enésima vez, tengo que irme o llegaré tarde a recoger a mi hija.

—¡Al menos tienes una hija a quien decepcionar! —La voz de Thomas retumbó por todo el local y sobresaltó a ambos oficiales. Thomas se disculpó con un gesto—. Perdonad mi arrebato. Lo único que quiero es encontrar a Masja, regresársela a su madre y entregaros a Slavros en bandeja de plata. Claro, además de fomentar la colaboración intraescandinava —agregó sonriéndole a los dos.

Ninguno de los oficiales le devolvió la sonrisa.

—Después de tu visita anterior llamé a la policía danesa —agregó Karl —. Hablé con el inspector Brask, tu superior. Me dijo que estás de baja por incapacidad.

Thomas se rascó el pelo.

—¿Te contó el motivo?

—Mencionó algo sobre asuntos personales, estrés. Quizás sea momento de volver a casa en lugar de seguir buscando a esa niña. Estoy seguro de que tu familia te echa de menos, tanto como la mía a mí en este momento.

Thomas se mordió el interior de la mejilla.

—Enséñame las fotos y te dejaré en paz.

Karl negó con la cabeza y dejó el maletín en el escritorio, luego se acercó a la estantería detrás del escritorio de Lindgren y sacó un par de expedientes. Los examinó ágilmente y encontró la carpeta con las fotos forenses. Fue colocando una al lado de la otra sobre el escritorio. Era una baraja maldita.

—Ignora las primeras dos víctimas, fueron asesinadas en el 2009.

Thomas observó los cuerpos blanqueados capturados por las imágenes, las expresiones martirizadas eran casi idénticas, como si las mujeres fueran mellizas.

—Parecen estatuas —comentó Thomas.

—La prensa las bautizó como "los ángeles blancos"—mencionó Lindgren.

—Una, entre muchas teorías, sugiere que el asesino está motivado por un odio extremo hacia las mujeres y que por tal razón las profana para luego desecharlas en los vertederos —dijo Karl.

—¿Cómo les quita la vida?

—Nuestra hipótesis es que las envenena por vía intravenosa, usando un catéter que fija a la ingle de las víctimas. —Lindgren señaló la marca de un pinchazo en dos primeros planos—. Los forenses han encontrado rastros de peróxido de hidrógeno, formalina, glicerina, zinc y ácido clorhídrico. Un cóctel letal.

—Parece sofisticado. ¿Alguna pista?

—Muchas de esas sustancias son comúnmente usadas en la taxidermia y el embalsamamiento de cadáveres —respondió Karl.

Thomas cogió una imagen para estudiarla de cerca.

—¿Pero no acabáis de mencionar que el homicida las diseca y solo utiliza la piel curtida de las víctimas?

—Sí.

—Entonces las sustancias para conservarlas no serían necesarias.

—Es cierto, pero aún no hemos dado con la razón por la cual las mata de esa manera. Quizás se trate de una persona profundamente perturbada.

—¿Tenéis algún sospechoso?

Karl negó con la cabeza.

—Desafortunadamente, no. Ya hemos entrevistado a casi todos los taxidermistas del reino.

—E incluso a algunos patólogos —añadió Lindgren—. Lo cual tampoco nos encauzó en la dirección del asesino.

—Y Slavros, ¿creéis que padece algún tipo de trastorno así?

—Como ya te he dicho, hasta ahora no hemos encontrado ninguna conexión entre Arizona, los cuerpos de las víctimas y Slavros —dijo Karl mirando las fotografías—. ¿Está Masja entre ellas?

—No, afortunadamente no —respondió Thomas.

—Ravn, ya no puedo demorarme más —dijo Karl y comenzó a guardar las fotos.

—Gracias por tu ayuda —respondió Thomas—. Nos vemos.

—Buen viaje de vuelta a Copenhague —agregó Karl con un movimiento de cabeza.

Sus palabras, más que una despedida, parecían una orden.

48.

Mercado Arizona

Masja abrió los ojos. El cuarto estaba totalmente oscuro. No sabía cuánto tiempo llevaba dormida, ¿unos pocos minutos, treinta o quizás varias horas? En ese sitio el tiempo no existía. Tenía el presentimiento de que algo se había inmiscuido en su habitación, como si algo flotara sobre ella. Se replegó contra la esquina con el cuerpo tenso. Normalmente escuchaba a los toros a lo lejos, los presentía antes de que entraran e inmediatamente apagaba cualquier emoción antes de que se montaran sobre ella. Buscó el interruptor a tientas para encender la lámpara de pared, pero no ocurrió nada cuando la encendió.

—Supongo que no funciona, lo intenté hace un rato—dijo una voz en la oscuridad. Sintió una presencia sentarse en la cama y Masja se alejó inmediatamente—. Por mí está bien, no tengo nada en contra de las tinieblas, al contrario, me sientan bien.

—Pues dejemos la luz apagada —respondió ella.

El síndrome de abstinencia le provocaba unas sacudidas incontrolables. No podía esperar a que la visita terminara y el toro se esfumara de su habitación.

—¿No te vas a desvestir? —preguntó Masja.

—Por ahora solo voy a sentarme un rato. Si te parece, claro —respondió él.

—Haz lo que quieras —respondió ella castañeando los dientes.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Puedo ir a buscar agua.

—Gracias, pero no, no creo que el agua me ayude.

—Tengo un par de Valium y puedo ofrecerte un trago de mi petaca.

—¿Petaca? —preguntó. Le pareció una palabra inusual.

Intentó ver en la oscuridad, pero era como si el hombre fuese solo una penumbra en el muro.

—No me iría mal un trago de algo que me reponga las fuerzas.

El sujeto sacó las píldoras y se las extendió. Masja alcanzó a percibir el aroma cítrico de su loción. Lo normal era que los toros apestaran a alcohol y tabaco, a veces a vómito o algo aún peor. Se tragó las pastillas y las hizo bajar con un trago de brandi de la petaca forrada en cuero que el hombre le ofreció.

—Creo que me lo he bebido casi todo, perdona —dijo al devolverle el frasco—. Estaba bueno.

—No pasa nada, no te preocupes —respondió él.

Ella tosió violentamente y el hombre le dio unas suaves palmadas en la espalda.

—Pareces extenuada.

—No recuerdo la última vez que me sentí bien.

Él inhaló profundamente y exhaló.

—Debe ser la maldita humedad que hay aquí, las esporas de moho se meten directamente en los pulmones —explicó.

—Creo que el aire es el menor de mis problemas —dijo Masja sorbiendo.

—¿Usas protección? Perdona si la pregunta es inapropiada.

—Está bien. Sí, bueno, al menos lo intento.

El hombro cogió el brazo de Masja cuidadosamente. Creyó que tomaría su mano, pero luego sintió un pulgar en su muñeca.

—¿Qué estás haciendo?

—Intento tomarte el pulso, es bastante débil. Si me muestras la espalda puedo intentar escuchar tus pulmones.

—¿Eres médico?

—No —dijo tomando los hombros de Masja y la hizo girar suavemente para que quedara de espaldas a él.

—Por favor, toma un par de inhalaciones profundas —dijo y colocó su oído en la espalda de Masja.

Ella tosió con fuerza al intentar tomar aire.

—No me sorprendería que tuvieras una infección en los pulmones o quizás tuberculosis. ¿Has tosido sangre?

—Constantemente —respondió ella.

Entonces palpó sus brazos, exploró sus senos enflaquecidos y las piernas enjutas. No la tocaba como los toros que se la follaban, su tacto era clínico.

—¿Qué marca tu IMC?

—¿IMC?

—Índice de masa corporal. Estimo que tu porcentaje de grasa está por debajo del diez por ciento. ¿Qué sueles comer?

—Ya ni siquiera lo sé —dijo encogiéndose de hombros—. Un bocadillo de vez en cuando, cualquier chuchería, lo que me den. No se puede decir que *me alimente*. Dime, ¿has estado antes aquí?

—Es importante que ingieras líquidos. Bebe abundante agua, es vital que te mantengas hidratada.

—¿Te piensas que soy una planta? —dijo ella con una risilla. El brandi y los Valiums la habían aligerado.

Masja se inclinó para ver al hombre, pero la oscuridad ocultaba su rostro.

—Te he preguntado si ya habías estado por aquí —dijo dándole una palmadita en el pecho.

—No, ¿hace cuánto tiempo que empezaste a reducir tu consumo?

—¿Reducir mi consumo? —dijo y soltó otra risilla—. Me lo cortaron de un solo tajo.

—Bien, ¿cuánto hace de eso?

—No he tocado nada en días, creo. ¿Dónde nos hemos visto antes? Estoy segura de que te he visto antes, ¿fue en el Key Club?

—Jamás he estado en ese sitio. Entonces, ¿hace solo unos días? —Había un dejo de decepción en su voz—. Es una pena, aún falta tiempo.

—¿Tiempo? ¿De qué estás hablando?

—Tiempo para que el síndrome de abstinencia desaparezca y tu cuerpo deje de temblar espasmódicamente.

—Pues yo siento que falta una eternidad. ¿A qué viene todo esto?

—Perjudica el proceso —dijo poniéndose de pie.

—¿De qué hablas? ¿Qué proceso? Dime de una vez, ¿dónde nos hemos visto? Reconozco tu voz.

—Impresionante que te acuerdes, lo tomaré como un cumplido.

Ella intentó encender la luz de nuevo. Ajustó la bombilla pensando que estaba floja, pero la lámpara no se encendió.

—Dime, ¿de dónde nos conocemos? —insistió Masja.

—Navidad del año pasado. Malmskillnadsgatan, hacía un frío terrible.

—Siempre hacía frío en *Malmen.*

—Llevo esperado a una jovencita como tú desde hace tiempo. Busqué por todas partes y de repente te vi ahí, brillando entre todo lo demás. No podía quitarte los ojos de encima. Si no recuerdo mal, estuve aparcado casi dos horas mirándote. Nunca había sido tan descuidado ni tan imprudente. Al final te acercaste, creo que te costó reunir el coraje. Supongo que habías pasado demasiado tiempo en ese frío inclemente y tenías que arriesgarte. Te acercaste a mi coche y asomaste la cabeza por la ventana. Charlamos, pero fue un intercambio muy breve.

—¿Qué coche conducías? —preguntó ella con la voz entrecortada.

—Sabía que no estabas lista. Aún tenías demasiada grasa, además de que tu conducta era demasiado desafiante. ¿Recuerdas? Te dije que volvería, que tenías potencial, que no eras un ángel caído.

—¡Respóndeme! ¿Qué coche?

—Un Mercedes SEL.

—¿Negro?

—Exacto. Modelo 1972, un verdadero clásico. ¿Te acuerdas?

Ella arrinconó contra la esquina más alejada de la cama y cerró las manos.

—No me toques, si me pasa algo, Slavros te mata.

—¿Estás segura?

—No deja que nadie dañe sus… inversiones. Eres hombre muerto.

—Sinceramente, ¿no se te ha pasado por la cabeza que el mismo Slavros me invocó, que fue él quien me hizo salir de la penumbra?

Masja no respondió y ni siquiera lograba respirar.

—Nos veremos una vez que se te pase el síndrome de abstinencia. Recuerda beber suficiente agua para conservar tu piel flexible y dócil. Es

muy importante, hasta podría decirse que es esencial para el proceso.

El sujeto se dirigió a la puerta y abrió la cerradura. Ningún toro tenía llave; quizás eso era una prueba de que estaba diciendo la verdad. Slavros le había concedido acceso, quería deshacerse de ella. El hombre salió y, cuando quedó bajo la luz débil del pasillo, Masja vislumbró su pelo oscuro e impecable traje gris. Le echó el cerrojo a la puerta antes de irse.

49.

Estocolmo, 2013

Eran las once y media de la noche. Thomas se encontraba en el último vagón de la línea T, y Hjulsta era la estación final. Exceptuando a los tres inmigrantes somalíes, vestidos como raperos con gorras coloridas, no había nadie más. Uno de los muchachos hacía *tags* en la pared con rotulador negro y los otros dos, sentados, fumaban y escuchaban música con sus cascos blancos. Ocasionalmente lanzaban una mirada a Thomas: marcaban territorio, ya que ese era su tren, su reino. A pesar de la hostilidad percibida, fue la primera vez que Thomas se sintió como en casa desde que había aterrizado en Estocolmo. Era como si la ciudad finalmente lo hubiera acogido, en ese vagón con olor a meado que rasgaba la noche a más de ciento diez kilómetros por hora. El contexto le recordó a los viejos tiempos, cuando él y Mikkel patrullaban de civil, aparentando ser dos tipos normales, sin afeitar y con capuchas cubriéndoles la cabeza, cuando en realidad cazaban a la escoria. En esas misiones, uno no era dueñode la calle, uno era la calle misma. Era consciente de que esas emociones podían ser una ilusión de seguridad, una falsedad que urdía en el tránsito hacia Arizona, pero al menos se sentía bien.

Los frenos chirriaron y el tren disminuyó de velocidad al aproximarse a la estación de Rinkeby. Los chavales se pusieron de pie y caminaron perezosamente hacia la puerta. El que dibujaba los *tags* miró brevemente a Thomas y le apuntó con el rotulador. Las puertas se abrieron, pero antes de bajar, el chico hizo como si disparara un arma. Thomas ni siquiera parpadeó.

Thomas permaneció en el tren. Todavía pasarían por la estación de Tensta antes de alcanzar la parada final, Hjulsta. Cuando finalmente llegó, Thomas se apeó y echó una mirada alrededor. La estación quedaba justo en

medio de una zona de bloques de apartamentos y la plaza frente a los edificios bullía de vida. Thomas se echó a andar junto a una galería comercial con fruterías y restaurantes de asados. Los comercios seguían abiertos a pesar de que era tarde. De acuerdo con las instrucciones de Karl, tenía que avanzar un poco más hacia Tenstavägen, para luego pasar por el puente peatonal que atravesaba los campos de cultivo y conectaba con un área industrial.

Habían transcurrido veinticinco minutos desde su llegada a Hjulsta. Thomas estaba a punto de llegar a un cercado hacia la terminal de mercancía de Schenker. El viento soplaba con fuerza y el frío calaba los huesos. Algo le decía que debería haberse desviado antes; estaba enfadado por no haberle pedido a Karl direcciones más precisas. Tras meditarlo un poco decidió continuar por la calle oscura. Poco después pasó junto a una verja de dos metros que cerraba la entrada de un vertedero. Un par de reflectores iluminaban las montañas de metal descartado que se estiraban hacia el cielo nocturno. Seguramente habían encontrado a las jóvenes asesinadas en un área similar. Se quedó quieto observando el panorama un momento, hasta que dos feroces perros guardianes se abalanzaron hacia él ladrando. Saltaban agresivamente contra la cerca y, en un acto reflejo, Thomas retrocedió unos pasos.

Deshacerse de un cadáver en un sitio así no podía ser una tarea sencilla, ni que decir de seis, pensó. Era plausible suponer que el homicida conocía la zona en detalle o que su rutina cotidiana transcurría en ese lugar. Si hubiera llevado el caso, no habría despilfarrado el tiempo interrogando taxidermistas: hubiera buscado al asesino entre las personas familiarizadas con los desguaces, hubiera ido tras un sospechoso que se sintiera seguro en los barrios bajos. Un sujeto que disfrutara encontrando a sus presas en las zonas marginales, que seguramente despellejaba y disecaba a sus víctimas en un garaje de los alrededores, para luego desecharlas entre los montones de escoria. No obstante, el caso no era suyo.

Siguió avanzando hasta terminar la calle, que daba paso a una vereda descuidada sin pavimentar. El camino se introducía en un bosque, donde Thomas alcanzó a divisar algunas ramas meciéndose en el aire. Un rugido

lo sacó de su ensimismamiento e inmediatamente se giró alertado. Un camión avanzaba muy rápido con las luces apagadas. El conductor bajó la velocidad y, al tomar la vereda, dio un volantazo que causó que el semirremolque amenazara con volcarse. Thomas siguió al camión con la mirada, el cual levantó un nubarrón de polvo antes de ser engullido por la noche. Tuvo la certeza de que había encontrado el camino que lo conduciría a Arizona.

***

Después de avanzar unos doscientos metros por la vereda bajo la densa oscuridad del bosque, atisbó el resplandor de un fuego un poco más adelante. Se acercó cautelosamente y divisó varias figuras frente a un par de barracones no muy altos. Un hombre de rasgos eslavos que llevaba puesto un pesado abrigo de cuero cogió un palé y lo arrojó a la hoguera. Las llamas se avivaron soltando varias chispas que revolotearon hacia el cielo. Los hombres se pasaban una botella de vodka y zapateaban para entrar en calor. Thomas estudió el camino detrás de los hombres y vio varias camionetas aparcadas a lo largo del terreno amurallado. Al pasar junto a los tipos, los saludó con un movimiento de cabeza, pero ninguno se percató de su presencia. Había dos *pitbulls* encadenados al parachoques de la primera camioneta. El más pequeño sangraba profusamente de una oreja, como si acabara de pelearse. Los perros gruñeron y Thomas se alejó. Un poco más adelante, se detuvo frente a una apertura en un muro: se trataba de un acceso construido con contenedores marítimos fijados a la pared. Cruzó, y al otro lado vio el edificio de un taller en ruinas con las ventanas estrelladas y un rótulo descolorido donde se leía “Johannesons Bygg AB”. Siguió avanzando. Pasó por varias parcelas adyacentes, vestigios de lo que en otros tiempos fueron sedes de empresas dedicadas a la construcción y que, juzgando por su aspecto decadente, habían quebrado años atrás.

El camino daba vuelta y Thomas continuó por esa ruta. El terreno estaba circundado a ambos lados por muros altos que, como un embudo, se estrechaban más y más. Daba la impresión de que era la única vía de acceso

a Arizona. Quizás esa era la razón por la que habían escrito con espray "callejón de los francotiradores" en el paredón.

Se escuchaba música tecno pesada de algún lugar cercano. Más adelante, vio un grupo de hombres alrededor de dos camionetas, que parecían estar comerciando animadamente con licor y cigarrillos. Thomas se percató de que la mayoría eran de origen eslavo o del medio oriente.

De un taller brotó el bramido de un soplete y Thomas miró a través de la puerta abierta. Junto al edificio estaban aparcados varios vehículos de lujo: muchos Mercedes, un par de BMW y un Maserati. El soplete sacaba chispas de un coche y Thomas supuso que modificaban los números del chasis antes de enviar los vehículos a su nuevo dueño en Europa del Este. Siguió avanzando e identificó el camión que había pasado junto a él a toda velocidad. Cajas con logos de Samsung y Sony eran descargadas del semirremolque para ser subidas a un par de furgonetas. Los habitantes de Estocolmo que tenían las conexiones apropiadas despertarían con la oferta de una nueva pantalla plana a precio de ganga.

Thomas avanzó media calle más y se detuvo en un solar despejado donde había dos barracones lado a lado. La música electrónica provenía del edificio de adelante. Thomas se acercó y se asomó por la puerta abierta. En el interior vio sentados a una docena de hombres, desperdigados por los bancos dispuestos en el salón. Un par de mujeres rollizas sin sostén servían jarras de cerveza y sobre las mesas advirtió armas, billetes, botellas de alcohol y cajetillas de cigarrillos.

Continuó hacia el siguiente barracón y miró hacia el interior. Era similar al otro local, pero en lugar de bancos tenía hileras de sillas de plástico orientadas hacia un escenario improvisado. En el tablado se movían dos mujeres de aspecto anoréxico que vestían corpiños pringosos. Se abrazaban, totalmente colocadas, y tropezaban durante sus intentos tristes por bailar. Parecían completamente indiferentes a los abucheos del público.

Thomas caminó hasta la barra al otro extremo del local y le pidió una cerveza al camarero moreno que llevaba puesto el capuchón de su sudadera verde. Elencapuchadotiró una jarra y la colocó frente a él.

—Voy a necesitar un vaso.

El hombre cogió un vaso grasiento y lo dejó junto a la jarra.

—Doscientos —dijo el barman.

Thomas le extendió dos billetes. Logró percatarse de que el hombre había sido golpeado recientemente; tenía la nariz hinchada y desviada.

—Parece una noche tranquila —dijo Thomas sirviéndose un vaso.

El hombre retrocedió sin responder y se apoyó en la pared.

—¿Vendrán más chicas aparte de esas dos? —preguntó Thomas señalando al escenario.

El hombre se encogió de hombros. La cerveza no tenía burbujas y tenía un gusto rancio, lo que no impidió que Thomas se hubiera bebido media jarra cuando las chicas se sacaron el corpiño al final de su número. Un par de hombres les arrojaron cerveza mientras bajaban del escenario, por lo que se apresuraron para resguardarse detrás del bar. Minutos después una mujer corpulenta, de edad media y muy ebria subió al escenario. Era como atestiguar los giros torpes de un oso de circo y el público la abucheó sin piedad.

Thomas esperó en el bar para averiguar si aparecerían más mujeres, pero una vez que la mujer se desvistió, con notoria dificultad, fue reemplazada por las dos chicas anteriores. Abandonó lo que quedaba de la cerveza y salió. Se dirigió al otro barracón, donde la música tecno aún salía de los altavoces y al entrar notó que habían llegado más clientes. Cuando una de las camareras sin camisetase le acercó, pidió una jarra de cerveza y casualmente preguntó si Masja trabajaba esa noche.

—No tengo ni idea —dijo la mujer con un acento marcado y lo miró con indiferencia.

—¿No conoces a Masja o no sabes si está aquí?

La mujer lo observó, resguardándose bajo la gruesa capa de maquillaje que la hacía parecer una zombi.

—¿Quién cojones eres?

—Un amigo —dijo y sacó trescientas coronas. La mujer tomó el dinero y se lo guardó en las bragas.

—Pues están las mujeres que ves —dijo señalando el local—. Si me das otras doscientas, podemos arreglar algo —agregó levantando las cejas.

—¿Dónde? —preguntó para averiguar dónde atendían a los clientes, ya que cabía la remota posibilidad de que Masja se encontrara allí.

Ella se encogió de hombros.

—¿No tienes coche?

La mujer se alejó hacia el bar. Thomas ni siquiera esperó a que regresara con la cerveza. Salió y observó los alrededores. No había ningún otro lugar que se asemejara a un burdel. Masja seguramente había terminado en uno de esos dos tugurios, bailando burdamente sobre un escenario miserable, rodeada por otras mujeres igual de desdichadas. Después de atestiguar las condiciones del Arizona, tuvo que concederle un punto a Arkan: nadie podía aguantar mucho tiempo en esa pocilga.

Thomas se percató de que el camarero encapuchado había salido a fumar. Tenía que arriesgarse y decidió que esa era su oportunidad de presionar al tipo. Se acercó.

—Oye, estoy buscando a una chica —dijo.

El tipo apuntó hacia el escenario.

—A una en específico —agregó Thomas.

—Ajá —dijo sacudiendo la ceniza del cigarrillo sin mirar a Thomas.

—Te puedes ganar algo de pasta.

—Ajá —repitió impasible.

—Mucha pasta.

—Ajá.

—Cinco mil.

El hombre levantó la mirada.

—¿Cinco mil?

Thomas asintió.

—¿Cómo te llamas?

—Kemal.

—Okey, Kemal, estoy buscando a una chica joven, guapa, se llama Masja.

Una carcajada siniestra dejó la boca de Kemal.

—Estás en el lugar equivocado, colega. Aquí nadie es guapa y nadie se llama así. Aquí solo llega la peor escoria, las drogadictas y las yonquis; aunque por cinco mil coronas te consigo a cualquiera. Es más, te ofrezco a las dos que están en el escenario para que hagas lo que quieras con ellas, lo que sea.

—No, te lo repito, cinco mil si me consigues a Masja —dijo Thomas sacando la fotografía y se la mostró.

Kemal usó el flas del móvil para iluminar la imagen.

—Ufff, estaba guapísima.

—¿Estaba? Entonces la reconoces…

Kemal asintió.

—Pero ya no está así, para nada.

—Me da igual, ¿dónde está?

—Esos son detalles menores. Primero, ¿dónde están mis cinco mil?

—Te los daré cuando la traigas.

—Dame dos mil ahora e iré por ella.

Thomas titubeó.

—La putita hará cualquier cosa que quieras, la hemos entrenado muy bien, no te decepcionará —dijo Kemal con sus dientes blancos brillando en la oscuridad. Thomas sintió el vivo deseo de reventarlos de un puñetazo contra su garganta, pero se contuvo y sacó la suma del bolsillo.

—Nos vemos en unos minutos —dijo Kemal cogiendo el dinero antes de desaparecer.

Thomas miró el lote. Su corazón latía de prisa. Habían llegado más personas y tuvo que admitir que no había pensado su plan a fondo. Se tocó nerviosamente el bolsillo para asegurarse de llevar el mensaje de la madre de Masja. Solamente tenía que entregarle la tarjeta, con eso habría cumplido su misión. Intentó convencerse de eso, pero sintió que no iba a ser capaz de abandonarla en esa pocilga. Las cosas podrían terminar muy mal, jodidamente mal. Pensó en llamar a Karl Luger para persuadirlo de que enviara a la caballería de Estocolmo. Podría valer la pena, bueno, en caso de que Masja atestiguara en contra de ese gánster inmundo. El tal Vladimir Slav…

La puerta detrás de Thomas se abrió. Se giró y frente a sí vio a Kemal acompañado por otros tres hombres. Thomas reconoció al de la coleta y la barba de sátiro: era Vladimir Slavros.

50.

Thomas respiró agitadamente al ver que los hombres lo rodeaban para cerrar cualquier posibilidad de fuga. Apretó las manos y tensó todos los músculos del cuerpo. Slavros lo miró frotándose la poblada perilla negra, luego realizó un ágil movimiento de cabeza que emitió un crujido, como un viejo boxeador preparándose para el combate.

—Tengo entendido que te interesa una de mis chicas.

—Sí —respondió Thomas—. Menudo espectáculo que tenéis montado ahí adentro. Un poco de buena compañía no me vendría mal.

—¿Eres danés?

Thomas asintió.

—Originalmente sí.

—¿Vives en la zona?

—En Södermalm —dijo Thomas intentando sonreír.

—Kemal mencionó que buscas a una mujer en específico.

—A Masja, sí. No la vi dentro, ¿no va a trabajar esta noche?

Slavros dio un paso hacia él.

—¿Y de dónde la conoces?

—Del Key Club, bueno, Kitty Club. Es un sitio fantástico.

—¿Y por qué estás aquí?

Thomas tragó saliva.

—Alguien me dijo que ahora trabajaba aquí, aunque quizás me hayan tomado el pelo.

—¿Alguien?

—Sí, no recuerdo quién fue —dijo Thomas encogiéndose de hombros despreocupadamente—. ¿Está aquí?

—¿Y si lo está?

—Me gustaría pasar un rato con ella, ya le pagué a tu chaval —señaló Thomas.

—Kemal dijo que le ofreciste cinco mil, lo cual es excesivo para una puta del calibre de Masja.

—Es una chica especial.

—Pues te daré lo que estás buscando —dijo Slavros y sin advertencia le asestó un fuerte golpe en el hígado.

El dolor dobló a Thomas, que apenas pudo mantenerse en pie. El siguiente impacto aterrizó en su quijada lanzándolo hacia atrás. Slavros se colocó sobre él y lo cogió por el cuello.

—Puedo detectar a un mentiroso a kilómetros de distancia —siseó—. Si hay algo que no soporto en esta vida es a los mentirosos y tú eres el más grande que he conocido.

Entonces tiró de Thomas para darle un cabezazo. Thomas se llevó la mano al ojo y los dedos se le mancharon con la sangre que fluía de la herida de su ceja.

—Regístralo, Mikhail —ordenó Slavros pasándose las manos por la cazadora de cuero.

Thomas advirtió que uno de los hombres hurgaba en todos sus bolsillos. El tipo sacó la billetera, el móvil, las llaves, la postal de la madre de Masja y, al final, su carné de policía. Mikhail hizo girar el carné laminado en la mano y miró a Slavros.

—Es un puto madero…

Slavros arrebató el carné de la mano de Mikhail y lo estudió.

—¿Es auténtico? ¿Lo es? —le gritó a Thomas.

—Sí, lo es —respondió Thomas.

—Te dije que podía detectar a un mentiroso —dijo Slavros negando con la cabeza—. Qué tontería fue eso de vivir en Södermalm, ¿de dónde eres?

—De Copenhague, trabajo para la policía de la ciudad, en el departamento de investigación.

—¿Y a qué se debe el honor de recibir la visita de un detective de la policía de Copenhague?

Thomas se incorporó con dificultad del suelo. El golpe al hígado le había nublado la visión y se sintió al borde del vómito.

—Estamos colaborando con la Policía Nacional sueca —respondió Thomas tan convincentemente como pudo.

—A mí me da la impresión de que estás solo —dijo Slavros sonriendo al mirar alrededor.

—Ambos sabemos que, cuando más de un oficial se pasea por aquí, lo más probable es que toda la Policía Nacional termine involucrada.

—Ah, ¿así que eres la punta de la lanza?

—Soy la punta y la base. Por ahora soy el único, pero una llamada puede cambiar las cosas rápidamente.

—¿Ah, sí? —dijo Slavros acariciándose la barba—. ¿Por qué quieres contactar con la chica?

—Presentamos cargos en contra suya por una serie de asuntos sucios —mintió Thomas—. Mi trabajo es llevarla de vuelta a Dinamarca.

—¿Y la pasma sueca está colaborando con vosotros?

—Naturalmente —respondió Thomas.

Los nudillos de Slavros se estrellaron contra el rostro de Thomas y lo enviaron de nuevo contra el suelo. La boca le supo a sangre. Luego Slavros pateó su estómago hasta dejarlo sin aire.

—¿De verdad me tomas por imbécil? —gritó Slavros por encima de Thomas que, aturdido, intentaba recuperar el aliento—. ¿Crees que soy un imbécil insignificante? ¿No sabes que se me notifica hasta el más mínimo detalle? En todo momento sé dónde está cada uno de los agentes, sé a cuál de mis putas se folla, las fechas de las redadas. Por la puta que te parió, lo sé todo. Por lo mismo sé que estás lleno de mierda y no tienes refuerzos. Deberías haberte quedado en casa, en Dinamarca, ese país inferior y ridículo, en lugar de venir a desperdiciar mi tiempo.

Slavros lo pateó de nuevo. Luego se alejó para respirar, se secó el sudor de la frente y se alisó el pelo.

—Lo que no entiendo es por qué estás mintiendo, no una, sino dos veces. ¿De verdad crees que no habría consecuencias? ¿Eres tan arrogante, tan jodidamente danés, que pensaste que podrías salirte con la tuya?

Thomas escupió la sangre que se había acumulado en su boca y miró a Slavros.

—Cree lo que más te convenga, pero te aconsejo que me dejes ir —dijo Thomas.

Slavros negó con un movimiento de cabeza.

—Trae a los perros.

—Joder, Slavros, es de la pasma —respondió Mikhail.

—¿Y? ¿Te asusta su carné de Mickey Mouse con el que se pasea? ¡Ve a por los perros ahora mismo!

Mikhail asintió y se marchó.

Thomas estaba a punto de levantarse, pero Slavros colocó un pie contra su pecho y lo retuvo contra el suelo.

—No tan rápido. ¿Por qué no me cuentas la verdad? Así nos ahorramos la sangre y tus gritos cuando mis perros te desgajen el pellejo.

—Si no vuelvo a la estación, tendrás a toda la policía de Estocolmo dando vueltas por aquí antes de que te des cuenta.

—¿Estás seguro de eso? —dijo Slavros sacudiendo la cabeza.

En ese instante, Mikhail volvió con dos *pitbullsterrier* que tiraban violentamente de la cadena con la que los sostenía. El hocico de uno espumeaba. Los ojos amarillos de los perros brillaban contrastando con sus caras negruzcas. Slavros tomó la cadena, acercó los perros a Thomas e inmediatamente se abalanzaron contra su rostro. Thomas reaccionó retirándose, pero los hombres le cerraron el paso.

—Estos tusos pueden dejar un rostro en jirones en menos de veinte segundos, son más voraces que las putas pirañas.

Slavros le dio juego a la cadena. Thomas sintió una dentadura cerrándose en su espinilla, mientras el otro perro se acercaba a su rostro con los dientes expuestos. Intentó espantarlo agitando los brazos y el perro clavó los colmillos en su mano. Slavros tiró de la cadena y los perros soltaron las mordidas de mala gana.

—Última oportunidad, poli danés, ¿por qué te interesa esa chica?

Thomas se apretó la mano que sangraba profusamente.

—Joder, solo quiero devolverla a casa, llevársela a su madre.

—Suena noble, pero es mentira, como todo lo demás que me has contado. ¿Por qué es tan importante que vuelva a Dinamarca? ¿Qué caso hay detrás de ello?

—No hay caso.

—Estás lleno de mierda. Me entero de todo lo que sucede allí, habéis ido tras Kaminskij durante años. ¿Tiene esto algo que ver con él o conmigo?

—No. Le prometí a su madre que le entregaría un mensaje a Masja. Eso es todo, le aseguré que le daría esa tarjeta si llegaba a encontrarla —dijo señalando el papel que Mikhail había arrojado al suelo.

Slavros se agachó y cogió la postal. Miró los dos gatitos, luego le dio la vuelta, leyó el texto y estrujó la tarjeta.

—Todo esto es muy conmovedor, pero no cambia el hecho de que eres policía, así que deja de fingir que no existe un caso en contra de mí —dijo arrojando la tarjeta arrugada.

—No estoy fingiendo —dijo Thomas dolorido—. Seguro que hay varios casos abiertos en contra de ti en Suecia, en Dinamarca y en el resto de Europa. Estoy seguro de que varios cuerpos de policía quieren reventarte, pero yo no tengo nada que ver con eso. Estoy de baja y mi único objetivo es decirle hola a la chica para darle el mensaje de su madre. Después de eso no volveréis a saber de mí.

—¿Por qué estás de baja?

—Estrés, ¿pero qué importa? —dijo manoteando en el aire.

Los perros gruñeron.

—No pareces un tipo que se estrese, mejor dime la verdad.

—No es asunto tuyo —respondió Thomas desviando la mirada.

—Lo es si quieres conservar tu desgraciada cara.

Thomas miró a los perros y luego a Slavros. Escupió sangre, esta vez con desprecio.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Segurísimo.

—Bien, pues porque un hijo de puta nacido en el mismo país de mierda que tú entró a mi casa y mató a mi mujer mientras yo estaba en una misión. Por eso.

—¿Lo atraparon?

—No, el capullo sigue suelto, ¿estás satisfecho?

Slavros lo miró y se frotó la perilla mientras tensaba el agarre de la cadena. Entonces se echó a reír.

—Es la historia más patética que he escuchado jamás, pero al menos estás diciendo la verdad. Vaya, Dios no te tiene en buena estima —dijo carcajeándose y le entregó la cadena a Mikhail, que se marchó con los perros.

—¿Puedo ver a Masja? —preguntó Thomas poniéndose de pie.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque te lo digo yo. Además, ya no está aquí —respondió Slavros.

—¿Sabes dónde está?

Slavros negó con la cabeza.

—No, las chicas no aguantan mucho tiempo en este lugar.

—¿Y no tienes ni idea de dónde pueda estar?

—Tu suposición es tan acertada como la mía. Intenta olvidarte de ella, será lo mejor para tu salud. Vete ahora que puedes y no vuelvas a poner un pie por aquí, poli danés.

—Ya oíste a Slavros —dijo una voz mientras Thomas recibía un violento empujón en la espalda.

51.

Masja escuchó pasos en el pasillo. Se cubrió con una manta, la tela era su única protección. Estaba sola, abandonada a la merced del sádico que la había elegido para ser su siguiente víctima.

La puerta se abrió y Slavros entró acompañado por Mikhail y Kemal. Los perros habían enloquecido hacía un rato y Masja se preguntó a quién habrían castigado en esa ocasión. Quizás un borracho que jodió a Slavros y que probablemente se estaba desangrando tirado en algún rincón.

Slavros esbozó una sonrisa y se tapó la nariz con los dedos.

—Joder, ¿es que jamás limpiáis esta pocilga? Conozco letrinas que huelen mejor.

Kemal se encogió de hombros.

—A los clientes parece darles igual.

Slavros se acercó a la cama para mirar a Masja.

—Oye, puta, pareces más muerta que viva —comentó Mikhail.

—Aún respira. Cada día es una carga más y más molesta, encima sabe más de lo que nos conviene —comentó Slavros.

—Puedo deshacerme de ella —dijo Mikhail—. Los perros siguen hambrientos y hay bosque de sobra para enterrar lo que desprecien.

—¿Y dejar a la Hienasin su merienda? ¿Cuándo vas a cambiar de opinión, Mikhail?

—Estoy harto de ese psicópata, deberíamos deshacernos de él.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Slavros negando con la cabeza y luego hizo sonar los músculos de su nunca—. Si mis perros me han enseñado algo es que jamás hay que morder la mano que alimenta o, en el caso de la Hiena, la mano que te encubre. ¿Cuándo dijo que volvería?

—Cuando la furcia saliera de la fase de abstinencia —respondió Kemal —. Dijo que “perjudica a la princesa”. No entendí qué quiso decir con eso.

—El proceso, imbécil, “perjudica el proceso”. El tío es un artista —dijo Slavros y pateó el catre, lo que hizo que Masja diera un salto—. Oye, tú, ¿aún tienes abstinencia?

Ella no respondió, apenas le dirigió una mirada esquiva.

—Pues he decidido que ya no tienes abstinencia. Llama a la Hiena y dile que está lista, estoy harto de verla aquí.

Una vez que los hombres se fueron, Masja sacó su cuaderno del escondite debajo del colchón. Intentó afilar el lápiz contra la pared, pero la madera se rompió y se quedó con un trozo de grafito entre los dedos. Daba igual, no tenía mucho por escribir, ni tiempo para hacerlo. La Hiena la exhibiría en un desguace, igual que hizo con las otras chicas. Al menos así encontrarían su cuerpo, pensó, quizás aparecería en las noticias y se conocería su paradero. Ojalá que conocer el destino de su hija, al menos, le trajera un poco de paz a su madre.

“Mamá, si aún te acuerdas de mí, perdóname.”

52.

Estocolmo, 2013

Los altavoces del baño de hombres de la estación central de Estocolmo emitían unos ritmos gentiles de *bossa nova*. Era la una y media de la mañana y Thomas estaba delante del lavamanos más alejado de la puerta intentando lavarse la herida profunda que los colmillos del *pitbull* habían infligido en su mano. Había encontrado un taxi en la circunvalación y el conductor había insistido amablemente en llevarlo a urgencias. Thomas lo había rechazado pidiéndole que se detuviera en una farmacia abierta. Finalmente lo había dejado frente a una en Klarabergsgatan. Ahí había comprado un par de rollos de gasa, un paquete de esparadrapo, suturas adhesivas y una botella de yodo para desinfectar las heridas de la mordedura. Había usado casi todo el yodo en la herida que recorría la mayor parte de su espinilla y luego la había vendado con una gasa. Después de limpiar la herida de la mano, se colocó un vendaje ajustado alrededor del dorso.

Al toparse con su reflejo, le quedó claro que estaba lejos de ser una visión agradable. La sangre de la ceja abierta había corrido por su mejilla y la masa coagulada se había apelmazado en su barba incipiente. Se palpó el puente hinchado de la nariz. Estaba aparatosamente inflamado, pero, afortunadamente, nada estaba roto. Después de usar todos los pañuelos de papel del dispensador, se lavó la cara. Cuando quedó razonablemente limpio, se intentó cerrar la ceja con tiras adhesivas, pero la herida se abrió de nuevo y no consiguió que la sutura se adhiriera con firmeza. Al final se dio por vencido y sostuvo un par de pañuelos de papel contra la herida. Seguramente le quedaría una cicatriz: un lindo suvenir de su visita a Estocolmo, el recordatorio permanente de que los gilipollas como Slavros casi siempre se salen con la suya.

Thomas caminó por Olof Palmes Gata, puesto que era la ruta más corta para ir de la estación central al bar KGB. Al acercarse a su destino, escuchó la música y las voces animadas de los clientes que fumaban en el exterior. Se abrió paso entre la multitud, pero al acercarse a la puerta un tipo fornido le cerró el paso.

—Lo siento, pero hemos cerrado.

—Pues no lo parece —comentó Thomas señalando a su alrededor.

—Quizás lo mejor sea que vayas a descansar, parece que ya has bebido demasiado —dijo el portero escrutando a Thomas.

—Solo quiero una cerveza, de verdad la necesito —dijo Thomas con una expresión solícita.

—Desafortunadamente tendrás que encontrar otro lugar, este es un establecimiento decente —dijo arrugando el ceño.

—Ajá, ¿lo dices en serio?

—Sí, lo digo en serio —respondió el portero ensanchando la espalda.

Thomas se dio la vuelta y se escabulló entre el grupo de gente. Dos calles más adelante, en Kungsgatan, encontró un pub irlandés. Al parecer los irlandeses eran más hospitalarios, ya que no tuvo problemas al entrar. El lugar estaba medio muerto y encontró fácilmente un taburete vacío junto a la larga barra de caoba. Pidió una Guinness y un Jameson. Vació el *whisky* de un trago y pidió otro que se bebió igual de rápido. Entonces sacó el móvil y lo dejó en la barra.

—¿Una noche dura? —le preguntó el camarero pelirrojo.

—Mucho más de lo que te imaginas —respondió Thomas.

El barman le invitó al tercer *whisky*, "cortesía de la casa". Sin duda, era lo mejor que le había pasado durante toda su estancia en Suecia. Media hora después y tras dos dosis adicionales de Jameson, Thomas ya no sentía dolor en el cuerpo. El local estaba un poco más animado y el *folk-rock* salía a todo volumen de los altavoces. Cogió su móvil y se dirigió al baño, en el otro extremo del establecimiento. Entró en la cabina del fondo y después de cerrar la puerta se sentó en el inodoro. Respiró muy hondo antes de marcar, pero tardaron en responder la llamada.

—Johnson —contestó, en el fondo se escuchaba música y las carcajadas de una mujer.

Al parecer la fiesta no había terminado en el Havodderen. Thomas saludó fatigado a Johnson.

—Ravn, ¿estás bien?

—Sí, sí, solo un poco agotado.

—Llamas tarde, estoy por cerrar. ¿Tienes buenas noticias?

—No, precisamente…

—¿Diste con ella? Nadja me ha llamado mil veces.

—¿Qué te ha dicho?

—Naturalmente preguntaba por la investigación, ¿conseguiste alguna pista de Masja?

Thomas agachó la cabeza. Las sienes le palpitaban y no tenía idea de cómo formular lo que debía decir.

—Ravn, ¿sigues ahí?

—Sí, aquí estoy.

—¿Tienes alguna novedad?

—¿Novedad? —respondió Thomas para ganar tiempo y se apoyó contra la cisterna.

—Pareces estar completamente fuera de ti, ¿estás seguro de que te encuentras bien?

—Sí, sí. Encontré… a Masja.

—¿La encontraste? Joder, son noticias excelentes.

—Sí…

—¿Está bien?

—Considerando las circunstancias.

—¿Qué quieres decir? ¿La viste?

Thomas se tocó la ceja. La herida se había abierto de nuevo y la sangre goteaba por su mejilla. Tiró del papel higiénico y arrancó un largo trozo para secarse el rostro.

—Trabaja en un club nocturno exclusivo, uno muy caro. No te hubieran dejado entrar, clientela rica, ya sabes, ejecutivos en traje.

—Ajá. —Johnson parecía decepcionado—. ¿Así que aún sigue vendiéndose?

—Sí, pero mencionó que solo a tiempo parcial. Finalmente pagó la deuda. Ahora trabaja para ella y estudia… para ser esteticista o algo así.

—Podría ser peor.

—Es su elección. Creo que está bien, además se la ve sana y centrada, dentro de lo que cabe.

—¿Le entregaste la tarjeta de su madre?

Thomas abrió las piernas para tirar el papel ensangrentado en el retrete.

—Por supuesto. Parecía conmovida, parecía que significaba mucho para ella. Se mostró muy agradecida. Por favor, díselo a Nadja.

—¿Conseguiste su número de teléfono?

—No.

—Joder, Ravn. Nadja va a querer contactarla.

—Tuve la impresión de que Masja no quiere que la contacten, al menos no por el momento. No vi motivos para presionarla, pero está bien, déjaselo a Nadja.

—Entiendo. Eso es lo más importante, lo demás ya vendrá en su debido momento…

—Tengo que irme.

—Vuelve a casa, estoy a punto de echar de menos esa canción que pones todo el tiempo.

—Vale, después hablamos.

—¿Ravn?

—¿Sí?

—Estoy muy orgulloso de ti.

—Por favor, déjate de esas cosas.

—No, ¿sabes por qué? Porque quedan pocos de tu talla, eres un hombre entre hombres, ¿entiendes?

Thomas sabía que, dentro de la cosmovisión de Johnson, ese era el mayor honor que uno podía alcanzar.

—Si tú lo dices —respondió exhausto.

—Puede ser que todo esto se convierta en los primeros bloques de algo positivo, quizás finalmente los vientos soplen a tu favor.

Thomas colgó. Se dirigió a la barra y continuó justo donde había dejado las cosas. Cuando el bar cerró, sacó la tarjeta, pagó por lo que quedaba de la

botella de Jameson y se la guardó bajo la chupa.

53.

Eran las tres de la noche y Thomas había renunciado a la posibilidad de encontrar el camino de regreso a su hotel. Se detuvo en el cruce de Drottninggatan con Mästar Samuelsgatan y se apoyó en un escaparate con carteles coloridos. Temía haber estado andando en círculos, sobre todo porque los edificios de oficinas y las interminables calles comerciales parecían idénticas las unas a las otras. El Jameson, que ya se había bebido, no había afinado su brújula interna.

Sus piernas cedieron, se deslizó por el escaparate y quedó tendido en la acera. La brisa gélida de la noche se había levantado y, a pesar de que los efectos del alcohol lo entumecían casi por completo, sintió la mordida del frío en su rostro. Thomas se arrastró hasta el umbral de la entrada de la tienda, donde había un pequeño recoveco, y se enroscó. La temperatura era de diez grados bajo cero, quizás menos. Eran el tipo de condiciones que les arrancaban la vida a indigentes, alcohólicos y drogadictos. En sus días como joven patrullero, había asistido a varias defunciones de esa índole. Recordaba que todos los muertos tenían un aspecto sorprendentemente pacífico; excepto por el vagabundo que habían encontrado en el distrito de Sydhavn, ya que su perro había comenzado a comérselo y le faltaba la parte inferior de la cara.

Thomas se durmió por unos instantes. A pesar de la hora, la calle seguía concurrida. Las jóvenes se pavoneaban en tacones altos y vestidos finos, mientras los clientes iban y venían. El negocio jamás había ido tan bien. Docenas de Masjas desfilaban ante él, pero todas eran inalcanzables. Cerró los ojos, y sintió cómo el alcohol y el frío lo acarreaban a un sueño sosegado. Respiró una paz maravillosa que no recordaba haber sentido en muchísimo tiempo.

No supo cuánto tiempo estuvo ausente, pero, en algún momento, una figura luminosa se acercó a él. La silueta llevaba una túnica dorada y su pelo era plateado. Colocó una mano en el hombro de Thomas y él sintió su calidez. Tiró suavemente de él, como si intentara conducirlo a la luz brillante que resplandecía detrás de ella. Thomas intentó seguirla, pero sus piernas no respondieron. Otras figuras luminosas se fueron posando alrededor de él, parecían ángeles. Thomas les ofreció una sonrisa ebria.

—Amigo, no deberías seguir aquí echado —dijo la mujer de pelo canoso mientras lo sacudía suavemente.

Thomas miró asustado a las tres mujeres que estaban de pie frente a él; todas llevaban chaquetas amarillas de plumas.

—Corres el riesgo de morir congelado —dijo otra mujer mayor y le sonrió—. ¿Por qué no vienes con nosotras? Te daremos un plato de sopa caliente —agregó señalando hacia una pequeña furgoneta aparcada junto a la acera que tenía la puerta trasera abierta.

Habían acondicionado una cocina en el espacio de carga. Una de las compañeras de las mujeres servía sopa en cuencos de plástico, que luego entregaba a las trabajadoras sexuales que se habían reunido alrededor del vehículo.

—¿Quiénes sois? —dijo Thomas aturdido mientras miraba fijamente a las mujeres de más edad.

—Somos las Nattuglorna, las lechuzas nocturnas. Somos voluntarias intentando hacer de la ciudad un espacio seguro.

—¿No deberíais velar por vosotras mismas?

Las mujeres rieron.

—Mamá Tove ha trabajado en estas calles durante veinte años —dijo una de las damas señalando a la mujer de cabello gris—. Es una leyenda, una heroína de verdad.

—Dieciocho años si vamos a ser precisas, y estoy lejos de ser una heroína —dijo Tove escrutando a Thomas—. Creo que deberíamos llevarte a emergencias, estás herido.

Thomas negó con la cabeza y se incorporó.

—Gracias, pero no, estoy bien. Aunque, si pudierais indicarme el camino a mi hotel, os lo agradecería muchísimo. Estoy en el Hotel Colonial.

—Está bien, pero antes cómete un plato de sopa y déjame que le eche un vistazo a tu ojo —dijo Tove tirando de él para llevarlo a la furgoneta, donde había mejor iluminación.

—¿Le podrías servir un poco de sopa al caballero? —le dijo Tove a la mujer africana que estaba dentro del vehículo.

La mujer miró incrédula a Thomas.

—Yo solo sirvo a las chicas, ¿por qué debería servirle a él?

—Porque ayudamos a todos los hijos de la calle —respondió Tove sacando un paquete de suturas adhesivas del bolsillo.

—Los tipos como este son responsables de que nosotras tengamos que estar aquí para cuidar de las chicas —dijo la mujer mientras servía sopa en un tazón de plástico—. No esperéis que le dé pan, no tenemos suficiente.

—Estoy segura de que la sopa será más que suficiente —respondió Tove sonriendo hacia Thomas.

La mujer africana le extendió el tazón a Thomas y él dio las gracias. A continuación, Tove lo convenció para que se sentara bajo la luz de la farola y colocó cuidadosamente un trozo de cinta cutánea en su ceja.

—No creo que sea necesario recordarle a un hombre maduro como tú que hay pocas cosas por las que vale la pena pelearse a golpes.

—No fue por mi propia voluntad —respondió Thomas después de probar la sopa—. Debido a tu labor, es posible que conozcas a todas las chicas que andan por aquí, ¿no?

—A la mayoría, sí.

—Estoy buscando a una que desapareció hace un par de años, quizás tu camino se haya cruzado con el de ella —dijo Thomas abriendo la cremallera de su chupa para sacar la imagen de Masja y Tove la miró detenidamente.

—No la recuerdo, aunque tampoco podría descartarlo del todo, desafortunadamente vemos más y más chicas en las calles. Más de mil por año; es una rotación abrumadora.

—¿De dónde sacaste esa foto? —gritó la mujer africana cogiendo la foto de la mano de Tove.

—Tabitha, por favor —dijo Tove—. Sé amable y devuélvele la fotografía.

—No, hasta que me diga cómo la ha conseguido.

—Su madre me la dio —respondió Thomas perplejo—. ¿Conoces a Masja?

—¡Mientes! —acusó ella con los ojos desorbitados—. Sé quién eres, eres el pervertido del que nos advirtió. Ese es el del Mercedes negro, el que secuestra chicas para disecarlas y pintarlas de blanco. ¡Eres el asesino en serie! —gritó señalando a Thomas con el brazo extendido.

Las tres prostitutas que estaban cerca de la furgoneta se alejaron inmediatamente.

—Llamad a la policía, ¡es el asesino! —gritó Tabitha.

Una de las chicas sacó una navaja automática de su chupa de satén.

—Tranquilas —dijo Tove colocando una mano en el hombro de Tabitha —. Sara, guarda la navaja ahora mismo, ya sabes mi opinión sobre las armas.

La chica dobló la navaja y la guardó.

—Vengo de Dinamarca para buscarla —dijo Thomas mostrando su carné de policía—. Solo estoy haciéndole un favor a su madre. Si alguna de vosotras sabe dónde está, os agradecería muchísimo vuestra ayuda.

Tabitha le devolvió la fotografía y se cruzó de brazos.

—Tabitha, ¿la conoces? —preguntó Tove.

Tabitha asintió.

—Me salvó la vida, fue como mi hermana mayor —dijo Tabitha con los ojos húmedos.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Hace bastantes años, antes de que me ingresaran en el hospital y toda esa mierda.

—¿Tienes alguna idea, aunque sea vaga, de dónde podría estar?

Ella negó con la cabeza.

—En aquel tiempo trabajábamos para el bastardo de Slavros, él debería saberlo.

—Ya he ido a hablar con él —dijo Thomas señalando su rostro lesionado.

—¿Fue Slavros quien te dejó la cara así? ¿Cuándo?

Thomas les contó brevemente su visita a Arizona.

—Arizona es el mismísimo infierno —mencionó Tabitha como si no existiera otro lugar al que le temiera más.

—Slavros me dijo que Masja ya no estaba allí.

—Son pocas las que salen con vida de ese hoyo. Lo más posible es que esté muerta —dijo Tabitha moviendo la cabeza de un lado a otro.

—En todo caso, no conseguí un solo rastro de ella —respondió Thomas.

—Disculpa que no podamos ayudarte —dijo Tove—. Tenemos que movernos a la siguiente parada de nuestra ruta. Buena suerte.

Thomas asintió y tiró el tazón en un cubo. Tove le explicó cómo volver al Hotel Colonial, que se encontraba a un par de calles de ahí y en seguida se puso a cerrar la cocina de la furgoneta.

—Siento haberte gritado —le dijo Tabitha a Thomas—. En realidad, no pareces alguien que diseque personas.

—No pasa nada —respondió Thomas.

—Quizás lo mejor sea que Masja esté muerta, así ya no tendrá que vivir presa en el burdel que Slavros tiene en el sótano.

—¿Un burdel en el sótano? ¿Qué quieres decir? —preguntó Thomas.

Tabitha lo miró sorprendida.

—Sí, el burdel que Slavros tiene en Arizona está bajo tierra.

54.

Thomas cruzó la puerta de un restaurante en Hantverkargatan, a dos calles del cuartel general de la Policía Nacional. Las mesas largas y estrechas del local estaban llenas de clientes que disfrutaban de sus platos calientes. De la cocina abierta, ubicada al otro lado, se escapaba un olor espeso a frituras y salsas horneadas. El establecimiento tenía tanta clase como una parrilla de puerto. Thomas ojeó a los comensales, conformados principalmente por funcionarios trajeados que trabajaban para la policía o en la oficina municipal cercana. En una mesa junto a una ventana descubrió a Karl Luger sentado con Dahl y Lindgren. Thomas cojeó hasta la mesa y los saludó. Karl parecía desconcertado y respondió con una inclinación de cabeza.

—Buen provecho, en el departamento me dijeron que os encontraría aquí.

Thomas tomó una silla libre y se sentó frente a Karl. Dahl y Lindgren lo escrutaron detenidamente. Doce horas después de su *cita* con Slavros, su rostro seguía inflamado y el ojo, ennegrecido por las lesiones.

—¿Te has caído? —preguntó Lindgren provocando una sonrisa en los demás.

—Algo así —respondió Thomas cortante—. Los bordillos son altos en Arizona.

—¿Así que fuiste a pesar de mi advertencia? —preguntó Karl.

—No tenía otra opción.

—¿Encontraste a la chica? —dijo Karl y se puso a cortar un trozo de carne dura haciendo chirriar su plato.

—No, pero conseguí información valiosa.

—¿*Valiosa*? ¿De verdad?

Thomas asintió.

—Anoche conocí a una chica que me aseguró que….

—Escucha bien, Ravn —dijo Karl dejando el tenedor y cuchillo en el plato. En seguida miró a Thomas con paciencia y se aflojó la corbata azul —. Mi día comienza a las seis de la mañana cuando Louisa se despierta y, por más bonito que sea, uno necesita bañarse, vestirse, hacer el desayuno, comer, preparar la mochila… Todo eso ocurre antes de llevar a mi hija a la escuela. Después conduzco a Susan hasta Karolinska, donde trabaja, solo para dar la vuelta y atravesar la ciudad durante hora punta, y en el trayecto ya estoy haciendo la primera reunión del día por teléfono. El día empieza en serio cuando finalmente pongo pie en la oficina. Paso ahí las siguiente diez horas, a veces más, reunión tras reunión, además de las investigaciones, interrogatorios, más reuniones, más interrogatorios, más investigaciones, sin dejar de lado las sesiones informativas… Tú mismo sabes cómo es. Cuando la jornada termina, subo al coche para ir a por Susan, a menos que haya cogido el metro, luego paso a buscar a Louise para llevarla al *ballet*, los *scouts*, el club o lo que sea que tenga en su pequeña pero ajustada agenda. Ah, y si es mi turno, hago la compra, la cena, me la como, a menudo en frente del ordenador, para luego ver el telediario con Susan; eso para poder decir que tenemos una vida en común. Luego me voy a la cama y la rueda comienza a girar al día siguiente. ¿Ves por dónde voy?

—Lo siento, pero no del todo.

—Solo tengo un momento libre al día. Treinta minutos, si soy preciso, treinta minutos para ser yo mismo, para reflexionar, si me da la gana reflexionar. Treinta minutos durante los cuales puedo mantener el mundo a un brazo de distancia. ¿Sabes cuándo es ese momento?

—¿Cuándo estás aquí?

—Exacto, Ravn, aquí mismo —dijo Karl señalando su silla—. Es la única oportunidad que tengo para desconectar totalmente —dijo y miró su reloj—. Me quedan siete de esos treinta minutos, así que, ¿cómo de importante es lo que necesitas explicarme?

Thomas se reclinó en la silla y se encogió de hombros.

—Sé que estás liado con mil cosas y lamento si la vida de suburbio no te trata como te mereces, pero conseguí un dato realmente útil sobre el lugar donde Masja podría estar.

—¿Por qué no te das una vuelta? —masculló Lindgren con la boca llena de comida.

Thomas lo ignoró sin despegar la mirada de Karl.

—Anoche, después de mi visita a Arizona, recibí el dato de una de las mujeres que trabaja con las lechuzasnocturnas, creo que así se hacen llamar.

—El ejército de abuelas —dijo Karl irónicamente—. ¿Las que sirven café?

—Sopa, bueno, la cosa es que una de ellas reconoció a Masja y dijo que Slavros tiene un burdel en Arizona.

—¿Cómo puede ser que no lo hayas encontrado?

—Porque está bajo tierra —agregó Thomas señalando el suelo—. Debajo del club de *striptease* que tiene. Al parecer, envía a las prostitutas más desgastadas a esa pocilga, donde viven en condiciones totalmente inhumanas.

—¿Por qué no ha informado de ello la mujer que te dio el dato?

—¿Y yo qué sé? Quizás no confía del todo en vosotros —respondió Thomas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que dice la verdad?

—No ganaría nada mintiendo.

—Cabe la posibilidad de que no sea una admiradora de Slavros, de la policía o de ti —dijo Karl.

Dahl y Lindgren se rieron del chiste.

—O de los hombres en general —agregó Lindgren—. Es algo común entre las prostitutas.

—¿Hablas por experiencia personal? —replicó Thomas y se dirigió de nuevo a Karl—. Lo digo en serio, bastaría una pequeña redada para averiguarlo, como mínimo podríamos cerrar el burdel.

—*En serio* —respondió Karl con ironía—. Ponte en mi lugar, imagina que apareciera repentinamente ante la policía danesa con estas sugerencias, ¿cómo reaccionarías? ¿No pedirías unas cuántas pruebas? —dijo y, sin esperar a que Thomas respondiera, lanzó la servilleta contra la mesa y se puso de pie—. Mis minutos de paz se han esfumado. Tengo que volver, nos esperan al menos doscientos casos *importantes.*

—Entonces, porque puede ser complicado, ¿prefieres no enviar un equipo a Arizona?

—Ya te expliqué el tipo de recursos que se necesitan para organizar una redada en Arizona, son recursos que podemos usar más eficazmente en otros sitios.

—Finalmente podrías detener a Slavros, ¿eso no te interesa?

Karl respiró pesadamente.

—¿Qué más da que Slavros tenga un burdel en un sótano? Hay burdeles ocultos por todas partes. A mí me da igual si se encuentran en Hjulsta, en Södermalm o en Gamla Stan, que estén por encima o debajo de tierra, todos son ilegales. Esperemos que con el tiempo logremos cerrarlos todos. Una vez que limpiemos el centro de la ciudad nos moveremos hacia la periferia. Es una cuestión de prioridades, esa es la razón por la que uno jamás debe darse el lujo de involucrarse personalmente en un caso.

Thomas desvió la mirada.

—Te recomiendo que no pidas las *chuletas del cazador* —dijo Karl señalando la carne gris de su plato—. Que tengas un buen día.

—Buen viaje a Copenhague —dijo Lindgren dando una palmada al hombro de Thomas.

Thomas se quedó sentado viendo como Karl se alejaba, seguido por sus dos asistentes. Cuando salieron por la puerta, Thomas observó la mesa vacía. No tenía apetito y las sobras solo incrementaron sus náuseas. Junto al plato de Karl resplandecía el cuchillo para carne, se inclinó para cogerlo y lo limpió con una servilleta antes de guardárselo en el bolsillo. Pasó los siguientes minutos mirando por la ventana. Afuera, la nieve caía con inclemencia. No había vuelta atrás, tendría que regresar a Arizona.

55.

Arizona

El crepúsculo caía a la par que la nieve cubría los tejados del Arizona con un manto blanco. Thomas había subido a una grúa de construcción no muy alta en el lote de "AK Byggnadsfiman", para obtener una vista despejada de toda el área. Había evitado el camino sin pavimentar que desembocaba directamente en el Arizona, ya que había descubierto una ruta distinta que atravesaba el bosque y conducía a la parte trasera del mercado. Las parcelas estaban protegidas por muros altos que, en conjunto, daban la impresión de formar una muralla alrededor de todo el terreno del Arizona. Había recorrido la mitad de la periferia cuando finalmente encontró un rincón donde el muro estaba derribado.

El club de Slavros estaba en el lado opuesto del punto donde se encontraba y, a pesar de sus esfuerzos, no lograba idear una táctica para llegar hasta allí de forma desapercibida. Evaluó la opción de esperar a que la oscuridad cayera por completo para escabullirse por el callejón de los francotiradores, pero el riesgo de ser descubierto era demasiado alto. Observó los tejados, que debido a la nieve parecían un conjunto de mosaicos blancos. Intentó calcular si los tejados estaban conectados hasta la propiedad de Slavros y, aunque no podía decirlo con certeza, estimó que si avanzaba por las azoteas llegaría bastante cerca. Total, tampoco tenía un mejor plan.

Avanzó con cautela por la pluma de la grúa hacia el polipasto y su peso hizo crujir la estructura endeble. Al quedar cerca del polipasto se agarró con ambas manos del cable oxidado para asomarse hacia abajo. Calculó que, si descendía por el cable hasta el gran gancho amarillo que colgaba a unos seis metros debajo de él, podría usarlo como una plataforma para saltar al techo del garaje que estaba más abajo. Comenzó a bajar cautelosamente por el

cable, pero la herida de la mano no tardó en abrirse y le impidió aferrarse con fuerza. Entonces perdió el control y ganó velocidad. Intentó frenar, pero el cable le quemaba las palmas de las manos. Resistió hasta que no pudo más y se soltó, recorriendo los últimos dos metros en caída libre.

Fue un aterrizaje aparatoso y el golpe contra el tejado causó un estruendo que incitó los ladridos de más de un perro. Thomas se quedó tumbado, completamente inmóvil para no hacer un solo ruido. Miró el cielo negro y la nieve que flotaba hacia su rostro. Intentó recuperar el aliento y normalizar su respiración. Los perros no tardaron en callarse, entonces se levantó y observó. Al convencerse de que el ruido de su caída no había atraído ninguna atención indeseada, se puso a andar por las azoteas hasta la pared de la parcela contigua. Se libró del alambre de espino del muro cuidadosamente y saltó el medio metro que lo separaba del techo de una barraca no muy alta. Anduvo por la azotea resbaladiza sin perder de vista la calle que corría paralela a él, donde vio a un grupo de hombres que bebían cerveza iluminados por el resplandor de las luces encendidas de un coche. Thomas pasaba por encima de sus cabezas cuando un poco de nieve pulverizada se desprendió de sus zapatos y rodó por la fachada de la barraca. Sin embargo, ninguno de los hombres advirtió su presencia. Al alcanzar el otro extremo, siguió avanzando por los andamios que funcionaban como una extensión del edificio y, sin ser visto, alcanzó la siguiente parcela, donde se encontraba un taller mecánico.

En el garaje abierto había cuatro hombres desmantelando un Bentley Continental. posiblemente el coche sería utilizado para traficar piezas de reservas. Los hombres estaban ajetreados arrancando el motor del compartimento. Thomas saltó al techo del garaje más cercano y el techo de plexiglás negro perforado crujió amenazadoramente bajo sus pasos. Continuó hacia el siguiente y saltó el medio metro que separaba ambas estructuras. La nieve se colaba por los orificios del plexiglás y se posó en los dos BMW negros que estaban aparcados debajo. Uno de los hombres que trabajaba en el Bentley levantó la mirada en su dirección y le dio un codazo a su compañero.

—¿Qué quieres?

—¿Has escuchado algo?

—No, excepto el pedo que acabas de tirarte —dijo y volcó su atención en el brillante motor V8 que estaba casi afuera del compartimento—. Joder, échame una puta mano.

El hombre se giró, cogió el polipasto y tiró del cable causando un traqueteo en los engranajes.

Thomas gateó por el delgado tejado, acercándose más y más a los cuatro hombres que trabajaban por debajo de él. Los observó a través de uno de los orificios del techo. Los sujetos miraban constantemente hacia el polipasto y lo más probable era que lo descubrieran si intentaba saltar al siguiente tejado. Decidió gatear hasta el otro extremo del garaje y ahí vio que había una larga hilera de coches desguazados. Habían sido aplanados y apilados, unos sobre otros, de cuatro en cuatro. Thomas bajó del techo al montón de carrocerías y avanzó a hurtadillas por la hilera hasta alcanzar la última pila. Se detuvo y observó la parcela que tenía enfrente: ahí estaban los dos burdeles de Slavros.

Del primer tugurio salía una intensa música tecno y, gracias a que la puerta estaba abierta, advirtió que el local estaba lleno. En el barracón más alejado, seguramente era ahí donde las *strippers* se alojaban, brillaba una luz roja que se filtraba por las ventanas con rejas de la fachada. Supuso que el prostíbulo se encontraba debajo de ese barracón. Thomas bajó de la pila de coches, se colocó la capucha de la sudadera y cruzó el terreno hasta la entrada. A través de la ventana diminuta de la puerta vio que el local estaba completamente vacío; hubiera preferido una mayor concurrencia que le permitiera camuflarse entre la multitud.

Empujó la puerta y al entrar quedó bañado por la luz roja. El local apestaba a sudor agrio y residuos de cerveza. Del otro extremo, donde estaba el bar, ronroneaba el generador eléctrico, pero fuera de ese zumbido constante el sitio estaba sumido en un silencio profundo. Thomas sacó el cuchillo del bolsillo interior de su chupa y lo guardó en la manga. Se acercó al bar y se asomó a la trastienda. El espacio era un desorden de cajas de destilados y palés de cerveza en lata. La puerta trasera estaba abierta y había un hombre hablando por teléfono en el otro lado del umbral. Thomas estudió la habitación con rapidez. Junto al generador de diésel vio una trampa abierta y, sin titubear, caminó sigilosamente para evitar ser visto y

siguió hasta la escotilla. Una vez ahí descubrió la empinada escalera que conducía al nivel inferior.

Las escaleras crujieron bajo sus pasos. La luz fluorescente que pendía del techo parpadeaba constantemente e iluminaba con dificultades el pasillo estrecho y largo que se extendía ante Thomas. Apestaba a heces y el hedor le hizo toser profusamente, dejándolo al límite del vómito. Al recuperarse avanzó por el pasillo que tenía puertas a ambos lados. El túnel era un concierto de gritos lastimeros y gemidos abusivos que provenían de las habitaciones. Thomas se giró al escuchar pasos en la escalera y vio un par de botas toscas en los peldaños.

Rápidamente se acercó a la puerta más próxima y escuchó atentamente: no oyó un solo ruido del otro lado. Decidió entrar y cerró la puerta detrás de él. Sus ojos tardaron unos segundos en habituarse a la oscuridad. Entonces se fue dibujando un camastro estrecho y encima, una mujer famélica que llevaba un camisón raído. Su piel pálida brillaba en la oscuridad y el pelo largo se erizaba como las agujas de un arbusto. Se acercó al camastro y ella se subió el camisón inmediatamente para exponer su entrepierna. Thomas vio varias heridas a lo largo de la cara interna de los muslos. La chica clavó su mirada vacía en el techo y comenzó a tararear una nana. Thomas tiró del camisón en seguida para cubrirla y ella dejó de canturrear para mirarlo boquiabierta.

—Necesito que me ayudes —dijo él—. Así todos podremos largarnos de este sitio. Estoy buscando a una chica de tu edad, se llama Masja, ¿sabes dónde está?

La chica esbozó una sonrisa vacía y desvió la mirada hacia el techo. Absorta, comenzó a tararear de nuevo y se alzó el camisón. Thomas se alejó y fue a la puerta para investigar si sucedía algo en el pasillo. Parecía estar en silencio, así que abrió cautelosamente la puerta para echar un vistazo: estaba vacío. Iba a tener que registrar cada una de las habitaciones, sin importar si tenían clientes, hasta dar con Masja. Salió y caminó al siguiente cuarto. En cuanto quedó enfrente, la puerta se abrió y Kemal cruzó el umbral. Se quedó pasmado y Thomas aprovechó para empujarlo de vuelta a la habitación. Lo presionó contra la pared y sacó el cuchillo.

—¿Dónde está? —preguntó, colocando el filo contra la garganta de Kemal.

—Jamás… saldrás vivo de aquí —tartamudeó Kemal.

—Pues ya somos dos —amenazó Thomas presionando la hoja para que perforara la piel.

—Joder, está en la última habitación.

Sobre la cama, había una chica raquítica y completamente calva. Tenía el ojo izquierdo hinchado, como si acabara de ser castigada.

—¡Hijo de puta! —gritó la mujer y se abalanzó contra Kemal, golpeando y escupiendo.

Thomas perdió el cuchillo en la trifulca y al agacharse para recogerlo, recibió un rodillazo en el vientre. Kemal logró zafarse y salió corriendo del cuarto. Thomas se echó tras él cuando recuperó el aliento, pero al salir al pasillo vio que Kemal ya estaba en el otro lado. Decidió dejar la persecución y corrió hacia la última habitación. Abrió la puerta y entró.

—¿Masja? —llamó.

No hubo respuesta, y al acercarse a la cama descubrió una colcha enrollada. La mujer calva de la otra habitación apareció en el umbral de la puerta.

—¿Sabes dónde está Masja? ¿La que vivía aquí? —gritó desesperado.

—Es afortunada, se ha ido.

—¿Qué quieres decir? ¿A dónde?

—Se la llevaron, señor. La Hiena vino a por ella. Acoge a las más débiles.

—¿Sabes a dónde las lleva?

—Claro, las lleva con los ángeles blancos. Masja está muerta, al fin descansa en paz.

—¿Cuándo desapareció?

—Creo que ayer o antes de ayer, aunque pudo ser la semana pasada o quizás el año pasado. Aquí el tiempo nos desampara y se transforma en ángel —dijo revoloteando sus manos antes de desaparecer.

Se escuchaban gritos y ladridos en el otro extremo del pasillo. Thomas buscó el cuchillo solo para caer en la cuenta de que jamás lo había recuperado. Intentó encontrar algo con que defenderse, pero no halló nada.

Mientras revolvía el colchón, cayó al suelo una libreta amarillenta e inmediatamente se agachó para recogerla. Hojeó y leyó unas cuántas líneas a toda prisa, mientras que las voces en el pasillo subían de volumen.

"29 de noviembre del 2010. Día 33. Más de cuatrocientos otra vez. Soy Masja, tengo 21 años. Caí en el infierno y este es mi diario. ¿Lo entendéis? No escribo para nadie, lo hago por mí… Escribo para soportar mi realidad, para sobrevivir, para recordarme que sigo viva."

Thomas se guardó el cuaderno bajo la chupa y salió corriendo al pasillo. En el otro extremo, Kemal avanzaba acompañado por Slavros y dos *pitbulls*. Un par de clientes habían salido al umbral de la puerta y observaban la escena asombrados. Los perros gruñeron al reconocer el olor de Thomas y se echaron hacia él cuando Slavros los soltó. Thomas corrió por el pasillo, pero al doblar la esquina se topó con un pasillo sin salida. Los gruñidos se escuchaban cada vez más cerca cuando vio una escalera de mano apoyada en el muro del fondo y saltó hacia ella. Un *pitbull* alcanzó a morderle la pernera del pantalón, y Thomas perdió el equilibrio, pero logró patear el hocico del perro para liberarse. Miró hacia arriba y vio una escotilla cerrada. Del otro lado se filtraba música tecno a todo volumen. Subió hasta el peldaño superior y, con todas sus fuerzas, empujó la trampilla con la espalda. En ese instante, Slavros dobló la esquina del pasillo.

—Poli danés, eres hombre muerto, realmente muerto —dijo.

La escotilla cedió y la música cayó sobre Thomas, que trepó para salir del otro lado. Cerró la puerta de la trampa inmediatamente y colocó encima dos cajas de Ballantine's. La camarera sin camiseta lo miró confundida mientras tiraba una caña.

—¿Qué cojones haces? —preguntó con desgana.

—Hay un psicópata allí abajo, asegúrate de que no se escape mientras voy a por Slavros —dijo Thomas y le extendió un billete de doscientas coronas.

—No me extraña, aquí solo hay psicópatas —respondió ella colocando el billete en el resorte de las bragas.

Thomas atravesó el local sin mirar hacia atrás. Al llegar a la puerta, una mano se estrelló contra su pecho.

—Te dejamos muy claro que no volvieras jamás. —Mikhail le clavó una mirada malévola, estaba bastante ebrio y se tambaleaba un poco—. De aquí en adelante, las cosas solo irán de mal en peor.

Sin pensarlo dos veces, Thomas lo cogió por el cuello y le dio un cabezazo. El impacto entró desviado y la visión de Thomas se nubló momentáneamente. Sin embargo, fue suficiente para derribar a Mikhail, que quedó tendido en el suelo.

Thomas salió corriendo por la puerta y atravesó la parcela hasta los dos contenedores de basura que había junto al muro más lejano. Los trepó y siguió corriendo por el muro. En ese instante, Slavros salió corriendo del barracón acompañado por los *pitbull* y dos hombres. Los perros levantaron los hocicos tratando de olfatear algún rastro, mientras los hombres indagaban en la oscuridad.

Thomas se sentó en el muro exterior de Arizona y se preparó para saltar. Era una caída de tres metros de altura hasta el suelo del bosque cubierto de nieve. Cayó dando una voltereta, pero se incorporó inmediatamente y comenzó a correr entre los árboles en penumbras. El sudor hacía que la libreta se adhiriera a la piel de su vientre.

56.

Estocolmo, 2013

"Estoy esperando a Petra en el McDonald's de la estación central. Se fue al baño. Llegamos diez puñeteros minutos tarde y perdimos el tren a Copenhague. Mamá, quiero contarte tantas cosas… Ahora tengo dinero… Deberías habernos visto, mamá, cuando nos fugamos del centro de bronceado de Arkan… Éramos como las de esa película que vimos juntas hace mucho tiempo, la de las mujeres que se fugan de la pasma, sí, ya sabes a cuál me refiero…"

—Thelma y Louise —farfulló Thomas para sí mismo. Estaba sentado en la mesa más recóndita de la pequeña cafetería de la sala de llegadas, frente al mismo McDonald's del que Masja hablaba en su diario. Siguió leyendo para dar con el fragmento que narraba cómo fueron perseguidas por Mikhail y el incidente cuando Petra se lanzó contra el tren. Leyó sobre la noche demencial en la que Slavros estranguló a Lulu. Un homicidio con alevosía, un acto por el que Karl Luger y la Policía Nacional podrían aplastarlo. El reloj de la estación marcaba las 22:39. Había estado leyendo el cuaderno desde que se subió a la línea T en Rinkeby. Había llamado a Karl varias veces, pero no le había cogido el teléfono. El contenido del diario, sumado a lo que él había vivido en Arizona, ofrecía razones de sobra para cargarse a Slavros; razones que Karl no podría negarse a investigar. Sin embargo, nada de eso era consuelo suficiente por haber llegado demasiado tarde para salvar a Masja.

—Estamos cerrando —dijo el corpulento camarero. El septum que llevaba lo asemejaba a un toro.

Sin advertencia alguna, el camarero cogió la taza de Thomas y comenzó a limpiar la mesa con un trapo mugroso. Thomas cerró el cuaderno y se

levantó. Llamó a Karl una vez más al atravesar la sala de llegadas. El contestador automático se activó inmediatamente, pero esta vez Thomas colgó sin dejar mensaje. Miró hacia el techo y se fijó en las grandes bóvedas; se asombró por la similitud que existía entre el salón de llegadas y la nave de la iglesia de Vor Frelsers en Christianshavn. Era el mismo estilo gótico, pensó, aunque no era un experto en el tema.

Habían colocado el féretro de Eva en el centro, en lo más alto del altar. Era blanco nacarado y las flores casi lo cubrieron por completo. El padre, la madre y los dos hermanos de Eva se habían sentado en el banco de la primera fila junto con Thomas. El resto de Christianshavn había ocupado los demás bancos e incluso hubo quienes asistieron al servicio de pie en el exterior, bajo la lluvia. Cientos de desconocidos se habían enterado del homicidio en los periódicos y se presentaron para mostrar su simpatía. La ceremonia le había parecido irreal, como si el féretro estuviera vacío, como si Eva estuviera lejos de ahí, trabajando o haciendo la compra en el supermercado de la plaza de Christianshavn. Thomas se había sentido excluido y había observado con una frustración creciente a toda esa gente, que mostraba su aflicción por la muerte de *su* Eva tan abiertamente. Por encima de todo, había sentido ganas de gritar, de gritar para mandar a todo el mundo, con su duelo intrusivo, al infierno, principalmente porque Thomas no había sentido nada, excepto un vacío innombrable y omnipresente. Un vacío que, ahora se daba cuenta bajo las bóvedas de la estación, lo devoraba desde entonces.

Las manos de Thomas temblaban incontrolablemente y el cuaderno se le resbaló. Al inclinarse para recogerlo lo invadió un pánico intenso y un sudor helado mojó su espalda. No podía respirar y tuvo que apoyarse en un banco para no caer. El recinto daba vueltas alrededor de su cabeza y lo único que alcanzó a hacer fue sentarse torpemente. Se sentía sofocado y se abrió la chupa y la cremallera de la chaqueta. Intentó retener el llanto, pero se le escapó a borbotones, entrecortando su respiración y obligándolo a resoplar. A pesar de la vergüenza que sentía, le era imposible detenerse: las lágrimas corrían libremente en contra de su voluntad. Finalmente, se entregó y sollozó desconsoladamente.

El episodio culminó un par de minutos más tarde y Thomas fue recuperando la compostura paulatinamente. Aún sentía dolor en los ojos y la garganta. Sacó el móvil del bolsillo para conectarse a internet. Buscó la guía telefónica y encontró los datos de un Karl Luger, el único en toda el área de Estocolmo. Thomas marcó al número de casa que aparecía listado bajo una dirección en Mälarhöjden.

—Susan Luger —dijo una suave voz femenina al otro lado.

Thomas se presentó rápidamente como el compañero danés de Karl y se disculpó por la hora de la llamada.

—¿Está en casa Karl? —preguntó.

—Desafortunadamente no —respondió Susan—. ¿Llamas por lo de la consigna?

—¿La consigna? No sé a qué te refieres.

—La invectiva anual del comisario principal. El discurso de antes de la cena del sindicato de policías. Luego se beben una, o varias, *cervezas funerarias*, como suelen decirles.

—Sí, por eso llamo, por la cena —respondió Thomas—. No me quedó claro dónde era.

—El local de la asociación queda en Myntgatan 5, el segundo hogar de Karl —agregó divertida—. Ve por Gamla Stan hasta Brantingtorget. Cuando llegues allí, sigue a los uniformados.

—Muchas gracias.

—De nada, pero vas bastante tarde, ¿no?

—"Bastante tarde" es el resumen de mi vida —dijo haciéndola reír—. Te lo agradezco de nuevo.

57.

Thomas se levantó del banco. A pesar de que era tarde, la estación vibraba con actividad. Siguió a la corriente de transeúntes que se dirigían a la entrada principal. En el exterior, nevaba con fuerza y los taxis escaseaban. Aunque tardó, logró parar un coche y, casi congelado, se sentó en el asiento trasero y le dio la dirección al conductor. Después de dejar atrás Norrmalm y cruzar el puente Vasabro sobre Gamla Stan, Thomas se sacó el cuaderno de la chupa. Miró la portada amarillenta, donde Masja había escrito su nombre con una caligrafía infantil. La lectura del diario era insoportable y casi no tenía fuerzas para leer las últimas páginas, pero se obligó a hacerlo por la responsabilidad de dar con más pruebas en contra de Slavros y cualquier pista que indicara el paradero de Masja.

Thomas leyó sobre la visita de la Hiena, sobre cómo la auscultó para evaluar si estaba lista. Los horrores descritos impedían que Thomas pensara lógicamente, pero debía absorber con sobriedad los hechos contenidos en esas páginas. Había sospechado que Slavros estaba detrás de los ángeles blancos, pero, a pesar de que era un ser repugnante, el diario de Masja lo exculpaba de esos asesinatos. Si la Hiena había recogido a Masja unos días atrás, lo más probable era que su cuerpo pronto emergiera en uno de los vertederos de Hjulsta. Era importante persuadir a Karl de que aumentara la vigilancia e incluso la ampliara para cubrir todos los desguaces de la zona de Estocolmo. Mientras tanto, podrían intentar rastrear el coche del que habló Masja. Era una tarea manejable, si se tenía en cuenta que no podían existir demasiados Mercedes negros de los setenta matriculados en Suecia. Estimó unos cien, quizás menos.

—Tengo que dar la vuelta —dijo el conductor cuando llegaron a Gamla Stan.

—¿Ajá? —dijo Thomas distraídamente y despegó la vista del cuaderno.

—Después de las obras hicieron la calle Myntgatan de un solo sentido —añadió el conductor señalando la barrera con luces amarillas que parpadeaban en medio de la noche.

—Está bien, siempre y cuando te des prisa —respondió Thomas y se puso a hojear el diario al azar.

Fue desgarrador leer acerca de la vida de Masja en el sótano, sobre cómo resistió la abstinencia con el fin de reunir una dosis suficiente para una sobredosis. Odió aún más a Slavros al leer sobre la noche en que revivió a Masja, solo para entregarla a las garras de ese psicópata.

"Mamá, si aún te acuerdas de mí, perdóname."

Al leer el final del diario, Thomas se mordió la mejilla para retener el llanto. En la última página, Masja escribió que la Hiena era una persona que colaboraba con Slavros, alguien que lo protegía. Thomas no sabía cómo interpretar ese dato. Quizás la Hiena era el hombre detrás del telón. Sacó el móvil para llamar a Karl de nuevo; seguramente él contaba con información sobre la organización de Slavros.

—¿Estamos cerca?

—Dos minutos —respondió el conductor.

De nuevo el contestador, por lo que Thomas colgó y se guardó el móvil.

—No tengo todo el tiempo del mundo —refunfuñó Thomas frustrado.

El conductor farfulló algo incomprensible que más que nada sonó como un insulto. Un instante después, condujo por Myntgatan. A lo lejos, Thomas vio a varios agentes fumando en el arco de un edificio amarillo. Todos llevaban sus uniformes de gala y parecían contentos. El conductor detuvo el coche.

—Llegamos —comentó el conductor, indignado.

Thomas le extendió dos billetes y, mientras el conductor buscaba el cambio, Thomas descubrió unas palabras apenas legibles en el reverso de la libreta. Las letras estaban descoloridas, como si hubiesen sido escritas con tierra u hollín. Lo sostuvo bajo la luz del techo para descifrar el mensaje.

—Aquí tienes —dijo el conductor ofreciéndole el cambio.

—Quédatelo —murmuró Thomas mientras intentaba descodificar la caligrafía casi ilegible.

"Mamá, esta es mi última carta. Sé quién es la Hiena, aunque eso no me va a ayudar lo más mínimo. Mikhail pasó por aquí esta noche, estaba borracho, afortunadamente demasiado como para divertirse con mi cuerpo. Se burló de mi muerte próxima, me dijo que no tenía salida, que pronto aparecería en un desguace. Me aseguró que la Hiena vendría por mí más tarde, que, de hecho, en ese instante estaba charlando en el bar con Slavros. Le contesté que algún día la policía los descubriría y los arrestaría a todos, que quizás ya estaban en camino. Mikhail se burló de mí y me contó que habían molido a golpes a un poli que preguntó por mí, un gilipollas que quería rescatarme. No puedo imaginarme que alguien quisiera salvarme. Y pensar que Mikhail se reía de eso solo para desesperarme aún más. Para volverme aún más loca. Dijo que como estaba a punto de morir me contaría un secretito. Me dijo que existía una razón por la que la Hiena jamás había sido atrapada. No es como nosotros, dijo. La Hiena está por encima de todo, por encima hasta de la ley. La Hiena es P.A.S.M.A."

Thomas enrolló el cuaderno y se lo guardó en el bolsillo.

—Oye, jefe, ¿estás bien? —preguntó el conductor—. Parece que acabas de ver un fantasma.

Thomas bajó del coche sin responder y los oficiales más cercanos lo miraron fugazmente. El último mensaje de Masja no cuadraba del todo. Pasó junto a los policías y se dirigió hacia la puerta que conducía al pasillo número cinco. Mikhail pudo haberle mentido, decirle cualquier cosa para hacerle perder los estribos. Pero ¿por qué? ¿Qué ganaría con eso? El hecho era que, durante los últimos cinco años, un asesino desconocido había asolado las zonas de prostitución de Estocolmo sin ser capturado. Otro hecho: nadie tocaba los negocios de Slavros en Arizona, a pesar de que era un hervidero de actividades ilícitas a todas luces. Si Mikhail estaba diciendo la verdad, ¿cuánta corrupción había en el sistema?

Thomas subió las anchas escaleras que llevaban al vestíbulo. Escuchó carcajadas y voces exaltadas. Masja estaba con vida el día anterior; Thomas había caminado sobre su celda mientras ella aguardaba su destino en el sótano. Entonces una delgada esperanza se encendió: quizás seguía con vida, a lo mejor no era demasiado tarde.

Thomas subió al primer piso hasta la puerta de cristal del sindicato de policías. En medio del salón, una media docena de agentes charlaban junto a una mesa redonda, que un par de camareras limpiaban. Se escuchaban gritos del otro lado del local: otros seis policías de mediana edad que brindaban, intentando hacer chocar sus copas de coñac. Sobre la mesa había dos botellas vacías.

Desde el umbral, Thomas ojeó el local alargado y decorado con banderas azul y amarillas en busca de Karl, pero no lo vio por ninguna parte. Se dirigió a los dos agentes que estaban junto a la puerta y les preguntó por él.

—¿Luger? Hace rato que no lo veo —respondió uno.

—Sí, aunque no creo que se haya ido a casa, debe andar por ahí —respondió el otro.

Thomas les dio las gracias y entró al recinto. Observó las fotografías enmarcadas que colgaban a lo largo de un muro. Capturaban paseos de veranos y celebraciones de la asociación. En una identificó a Karl Luger, que estaba en manga corta acompañado por dos hombres de aspecto serio, frente a una choza de cacería. Una pegatina adherida al marco decía: “Mesa Directiva del Sindicato de Policías, 2007”.

—Joder, Jönsson, ¿fuiste tú quien invitó al radical? —dijo un agente corpulento que se había colocado detrás de Thomas y le dio una fuerte palmada en el hombro.

Los policías que estaban alrededor de la mesa se rieron.

—Parece uno de los del departamento de narcóticos —dijo el hombre colorado que estaba en el centro—. Hostia, Ivar, esconde las drogas.

Una carcajada estalló alrededor de la mesa.

—¿Quieres una copa? —preguntó el agente que estaba detrás de Thomas blandiendo una botella de coñac sin abrir.

—No, gracias —sonrió Thomas forzadamente—. Estoy buscando a Karl Luger, ¿lo habéis visto?

—Sí, se esfumó con una de las *strippers* —gritó uno de ellos.

Los hombres se rieron de nuevo.

—Lo siento —dijo el policía que llevaba la botella y luego se sentó junto a sus colegas.

Thomas pasó junto a la mesa y se dirigió a la oficina más alejada del recinto. La puerta estaba entreabierta y se asomó. La habían utilizado como un guardarropa y, excepto por los numerosos abrigos arrojados sobre el escritorio, estaba vacía. Thomas escuchó voces que subían desde el patio trasero y atravesó el local para asomarse por la ventana. En el gran patio circular alcanzó a divisar dos figuras que conversaban, pero estaba demasiado oscuro como para identificarlas. Entonces se giró, atravesó el local apresuradamente y bajó las escaleras. Al llegar al vestíbulo, buscó la puerta que llevaba a la salida trasera y la encontró un poco más adelante.

El viento gélido flageló a Thomas en cuanto salió al patio trasero. La posición central de ese espacio abierto, aunado a las altas bóvedas, hizo que el edificio de Bratingtorget le recordara a la rotunda interior de la Comisaría de Copenhague. El silencio era atronador. Quienquiera que hubiera estado ahí hacía unos momentos debió desaparecer por alguna de las estrechas callejuelas que conducían a las calles circundantes. La gran fuente que ocupaba el centro de la plazoleta llamó su atención: tenía un pedestal y, sobre este, la escultura de una mujer desnuda y esbelta que estaba arrodillada. El parecido entre la estatua y las prostitutas asesinadas era desconcertante. Era como si el asesino quisiera ponerse en el lugar del artista.

“Su segundo hogar”,dijo Susan cuando mencionó el sindicato. Thomas miró hacia los locales iluminados del primer piso, donde un par de oficiales charlaban junto a la ventana. ¿Era posible que Karl hubiera pasado incontables horas a lo largo de los años observando a la mujer de la plazoleta? ¿Se convirtió en una obsesión, en un ideal que intentaba recrear? Thomas descartó la idea, ya que resultaba desmedida e inverosímil.

Caminó por uno de los pasillos estrechos, que lo condujo de nuevo a Myntgatan.

—¿No eras tú quien buscaba al inspector Luger? —preguntó una voz.

Thomas se giró. El hombre salía por la puerta principal mientras se ponía el abrigo. Lo reconoció: era el agente con el que había hablado en la entrada del primer piso.

—Sí, ¿lo has visto?

—Se te acaba de escapar, se fue a casa hace un momento. —El agente se despidió de Thomas y se dirigió hacia el aparcamiento.

Thomas buscó un taxi. Era imprescindible contactar con Luger esa misma noche, aunque tuviera que sacarlo a rastras de la cama.

58.

Thomas tuvo que esperar cinco minutos eternos antes de encontrar un taxi. Al ver uno, se lanzó hacia él, pasando por delante de todos los policías que esperaban.

—¿A dónde? —gritó el conductor moreno por encima de la música *hip-hop* que sonaba a todo volumen.

—Te lo diré en cuanto apagues eso —dijo Thomas mientras buscaba la dirección de Karl Luger en su teléfono.

El joven rio y bajó el volumen.

—Ugglemossvägen número cinco.

—¿En Mälarhöjden? Pero si eso está en los suburbios.

—Me da igual, tengo que llegar allí lo más rápido posible.

—¿Qué tan rápido?

Thomas sacó su cartera y contó. Le quedaban ochocientas coronas y le extendió seiscientas al conductor.

—Mejor abróchate el cinturón, abuelo —dijo el conductor pisando el acelerador hasta el fondo y arrancó a toda velocidad.

El tráfico en la circunvalación hacia Mälarhöjden era denso, como si por alguna razón indescifrable todos los habitantes de Estocolmo hubieran programado un éxodo del centro de la urbe al mismo tiempo. Sin embargo, la congestión no parecía intimidar al conductor, que mantenía una velocidad constante de 170 km/h aprovechando todos los carriles para desplazarse. Thomas apoyó los pies firmemente en el suelo del coche y se aferró a la correa del cinturón. Si Suecia necesitaba un nuevo talento para la Fórmula 1 que perpetuara el legado de Ronnie Peterson, este chico era un candidato formidable. El conductor le lanzó una mirada y sonrió.

—Esa correa no será de gran ayuda si nos estrellamos —dijo riendo—. ¿Estás seguro de que tu corazón puede soportar esto, abuelo?

—Sí, si te enfocas en conducir.

—Lo tengo todo bajo control. Para mí esto es un paseo, un viaje tranquilo —dijo y pisó el acelerador para desplazarse al carril interior, dejando atrás a un par de conductores boquiabiertos.

Entraron a Mälarhöjden nueve minutos y medio después y enfilaron hacia Ugglemossvägen.

—¿Qué número? —preguntó el conductor mirando hacia las casas.

—Cinco.

—Mierda, esta es la noventa. Es una calle larga, macho —comentó y aceleró por la oscura calle conformada por villas resguardas por vallas blancas, que parecían no terminar jamás.

Dos minutos después, se encendieron las luces traseras de un coche frente a ellos. Al acercarse al vehículo, Thomas, pasmado, reconoció la silueta de un viejo Mercedes negro.

—¿Te parece que ese coche es de los setenta? —le preguntó al conductor.

—Estoy seguro. Es un viejo SEL, mi cuñado tuvo uno, están equipados con un motor V8 prácticamente indestructible —dijo y encendió las intermitentes dispuesto a dejar el coche atrás.

—Espera, conduce detrás del Mercedes —dijo Thomas.

—Creí que tenías prisa —respondió el chófer bajando la velocidad a regañadientes.

—Ya no —respondió Thomas frotando su barba incipiente.

Era igual al coche descrito por Masja y, por inusual que pareciera, tenía que ser el mismo. Thomas se inclinó hacia adelante e intentó ver quién iba tras el volante, pero la ventanilla oscurecida le impedía ver el interior de la cabina. Tuvo que conformarse con registrar la matrícula.

—Conduce un poco más lento —dijo Thomas.

—¿Conoces a ese tío? —preguntó el conductor.

—Puede ser, ¿estamos lejos de la dirección?

El conductor echó un vistazo por la ventana.

—Acabamos de pasar el cincuenta y dos; sospecho que no quieres que te vea.

—Algo por el estilo.

—Vale —respondió el conductor riendo y redujo la velocidad para que el Mercedes se alejara un poco, como si fuera un pez enganchado al que se le otorga un poco de sedal.

Cuando el taxi se acercó a las últimas casas de la calle, se encendieron las luces rojas de frenado del Mercedes.

—Detente.

El conductor obedeció.

—Y apaga las luces —añadió Thomas.

—¿Acaso te debe dinero?

Thomas gesticuló con la mano para indicarle que guardara silencio. El Mercedes negro se detuvo frente a la casa de Karl, lo que solo podía significar una cosa: Karl Luger era la Hiena. Su posición de jefe de policía le había abierto la posibilidad de falsear las investigaciones. En cuanto a su motivo, Thomas sabía bien que los psicópatas proliferan en todos sitios, ¿por qué no en los suburbios de Estocolmo? Su hipótesis era verosímil. Nervioso, se pasó la mano por el pelo. ¿A quién demonios podía contactar en la Policía Nacional para presentarle la conclusión de su investigación apócrifa? Además, ¿era posible que Masja siguiera viva?

—Oye, tío, pareces estresado, ¿estás bien?

Thomas asintió.

—Todo bien.

—No quiero meterme en problemas, ¿vale?

—No tendrás problemas.

En ese instante, se abrió la puerta del copiloto del Mercedes. Un hombre uniformado salió tambaleándose del coche, se giró y dio un portazo.

—¡Joder, qué poli tan borracho! —mencionó el conductor, riéndose.

La luz de las farolas ayudó a Thomas a reconocerlo. Era Karl, que, completamente embriagado, se despedía del conductor del Mercedes, quien le contestó con un bocinazo discreto. Karl avanzó bamboleándose por el sendero del jardín hacia la puerta principal. El Mercedes arrancó y comenzó a alejarse.

No había tiempo que perder.

—¡Sigue al coche! —gritó, Thomas.

—Me has asustado, abuelo, ¿de qué va todo esto?

Thomas abrió la sudadera para sacar su carné y se lo mostró al chófer.

—*Wallah* —respondió el conductor agitando las manos—. No me digas que estoy colaborando con un madero, no sabes la que me espera si esto sale a la luz.

—Créeme, este es un asunto de vida o muerte.

El conductor se encogió de hombros sin parecer impresionado.

—Vi que tenías doscientos más en tu cartera, los billetes me interesan más que cualquiera de tus explicaciones.

—Son tuyos, pero encárgate de no perderlo de vista —le pidió Thomas.

El conductor asintió y avanzó detrás del Mercedes negro.

59.

Durante diez minutos siguieron, a una distancia prudente, al Mercedes a través de Mälarhöjden. Parecía que las villas se hacían más grandes y los coches, más lujosos a medida que se adentraban en la zona más próxima a la orilla del lago.

—¿Dónde coño se ha metido? —gruñó Thomas después de doblar una esquina.

El Mercedes había desaparecido de su vista súbitamente y el conductor negó con la cabeza.

—No tengo idea, ¿me voy por esa calle lateral? —preguntó el chófer señalando el camino oscuro que había a un lado.

—No, continúa recto —aclaró Thomas.

Avanzaron unos doscientos metros más por la calle hasta llegar a un cruce.

—Prueba con esta —dijo Thomas ordenándole al conductor que doblara por la calle que estaban a punto de cruzar.

Era una calle sin salida y, justo donde acababa, Thomas vio el Mercedes aparcado en la calzada de un chalé de ladrillo rojo. Era una casa enorme con una entrada muy amplia. La imponente puerta principal, con sus remaches negros y herrajes forjados, parecía sacada del medievo. En ese instante sonó la radio del taxi, llamando de la estación. El sonido sobresaltó al conductor y bajó el volumen.

—Es que… ¿es aquí donde vas a bajarte? —le preguntó a Thomas, que le entregó las doscientas coronas y luego abrió la puerta.

—¿Podrías esperarme? —dijo al salir.

—Tengo otros clientes, abuelo, buena suerte.

El conductor se estiró hacia la puerta del copiloto y la cerró antes de que Thomas tuviera tiempo de protestar. Le hizo a Thomas un gesto a manera de

disculpa, dio la vuelta con el coche y se fue. Cuando el ruido del taxi se desvaneció, el silencio se hizo total en la calle desierta. Thomas miró hacia la casa oscura y tuvo la sensación de oler el mar. Se acercó al Mercedes aparcado en la entrada y miró por la ventana. Fuera de la boina, en el asiento de pasajeros, no había rastro del dueño. Se acercó al buzón postal verde en la entrada del jardín para buscar un nombre, pero no encontró nada. Metió la mano por el bocacartas para buscar algún documento que revelara algo sobre el residente, pero el buzón estaba vacío. Se acercó a la puerta principal, la cual tampoco tenía placa alguna. Cogió el pomo y constató que la puerta estaba cerrada. Thomas se dio la vuelta y caminó por el césped nevado para rodear la casa. El terreno con aspecto de parque terminaba a la orilla del lago, donde había un pequeño cobertizo para botes. El jardín ofrecía una vista despejada del lago Mälaren: sobre la superficie flotaban algunas embarcaciones con sus faroles resplandeciendo en la noche. Quienquiera que viviera ahí debía de pagar una fortuna por esa vista.

Se giró para echar un vistazo al primer piso. A pesar de las cortinas corridas, logró ver que había luz en una de las habitaciones. Caminó alrededor de la villa y, al pasar junto a la cocina, descubrió una ventana que estaba entreabierta. Sacó un bolígrafo de su bolsillo y lo introdujo entre el marco y la ventana. Tras un par de intentos logró sacar el gancho de la ventana. Thomas entró apretándose por la apertura estrecha y gateó por encima del amplio fregadero de la cocina. Saltó hacia el suelo de baldosas y se quedó acuclillado, ocultándose para escuchar si había alguien más en la casa. Todo estaba en silencio.

Thomas se incorporó precavidamente y le echó un vistazo a la amplia cocina y al comedor contiguo. Sobre la larga y pesada mesa de roble descansaba una gorra y una chaqueta de uniforme. Se acercó para examinar la chaqueta y, al confirmar que los bolsillos estaban vacíos, la devolvió a su lugar. Entonces continuó hacia el pasillo. A lo largo de una de las paredes colgaba una fila de pequeñas placas con finas cornamentas blancas de ciervo. Se acercó a la primera puerta, que daba hacia dos vastos salones adyacentes. Las habitaciones estaban heladas. Por encima de la chimenea, que despedía un olor a hollín, una vieja e imponente cabeza de alce parecía vigilar el recinto. En la oscuridad, acompañado por el lúgubre tictac del

reloj de pie de la esquina, Thomas logró distinguir algunos muebles estilo Luis XVI. Se acercó a una estantería no muy alta, sobre la cual había una serie de fotografías en marcos plateados. La mayoría eran retratos familiares en blanco y negro: una boda, un hombre en traje de oficina, un matrimonio con un niño frente al Mercedes negro.

Thomas cogió la última fotografía y observó al hombre, pero no le recordó a nadie. La dejó en su sitio y se giró hacia el salón. Una música suave, similar a un viejo *jingle*, se escuchaba en el primer piso. Subió cuidadosamente por la escalera de caracol cubierta por una gruesa alfombra de terciopelo. Al llegar al descansillo de la escalera, se percató de un tenue resplandor azulado que salía por la puerta entreabierta de una de las habitaciones más alejadas. Caminó hacia allí y echó un vistazo: un anciano con gafas grandes veía la televisión sentado en un sillón. Frente a él tenía una mesita de noche con un vaso de leche, en el cual mojaba una galleta. Thomas lo reconoció: era el hombre de la fotografía. El anciano no se había percatado de su presencia y Thomas temió que la sorpresa le provocara un infarto. Thomas sacó su carné de policía y, sonriendo, tocó suavemente a la puerta. Transcurrió un tiempo antes de que el hombre despegara los ojos del televisor para girarse hacia Thomas. Depositó momentáneamente una mirada indiferente en él, luego se giró hacia la pantalla y mordió su galleta reblandecida. Thomas entró a la habitación y vio que retransmitían una vieja película de vaqueros.

—¿Qué estás viendo? —preguntó Thomas.

El hombre respondió después de comerse la galleta.

—Hopalong… Cassidy…, episodio seis.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Hopalong… Cassidy…

—Episodio seis, lo he captado —dijo Thomas palmeando suavemente el hombro del anciano.

Salió del cuarto y registró el primer piso, pero no descubrió a nadie más. La persona que había dejado la chaqueta en la cocina y calentado el vaso de leche para el anciano, al parecer, ya no estaba en la casa.

***

Thomas miró la ardilla disecada que estaba en el pasillo: tenía una avellana entre las manos, como si estuviera comiendo. Aunque era una imagen inofensiva, le fue imposible no pensar en las fotografías de las mujeres disecadas que Karl le había mostrado. Pensó en si valdría la pena examinar el cobertizo que había visto al caminar alrededor de la casa, pero un traqueteo metálico lo sacó de su cavilación. Tuvo la impresión de que provenía de algún sitio debajo de las tablas del suelo. Thomas inspeccionó el salón en un intento por dar con una puerta que condujera al sótano, pero al no encontrar nada regresó a la cocina. El traqueteo metálico era más notorio en esa área y Thomas continuó avanzando hasta el cuarto de la lavadora. Junto a la puerta de esa pequeña habitación descubrió unas empinadas escaleras que conducían al sótano de la casa. Al bajar, una luz pálida se clavó en la retina de Thomas.

Thomas descendió el último peldaño, junto al cual vio una gran tina llena de un líquido calcáreo. Dio unos pasos más para adentrarse en el sótano. Olía a formaldehído, lo que dificultaba la respiración. Echó un vistazo al local alargado, que estaba dividido por una serie de estanterías. En las repisas había cajas con frascos de cristal polvorientos y junto a ellos montones de pájaros y mamíferos disecados. En el otro extremo del sótano, vio la silueta de un hombre que llevaba una bata blanca. Estaba de espaldas a Thomas y forcejeaba con un polipasto antiguo.

Thomas caminó a hurtadillas y descubrió que el hombre estaba acompañado. Una mujer enjuta estaba fijada, mediante unas gruesas correas de cuero, a una estrecha cama individual apoyada en ángulo contra la pared. Estaba desnuda.

Thomas buscó algo con qué defenderse, pero lo único que encontró fue un pequeño destornillador de estrella en una repisa. Avanzó entre las estanterías, se detuvo a unos dos metros del hombre y se ocultó detrás de las cajas de una repisa. Aunque no existía gran similitud entre esa mujer y la de la fotografía que Nadja le había dado, no había lugar a dudas: era Masja. Thomas notó que la mujer tenía un catéter insertado en la ingle. La sonda, a su vez, estaba conectada a una manguera que salía de un aparato. La máquina estaba sobre una mesa rodante colocada frente a ella y debajo de la

mesa había una hilera de frascos con diversos líquidos. El hombre se acercó al aparato y Thomas se agachó instintivamente.

—He depositado grandes esperanzas en ti —susurró el hombre.

Una máscara respiratoria cubría casi todo su rostro.

—Déjame morir de una vez —pidió Masja débilmente.

—Esa es la actitud adecuada —respondió el hombre divertido y se giró hacia ella—. Todas las demás eran unas quejicas frágiles. En mi opinión, eso perjudica el proceso, los pensamientos negativos no son favorables.

—¿Por qué las disecaste?

—Uno debe bosquejar a pesar de cometer fallos, porque, ¿sabes qué? Es imposible dominar un arte si uno no ensaya y por más dolorosos que sean los errores, se deben afrontar.

—Estás enfermo.

El hombre encogió los hombros.

—Soy perfeccionista, ese término me describe más acertadamente. Perfeccionista y determinado.

—¿A qué?

—A mi proyecto de vida. Mi querido padre —dijo señalando hacia arriba— era un verdadero maestro del arte de la taxidermia. Al menos así lo consideraba cuando era niño. En aquel entonces me enseñó a disecar sus botines de caza y los de sus amigos. He perdido la cuenta de la cantidad de faisanes que disequé en este sótano. Fue el gran *hobby* de mi padre. Papádecía que no lograba relajarse en ningún otro lugar como lo hacía aquí, donde se olvidaba de todas sus preocupaciones. Este sitio está habitado por una paz especial, ¿no crees? —dijo mientras revisaba la pantalla del aparato e ingresaba una combinación de dígitos en el teclado—. Cuando crecí y acumulé más experiencia, descubrí que mi padre era solo un *amateur*. Uno hábil, sin dudas, aunque muchas veces le pillé cometiendo errores tanto al esculpir como en las costuras y en el proceso de curtido. Quizás no sea fácil para alguien como tú comprender lo decepcionante que es presenciar la caída de un ídolo. Pero siempre le agradeceré a papáque me haya enseñado las bases.

—¿Para que tú pudieras decorar cadáveres?

—Venga, querida…, me haces sonar como un vil embalsamador —dijo negando con la cabeza—. Estoy lejos de serlo. El objetivo de un embalsamador es que los cuerpos parezcan tan atractivos como sea posible, crear la ilusión de que la muerte contiene algo hermoso, lograr que los afligidos no piensen en la descomposición. Yo busco lo opuesto: capturar la vida, crear un objeto femenino absoluto que sea capaz de conservar una viveza impoluta, sin rastros de deterioro y con la luminosidad de la vida intacta durante miles de años. Mi objetivo es producir un símbolo de vida.

—¿Por qué yo? No soy guapa ni especial…

—Un artista consume lienzos para algún día llegar a realizar su obra maestra. Afortunadamente, abundan materiales semejantes a ti con los que puedo experimentar diversas técnicas. Por ejemplo, ¿sabías que cuanto menor sea el porcentaje de grasa de un cuerpo, mejor funciona el cloruro que utilizo en mi mezcla? —Sonrió divertido señalando uno de los frascos debajo de la máquina—. La ingesta regular de un preparado de morfina en el sujeto, en este caso tú, tiene un efecto claramente beneficioso. Las hormonas del estrés, incitadas por la abstinencia, tienen efectos perjudiciales; tengo una larga lista de ejemplos que muestran lo que he aprendido —agregó batiendo sus manos—. Además, me gusta afrontar nuevos retos constantemente. En otros tiempos, cuando las personas no se atiborraban con todo tipo de comida basura y medicamentos, estos procedimientos eran mucho más sencillos. Los esteticistas de la muerte de épocas pasadas no se enfrentaban a los problemas que se me presentan a mí.

El hombre negó con la cabeza y sacó un tubo de ensayo de su bolsillo, desenroscó la tapa y vertió el líquido en el primer matraz. El líquido cobró un tono verdoso. Rápidamente tapó el tubo de ensayo.

—Si tengo éxito esta vez, te prometo que conservaré tu cuerpo y lo colocaré en un lugar de honor —dijo señalando a los animales disecados de la estantería—. Si triunfo, no tendré que despellejarte: te conservaré por dentro y fuera.

—Vete a tomar por culo —farfulló ella.

El hombre se levantó y caminó hacia Masja. Se quitó la máscara y se secó las perlas de condensación que se habían formado alrededor de su boca y labios carnosos. Thomas lo observó desde su escondite. Era Lindgren. El

compañero de confianza de Karl, su mano derecha. Lindgren era la Hiena, el mismo hombre que, durante años, había dirigido la investigación sobre los asesinatos que él mismo cometía. Su posición en el departamento, un jefe incompetente y la organización de Slavros eran factores a su favor, que aprovechaba para evitar ser descubierto. Thomas tenía que detenerlo o Lindgren continuaría asesinando durante el resto de la eternidad.

—No hace falta ser vulgares —dijo Lindgren acariciando los senos de Masja con su guante de goma—. Ya no estás tan fea ni tan estropeada. Puedo ver que fuiste bonita en otros tiempos, seguramente conseguías que los hombres flaquearan. Vosotras, mujeres, sois capaces de eso, de lograr que os veneremos. Extraéis el tuétano de nuestros huesos a la par que satisfacéis vuestra sed de afirmación. En ese sentido las mujeres sois simples, tan endemoniadamente parecidas —dijo acariciando su cabello—. Alcanzáis la belleza más plena, la perfección de vuestra forma, cuando la muerte permanece en la lejanía… Adiós, querida amiga.

Lindgren se inclinó hacia la máquina y pulsó el botón verde del teclado. Thomas estrujó el destornillador. No podía detenerlo desde donde estaba, por lo que tiró el destornillador hacia el otro lado del sótano, el cual se estrelló contra la tina de zinc con un fuerte ruido metálico. Lindgren se giró en esa dirección.

—Papá, ¿eres tú? —dijo y al no recibir respuesta caminó hacia la tina—. ¿Papá? Ya sabes que no debes estar aquí abajo.

Thomas se escabulló entre las estanterías y se acercó a Masja. Ella lo miró alarmada, pero permaneció en silencio y él le arrancó el catéter de la ingle en un instante. Entonces, Thomas recibió un golpe fuerte en la nuca y Lindgren se erigió sobre él.

—Joder, si es el danés de mierda. ¿Por qué es imposible deshacerse de ti?

Lindgren pateó el estómago de Thomas y el impacto le sacó el aire. En seguida, Lindgren abrió su bata y desabrochó la funda de la pistola que colgaba de su cinturón.

—Deberías haberte quedado en casa, ¿no ves que estás perjudicando el proceso? —amonestó Lindgren sacando su arma y la amartilló.

Thomas advirtió que el catéter estaba tirado cerca de él, lo cogió rápidamente y, sin titubear, lo clavó en el muslo de Lindgren con una estocada precisa. Un aullido retumbó por el sótano y Lindgren retrocedió unos pasos. Thomas se lanzó al aparato y golpeó el teclado. La bomba se activó inmediatamente e impulsó una sustancia verde por la manguera.

Lindgren disparó. El tiro se estrelló contra el suelo y rebotó silbando por el sótano. Lindgren berreó de dolor cuando el líquido entró a su cuerpo. Intentó apuntar hacia Thomas y disparó de nuevo. La segunda bala saltó por el sótano, rompió algunos frascos de la estantería y perforó la tina de zinc. Lindgren cayó al suelo. Tenía los ojos rojos y desorbitados. La pistola se deslizó de su mano mientras una espuma espesa se acumulaba en su boca. Intentó sacarse el catéter, pero su mano temblaba bruscamente. Al instante, su cuerpo se agarrotó y quedó inmóvil.

Thomas se incorporó lentamente. Aflojó las correas de cuero que fijaban a Masja y la cubrió con su chupa.

—¿Estás bien?

Ella asintió castañeando los dientes.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Me llamo Thomas y conozco a tu madre, ella me pidió que te buscara.

—¿Lo dices de verdad?

Thomas asintió.

—¿Está… muerto? —preguntó Masja.

Thomas se agachó para mirar el cuerpo. El rostro tenía un tono amarillento y los labios estaban petrificados en un grito de horror.

—Sí, no hay duda —respondió Thomas.

—Ese psicópata, ¿era policía?

Thomas asintió y sacó el móvil.

—¿A quién llamas?

—A una ambulancia.

—Déjalo, por favor. Lo único que quiero es volver a casa —dijo Masja.

—Es importante que te examine un médico.

—Estoy bien, ¿no podríamos largarnos de aquí?

—No pareces estar sana —dijo Thomas.

—Lo dices como si tú tuvieras un aspecto radiante —contestó ella.

—Te lo digo en serio, necesitas ayuda. Además, estoy seguro de que la policía querrá hablar contigo.

Ella sacudió la cabeza con desdén.

—No voy a hablar con ningún madero.

—¿No te gustaría denunciar a Slavros? —preguntó Thomas.

—¿Qué ganaría con eso? Es intocable.

Thomas se encogió de hombros.

—Quizás sea cierto —dijo—. ¿Pero qué hay de las otras chicas que siguen en el sótano?

—No lo sé —dijo y súbitamente rompió en sollozos violentos—. ¿No podrías llevarme a casa?

—Está bien, todo va a estar bien —dijo Thomas colocando una mano en el hombro de Masja.

—Gracias —respondió ella alejándose un poco, claramente incómoda con el contacto—. ¿Cómo me encontraste?

Thomas le mostró la libreta.

—Leí tu diario.

60.

Suecia

El fulguroso sol blanco de invierno se alzaba detrás de los árboles y enviaba un resplandor intermitente al antiguo Mercedes negro que circulaba por la carretera de campo. Masja iba sentada con los pies en el tablero y la cabeza apoyada en el hombro de Thomas. Habían encontrado su mochila en el sótano y, dentro, el chándal azul claro que llevaba puesto. Era pequeña y frágil, tanto que parecía que el amplio asiento de cuero marrón estaba a punto de envolverla. En cuanto llegaran sanos y salvos a Dinamarca, Thomas se aseguraría de que un médico la revisara. Si no lograba convencerla, entonces su madre tendría que persuadirla. Habían recorrido trescientos kilómetros desde que salieron del sótano de Lindgren y todavía tenían una distancia similar por cubrir antes de llegar a Christianshavn.

Thomas miró el reloj: eran las seis y media de la mañana. Calculó que Karl Luger, considerando la borrachera colosal de la noche anterior, dormiría al menos un par de horas más, lo que favorecía a Thomas, ya que no tenía intención alguna de hablar con él. Al menos, no antes de cruzar el puente del Øresund y estar seguro en Dinamarca. Estaba convencido de que, en cuanto Karl descubriera la magnitud del caso, movería mar y tierra para atraparlos.

Al departamento científico de la policía sueca le esperaba una fiesta en el sótano de Lindgren. Les tomaría una fracción de segundo encontrar las pruebas que evidenciarían que él era el autor de los homicidios. La senilidad del padre de Lindgren podría considerarse una bendición; Thomas se imaginó que pasaría el resto de sus días en la residencia de ancianos de su barrio, ignorando felizmente lo que había ocurrido en su casa. Por otro lado, dudaba si Karl sobreviviría a la tormenta que le caería encima cuando saliera a la luz que uno de los asesinos más buscados de Suecia se

encontraba en las filas de la policía, a dos escritorios de distancia del suyo. Deseaba, por el bien de Karl, que la fiesta del sindicato hubiera sido memorable, ya que la reseca duraría mucho tiempo.

61.

Christianshavn, 2013

Eduardo entró de prisa al Havodderen acompañado por una chica de pelo castaño, a la que le sostuvo galantemente la puerta para cederle el paso. La lluvia tenaz los había empapado. En la barra estaban sentados Thomas con una caña y Victoria con una copa de vermut. Møffe, que descansaba debajo del taburete de Thomas, ladró alegre al ver a Eduardo.

—¿Johnson? —dijo Eduardo quitándose las gafas empañadas—. ¿Tienes una toalla para mí y la señorita?

Johnson salió de la trastienda.

—¿Te crees que esto es un hotel? —dijo y se agachó para buscar dos paños limpios que le lanzó a Eduardo.

—Gracias —respondió Eduardo al atraparlos.

Møffe refunfuñó disgustado. El agua que goteaba de Eduardo y la joven caía sobre él, así que se arrastró para protegerse mejor bajo el taburete.

Eduardo pidió dos cervezas, se abrió la cazadora y sacó un par de periódicos suecos. Los colocó sobre la barra.

—¿Dónde los has conseguido? —preguntó Johnson.

—En el quiosco de Magasin de Kongens Nytorv. Venimos de allí.

—Jamás pensé que un excomunista como tú pusiera el pie en ese tipo de establecimientos burgueses —bromeó Johnson.

—Cualquier cosa por mi buen amigo —respondió Eduardo dando una palmada en el hombro de Thomas.

Johnson tomó el *Expressen.* La portada mostraba una enorme fotografía de Erik Lindgren bajo un vistoso encabezado que leía: “Policía psicópata”. Los otros diarios tenían portadas similares, al parecer, ningún equipo editorial había reprimido su ímpetu por publicar titulares dramáticos.

—Este caso tiene hirviendo a toda Suecia; es desconcertante que ningún periódico te nombre, Ravn —añadió Eduardo un poco indignado.

—¿Cómo es posible? Fue Thomas quien lo atrapó —mencionó Victoria —. ¿Han escrito algo al respecto?

—Al parecer la policía todavía está investigando la causa de su muerte —respondió Eduardo.

—No debería ser difícil de deducir. Dejé una aguja en el muslo de Lindgren —mencionó Thomas.

Johnson despegó la vista del artículo que estaba leyendo.

—Aquí mencionan que la captura del autor de los crímenes ocurrió con asistencia de la policía de Dinamarca —mencionó Johnson.

—Ravn, en mi diario estamos trabajando duro para preparar una serie de artículos sobre el caso —dijo Eduardo mirando a Thomas—. Pensé que podríamos incluir tu perspectiva.

—Gracias, pero no —lo interrumpió Thomas—. No me interesa que mi nombre salga en la prensa.

Eduardo se puso las gafas, que seguían empapadas.

—Pero el público necesita saber la verdad.

—Las necesidades del público me dan igual.

—Vamos, Ravn, no seas modesto —dijo Victoria—. Me encantaría leer sobre cómo, al menos por una vez, vencimos a los suecos.

—Masja está en casa, y eso es lo único que importa. Fuera de eso, el caso no tiene significado. —Thomas levantó su vaso para brindar.

—¿Cómo está? —preguntó Johnson—. No he podido contactar a Nadja.

—Sigue en el hospital bajo observación, le están haciendo todas las pruebas necesarias. Considerando las circunstancias, puede decirse que está de buen humor, tiene ánimos y las enfermeras de Amager la cuidan bien.

—Me preocupa que jamás logre recuperarse completamente de esas experiencias tan terribles —dijo Johnson.

—Yo quedaría aterrorizada por el resto de mis días si hubiera pasado por algo así —dijo la joven de cabello castaño.

—Me atrevo a decir que, de entrada, pareces ser de una naturaleza asustadiza —comentó Victoria con frialdad exhalando una nube de humo.

—Y Masja, ¿ha dicho algo sobre todo esto? —preguntó Johnson.

Thomas negó con la cabeza.

—No, presiento que por el momento lo que más desea es olvidarlo.

—Comprensible —dijo Johnson dejando el periódico para darle un sorbo a su café—. Hiciste un gran trabajo, Ravn, aún más considerando los pormenores.

Thomas se encogió de hombros.

—Creo que la suerte estuvo de mi lado.

—Fue más que suerte, fue una impresionante labor policial —agregó Johnson.

—¿Y de pronto eres experto en el tema? —respondió Thomas desviando la mirada, ligeramente avergonzado.

—Te lo digo en serio. No conozco a nadie tan perseverante como tú, bueno, cuando la situación lo requiere. —Johnson cogió la botella de Jim Beam y un vaso de chupito, pero Thomas lo detuvo con un movimiento de mano.

—No, gracias, aún es temprano —precisó Thomas.

Johnson guardó la botella sin protestar.

—Bueno, supongo que, al menos, debe sentirse bien, ¿no?

—Es una situación bastante surrealista —contestó Thomas y presintió que Johnson no había entendido su observación.

—¿Y ahora? ¿Piensas volver al trabajo? —indagó Johnson.

Thomas negó con la cabeza.

—Siéndote franco, no sé lo que voy a hacer.

—Estarán contentos de tenerte de vuelta en el departamento.

—La cuestión es si yo tengo ganas de volver, y tengo mis dudas al respecto —respondió Thomas.

—¿Qué dudas? Tú, sin ayuda, resolviste un caso que ni las fuerzas suecas pudieron descifrar.

Thomas respiró profundamente. No sabía bien cómo explicarse y prefirió no responder.

—Deja de jorobar a Ravn —dijo Victoria—. Es natural que esté un periodo de incertidumbre. Acaba de regresar de Suecia, la patria de las dudas, una tierra capaz de ofuscar las mentes más claras.

Johnson pasó un paño por la barra mirando fríamente a Victoria.

—¿Cuándo te convertiste en una experta en estudios suecos? Si mal no recuerdo, jamás has cruzado el puente de Øresund.

Victoria entrecerró los ojos.

—Ya lo he explicado antes, mis principios me impiden utilizar esa bazofia, ese puente fue una escoria arrojada sobre el Øresund con un único objetivo: crear una vía de acceso para que la fábrica de Volvo transporte su flota de coches inservibles al resto de Europa.

Thomas se levantó del taburete. La conversación había tomado un cariz que comenzaba a aburrirlo.

—¿No estás cantando la canción de siempre, Victoria? —dijo Johnson —. Solo porque una vez cargaste diésel en tu viejo Volvo Amazon.

Los demás se rieron.

—No era un Amazon, sino un PV, además, ¿cuántas veces debo repetir que la bomba de gasolina no estaba bien señalada? —dijo dando un trago a su vermut—. Cambiando de tema, Thomas, ¿qué harás con el Mercedes, te lo quedarás como trofeo?

—El departamento científico pasará a por el coche y se encargará de hacerlo llegar a Estocolmo.

—Sea lo que sea, es un modelo precioso —agregó Victoria.

—Siempre y cuando uno ignore lo que ha pasado por el maletero — respondió Thomas.

—Buen punto —comentó Victoria bajando su vaso.

Thomas sacó un par de billetes de su bolsillo, pero Johnson negó con la cabeza.

—Esta ronda la pago yo, pero ¿a dónde vas? Llueve a cántaros.

—A Station City, me citaron para una charla. El jefe quiere saber qué cojones hacía en Estocolmo.

—Más bien deberían darte una medalla —dijo Johnson.

—Me consideraré afortunado si salgo de ahí con solo una amonestación.

Thomas tiró del collar de Møffe. El perro gruñó y de mala gana se levantó de su cálido rincón.

62.

Thomas, mojado de pies a cabeza, entró al departamento de investigación de Station City. Se secó la cara con la mano mientras recorría el local buscando a alguien conocido, pero solo vio caras nuevas. Møffe se sacudió salpicando agua por todas partes.

—¡Ravn! —gritó Mikkel saludando desde su escritorio.

Thomas le saludó y se acercó. Mikkel se puso de pie y le dio una palmada.

—Si no estuvieras tan mojado te daría un…

—... abrazo, gracias —respondió Thomas abrazando a Mikkel, que no opuso resistencia.

—Hostia, estás empapado hasta los huesos —dijo Mikkel al soltarse y descubrir una mancha húmeda en su camisa clara—. ¡Es increíble lo del caso sueco! Aunque pensé que estabas de baja.

Thomas sonrió tímidamente.

—Pues al parecer no del todo.

—Se rumorea que el sótano estaba lleno de putitas muertas —dijo Melby al acercarse para saludar.

Thomas estrechó su mano, más por obligación que por gusto.

—La situación tampoco era para tanto —agregó Thomas.

—Un psicópata cachondo, ¿no? —comentó Melby.

—Aún no han descubierto su móvil —respondió Thomas secamente.

Mikkel se sentó en el borde del escritorio.

—A ver si lo he entendido bien, Ravn. ¿Entraste en ese sótano, sin refuerzos, sin arma de servicio, sin radio y sin una mierda? —preguntó Mikkel.

—La Glock está arriba, en el armario —respondió Thomas sonriendo.

—Joder, Ravn, eres la leche. Un Rambo danés —dijo Mikkel y le dio una fuerte palmada en el hombro.

—Francamente, no fue la decisión más sabia que he tomado en mi vida.

—Me alegra tanto que estés de vuelta —dijo Mikkel girándose hacia el escritorio vecino, donde trabajaba un joven agente rubio—. Tim, escucha: comienza a recoger tus cosas y llévalas al escritorio libre que está junto a Allan, tu nuevo novio.

Tim, sorprendido, levantó la mirada del ordenador.

—Pero… este es mi lugar.

—No, no, Tim, no lo has entendido: se te *prestó* hasta que Ravn volviera. Deberías estar contento, incluso agradecido. Te hemos dejado que te sentaras entre adultos todo este tiempo. Anda, date prisa —dijo Mikkel haciendo un gesto con la mano para indicar que se fuera.

Tim se puso de pie.

—Por favor, no te muevas —dijo Thomas—. Solo estoy de visita.

Mikkel lo miró seriamente.

—¿Qué me estás diciendo?

—Brask me citó.

—Sí, claro, ¿y después?

Thomas no respondió y ató la correa de Møffe a una de las patas del escritorio de Melby.

—¿Ya ha recibido su medalla por ser el perro policía más obeso de la comisaría? —comentó Melby mirando a Møffe.

—Será gordo, pero tiene una mordida de trescientas cinco libras por pulgada cuadrada. Sería una gilipollez hacerlo enfadar ahora que su hocico está a la altura de tus cojones —replicó Thomas.

Melby no respondió; se limitó a rodar su silla para alejarse del escritorio.

Thomas entró en la pequeña oficina de Klaus Brask. Encontró al oficial mirando por la ventana hacia Halmtorvet, que seguía abatida por la lluvia torrencial.

—Se mire como se mire se están cometiendo delitos, incluso delante de nuestras narices —dijo moviendo la cabeza de un lado a otro—. Es como estar en un fuerte asediado por bárbaros sedientos de sangre —dijo y cerró

la cortina para encarar a Thomas—. Pero por ahora no te compete, ya que sigues de baja, ¿no?

Sin responder, Thomas tiró de una de las sillas del escritorio para sentarse.

—Anda, siéntate —respondió Brask irritado, mientras rodeaba el escritorio para sentarse en su silla—. Suecia está cabreada.

—¿El país entero o solo la Policía Nacional?

Brask entrecerró los ojos.

—Déjate de bromas, no estoy de humor para idioteces.

—Lo siento —dijo Thomas ofreciendo un gesto de excusa con las manos.

—No puedo contar las llamadas que he recibido por parte de los inspectores suecos. Para colmo, no entiendo ni una puñetera palabra de lo que dicen.

—Deberían estar contentos por tener un caso menos en el escritorio —comentó Thomas.

—Puedo jurarte que por más que lo intentan no encuentran razones para sonreír. En especial, porque uno de los suyos ha sido asesinado.

Thomas arrugó el ceño.

—Erik Lindgren no debería considerarse uno de los suyos. Ese animal era un asesino en serie. Me imaginé que estarían ocupados pensando en cómo tomar distancia de él.

—No con la misma velocidad que tú, que te fugaste de la escena del crimen en el coche de uno de los asesinos más buscados en Suecia y con la testigo clave como copiloto.

Thomas negó con la cabeza.

—Hice todo lo posible por alertar a las autoridades suecas: intenté contactar, en innumerables ocasiones, con el superior de Lindgren, pero debido a una fiesta del sindicato de policías, Karl Luger estaba… indispuesto, por ponerlo amablemente.

Thomas no quería meterlo en más embrollos, por lo que no mencionó que el mismo Lindgren llevó a Luger, borracho, a casa.

Brask se inclinó sobre su escritorio.

—Estoy familiarizado con tu estilo de trabajo, Ravn, así que puedo imaginarme el lío que has montado en el norte. Aquí siempre has sido así.

—Pues siento que esa sea la impresión profesional que doy. Estoy dispuesto a volver a Suecia y ofrecerles una explicación. Actué en defensa propia contra Erik Lindgren, algo que la policía científica puede confirmar. El hombre iba armado y disparó dos veces contra mí.

—Creo que a nadie de la policía sueca le apetece volver a verte, créeme.

—Entonces, ¿cuál es el gran problema?

—La chica.

—¿Te refieres a Masja?

—Bingo —respondió Brask chasqueando los dedos.

—¿Por qué? ¿Quieren hablar con ella? Lo único que sabe acerca de Lindgren es lo que yo ya les conté.

—Pero tiene información sobre los cómplices de Lindgren.

Thomas se movió incómodo en su silla. Sus vaqueros mojados estaban pegándose a la silla de plástico.

—Lindgren trabajaba solo, aunque encubría a Vladimir Slavros y a sus lacayos. Si la policía sueca fuera más osada e hiciera su trabajo como debe, ya hubieran hecho una redada en el mercado Arizona. Ahí encontrarán material de sobra para inculpar a Slavros.

Brask cogió la carpeta que tenía sobre el escritorio, sacó la primera hoja y pasó los ojos por el contenido.

—La policía lanzó una batida en los alrededores de Hjulsta, incautaron quince kilos de cocaína y ocho de heroína, varios coches de lujo, además de bienes robados con un valor estimado de más de tres millones de coronas suecas.

—Hay un burdel en operación en el área, ¿qué hay de las chicas que están ahí?

Brask pasó el dedo índice por las líneas del texto.

—Detuvieron a treinta y cinco personas de distintas nacionalidades. La mayoría posiblemente serán deportadas tras cumplir sus condenas. Sin duda eso también aplica a las mujeres en cuestión, si, como dices, han estado involucradas en la venta de servicios sexuales.

—Era de esperar —respondió Thomas sarcásticamente—. Entonces ya consiguieron lo que querían, ¿no?

—No del todo. —Brask levantó la mirada de la hoja—. Vladimir Slavros no está entre los detenidos, por lo que está en busca y captura en toda Europa. Esa es la razón por la que la policía sueca quiere hablar con Masja; creen que quizás tenga alguna idea sobre dónde seguir con la búsqueda.

—Es comprensible, pero dudo que tenga ese tipo de información. Masja estuvo presa en el sótano con las otras chicas.

—Y eso no anula que pueda ser una testigo clave en cualquier juicio futuro. Los suecos siguen interesados en ella.

—Pues entonces deberían dirigirse a Masja.

—Hay un problema: ella no quiere hablar con nadie, ni siquiera con nosotros —dijo Brask cruzándose de brazos—. Hablando claro: da la impresión de que está encubriendo a Slavros.

—¿Cuándo fue la última vez que intentasteis hablar con ella?

—Anoche, Melby la visitó en el hospital.

—¿Melby? —resopló Thomas—. No le contaría nada a ese bastardo aunque mi vida estuviera en juego, es un cretino falto de empatía. Lo que Masja necesita es sentirse segura, tomar un poco de distancia de todo lo que vivió.

—¿Te ha contado algo?

—En absoluto —dijo Thomas mirando fugazmente hacia la ventana. Pensó en entregar a Brask el diario de Masja, aunque fuera solo para ganar un poco de tiempo. Sin embargo, no sería justo hacerlo sin el consentimiento de ella; al fin y al cabo, era decisión de Masja si quería cooperar con ellos.

—Ravn, veo que estás especulando —dijo Brask mirándolo fijamente—. No es bueno. ¿Qué ocultas?

—Nada.

—La chica y tú tenéis un vínculo especial, ¿no? —dijo enfatizando la palabra *especial* con un matiz vulgar.

—No que yo sepa.

—Ravn, déjate de tonterías. Le salvaste la vida, eso crea un vínculo especial.

—Si tú lo dices —respondió Thomas.

—La chica está agradecida de que la hayas rescatado, quizás hasta se siente en deuda contigo, es psicología básica.

—Con todo el respeto, es más bien una suposición básica —dijo sonriendo con rigidez—. En cualquier caso, Masja no me debe nada.

Brask se reclinó en su silla y cruzó los brazos.

—Mira, podrías charlar con ella, intenta persuadirla para que hable con nosotros y la policía sueca.

—Ya hablé con ella e hice hincapié en que, en mi opinión, debería denunciar a Slavros. Si no tiene la energía para hacerlo, es su decisión. Creo que deberíais respetar un poco su momento de tranquilidad para que pueda recuperarse. Quizás así reúna el valor necesario para este tipo de asuntos.

—Que se joda el valor, no entiendo tu renuencia. —Brask negó con la cabeza—. ¿Te afecta de alguna forma? ¿Es que debo interpretar tu aversión como un desquite personal?

—No entiendo lo que estás implicando…

Brask había dejado de escuchar.

—Créeme, te juro que hicimos todo por encontrar a la persona que entró en tu casa e… hizo lo de Eva.

Thomas estrujó el reposabrazos de la silla.

—Yo no estoy mezclando las cosas.

Brask se levantó para mirarlo.

—Quizás sea hora de que lo hagas.

—¿Qué demonios estás diciendo? —preguntó Thomas.

—El noventa por ciento de los robos a propiedades privadas son cometidos por bandas de Europa del Este, bastante bien organizadas. Quizás alguien como Slavros tenga los contactos necesarios, quizás él tenga acceso a información inalcanzable para nosotros y pueda ofrecerla para negociar.

Thomas no respondió.

—Existe la posibilidad de que, si atrapamos a Slavros, consigamos los datos que nos guíen al asesino de Eva. —Brask sonrió persuasivamente hasta que Thomas se levantó de la silla.

Thomas hubiera podido estrangular a Brask con su corbata grasienta. La teoría era desaforada y fraguada con el propósito de presionarlo. Thomas

clavó una mirada gélida en Brask.

—Antes de venir, estaba dudando sobre si debería volver al departamento. ¿Sabes qué? De verdad amo mi trabajo y muchos de mis compañeros han sido como familia —dijo Thomas señalando hacia el departamento de investigación—. Además, creo que tienes razón en que debemos ser considerados la última fortaleza, la última ayuda para todos los que están allí afuera.

Brask sonreía fríamente.

—No estoy seguro de que lo que dije fuera en ese sentido —comentó Brask.

Thomas encogió los hombros.

—De cualquier manera, acabas de facilitarme la elección —dijo tendiéndole la mano a Brask, que pareció sorprendido al cogerla—. Aunque no significa que algún día te lo vaya a agradecer. —Thomas estrechó con más fuerza—. Adiós, Brask.

Thomas se echó a andar. Brask, sin decir una palabra, lo siguió con la mirada hasta que alcanzó la puerta.

—¿Ravn? ¡Ravn, joder! —dijo golpeando el escritorio—. No hemos terminado.

Thomas salió de la oficina sin mirar atrás.

63.

La lluvia había cesado. Un grupo de chicos jugaban al fútbol frente al edificio de Beboerhuset en Dronningensgade. El balón rodó hacia Thomas, que tenía ambas manos ocupadas con las bolsas de la compra y la correa de Møffe. Pateó la pelota hacia los chicos, que lo saludaron brevemente antes de continuar su juego. Thomas caminaba hacia su piso. Era agradable estar de vuelta en su barrio, se sentía como un marinero tras una larga travesía. Le entristecía haber puesto a la venta el Bianca, pero era más que necesario, especialmente ahora que había dejado su trabajo. Probablemente saldría perdiendo del trato, aunque con el ahorro del mantenimiento del barco y la cuota del muelle quizás podría rescatar sus finanzas, las cuales habían entrado en una fase crítica.

Thomas dejó las bolsas en los peldaños de la entrada para buscar la llave del edificio. Miró la pegatina del portero automático; el trocito de papel estaba casi disuelto. Su nombre y el de Eva eran casi ilegibles y, desde cualquier ángulo en que se lo mirara, era tiempo de reemplazarlo. Entró al pasillo y cargó la compra por la escalera. Al entrar al piso, tuvo que franquear la pila de facturas, anuncios y cartas que yacían en el suelo de la entrada. Caminó hasta la cocina para dejar las bolsas. Era casi igual que cuando él y Eva hacían la compra semanal cada domingo. Ella acostumbraba a preparar largas listas por adelantado, un método opuesto al de Thomas, que simplemente tomaba de las estanterías del supermercado lo que suponía necesitaban en casa. Colocó los productos en su lugar y entró al salón para encender los radiadores. Había oscurecido, por lo que encendió la luz.

Desde la muerte de Eva, esa era la primera vez en que entraba sobrio al piso, algo que no hizo que el reencuentro fuera más fácil. Quizás sería distinto si renovaba un poco el espacio, pintaba las paredes y arreglaba el

baño, algo de lo que habían hablado tantas veces sin hacer nada. Thomas se acercó a la entrada y vio a Møffe, que se había echado sobre una pila de anuncios desde donde miraba la puerta fijamente.

—Ponte cómodo, Møffe, no vamos a ninguna parte.

El perro chasqueó y bajó la cabeza sin hacer ademán de moverse.

Thomas entró al dormitorio y comenzó a quitar las sábanas y las fundas de los edredones. Después colocó el juego limpio que había sacado de la parte superior del armario. Odiaba cambiar la ropa de cama; solía ser Eva quien se hacía cargo de esa tarea. Miró el armario abierto donde colgaba la ropa de ella y pensó que tendría que deshacerse de todo ello algún día. Aunque el pensamiento bastó para incitar remordimientos de conciencia, pensó en si sería más sencillo meter todo en un par de cajas y almacenarlas en el sótano. Después de hacer la cama, entró en la cocina para preparar un bocadillo. Sirvió comida y agua para Møffe, pero nada lograba que el perro se moviera de su lugar junto a la puerta.

El silencio se volvió abrumador, y Thomas encendió el televisor y se sentó a comer la cena. El telediario retransmitió un breve reportaje sobre la tragedia en Estocolmo. Las investigaciones de la policía científica en la propiedad de la familia Lindgren probaron que Erik Lindgren estaba detrás de los asesinatos. También se mencionó que se reabriría un caso relacionado con la madre de Lindgren. Entrevistaron a Karl Luger frente a la casa del acusado, donde presentó los últimos descubrimientos. Estaba exhausto y Thomas sintió pena por él. Podía imaginarse cómo debía sentirse después de que su compañero de confianza fuera declarado culpable por una serie de delitos siniestros. Se sentiría igual si Mikkel hubiera cometido un crimen similar. Seguramente un acontecimiento así fracturaba la percepción básica sobre qué es el bien y el mal.

Entró al baño después de comer. Se miró en el espejo y vio que tenía un aspecto terrible. Tenía la cara menos hinchada, pero la herida de la ceja no se había cerrado del todo y parecía una sanguijuela. Abrió el agua caliente y se metió a la ducha. La herida de la pierna causada por los *pitbulls* aún supuraba; debería haberle pedido a un médico que la examinara cuando pasó a visitar a Masja por el hospital. Se tumbó en la cama después del baño. Las sábanas nuevas eran cómodas y evocaron en él un sentimiento de

seguridad. Llamó a Møffe, pero el perro mantuvo su *huelga sentada* junto a la puerta. Thomas se rindió y cerró los ojos.

El sueño cayó sobre él como un martillazo. Soñó con Suecia, Masja y Eva; la estatua desnuda de Brantingtorget flotó sobre mamá Tove, que con su chaqueta amarilla servía sopa para las chicas. Vio a Lindgren levantarse del suelo con la boca llena de espuma y empuñando una pistola hacia él con una mirada trastornada. Esta vez no falló y Thomas sintió cómo la bala lo atravesaba, cayendo hacia atrás en la tina de zinc. Se hundió hasta el fondo (era profunda) y un líquido calcáreo se filtró por su boca y nariz, cerrándole la garganta.

Thomas se despertó dando una bocanada y se sentó en la cama. Su camiseta desteñida con el logo de North Sails estaba bañada en sudor. En la ventana del dormitorio resplandeció el primer rayo de luz del día. Sobre la mesa de noche, junto al despertador que marcaba las cinco y media, su móvil vibraba. No tenía idea de quién podría llamarle tan temprano, así que cogió el teléfono y contestó.

—Buenos días, poli danés, ¿te he despertado? —dijo una voz con acento eslavo.

—¿Quién es?

—Slavros… Vladimir Slavros.

—¿Es broma?

—Se me ha agotado el humor, poli danés, especialmente después de que la policía cerrara mis negocios, irrumpiera en mi casa a media noche, asustando a mi familia y obligándome a fugarme. Así que, como puedes ver, no estoy para bromas. Es una llamada bastante seria.

Thomas salió de la cama y se apoyó en la pared.

—Pues me parece que has recibido lo que te merecías. ¿Cómo te sienta huir? ¿Estás asustado?

—¿No sería mejor dejar los sentimientos fuera de esta conversación?

—Con gusto, aunque no entiendo la razón de tu llamada. Aprovecharías mejor el tiempo si te entregaras y acabaras con todo esto de una buena vez. Tarde o temprano van a detenerte

—Solo si quiero. Existen muchísimos lugares donde esconderse.

Thomás bostezó y se rascó la barba incipiente.

—Vivirás huyendo sin ver a tu familia, ten por seguro que la policía sueca los vigilará de cerca hasta que estés en la trena. Duele, ¿no? Algo así estropea todo, ¿no crees? —comentó Thomas.

—Para ser madero, no eres tan estúpido, poli danés. Pero tienes razón, admito que me convertí en un *Svensson* cualquiera,un sueco promedio con casa en los suburbios y un Volvo en el garaje. De hecho, no es una mala vida, es muy reconfortante, *lungt,* como dirían los suecos.

—Una vida cómoda de la que tendrás que despedirte durante… ¿unos veinte años?

—A menos que el caso falle en mi favor —señaló Slavros.

Thomas soltó una risa.

—Eres demasiado optimista. Tienen datos que no te favorecen: vas a acabar acicalando a Arkan en Halldalan. Podréis jugar a los recién casados, estoy seguro de que a Arkan le encantaría. Quizás te hubiera ido bien entregar a Lindgren cuando estabas a tiempo, era buen material para negociar.

—¿Qué te hace pensar que ya no tengo nada con qué negociar?

—Dudo que te quede algo, dadas las circunstancias —contestó Tomas.

—Ravn, me decepcionas. ¿Dónde está tu intuición? Quizás no seas tan agudo como pensé.

—Es muy temprano, ¿así que por qué no me lo deletreas?

—Con gusto —respondió Slavros y se oyó un traqueteo en la línea.

—¿Thomas? —Era la voz de Masja—. Ayúdame, por favor…

Thomas sintió que el corazón se le salía por la boca.

—¿Dónde estás?

Masja no llegó a responder antes de que Slavros se pusiera al teléfono de nuevo.

—Di de alta a Masja del hospital. Ahora depende de ti que sobreviva.

—¿Qué quieres de mí?

—Ah, ¿percibo un tono diferente en tu voz? ¿Quizás menos sardónico y más serio?

—Ve al grano, ¿qué quieres? —contestó Thomas.

Slavros respiró pesadamente.

—Imagina la decepción que me llevé cuando me enteré de que el caso no iba a cerrarse cuando desapareciese la testigo clave, ya que, cuando salimos al tejado de este hospital de mierda, Masja me amenazó y me dijo que lo había escrito todo. Eso complicó las cosas: hay demasiados cabos sueltos y, si algo no me gusta, son los cabos sueltos. La cuestión es si debería creérmela o arriesgarme y arrojarla por el tejado de una vez.

—Te está diciendo la verdad.

—¿En serio? Masja me ha dicho que tú tienes toda la información, una prueba, algo que ella te dio.

—Tengo su diario. Está escrito en el mismo cuaderno que tú le diste para que llevara la cuenta de *su deuda* —dijo Thomas.

Slavros se rio.

—Bien, me has convencido. Parece que dice la verdad. Supongo que no hace falta decirte que quiero ese diario.

—¿Dónde podemos encontrarnos? —preguntó Thomas.

—En Yder. Hay un taller mecánico abandonado en una carretera secundaria. Tiene un gran portón azul, es imposible no verlo. Te veo ahí en veinte minutos, ven solo y que no se te olvide el cuaderno.

—¿Slavros…? —mencionó Thomas, pero Slavros ya había colgado.

Thomas lanzó el teléfono contra la cama y se pasó una mano por el pelo. Estaba en una situación de mierda. En cuanto Slavros pusiera las manos en el diario, se desharía de él y de Masja, ya que era la única forma de que siguiera libre. Thomas pensó en llamar a Mikkel e involucrar a todo el departamento, pero no se atrevió: era demasiado peligroso. Con tan solo ver la sombra de un agente, Slavros mataría a Masja sin vacilar y se lanzaría a la fuga.

Thomas se acercó a la silla donde estaba su chupa y el cuaderno de Masja. Pensó en hacerle fotos a las páginas con el móvil y enviar los archivos a Mikkel o Johnson, aunque eso no ayudaría en lo mínimo. Para que el caso contra Slavros fuese un éxito, la fiscalía necesitaría el testimonio de una testigo clave y el diario original de Masja y, en la situación en que Thomas se encontraba, podía perder ambas. Consideró sus opciones, ya que tenía que encontrar una táctica infalible para hacerle jaque mate a Slavros.

Un plan comenzó a tomar forma en su cabeza mientras se vestía. No estaba seguro de si funcionaría, mil cosas podrían salir mal, muy mal, pero tampoco tenía otra idea. De repente, Thomas tuvo la mínima esperanza de cerrar el caso de una vez por todas.

64.

El portón azul cedió de forma pesada cuando Thomas lo empujó. Entró cuidadosamente al local, que olía a aceite rancio. En la semipenumbra, junto al foso de inspección apenas iluminado por una fría luz fluorescente, Slavros fumaba un puro acompañado por Mikhail. Slavros se giró hacia Thomas exhalando una densa nube de humo.

—Te he dicho veinte minutos. Llegas tarde.

—El tráfico era infernal —respondió Thomas metiéndose las manos en los bolsillos y dio unos pasos.

—¿A esta hora? No te creo.

—¿Dónde está Masja? —dijo Thomas mirando alrededor. No se la veía por ninguna parte.

—¿Dónde está la libreta, Thomas Ravn… holdt? —dijo Slavros extendiendo una mano exigentemente.

Thomas no mostró indicios de entregárselo y menos aún de sacar las manos de los bolsillos. Slavros le dio una larga calada a su puro.

—Ravn, es decir, cuervo. Un apellido interesante. En otros tiempos, los cuervos eran utilizados como aves de caza, igual que los halcones y las águilas —dijo Slavros sacudiendo las cenizas de su puro—. Los cuervos son especialmente despiadados: primero sacan los ojos de sus víctimas a picotazos y después atacan los órganos vitales.

—¿Y si dejamos las clases de zoología para más tarde? ¿Dónde está Masja?

Slavros lo interrumpió.

—En la Edad Media eran considerados un mal presagio, aves de mal agüero, una plaga. Sabes lo que se hace con las plagas, ¿no?

—Exterminarlas —respondió Mikhail.

—He venido a buscar a Masja, así que ¿dónde está?

Slavros dio un paso a un lado y señaló la fosa de inspección. La luz ofuscaba la visibilidad, por lo que Thomas apenas entrevió a Masja acurrucada contra la pared del fondo, temblando de frío.

—Masja, ¿estás bien?

Ella no respondió y Slavros se colocó frente a él para bloquear la vista.

—Imagínate llevar como apellido el nombre de una alimaña —dijo Slavros sacudiendo la cabeza—. Una alimaña alada, saqueadora, una carroña que se alimenta de cadáveres. ¿Has traído el diario?

—Te lo daré cuando me des a Masja.

Slavros lanzó la colilla del puro contra el pecho de Thomas.

—Tú no das las órdenes aquí, ¡quiero la libreta, ahora mismo!

Thomas no movió ni un músculo.

—¿De verdad crees que soy tan idiota como para traerlo conmigo? —preguntó Thomas.

—¿Y tú crees que soy tan débil como para no arrancártelo a golpes?

Una sonrisa se dibujó en Slavros e hizo una señal con la mano. Mikhail se acercó al foso de inspección y ayudó a Masja a subir por la escalera empinada.

—¿Estás bien? —gritó Thomas.

—¡La puta está mejor que bien! ¡Ahora dame ese libro! —vociferó Slavros.

Thomas se giró hacia la puerta y silbó. El portón se abrió inmediatamente y Eduardo entró al taller casi tropezando con un cable tendido sobre el suelo.

—¿Quién es ese payaso hijo de puta? Te dije que vinieras solo.

—Alguien tenía que conducirme hasta aquí.

Eduardo le entregó la libreta a Thomas. En seguida se acercó a Masja y le extendió la mano.

—Por aquí, señorita.

Estaba a punto de irse con ella cuando Slavros le cerró el paso.

—No tan rápido, payaso.

Thomas lanzó el cuaderno a los pies de Slavros y, cuando se agachó para cogerlo, Eduardo tiró de Masja para colocarse detrás de Thomas.

Slavros abrió la libreta. “Niels Lyhne” se leía en la primera página y debajo del título había un sello del Anticuario Victoria.

—¿Qué coño es esto? Este no es el diario de la puta —dijo Slavros agitando el ejemplar frente a Thomas.

En ese instante se apagó la luz del taller y se escucharon pasos en la oscuridad. Slavros se abalanzó hacia delante, boxeando contra el aire.

—Te mataré, hijo de perra.

—Tú mismo lo has dicho, el cuervo primero ciega a su presa —dijo Thomas e inmediatamente asestó un puñetazo contra la cara de Slavros.

El impacto hizo que Slavros retrocediera un paso, pero respondió lanzando dos golpes en la oscuridad sin acertar.

—Slavros, ¿qué coño pasa? —dijo Mikhail paralizado junto a la fosa con los nudillos en guardia.

Un poderoso golpe impactó en su diafragma y lo obligó a doblarse. El siguiente puñetazo entró directo contra la quijada de Mikhail, haciéndolo retroceder un par de pasos. Por un segundo, intentó mantener el equilibrio para no caer en la fosa, pero un empujón lo lanzó al pozo. La silueta de Johnson se dibujó en la oscuridad y miró a Mikhail para asegurarse de que no se pusiera de pie.

Slavros sacó una navaja de su bota.

—Poli danés, ¿dónde estás? —gritó en la oscuridad pasándose el cuchillo de una mano a otra.

Se oyó un estruendo lejos. Slavros se giró hacia el ruido, apretó la navaja en su mano y caminó lentamente.

—Deja de esconderte, deberías haberme dado el cuaderno cuando tuviste la oportunidad.

El ruido incrementó de intensidad y Slavros se dio cuenta demasiado tarde del motor que, colgado de una polea, ondulaba en su dirección. Thomas le dio un último empujón con todas sus fuerzas. El motor se estrelló pesadamente contra el pecho de Slavros, arrojándolo contra el suelo, donde quedó tumbado. Thomas pateó el cuchillo fuera del alcance de Slavros y lo miró fijamente. Las luces se encendieron de nuevo. Las costillas de Slavros estaban destrozadas y silbaba al respirar. Luego, Johnson se acercó a Thomas.

—Gracias por la ayuda —dijo Thomas.

—No hay de qué —respondió Johnson frotándose los nudillos hinchados.

—¿Estás herido? —preguntó Thomas asintiendo hacia la mano de Johnson.

—¿Esto? No es nada —respondió Johnson escondiendo las manos detrás de su espalda.

Victoria se acercó a ellos.

—¿Atrapasteis a los bastardos?

—¿Dónde está Masja? —preguntó Thomas.

—Está afuera con Eduardo, junto a la caja eléctrica.

Thomas asintió y sacó su teléfono.

***

Media hora después, el aparcamiento frente al taller estaba lleno de patrullas de Station City. Llovía de nuevo. Un par de agentes habían sacado a Slavros y Mikhail de la fosa para meterlos en un coche.

En ese instante, Masja se acercó a Thomas, cubriéndose con la manta que los paramédicos le habían dado.

—No sé cómo podré darte las gracias —dijo bajando la vista—. Quiero hacer las cosas bien, ya es hora. He cometido tantos errores.

—Deja de agobiarte, Masja, ya has sufrido bastante.

Masja se giró hacia la patrulla que llevaba a Slavros y sus miradas se cruzaron por un instante.

—Quiero hablar con la policía —dijo Masja mirando a Thomas.

—¿Estás segura?

—Me da muchísimo miedo, pero sí, estoy segura. No quiero que ese bastardo dañe a más personas.

Thomas le sonrió a Masja mientras la lluvia caía sobre ambos.

65.

Habían transcurrido dos días desde el incidente en el taller abandonado. Thomas estaba en la cubierta del Bianca con una bomba de achique e intentaba extraer el agua de lluvia que se había filtrado en la bodega por un orificio en la escotilla, la cual se había convertido en una papilla viscosa. A pesar del frío, el esfuerzo hizo sudar a Thomas hasta el punto de que tuvo que sacarse la cazadora para continuar con su faena bajo el sol helado. Era como si un viento invernal hubiera descendido del norte, una especie de saludo aterido desde Estocolmo. En la cabina, Møffe ahogaba sus frustraciones con una vieja bota militar que Thomas le había regalado.

—¿Ravn? —llamó una voz desde la borda.

—Preben, ¿qué puedo hacer por ti? —respondió Thomas mirando hacia el muelle.

Preben tenía las manos metidas en los bolsillos de su típico pantalón demasiado corto, el cual dejaba ver los calcetines deportivos que salían de sus zuecos.

—¿Ya arreglaste la electricidad de tu dama? —dijo asintiendo hacia el Bianca.

—Sí, lo suficiente para evitar cortocircuitos, así que, si recibiste quejas, esta vez no fui yo.

—No hay quejas —respondió Preben observando el barco con interés—. Eduardo mencionó que la pusiste a la venta.

—Sí, ¿y?

—¿Cuánto estás pidiendo?

Thomas interrumpió su tarea y se enderezó.

—¿Por qué preguntas? ¿Te interesa?

—Podría ser —dijo Preben encogiéndose de hombros—. A cambio de un precio justo.

Thomas no pudo contener la risa.

—Si mal no recuerdo, la última vez que estuviste aquí la llamaste una "catástrofe medioambiental flotante".

—Y no voy a negarlo, soy consciente de que repararla no será barato, por lo que tampoco puedo ofrecerte mucho, pero te la podría quitar de las manos con gusto.

—Te lo agradezco, Preben, es muy amable de tu parte, pero después de todo creo que voy a seguir con ella.

Preben entornó los ojos y su boca se retorció en una mueca ofendida.

—Bueno, la decisión es tuya. Básicamente te lo ofrecí para hacerte un favor.

Thomas asintió y regresó a la bomba de achique.

—Ravn, por cierto, tu barco sigue tirando aceite, tienes que hacer algo al respecto —agregó Preben.

Thomas, sin responder, se puso a aspirar el agua de la bodega. Instantes después escuchó el golpeteo de los zuecos de Preben, que se alejaba de prisa por el empedrado.

Eduardo apareció al mediodía y se asomó a la cabina. Thomas estaba preparando café en la estrecha cocina.

—¿Qué escuchan mis oídos? —preguntó Eduardo.

—No sé de qué hablas, ¿pero intuyo que quieres una taza?

—Con gusto. Oí que no vas a vender el barco. ¿Es cierto?

Thomas sonrió.

—Los rumores corren como pólvora en el muelle.

—Esas cosas no cambian; si hubieras escuchado la verborrea de Preben al respecto en el Havodderen… —dijo Eduardo.

Thomas sonrió.

—Es la última persona a la que le vendería el Bianca —dijo sirviendo café para ambos.

—Pero ¿puedes permitirte el lujo de conservarla ahora que has dejado el trabajo?

—Realmente, no —dijo Thomas dando un sorbo a su café y se sentó en la silla del capitán junto al timón—. A menos que venda el piso.

Eduardo dejó su taza en la mesa.

—¿En serio? ¿Estás considerando vender tu piso?

—Sí, no creo que pueda volver a sentirme en casa en ese lugar —respondió Thomas.

—Pero es un gran apartamento.

—Sin dudas, por eso mismo creo que puedo llevarme una bonita suma.

—¿Pero no te arrepentirás?

—No lo sé, pero en este momento siento que sería mejor seguir adelante, intentar dejar atrás todo lo sucedido, ¿comprendes? —dijo Thomas bajando la vista.

—¿Crees que algún día encontrarán al asesino de Eva?

—Existe la posibilidad, pero no lo creo —dijo y se puso de pie—. Además, a Møffe le encanta estar a bordo del barco.

Eduardo miró al perro que dormía junto a las escaleras de la cabina delantera.

—Ah, ya veo. El *bulldog* decide.

Thomas se encogió de hombros.

—Siempre ha sido así —respondió Thomas.

—Y si vendes el apartamento, ¿os mudaréis al Bianca?

—Sí, al menos mientras encuentre otro piso.

Eduardo miró alrededor.

—Va a hacer frío.

—Hay un sistema de calefacción a bordo —añadió Thomas.

—¿Y me vas a decir que funciona? —preguntó Eduardo.

Thomas negó con la cabeza.

—Por el momento no, pero lo arreglaré. Dame tiempo, ya verás, se convertirá en un yate muy bonito cuando termine —dijo y le guiñó un ojo a Eduardo—. Será la señorita más bella del canal.